

Wang Meng
Cuentos

奇
罽
圖

**Prefacio, prólogo y selección
de Flora Botton Beja**

EL COLEGIO DE MÉXICO
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Cuentos

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Wang Meng

Cuentos

Prefacio, prólogo y selección:
Flora Botton Beja

Traducciones:
Duan Ruochuan,
Chen Yaozu, Chen Zhongyi, Xu Helin,
Russell Maeth, Liljana Arsovska

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



EL COLEGIO DE MÉXICO
▲ CONACULTA · INBA

895.13
W2461

Wang, Meng, 1934-
Cuentos / Wang Meng ; prefacio y prólogo
Flora Botton Beja ; traducciones Duan Ruochuan ...
[et al.]. -- 2a ed. aumentada. -- México : El Colegio
de México, Centro de Estudios de Asia y África:
Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura,
2002, 1985.
iv+210 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-1058-1

I. Botton Beja, Flora

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia
Caligrafía de Chen Yaozu inspirada en la “caligrafía de palabras
cuadradas” del pintor Xu Bing

Segunda edición aumentada, 2002
Primera edición, 1985

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

D.R. © Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura
Paseo de la Reforma y Campo Marte
Col. Polanco Chapultepec
11560 México, D.F.

ISBN 968-12-1058-1

Impreso en México

Índice

Prefacio	3
Prólogo a la segunda edición	9
Nota biográfica del autor	13
Los ojos de la noche	15
El pequeño corazón del peluquero	25
La cola de la cometa	43
Voces de primavera	61
Un sinfín de visitantes	73
¿Quién era?	73
Llega la crisis	74
Estalla la guerra psicológica	75
Algunas estadísticas	79
La mariposa	81
Haiyun	85
Meilan	92
La metamorfosis	93
Dongdong	96
El juicio	100
El pueblo montañoso	100
Rehabilitación	105

2	CUENTOS	
	Qiuwen	110
	En camino	113
	Una lluvia de dátiles	118
	La distancia	121
	La partida	123
	El puente	126
	El lago profundo	129
	Un joven recién llegado al departamento de organización	151
	I	151
	II	154
	III	155
	IV	159
	V	162
	VI	166
	VII	167
	VIII	173
	IX	177
	X	180
	La historia de Ami	183
	La dura sopa de arroz	191

Prefacio

China ha sido, para el mundo occidental, lejana y misteriosa, revolucionaria y visionaria, ejemplo de refinamiento y sabiduría, infierno sobre la tierra, escuela de revoluciones populares, vasta tierra en realidad desconocida pero captada a veces a través del sabor de un platillo, de los enigmáticos preceptos del *Yijing* y tal vez de algún poema de Li Bo. En los últimos años, el contacto más frecuente ha descornado algunos velos, ha terminado con algunos mitos y ha revelado un país poblado de gente como cualquier otra, cuyos problemas y vivencias no son ni exóticos ni misteriosos y en cuya lucha cotidiana podemos a veces reconocernos.

Entre los desconocimientos más importantes de China está el de su literatura. Personas con cultura vasta han leído tal vez algunas poesías de Li Bo, quien vivió en el siglo VII; algunos estudiosos de Asia conocen *El sueño del pabellón rojo*, del siglo XVII, y están familiarizados con los nombres de Lao She y Lu Xun, escritores de los años treinta, pero generalmente ignoran todo sobre la producción contemporánea. Esta indiferencia se debe en parte a la falta de traducciones (particularmente escasas en español) y a la creencia, hasta cierto punto justificada, de que la literatura contemporánea obedece a patrones estéticos impuestos por necesidades políticas.

Sin embargo, a partir de 1978, después de la muerte de Mao Zedong y de la caída de la facción “ultraizquierdista” de la llamada “Banda de los cuatro”, floreció en China una literatura más audaz y menos sujeta a la tiranía de las normas del realismo socialista. Ésta no era la primera vez que se intentaba liberar la expresión artística, y los mismos lemas que se habían oído en 1956, durante el periodo de las “cien flores”, se volvieron a repetir en 1979, en el Cuarto Congreso Nacional de Escritores y Artistas. Las primeras “cien flores”, una breve temporada de libertad artística y literaria, habían terminado en una persecución despiadada de intelectuales en la campaña “antiderechista”, en 1957. Entre los censurados se encon-

traba Wang Meng, un joven escritor de apenas 22 años, protagonista de una controversia suscitada por la aparición de un cuento suyo llamado "Un joven recién llegado al departamento de organización", en el cual describía con cierto escepticismo y cinismo a algunos cuadros del partido comunista; el cuento fue considerado por mucha gente un ataque frontal al partido mismo.

Durante largos años de marginación y exilio en remotas regiones del noroeste, en estrecho contacto con la verdadera esencia y realidad de ese vasto y complejo país que es China, Wang Meng trabajó junto a los más humildes y conoció minorías étnicas que enriquecieron la visión que tenía de su tierra. Vivió entre los uigures de Xinjiang, aprendió su lengua, trabajó con ellos, enseñó, tradujo sus cuentos y leyendas. Como él mismo dice en un artículo reciente:

En 1956 y 1957, debido a una fama que me adjudicaron sorpresivamente, quedé como encantado y casi no podía estar un momento tranquilo para tener contacto con los demás o hacer otro trabajo que no fuera dedicarme a la literatura. Más tarde, como todos saben, sufrí un golpe tremendo. . . A pesar de eso, como lo expresé en varias ocasiones, lo que he logrado es más de lo que he perdido. . . En el campo, en los bosques, en las construcciones y a las orillas de los ríos, cuando estaba con miles y miles de trabajadores de diversas nacionalidades, aprendí a poner los pies sobre la tierra, a reflexionar y a decidir según el estado, la voluntad y la necesidad del pueblo, la única fuerza motriz que crea la historia universal.

Cuando en 1977 Wang Meng fue rehabilitado como escritor y miembro del partido comunista, no dudó en entregarse plenamente, una vez más, al trabajo de creación. El joven, cuyo primer éxito se debió más al escándalo que a su perfección literaria, se había transformado en un escritor maduro y seguro de sí mismo. Sin embargo, en algunos aspectos había una clara continuidad entre el que apuntó un dedo acusador hacia la burocracia corrupta o indiferente y el que, una vez más, salpicaba sus cuentos con notas amargas sobre una realidad que debería ser mejor y sobre seres humanos que más que buenos o malos son débiles o fuertes, víctimas o forjadores de su propio destino.

Un gran mérito de Wang Meng como escritor es su rechazo a seguir patrones impuestos arbitrariamente que convierten la literatura en un panfleto político. Nunca rechaza el compromiso político ni niega que la literatura deba tener raíces y vínculos populares. Como dijo en México en 1982 en una mesa redonda con otros escritores, "todos los buenos escritores aman al pueblo, comprenden sus desgracias, se preocupan por sus sufrimientos, comparten sus alegrías y sus dolores". Pero el oficio del escritor consiste en manifestar todo eso de un modo peculiar, que es el literario. Wang Meng señaló claramente en una entrevista los límites y alcances de la expresión literaria:

La literatura es, ante y por encima de todo, un arte; debe abrirle al público el mundo artístico. No es un mero pretexto para una crítica social. La literatura es una búsqueda, un anhelo, una esperanza que mueve al autor a explorar las posibilidades del corazón, la mente y los sentimientos. Es negativo confinarla a una mera crítica social, como lo es también volverla totalmente ajena a lo social.

El amor de Wang Meng por “el pueblo”, por la gente en general, se manifiesta en cada uno de sus cuentos. Por ellos desfilan seres humanos verdaderos y el autor los ve con todos sus defectos, sus pequeñeces y sus debilidades, pero nunca sin simpatía y sin comprensión. Precisamente por la naturalidad de los ambientes, las situaciones y las personas que presenta, Wang Meng nos convence de que el mundo que describe es real y es posible de ser entendido, aun para los que vivimos en ambientes muy diferentes y que debemos leer su obra en una traducción no del todo perfecta.

Los cuentos que aquí se incluyen representan con fidelidad la temática que le ha preocupado y el estilo que ha elegido para expresarla. En casi todos se combinan lo cotidiano, lo trivial y lo banal, con referencias a un pasado para algunos cruel, para otros humillante, para otros más lleno de sueños quebrados, para todos doloroso. Un tema constante, presente ya en “Un joven recién llegado. . .”, es el de los “cuadros”, personajes que no son ni héroes ni villanos, cuya responsabilidad a veces abrumadora les quita un necesario lado humano, cuya proyección hacia afuera los hace ser ciegos para con sus seres más cercanos, cuyos privilegios se vuelven rutinarios y que se dejan arrastrar por una corrupción banal y a veces inconsciente. En “Los ojos de la noche”, un intelectual desterrado en una provincia donde cría carneros, viene a la ciudad y en la noche se dirige a la casa de un hombre influyente para que le ayude a conseguir unos repuestos de auto para su unidad de trabajo. Lo único que logra es una breve y frustrante entrevista con el hijo del influyente quien le pide alguna gratificación. “El pequeño corazón del peluquero” nos cuenta la odisea de un alto dirigente caído en desgracia, pero quien al volver al poder no ha aprendido nada. “La cola de la cometa” es una historia de amor, banal tal vez, pero patética; es la historia de miles de parejas de jóvenes chinos que no tienen privacidad y tampoco tienen esperanzas de conseguir alojamiento para vivir después de casarse. “La mariposa” abarca treinta años de la vida de un dirigente, con sus altas y bajas, y los desastres en su vida personal. “El lago profundo” describe la visita al museo de un joven con sus amigos; a través de un pequeño incidente nos percatamos de una tragedia familiar: de la destrucción moral del padre del protagonista. “Voces de primavera” es el viaje de dos horas, en un furgón, de un científico que regresa de Alemania y va a ver a su padre en su pueblo natal. Nos dice Wang Meng: “En un espacio limitado y en un tiempo corto, en una circunstancia apurada, el protagonista ve la esperanza y el porvenir, el viraje de nuestra vida. Su estado de ánimo cambia de la depresión a la euforia”. Un cuento excepcional es “Un

sinfín de visitantes” que, como el mismo Wang Meng afirma, si bien se inspira en la vida cotidiana, “en ciertos aspectos se aproxima al absurdo”. En este cuento, la comicidad, que en otras obras es a veces demasiado patética para hacer reír, tiene rienda suelta. El uso del humor como arma que sustituye al odio y a la cruda denuncia es defendido por Wang Meng. Como nos dice el autor, “la risa absurda es una especie de protesta en contra de la existencia absurda”.

El estilo de Wang Meng es, dentro del contexto de la literatura china contemporánea, insólito y original, lo que le ha valido tanto críticas como elogios de sus compatriotas. El que no cuente una historia de manera lineal, que utilice el recurso de *flash back* y que juegue con el tiempo, a veces agradó y a veces desconcertó a sus lectores. Wang Meng tuvo que explicar y justificar en varias ocasiones esta manera poco convencional de expresarse y su argumento es que el mundo “subjetivo” y el mundo “objetivo” se rigen por reglas diferentes. La fascinación que tiene para Wang Meng esta exploración interna se manifiesta en su búsqueda por revelarnos la psicología de sus personajes a través de la descripción de sus sensaciones y reacciones ante el mundo objetivo. El mundo objetivo es tal vez igual a sí mismo, pero no es igual para todas las personas, a cada una de las cuales produce sensaciones diferentes. A través de las sensaciones se pueden conocer muchas cosas acerca del personaje, y por eso hay que describirlas. Para Wang Meng este juego entre el mundo objetivo y el subjetivo, esta transformación de lo externo por lo interno, forma un conjunto como de imágenes cinematográficas o de testimonios de radar, que en un segundo revelan muchas escenas.

La exploración psicológica, el tiempo y espacio internos, la asociación de sensaciones y reflexiones, los *flash back*, hicieron decir a críticos occidentales que Wang Meng usa el método, puesto de moda en occidente a principios de siglo, del “fluir de la conciencia” (*stream of consciousness*). Tanto los críticos chinos como el mismo autor tienen sentimientos ambigüos sobre si esto es bueno o no. La crítica más fuerte que se le ha hecho al respecto es que es un estilo literario occidental, pero Wang Meng replica que si se examina bien la literatura tradicional china, la que se produjo antes de que se impusiera el “realismo socialista”, se encontrará que tenía mucha descripción psicológica. También dice Wang Meng que aunque esté influido por la literatura occidental, lo que expresa es puramente chino y de China, de una China actual, dinámica, abierta hacia el exterior, salpicada de palabras extranjeras, viva y cambiante, pero esencialmente ella misma a pesar de todo.

Siguiendo un patrón común en la República Popular China, Wang Meng ha participado en muchas polémicas sobre su obra, ha escrito artículos, prefacios a sus libros, ha contestado preguntas en entrevistas y en foros literarios. Sin embargo, les pide a los lectores que no acepten ciegamente lo que él dice de sí mismo: “El derecho de interpretar y analizar obras

literarias pertenece a los lectores y son ellos mismos los que deben llegar a sus propias conclusiones”.

Las traducciones de los cuentos en este libro son el resultado de una estrecha colaboración de estudiantes chinos, la mayoría de ellos maestros de español en China, que siguen un curso de perfeccionamiento en México, y de maestros y amigos mexicanos. Han colaborado Juan José Ling, Emma Jiménez, Ignacio Díaz Ruiz y Flora Botton Beja. La corrección del estilo y la versión definitiva en español ha estado a cargo de Guillermo Quartucci, menos en el caso de “La Mariposa”, que supervisó Mariela Álvarez.

Flora Botton Beja

Prólogo a la segunda edición

Han pasado diecisiete años desde que vio la luz la primera edición de los cuentos de Wang Meng traducidos al español. Una segunda visita del escritor a México renueva nuestro interés en su obra, enriquecida en estos últimos años con una abundante producción literaria que ha sido traducida a más de veinte idiomas, lo que le ha merecido varios premios y reconocimiento internacional. Wang Meng ha escrito unos sesenta libros, entre los cuales se cuentan siete novelas, siendo la saga *Estaciones* su publicación más reciente, diez colecciones de cuentos, poesía, ensayos y crítica. Además de su quehacer literario, Wang Meng no se ha mantenido ajeno a la vida pública y algunos de los puestos que ha ocupado le han merecido censura y momentos difíciles que parecían recordar sus vicisitudes en el pasado, cuando fue acusado y desterrado en 1957 por supuestas críticas al partido comunista. Su más alto puesto, el de ministro de cultura de 1986 a 1989, significó un auge de apertura para la cultura china en general y un momento de gran libertad para los escritores chinos jóvenes a quienes alentó, ayudó y publicó, entre ellos al ahora premio Nobel de Literatura 2000, Gao Xingjian. Wang Meng demostró su valentía al declarar en una entrevista realizada en mayo de 1989, un mes antes de los acontecimientos trágicos que culminaron con la matanza de la plaza Tian An'men, que China no era aún democrática y que:

La ideas feudales que se encuentran en las mentes de la gente no pueden ser eliminadas por ataques feroces o gritando algunos eslogans [...] En todos los ámbitos encontramos aún ideas autocráticas, mentalidad patriarcal y subordinación personal [...] Construir la democracia llevará mucho tiempo y no se llevará a cabo con movimientos de crítica y repudio.

En septiembre de 1989, Wang Meng fue destituido de su cargo y más adelante también dejó de ser miembro del comité central del partido comunista chino. Una vez más el escritor quedaba en una posición vulnerable ante los ataques de los conservadores, pero sorprendentemente estos ataques tardaron casi dos años en llegar.

A principios de 1989, Wang Meng publicó en el número dos de la revista *Escritores chinos* el cuento "La dura sopa de arroz" y dos años más tarde, en julio de 1991, ganó el primer premio del Cuarto Concurso de las Cien Flores (1989-1990) que otorgaba la *Revista Mensual de Cuentos*. En el cuento que incluimos en esta nueva edición, el escritor sigue una línea que ya había ensayado, la de la sátira. En este tipo de cuentos, Wang Meng emplea un lenguaje rico en el que mezcla un vocabulario culto con el coloquial y lleva hasta los límites de lo absurdo a situaciones y personajes de farsa. El humor algo grotesco de Wang Meng tiene raíces en la tradición literaria y popular china y se inspira tanto en el famoso escritor Lu Xun (1881-1936) como en los comediantes de diálogo *xiangsheng*.

La historia del cuento es sencilla. En el seno de una familia extendida —siguiendo la más pura tradición china— que está encabezada por un abuelo octogenario, los miembros que la constituyen deciden reformar sus hábitos alimenticios y desayunar comida occidental en vez de la tradicional sopa de arroz con verduras saladas. Después de varios ensayos, enredos y fracasos, y de intentar imponer a la familia un sistema "democrático" de toma de decisiones, se dan cuenta de que lo que más les gusta y mejor digieren es la sopa de arroz.

El 14 de septiembre de este mismo año, el *Diario de Literatura y de Arte* publicó una "carta de lector" en la que se criticaba duramente el cuento que según el lector era una sátira política —en la cual el abuelo de la familia representaba a Deng Xiaoping, el octogenario líder chino— que contenía un mensaje claro en cuanto a que en China es imposible una reforma si no se cambian las estructuras del poder. Wang Meng protestó y demandó al diario por difamación. La demanda no prosperó pero Wang Meng tuvo la satisfacción de no haberse quedado callado e indefenso como en la primera ocasión en la cual fue criticado y que le mereció un exilio de veinte años. Además, contrariamente a lo que había pasado en los años sesenta, hubo varias voces de intelectuales de cierto peso que se alzaron en defensa de Wang Meng. Sin embargo, aun los que apoyaban al escritor, percibieron las connotaciones políticas del cuento.

El cuento de Wang Meng ofrece una gran posibilidad de interpretaciones y cada personaje e incidente tiene algún parecido con la realidad. Sin embargo, es difícil verlo como un cuento negativo; es cierto que se habla de algunos aspectos negativos de la realidad china: el autoritarismo de los dirigentes, la corrupción, la manía extranjerizante de algunos, la

comprensión a medias de otros sistemas y el error de quererlos adoptar sin entenderlos, pero no todo está mal. Hay un toque optimista que se refleja en la mejoría de las condiciones materiales de la familia, la libertad de cada miembro para elegir su propio camino y el reconocimiento de que algunas características culturales permanecen y persisten a pesar de todos los cambios. Conservar lo propio es importante y es bueno; sin menospreciar del todo el cambio, Wang Meng tampoco niega la tradición. La sopa de arroz es dura y persistente porque es el símbolo de lo que une a los chinos y de lo que los hace diferentes de los demás pueblos.

En el otro cuento que se incluye en esta nueva edición, *La historia de Ami*, se presenta como caricaturas a seres humanos cuya actuación gira alrededor de un gato. La construcción y el tono nos recuerdan a los dibujos animados en donde los protagonistas son los animales y los seres humanos son vistos desde la perspectiva del animal, grandes, a veces amables, a veces amenazantes y en el fondo bastante irracionales. Si bien el cuento no tiene la sutileza o la profundidad de otros escritos por este autor, es la obra de un escritor maduro que se siente con derecho a divertirse a costa de sus semejantes.

Wang Meng no tiene cargos públicos pero sigue escribiendo, viajando y consolidando su fama internacional. Esta nueva libertad es la mejor prueba de que en China las cosas han cambiado y, aunque aún no se acepta la disidencia, la controversia ya no es fatal. Wang Meng usa su libertad de movimiento para conocer otros países y otros pueblos y le agrada ver sus obras traducidas a otras lenguas. Sin embargo, sigue convencido de la importancia de la propia cultura y tradición y en una conferencia durante su reciente visita a México, al defender la literatura actual china, dijo: “tenemos nuestra lengua, nuestra literatura, algo que es nuestro propio sello y que no va a desaparecer bajo ningún proceso de globalización y que nos permitirá conservarnos tal y como somos”. Estas palabras optimistas pueden ser alentadoras para cualquier tradición que se sienta amenazada.

Quisiera agradecer a las personas sin cuya ayuda y colaboración no hubiera sido posible esta reedición ampliada del libro de *Cuentos* de Wang Meng: a Anamari Gomís, directora del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, institución que ha copatrocinado esta publicación; a María Elena Ruiz Cruz, presidenta del Pen Club de México, quien ha seguido con enorme entusiasmo este proyecto; a Liljana Arsovska quien tradujo los dos cuentos nuevos de esta edición, a Gabriela Lara por cuidar el estilo de los nuevos cuentos incluidos, y a Francisco Gómez, director de Publicaciones de El Colegio de México.

Flora Botton Beja

Nota biográfica del autor

Wang Meng nació en 1934 y pasó su infancia y adolescencia en Beijing. Desde muy joven mostró sus aptitudes literarias y en 1955 publicó un cuento, "Frijolito", en la revista *Literatura Popular*. En 1957 su novela *Viva la juventud*, donde describe la vida de los estudiantes de secundaria, apareció parcialmente en el diario de Shanghai *Wenhui Bao*. Sin embargo, fue un cuento largo publicado en septiembre de 1956 en *Literatura Popular* el que lo hizo famoso. Este cuento provocó una de las mayores controversias literario-políticas de China y participaron en ella tanto autores y críticos famosos, como lectores humildes que volcaron sus opiniones en miles de cartas. El cuento se llama "Un joven recién llegado al departamento de organización", y habla de las tribulaciones de un joven comunista que entra a trabajar en un organismo del partido y se da cuenta de que las cosas no andan tan bien como deberían. La polémica duró varios meses y fue alimentada por la consigna de Mao: "En las artes que florezcan las cien flores", que durante casi un año liberalizó la expresión literaria. Sin embargo, cuando en junio de 1957 se inició la campaña antiredrechista, es obvio que un cuento así no podía ser aceptado.

Poco después, Wang Meng fue enviado a Xinjiang (el Turquestán chino) para ser "reeducado por las masas". Durante su exilio se dedicó a aprender el idioma uigur y a hacer traducciones de este idioma al chino. Como él mismo cuenta, fue una experiencia enriquecedora en cuanto conoció a una minoría étnica y pudo convivir con ella. En 1977, después de veinte años, volvió a ser mencionado y regresó a Beijing donde finalmente se le permitió residir. En 1979 fue rehabilitado y a partir de esa fecha ha publicado constantemente. Su novela *Viva la juventud* apareció completa por fin y la siguieron colecciones de cuentos y ensayos. Hasta la fecha ha publicado más de sesenta libros entre los que se cuen-

tan siete novelas, diez colecciones de cuentos, poesía, crítica y ensayos. Su obra ha sido traducida a más de veinte lenguas.

De 1983 a 1986 fue editor en jefe de la revista "Literatura del pueblo", en 1982 fue vicepresidente del Pen Club de China y en 1985 vicepresidente de la Asociación de Escritores de China. Fue también Ministro de Cultura de su país de 1986 a 1989.

En la actualidad Wang Meng está alejado de la vida pública y dedica todo su tiempo a escribir y a viajar atendiendo compromisos internacionales.

Los ojos de la noche*

Claro está que todas las lámparas de la calle se prendieron a la vez, pero Chen Gao tenía la sensación de que dos chorros de luz habían salido por encima de su cabeza. Al mirar hacia los dos extremos de la calle podía contemplar un fluir inagotable de luces. Los algarrobos dejaban en el suelo sus sombras modestas y copiosas. La gente que esperaba el autobús dejaba también en la acera sus múltiples sombras oscuras y claras.

Camiones y autos, trolebuses y bicicletas, toques de bocinas, gritos y risas. Sólo de noche la gran ciudad mostraba su vitalidad y sus características. Empezaban a aparecer pocas pero llamativas lámparas fluorescentes y faroles con franjas rojas, azules y blancas que giraban a la entrada de las peluquerías. También empezaban a aparecer mujeres con pelo rizado o pelo largo, con zapatos de tacón alto o mediano y vestido sin mangas. Olores a colonia, o a crema . . . Cuando la ciudad y las mujeres recién empezaban a adornarse un poco, ya había quienes se sentían intranquilos: eso era muy interesante. Hacía unos veinte años que Chen Gao no había venido a esta gran ciudad. Durante este tiempo había vivido en un pueblo apartado de una provincia lejana, donde la tercera parte de las lámparas de las calles no prendían y la tercera parte de los días no encendían las otras dos terceras partes, a causa de la falta de electricidad, quién sabe si por olvido o por la desproporción en la distribución de combustibles. Pero el problema no era grave, pues allá la gente vivía con un horario más o menos parecido al del campo: empezaban a trabajar cuando salía el sol y descansaban cuando desaparecía. Al dar las seis de la tarde, todas las dependencias, fábricas, tiendas o lugares públicos cerraban sus puertas. Por la noche, la gente se quedaba en su casa para cargar a sus bebés, fumar, lavar la ropa o charlar sobre cosas de poca importancia.

* Publicado originalmente en *Guangming Ribao (Diario Claridades)* el 21 de octubre de 1979.

Llegó el autobús; era azul, de ésos que traen un remolque atrás, muy largo y grande. La cobradora usaba un altavoz. La gente bajó a empujones. Chen Gao y los demás subieron del mismo modo. Iban muy apretados, pero todos contentos. La cobradora era una muchacha de cara roja, con una voz viva y de buen timbre. En el pequeño pueblo lejano donde vivía Chen Gao, de seguro hubiera sido elegida para ser maestra de ceremonias en algún conjunto cultural. Hábilmente prendió una lamparilla protegida por una cubierta, que servía para iluminar el tablero de los boletos, arrancó algunos papeles y con un “pac” apagó la lamparilla. Iban retrocediendo muchas lámparas de las calles, sombras de árboles, edificios y peatones. Cuando el camión se acercó a la próxima parada, la voz clara y sonora la anunció por su nombre. “Pac”, encendió otra vez la lámpara cubierta y la gente se apretó y se empujó.

Subieron dos jóvenes que parecían obreros y discutían entusiasmados: “La clave está en la democracia, la democracia, la democracia. . .” Hacía una semana que Chen Gao había llegado a esta ciudad y por todas partes escuchaba a la gente hablar de la democracia. Hablar de la democracia era tan común como hablar de las piernas de carnero en aquel pueblo apartado. Tal vez eso se debía a que en las grandes ciudades el abastecimiento de carne era abundante y la gente no tenía que preocuparse por las piernas de carnero. Y eso causaba la envidia de los otros. Chen Gao sonrió.

Sin embargo, entre la democracia y las piernas de carnero no había contradicciones. Sin democracia, una pierna de carnero que estuviera a punto de entrar en la boca podría ser arrebatada por otros y una democracia que no sirviera para ayudar a la población del pueblo lejano a lograr más y más sabrosas piernas de carnero, no sería más que una palabra inútil. Chen Gao había venido a esta ciudad para asistir a un foro de escritores. El tema del foro fue definido como la creación de cuentos y obras teatrales. Después de la caída de la “Banda de los cuatro”, Chen Gao había publicado cinco o seis cuentos. Algunos lo alentaban diciendo que sus obras habían madurado y su camino de creación se había ampliado. Pero la mayoría decía que él aún no había recuperado su nivel de unos veinte años atrás. Quien dedicara demasiada atención a las piernas de carnero tendría un retroceso en su técnica de escribir cuentos, pero comprender la importancia y lo apremiante del problema de las piernas de carnero era un gran progreso y un importante logro. Durante su viaje para asistir al foro, el tren se demoró una hora y doce minutos en una pequeña estación donde un tren había atropellado y matado a un hombre. Se trataba de un hombre sin certificado de residencia pero que tenía piernas de carnero y las vendía caras. Queriendo venderlas lo más pronto posible se había metido debajo de un tren parado que esperaba para cruzar las vías. Pero se aflojaron los frenos y el tren resbaló un poco. El pobrecito murió. Chen Gao se quedó preocupado por este suceso.

Antes, en los foros de este tipo, siempre había sido uno de los más

jóvenes, pero ahora era uno de los más viejos, y además tenía una apariencia rústica, con su piel áspera. Un compañero, más joven que él, de hombros anchos, gran estatura y ojos grandes, en su discurso expresó muchas ideas nuevas, audaces, agudas y vivas con el objeto de aclarar la mentalidad, ampliar la visión, despertar la conciencia y excitar el entusiasmo. A pesar de que el presidente del foro ponía todo su esfuerzo en dirigir a la gente para que discutiesen alrededor del tema central de la reunión, resultó que no discutieron sobre problemas de literatura y arte. Todos preferían hablar acerca de la base sobre la que se apoyó la “Banda de los cuatro”; de la lucha contra el feudalismo; de la relación entre la democracia y las leyes; de la moral y el ambiente social. También hablaron de que en los parques se reunían cada vez más jóvenes para bailar acompañados por instrumentos electrónicos y de cómo los empleados de los parques luchaban contra aquellas calamidades de distinta manera, desde pasar por altavoces cada tres minutos avisos que prohibían aquellos bailes e imponer multas, hasta cerrar los parques dos horas más temprano. Chen Gao también hizo uso de la palabra. El tono de su discurso fue algo opaco: “Debemos empezar poco a poco con nosotros mismos, actuar desde los puntos que están a nuestro alcance”, dijo. Si la mitad, no, la quinta parte, o por lo menos la décima parte de las promesas de nuestros discursos en aquel foro se realizaran, sería un gran logro. Eso lo animaba pero se sentía algo perplejo.

El camión llegó a su última parada pero seguía repleto. Todos se sentían ligeros y joviales, y no hicieron mucho caso a la cobradora que pedía los boletos. En la voz de la cobradora se notaba un poco de enojo. Como todos los provincianos, Chen Gao, anticipadamente, alzó muy alto su boleto pero la cobradora no se dignó a echarle ni siquiera un vistazo. Muy formal entregó el boleto a la cobradora pero ella ni lo recibió.

Sacó su pequeña libreta, abrió su pasta de plástico gris-azulado, encontró la dirección y empezó a preguntar. Cuando preguntaba a uno, varios le daban las señas. Creía que sólo en este sentido esta ciudad aún conservaba su tradición hospitalaria. Después de dar las gracias, abandonó la terminal bien iluminada de aquella ruta de autobuses. Dando vueltas y vueltas, entró en una zona habitacional nueva que parecía un laberinto.

Parecía un laberinto, no por su complejidad sino por lo simple que era. Edificios de seis pisos, que no se diferenciaban nada entre sí. Múltiples balcones llenos de cosas en desorden, múltiples ventanas donde brillaban lámparas fluorescentes de luz azul o lámparas comunes de luz amarillenta. E incluso las voces de las bocinas que salían de las ventanas eran casi iguales, pues se estaba transmitiendo un partido internacional de fútbol por la televisión. El público de la cancha y los espectadores de las pantallas fluorescentes lanzaban juntos sus ovaciones. La gente gritaba locamente. Los aplausos y las ovaciones se levantaban unos tras otras como si fueran oleadas del mar. Zhang Zhi, famoso locutor deportivo, también gritaba a voz en cuello. En realidad, en esos momentos la interpretación sobraba. Por otra parte, desde algunas ventanas llegaban ruidos de golpes de martillo

en una puerta, de alguien que picaba verdura en alguna tabla, pleitos entre niños y amenazas de los mayores.

Tantas voces, lámparas, cosas amontonadas en edificios que se alzaban como cajas de cerillas . . . Para Chen Gao, una vida tan apretada era desconocida; no estaba acostumbrado a ella e incluso le parecía algo ridícula. Las sombras de los árboles, tan altas como los edificios, le daban un tono misterioso a aquella vida. En su pequeño pueblo lejano, lo que más se oía eran los ladridos de los perros. Los conocía tan bien que entre el coro de ladridos podía distinguir el de un perro en especial: sabía cómo era el color de su pelo y quién era su dueño. Además se escuchaba el ruido de los camiones de carga. Las luces de las lámparas cegaban la vista. Una vez que pasaban los camiones, no se veía nada. Las casas que estaban a ambos lados de la carretera temblaban cuando pasaban los camiones.

Al caminar por esa zona laberíntica de viviendas parecía que Chen Gao estaba un poco arrepentido de haber abandonado aquellas calles iluminadas, aquel camión repleto y la gente bulliciosa y alegre. ¡Qué bueno sería que todos avanzáramos por una ancha carretera! Y ahora, él solo había llegado allí. De otra manera, se habría quedado en su hotel, sin necesidad de salir. ¡Qué bueno hubiera sido! Entonces podría haber dedicado la noche entera a discutir con sus amigos jóvenes: cada uno trataría de dar su receta para curar las secuelas de las calamidades dejadas por Lin Biao y la “Banda de los cuatro”. Habrían hablado de Belgrado, de Tokio, de Hong Kong y de Singapur. Y podrían haber comprado, después de la cena, un plato de frituras de camarón, otro de cacahuates cocidos y dos cervezas para quitar el calor y aumentar las ganas de platicar. Y ahora, sin ton ni son, había perdido mucho tiempo en tomar un camión que lo llevara a un lugar extraño según una dirección rara a buscar a quién sabe qué tipo que lo ayudara en un asunto poco razonable. En realidad se trataba de algo muy razonable, muy normal, que había que hacerlo, pero como le había tocado hacerlo a él, le resultaba algo inadecuado. Para él habría sido más fácil hacer el papel del príncipe en el ballet *El lago de los cisnes* que cumplir con este encargo. Cojeaba un poco al caminar. Pero si uno no se fijaba mucho no se le notaba. Esto era un pequeño recuerdo que le había dejado la revolución cultural.

Aquella sensación desagradable le hizo recordar los tiempos en que había dejado esta ciudad, hacía veintitantos años. También era una triste sensación, pues por entonces lo habían separado de la gente debido a la publicación de algunos cuentos que según el punto de vista de aquel momento eran demasiado críticos, aunque ahora resultaran inofensivos. Este hecho hizo que durante largo tiempo vacilara entre replegarse con la mayoría o resistir con la minoría; fue un juego muy peligroso.

Según decían, sería el edificio que estaba en frente, pero era una obra en construcción. Parecía que iban a instalar unos tubos, no, no sólo había tubos, también había ladrillos y tejas, maderas y piedras. Tal vez iban a construir dos cuartos, que podrían ser un comedor o un sanitario públicos.

En fin, allí había una zanja tan ancha que él era incapaz de cruzarla de un salto. Si no estuviera cojo, él la hubiera podido cruzar. Pero ahora quería encontrar un puente o una tabla. Entonces se puso a buscar una tabla a lo largo de la zanja. Iba y venía sin encontrarla. Se impacientó por haber caminado mucho en vano. ¿Daría más vueltas o cruzaría la zanja de un salto? No, no quería reconocer su vejez. Así que retrocedió varios pasos, uno, dos, tres. ¡Mala suerte! Un pie pisó la arena, pero el cuerpo ya se había lanzado al aire. En vez de saltar hacia adelante, cayó en el fondo de la zanja. Afortunadamente, no había ningún objeto duro o agudo, pero tardó unos diez minutos para recuperarse de los dolores y del susto. Se rió y se sacudió la tierra de la ropa. Cojeando, salió de la zanja. Quién sabe cómo, al salir de la zanja, un pie se le hundió en un charco. Lo retiró apresuradamente pero ya tenía el zapato y el calcetín mojados. En el pie tenía una sensación desagradable, como cuando uno mastica arroz con arena. Alzó la vista y en un poste inclinado al lado del edificio, vio una pequeña bombilla solitaria que despedía una luz anaranjada. Aquella bombilla parecía un pequeño signo de interrogación o de admiración, dibujados en un enorme pizarrón.

Se acercó al signo de interrogación o de admiración. De las ventanas llegaban otra vez ovaciones mezcladas con silbidos. Posiblemente el equipo extranjero había metido otro gol. Se aproximó al edificio para identificar los caracteres y confirmar que era el lugar que buscaba. Como no estaba seguro, se paró con timidez en la entrada del edificio para preguntar.

Antes de su viaje, un dirigente de su lejano pueblo, que él conocía bien y estimaba mucho, había ido a visitarlo para pedirle que entregara una carta a un ejecutivo de cierta compañía. “Éramos compañeros de lucha”, dijo el dirigente local conocido de Chen Gao: “en la carta le digo que el único coche marca Shanghai de nuestra entidad está descompuesto. Los empleados y el chofer recorrieron muchos lugares sin éxito. Al parecer, es difícil arreglarlo en nuestra provincia, pues faltan los repuestos de algunas piezas claves. Este viejo compañero mío es responsable en la compañía de la reparación de autos. Me aseguró que el arreglo de los coches correría por su cuenta. Irás a buscarlo. Una vez establecido el contacto, nos mandarás un telegrama. . .”

Se trata de algo muy simple: buscar a una persona, un viejo compañero de lucha, un dirigente de posición y autoridad a quien otro dirigente, también de posición y autoridad, y que en su pueblo lejano gozaba de fama y honor, reclamaba para arreglar un cohe de propiedad estatal que pertenecía a su entidad. No podía encontrar ninguna razón para rechazar el encargo de aquel camarada. Chen Gao, quien comprendía ya la importancia de las piernas de carnero, no tenía dudas de lo importante que era entregar una carta de recomendación. Hacer algo por su pueblo era un deber suyo. Pero después de recibir el encargo tuvo la sensación de que los zapatos que llevaba no le quedaban bien o que llevaba un pantalón cuyas piernas eran de distintos colores.

Sus compañeros de un pueblo lejano al parecer habían adivinado su estado psíquico, pues tan pronto como llegó a la ciudad recibió, uno tras otro, varios telegramas que le apremiaban su visita para lograr algún resultado. “Al fin y al cabo, yo no lo haré por mi propio beneficio, y nunca he usado aquel coche marca Shanghai y jamás lo usaré”, se alentaba a sí mismo. Había pasado por las calles iluminadas por el fluir de luces. Había abandonado la última parada del camión y se había separado de los amables pasajeros, dando vueltas y vueltas; había caído al fondo de una zanja y había salido de allí con la ropa manchada de tierra y un pie mojado; así llegó a su destino.

Por fin, la respuesta de dos muchachos le aseguró que el número del edificio y el número de la entrada eran correctos. Aceleró sus pasos para llegar al edificio número 4. Encontró la puerta. Primero se paró para tranquilizarse, luego recobró el aliento, y por último hizo todo lo posible para tocar a la puerta suave, gentil pero suficientemente fuerte como para que pudieran escuchar.

No hubo respuesta, pero parecía que de adentro venían unos sonidos. Pegó una oreja a la puerta. Creyó oír cierta música y ya no dijo el desesperado pero a la vez afortunado “¡ay, nadie está!”, que pensó por unos segundos. Con toda convicción llamó otra vez.

Después de tocar tres veces, oyó pasos. ¡Crac!: alguien giró la cerradura y se abrió la puerta. Apareció un muchacho de pelo desordenado, medio desnudo, con las piernas descubiertas; sólo llevaba un calzoncillo blanco y un par de chancletas de hule; le brillaban los músculos y la piel. —“¿A quién busca?”, preguntó con cierta impaciencia.

— Busco al camarada X. Chen Gao mencionó el nombre que estaba escrito en el sobre.

— No está. El muchacho se volvió para cerrar la puerta. Chen Gao adelantó un paso, y con la pronunciación más correcta y el vocabulario más cortés de esta ciudad se autopresentó. Luego preguntó: “Es usted pariente del camarada X —al parecer, era hijo de X y en realidad era totalmente innecesario tratar a un muchacho de la nueva generación de usted — ¿podría usted escucharme y ser tan amable de transmitirle al camarada X mi asunto?”

En la oscuridad no podía ver la expresión del muchacho, pero sintió intuitivamente que había fruncido sus cejas. El muchacho vaciló un instante. “Venga”, dijo, y se volvió para alejarse, sin atender al recién llegado, como si fuera la enfermera de un dentista que le avisa al paciente que la siga para que el doctor le saque la muela.

Chen Gao lo siguió. “Donc, donc, donc. . .”, los pasos del muchacho. “Zash, zash, zash . . .”, los pasos de Chen Gao. El pasillo estaba oscuro. Cruzaron, una tras otra, varias puertas. ¿Quién iba a imaginar que al atravesar una puerta aún le esperarían tantas otras? Finalmente, al trasponer la última llegaron luces tenues, cantos coquetos y un olor de licor, delicado y tibio.

En una cama de acero estaba amontonado el cubrecamas de color dorado similar a una enorme empanada volteada. Una lámpara de pie de cuyo sostén de metal salía una luz fría, rechazaba la cercanía de los que llegaban. La pequeña puerta de la mesita de noche estaba abierta, y se veían los balines de la cerradura. Muchos amigos de Chen Gao en su pueblo lejano le habían encargado cerraduras de este tipo, pues estaba en boga la fabricación de muebles. Pero él todavía no las había comprado. Desvió un poco su mirada y vio unas sillas de mimbre y una mecedora, así como una mesa redonda cubierta por un mantel. Una grabadora importada de cuatro bocinas transmitía una balada por una cantante de Hong Kong. La melodía era dulzona; la dicción, dura y confusa; la voz demasiado fina. Al escucharla, no se podía contener la risa. Si se transmitieran esas canciones en su pueblo lejano, tendrían un efecto más violento que el ataque de un regimiento de caballería. Sólo un vaso de vidrio con agua que estaba en el buró le dio a Chen Gao cierta sensación familiar. Al ver aquel vaso de vidrio sintió que se encontraba con un viejo amigo en un lugar extraño, entre un grupo de desconocidos. En ese ambiente, aunque no fueran íntimos y se guardaran cierto rencor, podrían llegar a ser amigos.

Chen Gao descubrió un viejo banco frente a la puerta. Lo jaló para sentarse, pues tenía la ropa sucia. Empezó a explicar el porqué de su visita. Después de decir algunas palabras se detuvo con la esperanza de que el muchacho bajara el volumen de su grabadora. Esperó en vano un rato: descubrió que el muchacho no tenía el más mínimo deseo de bajarlo. Entonces siguió con su explicación. ¡Qué raro! Parecía que a Chen Gao, que siempre había sido elocuente, le hubieran robado la boca. Balbuceaba sin ninguna lógica, sin saber elegir las palabras adecuadas. Por ejemplo, en vez de decir: "Que nos ayude para establecer el contacto", dijo: "Que nos cuide mucho", como si hubiera venido a pedirle al muchacho ayuda para sus gastos. Quería decir: "Vengo a establecer el contacto", pero dijo: "Vengo a coordinar". Además, la voz le había cambiado de tono: parecía que ya no era la suya, sino un serrucho gastado que cortaba un olmo.

Al terminar de decir todo aquello, sacó la carta para enseñársela al muchacho, quien sentado en la mecedora, se mantenía inmóvil. Chen Gao, que tal vez le doblaba la edad, no tuvo más remedio que acercarse para entregar la carta escrita por el puño del camarada dirigente de su pueblo lejano. De paso pudo ver bien al muchacho: su semblante estaba lleno de cansancio y de un orgullo estúpido; tenía la cara llena de granos y acné.

El muchacho abrió la carta, le echó un vistazo y soltó una risa de desprecio, mientras con el pie izquierdo seguía el compás de la música. La grabadora y las canciones de "las estrellas" de Hong Kong eran algo nuevo para Chen Gao. No le molestaba esa manera de cantar ni estaba en contra, pero tampoco le parecía interesante. Inconscientemente, se esbozó una sonrisa en su cara.

— ¿Acaso ese Y—refiriéndose al dirigente del pueblo lejano— fue compañero de lucha de mi padre? (Hasta ahora el muchacho no se había presen-

tado y por lo tanto, teóricamente, no se sabía si era su hijo.) —¿Cómo es que papá nunca lo ha mencionado?

La última frase le pareció una ofensa. Y Chen Gao, quien ya no quería tratarlo con cortesía, le contestó:

— Tú eres joven; es posible que tu padre no te lo haya mencionado.

— Mi padre sólo ha dicho que cuando alguien quiere arreglar su coche, viene a buscarlo diciendo que fueron compañeros de lucha.

A Chen Gao le quemaban las mejillas y le palpitaba el corazón. En la frente le aparecieron gotas de sudor.

— ¿Acaso tu padre no conoce a XXX? —Refiriéndose al dirigente del pueblo lejano—. Él llegó a Yennán en 1936, y el año pasado publicó un artículo en *Bandera Roja*, la revista del Comité Central del Partido. . . Y su hermano mayor es comandante en jefe de la zona militar XX.

Chen Gao pronunció precipitadamente muchos títulos y hazañas, y mientras mencionaba al gran personaje, al conocido comandante en jefe de la zona militar XX, se le nublaron los ojos y el sudor se le escurrió por la espalda.

La respuesta del muchacho fue una risa sonora acompañada de un desprecio veinte veces superior al de hacía un rato.

Chen Gao, muy avergonzado, no podía encontrar un lugar para esconderse e inclinó la cabeza.

— Le diré la verdad —el muchacho se levantó, como si fuera a terminar un discurso—. Ahora hay dos formas para esto: una es traer algo; ¿qué piensan traer ustedes?

— ¿Nosotros? ¿Que qué vamos a traer? —Se preguntó Chen Gao—. Pues. . . piernas de carnero. . . —Se contestó.

— Las piernas de carnero no nos sirven —el muchacho rió otra vez y de tanto desprecio pasó a tenerle lástima—. A decir verdad, la otra forma es por medio del engaño y el chantaje. . . ¿Para qué es necesario venir a ver a mi papá? Si ustedes tienen algo y cuentan con alguien hábil podrán lograr lo que quieren en nombre de cualquiera; y añadió luego: —Mi padre se fue comisionado al balneario de Beidaihe—, en lugar de decir “está descansando”.

Chen Gao salió confuso. Al llegar a la puerta, de repente se detuvo y no pudo menos que escuchar atentamente la música de la grabadora: era una auténtica pieza de “baile de salón” compuesta por Lehar, el músico húngaro, y se imaginó que una hoja volaba dando vueltas por encima del agua azul, azulísima, de un lago en una meseta rodeada de sierras nevadas. Su pueblo lejano estaba más allá de aquel lago. Un cisne salvaje reposaba en la superficie.

El pasillo estaba oscuro. Como un borracho, Chen Gao, corriendo y saltando, se precipitó a salir. “Donc, donc, donc. . .”, no sabía si eran sus pasos o la palpitación de su corazón lo que sonaba como un tambor. A la salida del edificio levantó la cabeza. ¡Dios mío! Aquella bombilla opaca

que le había parecido un signo de interrogación o de admiración de súbito se había vuelto roja y parecía el ojo del diablo.

¡Qué ojo tan horrible! Podía convertir a un pájaro en rata, a un caballo en bicho. Corriendo y brincando, de un salto, Chen Gao cruzó la zanja sin ningún esfuerzo. Ya había terminado el partido de fútbol. Una locutora pronosticaba con voz dulce el tiempo del día siguiente. Muy pronto llegó a la terminal. Todavía había mucha gente esperando el autobús. Un grupo de jóvenes obreros que iban a su trabajo nocturno discutían efusivamente el reparto de premios en sus talleres. Una joven pareja esperaba el autobús tomada de la mano: él la abrazaba por la cintura. Si el señor Shiming, prototipo feudal en la novela de Lu Xun, los viera, se desmayaría de indignación. Chen Gao subió al autobús. Ahora la cobradora ya no era una joven, sino una mujer débil y flaca a quien casi se le podían ver los hombros sobresalientes y duros a través de la blusa delgada. Con las vicisitudes y las transformaciones de veintitantos años Chen Gao había aprendido muchas cosas preciosas pero también había perdido algo que no debió haber perdido en absoluto. Sin embargo, seguía amando las luces de las lámparas, los obreros que iban a su turno de noche, la democracia, la discusión sobre el reparto de premios y las piernas de carnero. . . Sonó el timbre. “Zash”, las tres puertas, una tras otra, se cerraron. . . Sombras de árboles y de lámparas empezaron a retroceder. “Boletos, boletos”, empezó a pregonar la cobradora. Sin esperar a que Chen Gao sacara sus monedas, “pac”, apagó la lamparilla del tablero de los boletos, pues ella creía que todos los que iban en el autobús eran obreros del turno de noche que usaban boletos mensuales.

Traducción de Duan Ruochuan

El pequeño corazón del peluquero*

Soy el único que ha permanecido durante treinta años en la Casa de Huéspedes número uno del Comité del Partido en provincia —Hotel Guan Hua, como antes se conocía. Cuando llegué aquí en 1949, año en el que nació la nueva China, era sólo un peluquero aprendiz de diecisiete años.

Bañado en la luz de las lámparas fluorescentes, en los reflejos de los espejos enormes y en la fragancia de brillantinas, shampoos, perfumes, aceites aromáticos de alimendra y piña y crema marca 44776, dejé pasar estos años oyendo la sinfonía compuesta por los sonidos del agua, de las tijeras, de los secadores y otras máquinas mecánicas y eléctricas. La vida parece tan simple, tan corta, tan ordinaria y feliz que me hace sentir vergüenza, satisfacción y perplejidad a la vez.

Sin embargo, la pequeña peluquería también refleja las vicisitudes de la sociedad, especialmente por el hecho de que muchos de los clientes hayan sido gente de importancia. Durante los primeros siete u ocho años, todo fue magnífico. Los que venían a cortarse el pelo o a afeitarse eran camaradas y compañeros de armas, todos muy amistosos con su prójimo. Cierta día, mi colega Xiao Wang no pudo venir al trabajo y me tocó una clientela particularmente numerosa. Cuando la gente esperaba su turno en una silla larga, un hombre alto, vestido de uniforme militar, se acercó a mí llamándome “maestro”. El tratamiento me hizo ruborizar porque entonces sólo tenía veinte años de edad.

— ¿Le ayudo? Trabajé en una peluquería —dijo, señalando la silla vacante de Xiao Wang: luego, dirigiéndose a los clientes: —A ver, ¡un valiente!

Un gordito de uniforme gris se adelantó:

— Me tiene usted para probar su maestría.

* Publicado originalmente en *Shanghai Wenxue (Revista Literaria de Shanghai)*, núm. 9, 1979.

Efectivamente, el individuo conocía el oficio. Más tarde supe que era el nuevo comandante del área militar y el gordito, un viceministro. Con el tiempo conocí a muchos dirigentes. El secretario Zhang me animó a trabajar arduamente para ingresar al Partido —lo logré en 1954 y durante varios años fui jefe de los comunistas de los servicios públicos del hotel. El comisario político me compró dos ungüentos Baijinyu cuando me vio con una infección en los ojos. Zhao, gobernador de la provincia, estuvo limpiando los lavamanos y Liu, director de un departamento, reparó una escoba mientras hacía cola. De cuando en cuando, venían a la peluquería funcionarios comunes y corrientes, e incluso ciudadanos en busca de algún camarada dirigente. Un día, vi a una instructora de pioneros, joven talentosa con dos trenzas largas, quien hablaba tan rápido como una ametralladora y tan claro como la mejor locutora que hubiese existido. Ella vino con un grupo de niños a fin de pedir al primer secretario del comité del Partido de la provincia que asistiera a la fiesta del primero de junio, día internacional del niño. Ante su insistencia, el primer secretario aceptó prometiendo concederle el deseo.

¿Por qué en esos años, todos —entre dirigentes y dirigentes, dirigentes y ciudadanos, y ciudadanos y ciudadanos— éramos tan iguales y amistosos? Para mí el Partido y el ejército eran dioses. Amaba la nueva sociedad y la revolución, admiraba a todos los líderes que había conocido en la manifestación de un primero de mayo, quería de todo corazón a Marx, a Mao, al primer secretario de la provincia y al secretario de nuestro hotel y creía al pie de la letra en todo cuanto decían en el *Diario del Pueblo*, el periódico de la provincia, los reportajes de la célula del Partido y todos los estatutos y reglamentos.

Después fueron años de grandes emociones y sorpresas. Celebramos la construcción de nuevas fábricas, centrales eléctricas, hermosos puentes. . . y todos los logros de la reforma socialista. La ciudad y nuestro hotel crecieron rápidamente. Al mismo tiempo hubo noticias conmovedoras. Ora corrieron rumores de que el dirigente Fulano era un lobo disfrazado de cordero, ora dijeron que una cuarta parte de la tierra cultivable del país se dedicaría a la floricultura, que una tercera parte de los cargos administrativos del campo estaban en manos de los reaccionarios nacionalistas y terratenientes, que China pronto sería comunista. . . Fueron increíblemente abundantes e impresionantes los reportajes, predicciones y hechos.

Las sorpresas, los asombros e incluso los sustos nos dejaban nerviosos, boquiabiertos pero con muchas ganas de trabajar. Sentíamos que nuestra patria avanzaba y advertíamos que nuestra revolución iba de triunfo en triunfo. Estábamos orgullosos y llenos de entusiasmo y nunca pensábamos en los esfuerzos y recursos que invertíamos.

En aquel tiempo, algunos de mis viejos clientes desaparecieron. La gente murmuraba que ellos habían cometido errores y por eso estaban en problemas. Y fue cierto. Cuando pudieron regresar a la peluquería, tenían el ceño fruncido y parecían muy serios, nerviosos, suspirando y con los

músculos de la cara muy tensos. Como todos se volvieron extremadamente ocupados, ya nadie tenía tiempo ni para distraerse un poco mientras les cortábamos el pelo. Aunque no conocíamos sus errores o problemas, aunque a través de sus peinados y tipos de cabello no sabíamos si eran buenos o malos, gritábamos con toda sinceridad en las reuniones de crítica:

– Al oír los crímenes del secretario Fulano, me puse tan furioso que sentí estallar mi pecho. . .

Con la gran revolución cultural, comenzó el verdadero alboroto. De repente, las cabezas que yo conocía tanto se convirtieron en “cabezas de perros” que merecían ser bombardeadas, quemadas y destruidas. Cuando el hotel fue ocupado por unos “izquierdistas”, la peluquería sirvió de cuartel general con altavoces y ametralladoras. Después, otro grupo de “izquierdistas” vinieron a atacar el edificio. . . Entonces no tenía trabajo pero recibía regularmente mi salario. Esto me hacía sentir tan mal como si tomara el dinero de una cartera encontrada en la calle.

En 1974 se fundó el nuevo gobierno rojo. El cuartel volvió a ser peluquería. Cuando regresé a la sala, encontré los espejos rotos, los focos hechos pedazos, casquillos, lanzas y palos por todas partes. En el toallero, donde guardábamos las toallas calientes, había excrementos y lombrices —a pesar de que el baño estaba cerca. Eso no era problema: el ser humano puede ensuciar y destruir pero también limpiar y construir. En cuatro meses y con una suma considerable, concluimos la restauración del hotel, que desde entonces adquirió el nombre de Casa de Huéspedes Obrero-campesina; en realidad ni los obreros ni los campesinos tenían acceso al lugar. Se instalaron cuartos especiales con camas y baños de primera, y cocinas particulares para los nuevos dirigentes y generales quienes reemplazaron a los “seguidores del capitalismo”. Mas la comida de los huéspedes ordinarios empeoró cuantitativa y cualitativamente. Mis nuevos clientes ya no se preocupaban por complacerme con una sonrisa ni mucho menos por fijarse en la infección de mis ojos y el mal estado de nuestras escobas. La gente, la moral y la sociedad habían cambiado. Entre el desconcierto y la soledad, me sentí perdido.

En el verano de 1975, una pareja se instaló en el hotel. El hombre era un cincuentón canoso, de cabeza grande y labios gruesos. Sus ojos brillaban y su rostro siempre guardaba una expresión que irradiaba orgullo y tristeza. Su esposa, de pequeña estatura, tenía los ojos muy abiertos y bellos. Era una mujer lista en sus movimientos y bastante limpia en sus vestimenta. Pero su rostro parecía sin expresión, como si fuera una bola de acero. Ellos se mudaron con sus efectos —no eran más que un baúl y unas tinas y botellas— a un cuarto medio oscuro, la habitación número 6 del último piso, que había servido de depósito. Los dos tomaban sus alimentos en el comedor, mas siempre en el momento en el que la mayoría de los usuarios había terminado de comer y los mozos estaban por levantar la mesa. Se llenaban con cualquier cosa. Nunca hablaban con la gente y nadie

los visitaba salvo un joven de overol, quien venía a verlos cada sábado por la noche. Todos los días, antes de que despuntara la aurora, el hombre bajaba a hacer ejercicios alrededor de una gran morera. Habiendo terminado el calentamiento, corría un rato. Después de la cena, los dos salían a dar un paseo de una hora y diez minutos. Además de eso, se encerraban en su cuarto todo el día. Raras veces oía reír al hombre. Pero cuando lo hacía, lo hacía en forma resonante. Aunque el elevador estaba desocupado y la operadora de uniforme amarillo les sonreía, ellos preferían subir y bajar por la escalera. Eso me causó una impresión agradable, tal vez porque los nuevos dirigentes caminaban cada vez menos.

Esa mañana, antes de empezar el trabajo, fui al patio de atrás con el fin de ejercitar un poco los pies y la cintura como acostumbraba hacer. Me pareció extraño que no se encontrara allí ese hombre. Mientras, comencé a practicar mi boxeo chino, bajo la morera, extendiendo a medio paso mi pie derecho, respirando profundamente, bajando un poco el cuerpo y doblando luego la rodilla derecha para estirar la izquierda; oí unos sollozos tan débiles como de alguien que estuviese ahogándose. Era algo espeluznante. Enseguida me puse a buscar a ese alguien. Pasé al lado de una fuente y atravesé un muro de cedros. Cuando descubrí un hombre tirado cerca de la puerta del cuarto de hornos, corrí hacia él. Era el cincuentón. Su cara estaba bañada de sangre, su boca, llena de carbón y sus labios, muy lastimados. Lo levanté del suelo. Lo encontré tan débil y pesado que me vi obligado a cargarlo hasta la oficina de choferes. Desperté al joven que estaba en turno.

— Este hombre está herido. Llévalo al hospital —le dije.

El joven era Xiao Bu, hijo de un colega mío. Tenía el pelo y los zapatos brillantes y el pantalón y la camisa bien planchados. Examinó al hombre y se negó a ofrecer el servicio:

— Es un antirrevolucionario. No le haga caso.

— ¿Un antirrevolucionario? —fue una sorpresa que me hizo sentir aún más compasión por ese hombre—. Déjate de disparates. Un antirrevolucionario no estaría aquí.

— ¿No lo conoce usted? Es Tang Jiuyuan.

¡Así que era él! En 1967, en las calles, en los callejones, en los restaurantes y hasta en las paredes de los retretes públicos, había sentencias escritas con brea o cal: “¡Represión absoluta para...!”; “¡Criminal imperdonable...!”; “¡Destruir a...!” “¡Romper la cabeza de perro de...!”. Todas terminaban con el nombre de Tang Jiuyuan escrito al revés o cruzado por dos rayas rojas que indicaban la condena a muerte. Los dos grupos que lucharon y derramaron sangre en nuestra Casa de Huéspedes para probar quién, era el más “revolucionario”, imprimieron volantes con fotos que denunciaban y comprobaban que Tang era el Maquiavelo de la oposición. En 1970, Tang fue condenado oficialmente a quince años de prisión por haber atacado al grupo directivo de la revolución cultural.

Ahora, este hombre estaba en mis brazos, gimiendo y sangrando con los ojos cerrados.

Esta sangre, estos gemidos, este cuerpo inerte, este rostro pálido y estos ojos cerrados me hicieron evocar aquellos ojos brillantes que despedían orgullo y melancolía, aquella soledad, aquellas sentencias. . . Por quién sabe qué reacción, perdí la calma:

— ¿Tú qué sabes, idiota? Si el hombre está muriendo, sea quien fuese, tiene derecho al hospital. Llévelo. Si no, tú serás el responsable de todas las consecuencias.

Xiao Bu era de esos jóvenes que se atrevían a contradecir a sus padres. Pero esta vez se quedó boquiabierto.

— Bueno, este. . . —murmuró.

— Hazlo por mí. Pagaré el coche y cargaré con toda la responsabilidad. ¿Qué esperas, tonto? Vé a calentar el motor.

Aun ahora no me explico por qué de pronto tuve tanta compasión por un “antirrevolucionario” desconocido. Quizás porque a veces las cosas se desarrollan de forma contraria a lo que se pretende originalmente. De manera que en esos años, cuanto más se buscaba la línea entre las clases, más se desvanecía ésta; cuanto más se enfatizaba la lucha, más se valoraban la amistad y la lealtad; cuanto más se hablaba de política, más aburrida parecía; y cuanto más se criticaban las ideas, las costumbres y los hábitos viejos, más influencia ejercían sobre la gente.

En un jeep lo llevamos al hospital. La enfermedad se llamaba Menière y al atacar al hombre, lo había tirado al suelo rompiéndole los labios. El doctor le cosió la herida y lo hospitalizó por la contusión. En cosa de unos días, Tang recuperó la salud y regresó al hotel.

Un atardecer, Tang y su esposa vinieron elegantemente vestidos a mi peluquería. Me invitaron a su casa para mostrarme su gratitud. Abrieron muchas latas costosas de langostinos, pato laqueado de Pekín, hongos, pescado blanco, ajos con miel y otros. Por no conocer a nadie en ese lugar, tuvieron que gastar mucho dinero comprando comida enlatada. Después de unas copas, Tang empezó a hablar con voz estentórea. Era un gran platicador.

— Este año cumpla cincuenta y cuatro. En 1938 me uní al Octavo Ejército. Entonces tenía diecisiete años. Once primaveras después, fui comandante de un regimiento de artillería. Más tarde me desmovilicé, y desde ese momento permanecí durante diecisiete o dieciocho años como primer secretario en la prefectura N. En 1967 entré a la cárcel y pasé ocho años allí bajo la bandera de mi propio Partido. . .

En ese momento, su esposa lo interrumpió indignada:

— Estaba encarcelado con un prefecto nacionalista. Cuando le llevaba comida a la prisión, la esposa del nacionalista me miraba de reojo. . .

Al oír tales palabras, sentí un sudor frío en la espalda.

— Vamos, coma usted —me dijo Tang—. Ahora no tenemos nada para ofrecerle. Pero algún día se lo agradeceremos.

— Sin su ayuda él habría muerto. Me dijeron que el chofer no quería llevarlo al hospital. ¡Hombres que no ven más allá del momento! Habrá un día. . .

— Basta, basta —Tang le impidió seguir y luego regresó a la historia—. Antes de ir a la cárcel, cuando me encerraron en una celda solitaria, también estuve a punto de morir. Ocurrió que yo era un “criminal importante”, por lo que me pusieron solo en un cuarto. Al principio el lugar era caluroso. Mas mi joven guardia dijo que un antirrevolucionario como yo no debía estar tan comfortable y, por ende, con la culata de su fusil hizo un gran agujero en el umbral. Ese invierno, el viento penetró a mi celda y me enfermé de pulmonía. Ellos discutieron mucho tiempo si yo debía ser enviado o no al hospital. El joven guardia insistía en que no había necesidad de desperdiciar penicilina en un antirrevolucionario. Gracias a uno de los líderes que aún se adhería a la política humanista. . .

Tang era realmente un hombre de carácter fuerte. Hablando de una historia tan terrible como la suya, no perdía su tono sereno y humorístico y reía con frecuencia. Por el contrario, su esposa se ponía colérica.

— Diga usted, que también es un viejo camarada —me dijo ella—, ¿no somos nosotros los que luchamos por la liberación del país? ¿No somos los que construimos la nueva China? Pero finalmente somos los perseguidos, y los terratenientes, los elementos malos y los antirrevolucionarios se convierten en nuestros perseguidores. ¿Qué habría de ser esto si no fuera venganza de clase?

Tang tomó varias copas más. Cuando yo trataba de detenerlo, ella se interpuso:

— Déjelo tomar. Déjelo que hable, que se desahogue. . .

Él, con los ojos húmedos, prosiguió:

— Ocho años de cárcel no fueron en vano. Los aproveché para pensar y analizar mi vida. Aprendí muchas cosas que no me había enseñado la escuela del Partido. Me puse a reflexionar sobre todo cuanto había hecho desde 1938 y, especialmente, desde que había sido nombrado primer secretario de la prefectura N. Revisé todos y cada uno de mis éxitos y fracasos. La nueva situación era injusta, pero ¿no había sido injusto yo con los demás? Me hacían sufrir las acusaciones falsas, mas ¿nunca me había equivocado yo teniendo en mis manos el poder? Aunque eran verdaderos antirrevolucionarios todos los prisioneros, ¿por qué había de maltratarlos? ¿Por qué había de hacerles sufrir toda clase de insultos y persecuciones fuera de la ley? ¿Quiénes habían convertido, por ejemplo, a mi joven guardia en un ultraizquierdista, ignorante de las leyes y la política? ¿Acaso no habíamos sido nosotros mismos?

De pronto él dio un puñetazo contra la mesa y gritó con voz ronca:

— He pensado una y otra vez: si regreso a mi trabajo, primero, seré muy cuidadoso en la aplicación de la justicia; segundo, mejoraré las condiciones en la prisión y respetaré la personalidad de los encarcelados; y tercero, no confiaré nunca en los ultraizquierdistas.

Mi corazón, contraído y entumecido por los cambios, las sorpresas y el salvajismo sin nombre ni motivo, revivió por la sinceridad, la franqueza y el entusiasmo de Tang. Experimenté tal satisfacción como la tierra abrasada y llena de cuarteaduras que recibe la lluvia primaveral. Las lágrimas se asomaron a mis ojos, a pesar de que la historia no tenía nada que ver conmigo. Durante años, las fanfarronadas en los periódicos, en la radio, en los escenarios y en las reuniones habían ensordecido mis oídos. Ahora, al escuchar las palabras razonables de un viejo secretario prefectural, sentí que no habían muerto todos los buenos. La confianza, la razón y la honestidad que habían desaparecido y habían sido enterradas durante años, aún permanecían en el corazón de la gente. ¿Cómo no iba a llorar?

Desde aquel entonces, nos hicimos amigos. La amistad iluminó el corazón del solitario. En cuanto a mí, me sentía feliz cada vez que despertaba a medianoche pensando que contaba con un amigo respetable y confiable y que este amigo necesitaba mi ayuda. No sé de dónde había venido aquella necesidad de preocuparme tanto por Tang y de hacer todo lo posible porque él viviera mejor. Como yo mantenía buenas relaciones con algunos dependientes, tenía facilidad de proporcionarle cosas difíciles de conseguir en las tiendas, tales como pepinos de mayo, gasa dorada, licor de Cinco Cereales, termos pequeños, peces frescos y jabones transparentes. Además, como mi hijo trabajaba en la librería Xin Hua, yo podía facilitarle *Los reinos de Chou del Este*, *La tempestad de la guerra* y otros libros. Durante la Fiesta de Primavera, lo invité con su esposa a la casa. Juntos hicimos raviolos, comimos carne con arroz fermentado y huevos a la china y nos entretuvimos con fuegos artificiales. Cuando comenzó la construcción de mi pequeño depósito, Tang llamó a su hijo, el joven que lo visitaba cada sábado, para que me ayudara. Pronto, su hijo y el mío se hicieron amigos y comenzaron a salir juntos a nadar, a tocar guitarra y a intercambiar libros prohibidos.

— Lao Liu —me dijo Tang una noche en su casa—, ¿van a tu peluquería el secretario Zhao de la provincia y su familia? ¿Puedes avisarme cuando él vuelva allá? Quiero hablar con él.

— ¿Hablar con él?, quedé sorprendido, puesto que Zhao era un famoso camaleón oportunista.

La señora de Tang le objetó molesta:

— ¿Para qué quieres hablar con él? ¿Quién lo crees?

— ¿Qué otra alternativa me queda? ¿Seguir sin trabajo y con esas acusaciones que tanto me pesan? El secretario Zhao representa al Partido en esta provincia —dijo a su esposa antes de volverse a mí—. Me acusan de atacar al grupo directivo de la revolución cultural. En realidad no me atrevo a hacerlo ni me acostumbro a los ataques. Es una falsa acusación. Hasta hoy día no sé cuál ha sido el motivo de esta situación. Mas como comunista debo trabajar por mi Partido. . .

— ¡Qué palabras tan bonitas! —su esposa se enfureció—. Pero todo lo que deseas no es más que un puesto burocrático. ¡Me importa un rábano!

Hoy me llamaron los del departamento de organización para que trabajara como subsecretaria en una fábrica. ¡Qué maravilla! Salí directamente hacia el hospital para pedir una licencia de tres meses. Toda mi vida la he dedicado a la revolución y parece que esto ha sido el crimen por el que me persiguieron durante ocho años. . . Después te dan un puesto insignificante.

Como yo era su íntimo amigo, Tang no se sintió avergonzado por la arrogancia de la señora ni la encontró embarazosa.

— No es aconsejable ver las cosas así —me comentó él—. Los comunistas debemos encarar y soportar todas las pruebas del Partido. Además, tengo que hacer algo por mis hijos, ya que debido a mi actual situación, ninguno de mis descendientes puede entrar a la guardia roja. Es preciso hablar con Zhao.

Este tipo de discusiones era frecuente entre la pareja. Aunque la señora decía que no le interesaba la burocracia, yo sabía perfectamente que no era cierto. Lo que sucedía era que ella no se contentaba con el nuevo nombramiento. Yo lo encontré razonable porque le había oído murmurar que, según su rango, ella debía ser por lo menos subdirectora del buró de la industria ligera y que antes de que su marido hubiera sido rehabilitado, ella no podría trabajar. Pese a que estas ideas no me eran familiares, tampoco me parecían extrañas; porque la sinceridad de sus palabras me convenció de su razón y me hizo pensar que cualquiera imaginaría el disgusto de un director a nivel del buró convertido en un secretario de una fábrica pequeña. Sin embargo, al principio me desagradaba la importancia que prestaban a los rangos y posiciones, pero pronto comprendí y me pregunté por qué los veteranos como Tang y su esposa habían sido excluidos de lo que les correspondía, mientras que muchos charlatanes y matones habían escalado eslabones sociales pisoteando los nombres de los demás y abusando del poder sin escrúpulos. ¿Por qué aplicarles sólo a Tang y su esposa el lema de satisfacerse con los puestos de baja categoría? Después de todo, ellos habían hecho contribuciones a la revolución y, además, el hombre había revisado su historia y estaba ansioso de realizar sus tres principios —o tres programas administrativos—. Aunque sólo fuera por estos tres, yo le deseaba un cargo importante en el gobierno. Por otra parte, su preocupación por el futuro de sus hijos también merecía mi simpatía. Los veteranos como ellos eran seres humanos, comían cereales y tenían sentimientos y deseos, pero se distinguieron por sus experiencias durante los largos años de la revolución y por sus reflexiones en el último periodo. Por eso deposité en ellos todas mis esperanzas respecto al futuro de la patria, del Partido y de mi familia.

Entonces, deshechando de la mente el lema de no meterme con los asuntos ajenos, empecé a fijarme en el secretario Zhao. Poco después conseguí que Tang y Zhao se encontraran, pero nunca supe cómo se desarrolló la entrevista. Más tarde, Tang fue nombrado octavo subsecretario de la

cooperación de abastecimientos y ventas, lo que enfadó sobremanera a la señora.

— ¡Bah! El secretario prefectural hecho un dependiente. . . — dijo ella burlona.

Tang le sonrió sin palabras como si estuviera contento con el cargo. No obstante, el ambiente político cambió otra vez a finales del año. La “Banda de los cuatro” lanzó una campaña contra los viejos dirigentes que habían regresado a diferentes cargos del gobierno, razón por la cual Tang perdió de nuevo la oportunidad de trabajar, aun como octavo subsecretario de la cooperación.

En enero de 1976, Tang, su esposa y el pueblo lloramos juntos por el fallecimiento del premier Zhou En Lai. La pareja estuvo todo un día en la Plaza del Pueblo asistiendo a las actividades conmemorativas organizadas por las masas.

— Estas actividades conmemorativas son también manifestaciones políticas —me dijo Tang en tono agitado—. Sus ojos se encendían con la furia del viejo comandante de artillería. Pensé que estaba planeando una batalla. Preocupados, discutimos juntos sobre la situación del país. Pero después del incidente de Tienanmen, que fue calificado como un “acto antirrevolucionario” el siete de abril de ese año, Tang volvió a callar y hasta me advirtió seriamente cuando yo criticué la situación:

— Ten cuidado. Estás frente a un problema muy serio. Estudia los documentos del Comité Central del Partido y comprenderás el significado de la “crítica a Deng” . . .

Al escuchar sus palabras, quedé desconcertado y desanimado pero, pensando en la posición de Tang, comprendí que él no podía hablar de otra forma.

En octubre de 1976, cayó la “Banda de los cuatro”. En febrero de 1977, el primer secretario Zhao fue destituido por sus relaciones con la “Banda” y el comité del partido de la provincia fue reorganizado. Al mes siguiente, el nuevo comité provincial del Partido presidió un gran mítin en el que Tang fue rehabilitado. Los medios de información anunciaron que el camarada Tang había sido perseguido debido a que él había luchado firmemente contra Lin Biao y la “Banda” como si el pino hubiese resistido la nieve. Una semana después, Tang fue nombrado secretario del comité del Partido de la ciudad S, directamente subordinada a la provincia. Como sabía que él se había vuelto un personaje muy ocupado, no fui a verlo pero tomé unas copas con mi familia celebrando su nombramiento. Antes de asumir su cargo, él, su esposa y su hijo vinieron a mi casa para despedirse y para invitarnos a la ciudad S. Tang me prometió su ayuda siempre que yo la necesitara. Tenía ganas de platicar conmigo, pero su esposa —se veía mucho más serena que antes— le recordó que dentro de cinco minutos un comisario político les ofrecería una comida. Él estrechó mi mano sin soltarla aun cuando el motor de su coche estuvo en marcha.

— Ven a visitarnos— me pidió una y otra vez.

Quedé emocionado. Sin embargo, mientras ellos llegaron, mi hijo se escondió afuera y no apareció hasta el atardecer. Lo critiqué, pero me replicó con los dientes apretados:

— Soy demasiado pequeño para estar con los importantes.

— ¿Qué dices? —me enfurecí—. Cualquiera que sea su posición, él es mi amigo y camarada. Yo no soy de esos halagüeños y tú me conoces. Mas tampoco me alejaré de él porque se ha vuelto importante.

Mi hijo me respondió con una sonrisa, una sonrisa muy ligera con la que suele pagarme por mis críticas.

— ¿Por qué me sonrías así? —me sentí humillado.

Esquivando mis ojos, me objetó con voz cansada:

— ¡Qué ingenuo eres! Dime si él luchó firmemente contra la “Banda”, si él fue un “pino” resistente y si no pidió trabajo a los de la “Banda”. . .

¡Cielos! ¡El hijo llamó ingenuo a su padre! No supe qué contestarle pero le grité con ira:

— ¿Qué sabes tú si ni siquiera tienes sentimientos de clase? La “Banda” hizo sufrir a los viejos camaradas y ahora tú estás buscándoles faltas. Es peligroso tener ideas como las tuyas.

Mi hijo se alejó. Desanimado, me dije que mis argumentos y mi manera de razonar habían dejado de ser eficaces y conmovedores para la nueva generación como lo eran en otro tiempo.

Con motivo del año nuevo, Tang me escribió y me envió un paquete de pastel dulce con sabor a casia, producto conocido de la ciudad S. En la carta nos invitó a su casa, pero estuve indeciso pensando que Tang debía estar muy ocupado. Pero mi mujer me incitó a ir aunque mi hijo protestó: ¿De veras vas a ir? No olvides que él es secretario. . . Secretario, repetí la palabra bajando la cabeza, pero pronto pensé que la diferencia de categorías no significaba la distancia de dos corazones sinceros. Por fin decidí viajar a la ciudad S, pedí a mi esposa que preparara los platillos favoritos de Tang: carne con arroz fermentado y huevos a la china. Dos días antes de la Fiesta de Primavera, cuando estaba por salir de viaje, Xiao Bu vino a buscarme. Llevaba un paquete de dulces y dos botellas de vino. Se sentó en una silla y dijo:

— Sabe usted que mi jeep está siempre a su disposición. . . Su mesa será más bonita si la cubre con una capa de plástico. Yo tengo una del tamaño de la mesa. Si quiere, se la regalo. . . Su bicicleta necesita ser recromada. Yo la llevaré. . .

Nosotros dos nunca teníamos nada que ver el uno con el otro. Por eso lo que el joven hacía me incomodaba tremendamente. Después de dar mil vueltas, tocó al fin el objetivo de su visita:

— Usted no sabe cuánto lo admiro, maestro Liu. Es completamente cierto que la edad equivale a la experiencia. ¡Cuán lejos ve usted, maestro! Cuando Tang estaba en dificultades, usted le ayudó e hizo de él un amigo útil. Pero no olvide que usted y yo somos trabajadores y debemos

preocuparnos el uno por el otro. Para decirle la verdad, tengo veintiocho años y todavía soy soltero. Ahora que encontré a una amiga, en verdad muy bonita, estoy ansioso de complacer sus deseos, que no son tener un guardarropa o un televisor, sino cambiarse de lugar y de trabajo, o sea, mudarse de los suburbios al centro de la ciudad S y ser hilandera en vez de tejedora. Oí decir que usted saldría mañana a la ciudad S, por lo tanto vine a pedirle este favor.

El puso en mis manos su paquete y sus dos botellas.

— Pero. . . ¿qué puedo hacer yo?

— Eso depende de usted. Mi papá es su amigo y ha recibido mucha ayuda suya. . .

— ¿Qué quieres decir? —me sonrojé terriblemente.

Cuando iba a explicarme algo, se acercó mi hijo y con el paquete y las botellas le abrió la puerta.

— Busca a otro. Mi papá no va para allá —dijo a Xiao Bu devolviéndole sus cosas.

— No pueden hacerme esto. Algún día ustedes necesitarán mi ayuda. . .

Mi hijo cerró la puerta y me echó una mirada de reproche.

— Cancela el boleto. . . —dije a mi esposa entre suspiros. En junio de ese año, fui representante del área de servicios públicos en la conferencia provincial para aprender de Daging, en la industria, y Dazhai, en la agricultura. Por casualidad, cerca de mi cubículo estaban los representantes de la ciudad S. Aprovechando la oportunidad les pregunté por Tang.

Aunque los periódicos y documentos hacían hincapié en la necesidad de tratar a los comunistas con el término “camarada” por más altos rangos que tuviesen, los representantes de la ciudad S comenzaron la plática con el “secretario Tang”:

— El secretario Tang trabaja muy bien. Desde que llegó a la ciudad, se ha preocupado por la limpieza, la higiene, el tráfico y la reforestación. Ha purificado de los cargos administrativos a los seguidores de la “Banda”. Es una persona recta.

Ellos me contaron unas anécdotas para mostrarme lo bueno que era Tang. Durante la pasada Fiesta de Primavera, Tang, disfrazado de gente ordinaria, hizo una investigación sobre un mercado y logró atrapar a un subgerente que abogaba por intereses extraoficiales valiéndose de su cargo. El hecho parecía un cuento policiaco. Mi corazón se regocijaba tanto como si yo hubiese participado en el trabajo de Tang.

— ¿Mejoró las condiciones en la cárcel? —les pregunté extremadamente intrigado.

Nadie supo qué contestar. Leyendo sus ojos, entendí que era una pregunta extraña, puesto que nadie se atrevía a preocuparse por los criminales.

— ¿No tiene él nada criticable?, cambié de tema con una sonrisa amarga.

— Bueno. Todo el mundo está criticando a su esposa, que es realmente una mujer difícil. Pelea con los peluqueros cuando entra a la peluquería y se enoja con los dependientes cuando hace compras. Molesta a los inferiores pero también a los superiores. Le tenemos mucho miedo.

— Están exagerando —comentó alguien—. Ciertamente es una mujer de mucho carácter. Pero si tú no la ofendes, ella sabe ser buena contigo.

— El secretario Tang tiene una residencia muy lujosa. Su hijo no está casado pero también quiere un departamento grande. Su hija y su yerno van a mudarse del pueblo Y a la ciudad S y la señora les está buscando casa. . . —ellos hablaban en voz baja. Aunque nadie los espiaba, todos acostumbraban bajar la voz cuando el tema de conversación se refería a los superiores.

Sus comentarios me obligaron a reflexionar durante toda la noche. ¿Qué le pasó a la señora? ¿Qué les pasó? Ellos habían sufrido mucho, por eso la gente los compadece. Si ella sólo pensaba recuperar las pérdidas que les había causado la “Banda”, estaba equivocada. El pueblo depositaba su esperanza en ellos. . . Si ellos se aislaban del pueblo. . . ¡Esto era inconcebible!

Sentí que me urgía ir a la ciudad S y ver a Tang y a su esposa para decirles lo que había oído. Ahora que ellos eran funcionarios no contaban con muchos que pudieran comunicarles la verdad con franqueza y honestidad. No conseguí calmar mi desesperación hasta que aproveché los últimos dos días —dedicados a visitar lugares de interés, sacar fotos, ver teatros y asistir a banquetes— para ir a la ciudad S.

En cuatro horas el tren nocturno me llevó a la ciudad S. Cuando estaba desayunando en un restaurante, me encontré con un viejo colega a quien no veía desde hacía tiempo. Al saber que mi objetivo era visitar a Tang, se alarmó:

— ¿Qué pasó? ¿Vienes por problemas con la justicia? Pero siempre creí que eras pacífico. . .

— No es eso. Conozco a Lao Tang y él me ha invitado a su casa.

— ¿A su casa? —él se mostró asombrado, pero de pronto pareció entender todo—. Eres increíble. Nunca pensé que un hombre tan sencillo como tú también supiera hacer amistades con personas importantes. ¡Qué bueno!

Levantó su pulgar; luego me dijo al oído:

— Mañana el comité del Partido de la provincia inaugurará aquí una reunión de trabajo. Los mejores cocineros, actores e incluso los artículos de consumo más solicitados en la ciudad se han conseguido para servir en la reunión. Los restaurantes de comida fría también permanecerán cerrados al público. Te digo que debes entrar al Hotel de los Huéspedes Distinguidos y si consigues algo bueno, hazme compartir un poco.

¿Llevas suficiente dinero? Mi casa está. . .

Sus palabras aumentaron mi desasosiego. Antes de instalarme y de tomar un descanso, me precipité a la oficina de la ciudad y mediante

algunos camaradas supe que Lao Tang se encontraba en la Casa de Huéspedes número 1, o el Hotel de los Huéspedes Distinguidos, como lo llamaba la gente. Corriendo, me dirigí allí. A unos doscientos metros del hotel, me topé con unos soldados y policías de vigilancia. A unos cincuenta metros, los guardias detuvieron mi paso.

— ¿A dónde va? —me preguntaron así, a secas, sin decirme ni siquiera “camarada”.

A diez metros de la puerta, me pidieron papeles e identificaciones. Gracias a la credencial de la última conferencia, pude acercarme a la puerta.

Después me llevaron a la sala de comunicación, un cuarto completamente incomunicado y cerrado con ventanas tapadas con papel blanco para impedir las miradas curiosas. Cuando ya había perdido las esperanzas de comunicarme con alguien, advertí una ventanilla en la pared que daba a la dirección contraria al hotel. Todos los visitantes debíamos ser primero registrados y esperar después si nos autorizaban el paso.

La ventanilla estaba muy alta, como para los basquetbolistas de más de dos metros de altura. De puntillas y con el cuello bien alargado, llamé adentro:

— ¡Camarada!

Sentí un dolor tremendo en el cuello pero no vi más que la espalda de un hombre sumamente robusto.

— ¡Camarada! —le llamé varias veces antes de que él diera media vuelta para mirarme. En cuanto lo vi voltearse de nuevo, le grité desesperadamente:

— ¡Camaradaaaa... !

— ¿No sabe hablar o qué? —su pregunta, como una bala, hirió mi rostro, mi corazón y todo mi ser.

¿Hablar? Claro que sabía hablar, si yo era chino y no mudo. Mi cara se tornó ardiente.

— Quiero ver a Lao Tang. ¡Quiero ver a Tang Jiuyuan!

El nombre así pronunciado por mí hizo al grandote que se volviera. Aproximándose a la ventanilla me examinó de pies a cabeza, lo que me espantó. Pensé que prefería la mirada de un enemigo irreconciliable a aguantar la mirada desconfiada de un camarada. Me hizo preguntas, pero al enterarse de quién era, me dijo fríamente:

— No se reciben visitas durante el tiempo de la reunión.

— La reunión comenzará mañana, ¿no es así? Yo fui a la oficina y me dijeron que viniera aquí.

— No se reciben visitas —murmuró tajantemente y luego me dio otra vez la espalda.

En ese momento, una voz femenina llamó a la puerta. El hombre saltó del lugar y se apresuró a la puerta. ¡Qué diferencia! Se había convertido en otro hombre, como si Bodhisattwa lo hubiese tocado con una gota

mágica. Dulce, educado, listo y obediente, quitó la cerradura y abrió la puerta.

— Unos amigos de mi hijo vendrán a ver la película de esta noche. Cuando lleguen, déjalos pasar. . . —era la señora de Tang.

— Seguro. No habrá problema. Conozco a Xiao Tang. . .

— A lo mejor no vienen con mi hijo. . .

— No se preocupe. Siempre que mencionen a Xiao Tang. . . —el hombre se mostraba tan afable como obediente.

— ¡Pero él no me deja entrar! —protesté al sentirme más seguro por la presencia de la señora.

— ¡Oh, Lao Liu! ¿Qué viento tan bendito sopla hacia acá? —ella me dijo a modo de saludo. Luego con un gesto de la mano hizo que el hombre me entregara una carta de paso. Él me la dio sonriente. Esa sonrisa me pareció más detestable que la anterior mirada de desconfianza. Aparté mis ojos y rápidamente entré al hotel.

Ante la señora me quejé de la frialdad de los guardias y la extremada vigilancia.

— Me parece que su hotel es demasiado distinguido —comenté.

Ella me replicó, riendo a carcajadas:

— No me digas. ¿A poco es fácil de entrar a tu Casa de Huéspedes Obrero-campesina? ¿Qué podemos hacer? Mucha gente viene con sus quejas y todo. Si dejáramos pasar a todo el que llegase, no trabajaríamos —cordial y familiar, se me acercó diciendo: te hemos extrañado mucho. He dicho tantas veces a Lao Tang que eres un verdadero amigo y un camarada estupendo. Ahora que él es secretario, muchos vienen a buscarlo: viejos colegas, subordinados, compañeros, hasta parientes que nos olvidaron durante mucho tiempo. Quisiera saber dónde estuvieron escondidos antes. Cuando iba a la cárcel para enviarle comida a Lao Tang, no hubo nadie que me dijera unas palabras de consuelo.

Estaba indignada.

— Ahora la cosa es diferente— observé.

— Sí— recuperó enseguida su sonrisa—. Quédate unos días. No te apresures a regresar. Te acompañaré a pasear. Ya no soy tan tonta como antes. Ahora tengo tiempo. Puedo ayudarte a comprar cosas o a buscar médicos. Si tienes algo más importante, busca a Lao Tang. Tú nos conoces y nosotros a ti. . .

Antes de que terminara sus palabras, la llamaron.

— Lao Tang se encuentra en la sección número 3 —mientras se alejaba, me dijo apuntando una dirección. Después me gritó desde lejos—. No te vayas. Esta noche habrá una película extranjera. . .

Siguiendo la dirección que ella me señaló, pasé por una pequeña tienda cuyos anuncios me llamaron la atención: piel, lana, televisores, zapatos y otros artículos muy baratos pero difíciles de conseguir afuera. Quedé sorprendido. A un lado de la tienda se encontraba un puesto de comida fría. Como había sudado llamando de puntillas a la puerta, tenía ganas de

comer una paleta y compré una. Era mucho mejor y más barata que las del mercado público. Aun en la Casa de Huéspedes donde había trabajado durante tres décadas no había disfrutado semejantes comodidades y lujo. Comiendo la paleta, mi corazón se encogió. Sentí mucho frío.

— Tengo que hablar con Lao Tang. ¿Para qué tantos privilegios en una reunión? El pueblo ya se está quejando de la situación. Aunque la vigilancia sea más estricta, el pueblo sabrá todo. Además, tengo que preguntarle qué ha hecho con sus tres principios. Pensando, salí del puesto y encontré la sección número 3. En el patio había una bandera roja, un Datsun y un Mercedes Benz —cualquiera los atribuiría a dirigentes de importancia—. Lao Tang estaba feliz dirigiendo personalmente a los choferes de estos coches de calidad para que se estacionaran en lugares frescos y cercanos a la salida. Llevaba un traje muy bueno, desabotonado. El cuello de su camisa brillaba de blancura. Habiéndose estacionado los coches, se acercó a los choferes y los saludó estrechando la mano de cada uno. Luego llamo a un asistente para que los llevara a descansar. Parecía sencillo, amable y sin ninguna arrogancia.

Se volvió hacia mí, pero cuando estaba por llamarlo, llegó un dirigente con unos papeles.

Mientras los leía, se dirigió a otro funcionario medio canoso y de lentes:

— Revisa los baños de la sección número 1. El personal del hotel es verdaderamente flojo. Ayer fui allá y encontré los baños muy sucios y con las regaderas medio tapadas. Los critiqué. . .

Llegaron más personas. Lao Tang atendió a todas:

— Tú vas al auditorio. . .

— Tú vas a la cocina. Diles que consigan vinagre añejo de Shanxi. . .

— Tú vas a la tienda. . .

— Tú vas a la clínica. . .

— Sí, desde hoy quiero que salgan cada día dos o tres folletos sobre la reunión. ¿Que no hay nada que escribir? Para empezar, puedes decir que el pueblo de la ciudad S se siente muy honrado por ser anfitrión de esta reunión. . . No creo que para eso necesites mi enseñanza.

— Dile que venga. Ahora el eje de trabajo de nuestra ciudad es la reunión. Dile que yo lo llamo.

— Déjalo para después. Diles que esperen. Yo perdí ocho años en la prisión de la "Banda". . .

— No, no tengo tiempo. Diles que busquen a los del buró de educación. . .

Se fueron unos y llegaron otros. Todos llevaban documentos y problemas. Todos se sentían honrados de poder hablar con Lao Tang.

Había pasado media hora, una hora. . . Por fin se fueron todos. Él parecía muy agotado.

— ¡Lao Tang! —lo llamé cuando estaba por irse.

Se volvió hacia mí. Me miró vagamente con los ojos cansados. Pero de pronto se iluminó su rostro.

— ¡Ah, es Lao Xu! ¿Cuándo llegaste? —se aproximó a mí y me estrechó la mano sumamente fatigado.

— ¿Usted ha olvidado mi apellido? —le dije con tono triste y un poco de reproche.

— ¿Ah? ¡Ah, sí! ¡Eres Lao Li! No, ¡eres Lao Liu, maestro Liu! Mira lo viejo que estoy. . . —se reprochó con la cabeza inclinada—. Advertí con lastima las profundas arrugas de su frente y las numerosas canas entre sus cabellos.

— ¿Cómo está? Su enfermedad. . .

— Estoy bien. Gracias. Sólo que con mucho trabajo, mucho. . .

— Lao Tang, ¿nos acompañas a dar un paseo. . .? —con un acento marcadamente sureño, uno de los cuatro o cinco camaradas viejos que pasaban por allí llamó a Tang.

El camarada de acento sureño llevaba una chaqueta gris desabotonada y un par de zapatos de tela. Lo reconocí y también a los otros. Eran los dirigentes del comité del Partido de la provincia. Lao Tang les respondió y presurosamente me dio un apretón de manos diciendo:

— Quédate. Ya platicaremos.

Al verlo alejarse, di un paso y lo llamé con voz temblorosa, como si él fuera a desaparecer para siempre:

— Lao Tang, sólo quiero decirle una cosa. . .

El se volvió y me miró con afecto.

— La tienda de aquí. . .

Antes de que terminara, llamó a un camarada joven y le dijo:

— Dale dos cartas de compra y alójalo en el hotel. . .

Se fue. Me sentí mareado y salí del hotel a pesar de la hospitalidad del joven.

Al regresar a la capital provincial, cada vez que hablaba de mi visita a la ciudad S, mis amigos y parientes me criticaban:

— No debiste hacer eso. Él está ocupado y viejo. Hubieras esperado unos días. . .

Sin embargo, mi hijo sólo me dijo tres palabras:

— ¡Te lo mereces!

En la Fiesta de Primavera de 1979, Lao Tang y su esposa me mandaron una carta y una bolsa de frutas procesadas. Mi nombre estaba correctamente escrito. Me invitaban a la ciudad S y se disculpaban por no haberme recibido como se debía a causa de la reunión. . . Reconocí la letra de Tang. Sus expresiones eran sinceras y cordiales. Me trataba con igualdad. De modo que me conmoví y me arrepentí de mi actitud en esa visita desagradable. Sentí vergüenza de mi impaciencia y mi subjetividad. ¡El hecho de que Lao Tang estuviera ocupado no es un error! ¡Tampoco lo es su amabilidad con los choferes! Si su esposa es enojona, se debe a su carácter y no tiene mucho que ver con Tang. En cuanto a su particularismo, no

tengo más argumentos que el precio de los artículos de esa tienda. Además yo mismo comí una paleta barata. Por otra parte, el Comité Central del Partido acaba de aprobar la orden de establecer procuradurías en todos los niveles del gobierno. Pienso que en esa tienda ya no debe haber paletas especialmente baratas. Una sociedad no puede existir sin funcionarios. Porque sin ellos, el país se llenaría de excrementos y lombrices. ¿Quiénes deben ser funcionarios? Yo no votaría por el ex secretario Zhao ni por los generales de la guardia roja. Yo no puedo ni quiero ser funcionario pero apoyo a Lao Tang. Entonces es preciso ser comprensivo con él y darle tiempo. Para todo se necesita tiempo. La aplicación de sus tres principios también necesita tiempo. No debo perseguir a los funcionarios como lo hicieron los generales y la “Banda”, ni utilizarlos como lo han deseado Xiao Bu y mi viejo colega, ni seguirlos ciegamente como los representantes de la ciudad S, ni tampoco mantenerme lejos de ellos o incluso odiarlos como mi hijo. ¡Cuánta sangre se derramó y cuántos sacrificios se hicieron por derrocar al Partido Nacionalista y a la “Banda de los cuatro”! Por fin nuestros viejos camaradas regresaron al poder. Sin embargo, si no les ayudamos con toda honestidad y si todos nos alejamos de ellos, ¿qué será de nuestro país y de nuestro querido Partido? Reflexionando, las lágrimas corren por mis mejillas. Tengo que volver a la ciudad S, a ver a mis amigos llevándoles carne con arroz fermentado y huevos a la china. . .

Traducción de Chen Zhongyi

La cola de la cometa*

Pegados al letrero rojo con letras blancas en el que estaba escrito: “¡Viva la Gran República Popular China!”, cerca del signo de admiración, con la altura de un edificio de dos pisos, se veían cucharas, cuchillos y tenedores —¡cubiertos marca “Triángulo”!, y junto a ellos un piano marca “Xianghai”, valijas “La Gran Muralla”, tejidos “Edelweis”, lápices “Pez Dorado”— que recibían el brillo de las luces mansas de las lámparas inclinadas con solicitud, a la vez que irradiaban sonrisas brillantes y materiales. Había unos álamos delgados y decorosos junto con dos cipreses afables, uno gordo y otro chiquito, con sus sombras entrelazadas, descoloridas y esbeltas que acariciaban un césped al que el viento ya le había arrebatado su juventud. Entre el césped solitario y silencioso y los lujosos anuncios comerciales, en el riguroso y cruel viento nocturno de comienzos del invierno, estaba parada ella, Fan Susu. Iba vestida con un abrigo tres cuartos de paño anaranjado, un pantalón gris de poliéster y lana, muy bien planchado, y un par de graciosos zapatos negros de medio tacón. En el cuello llevaba atado un pañuelo de seda tan blanco que parecía el plumaje del pecho de una golondrina. El pañuelo blanco hacía contraste con sus ojos y su cabello, más oscuros que la noche.

“¡Nos vemos en donde están los advenedizos!”, le había dicho por teléfono a Jiayuan. Siempre llamaba “advenedizos” a los anuncios comerciales. Sentía a la vez cariño y envidia por estos nuevos ídolos recién surgidos. “Después de echarles unas cuantas miradas, te sientes dueña de un piano”, le había dicho Jiayuan. “Claro, si no dejas de decir, ‘si no me tragas, te trago’, terminas convirtiéndote en lobo” había dicho ella.

Pasaron veinte minutos sin que Jiayuan llegara. Él siempre llegaba tarde. ¡Tonto! Tal vez le habían hecho otro chantaje. Una mañana de

* Escrito entre diciembre de 1979 y enero de 1980.

invierno, cuando iba en bicicleta camino a la biblioteca, al pasar por las tumbas de los Tres Reyes vio a una anciana que gemía en la acera: alguien la había tumbado y después se escapó. Entonces, él levantó a aquella anciana pelona y le preguntó su dirección. Dejó su bicicleta en la acera, la aseguró y, sosteniendo a la anciana, la acompañó a su casa. Pero resultó que los familiares y vecinos lo rodearon y lo tomaron por el culpable. La anciana, ciega por su gran edad, animada y acosada por las preguntas de la gente que estaba a su alrededor, llegó a asegurar firmemente que él había sido el culpable. ¿Era por una confusión de la anciana? Cuando explicó todo, demostrando que él había sido el que la había ayudado, una mujer con voz aguda le gritó: “Según lo que dices, ¿casó tú eres otro Lei Feng?”.¹ Todos se alborotaron y rieron tanto hasta saltárseles las lágrimas. Eso fue en 1975, cuando toda la nación había estudiado durante cierto tiempo a Xunzi, antiguo filósofo chino, y creía que la naturaleza humana era mala.

Él nunca llegaba a la hora citada. Siempre estaba tan ocupado que no tenía tiempo ni para limpiar las manchas y el polvo de sus anteojos. Susu nunca había estado ocupada antes de conocerlo. En su abrigo colgaba un botón que iba oscilando y que ella no tenía ganas de pegar. Esto se debía principalmente a que, a excepción de su abuela, esta ciudad la trataba con frialdad, no la acogía y la había expulsado cuando ella recién tenía dieciséis años. Decir expulsar no era muy justo. Resonaban por encima de la cabeza cañonazos de honor, y clarines de bronce los estaban llamando en la pradera. También había banderas rojas, libretas rojas, brazaletes rojos, corazón rojo, todo un mar rojo. Se trataba de construir un mundo rojo en el que novecientos millones de habitantes estarían unidos como un solo hombre. Todos, desde los 8 hasta los 80 años, se formarían en un círculo para recitar en coro citas de Mao; para gritar al unísono: “¡A la izquierda!” “¡A matar, a matar, a matar!” Su deseo de realizar un mundo rojo como éste era mayor que el de antaño: poseer una cometa enorme con doble cascabel. No logró ver cómo era un mundo rojo, pero en cambio vio un mundo todo verde: pastos y cultivos. Ella ovacionaba a este mundo verde. Más tarde fue un mundo amarillo: hojas secas, la tierra, un invierno árido. Añoraba a su familia. Y un mundo negro. Eso fue cuando los otros jóvenes instruidos para usar palancas se habían ido uno tras otro y ella sufrió la falta de vitamina A y por cierto tiempo padeció una enfermedad de la vista.

Abandonó su sueño del mundo rojo por un mundo verde, un mundo amarillo y un mundo negro. Desde entonces, empezó a no tener apetito y a padecer del estómago. Adelgazó y estaba pálida. Además de su sueño rojo había abandonado muchos sueños de otros colores o, entre alborotos, los sueños le habían sido arrebatados o habían desaparecido sigilosamente. Sueños blancos eran aquellos de marineros y de olas, de una doctora o una

¹ Joven destacado por su disposición a ayudar a los demás.

obrero, de la princesa Blanca Nieves. ¿Por qué todos los copos de nieve tenían seis puntas y sus formas eran tan variadas? ¿No sería que la naturaleza también tiene carácter de artista? Sueños azules eran aquellos del cielo, el fondo del mar, las luces de las estrellas, el acero, el campeón de esgrima y el salto del paracaidista con aterrizaje preciso, el laboratorio químico, las probetas, las lámparas de alcohol. También había sueños anaranjados. Sí, el amor. ¿Dónde estaba él? Alto, guapo, inteligente, bondadoso. Siempre sonriente. . . “¡Aquí estoy!”, gritó ella en el muro del eco del Templo del Cielo.

Sus padres agotaron todos sus recursos y usaron todo su ingenio, movilizandole todas sus fuerzas para lograr que ella volviera a esta ciudad que generosamente le había dado tantos sueños, pues por fin su padre entendió que era inevitable que ella regresara. Para lograrlo hicieron tantos esfuerzos, pasaron tantas pruebas, que eso también fue un sueño, pero un sueño desconocido y absurdo. Ella ya no añoraba más estos sueños. Ya no añoraba el título de “pastora de hierro”, ni aquella vida. Raras veces mencionaba este título, y los colores y aspectos totalmente distintos de esta vida que era un prisma giratorio con muchos ángulos.

Había regresado sin tantos colores pero con un poco más de energía. Se habían añadido muchos olores: humo de aceite, salsa de ajo, cebollín frito hasta quedar dorado, eructos que sabían a vino, vapor, pedazos de carne, de cabeza de carnero, más delgados que un papel. Trabajaba como mesera en un restaurante musulmán, aunque ella no era musulmana. Todo aquello —la oferta floral, las felicitaciones, las buenas calificaciones, los desfiles, las lágrimas, de alegría, los zumbidos de los golpes de un cinturón, el memorizar con toda fluidez las instrucciones supremas de Mao, las mejores noticias, el tren, el camión, el caballo retinto y alazán, los semblantes del jefe de grupo de producción—, ¿todo aquello no era más que para llegar a servir platos de doscientos gramos de granos fritos? Una vez vio una foto suya que le habían tomado cuando estudiaba el primer año de primaria. Era el Día Nacional, en 1959. Tenía siete años, usaba dos trenzas con cintas de seda en forma de mariposa que la hacían volar. Acompañada por la maestra, voló hasta el pabellón de Tienanmen y ofreció un ramo de flores al presidente Mao, quien le estrechó la mano. Ella era tan chiquita que nunca había estrechado la mano de otros. Las manos del presidente Mao eran muy grandes, calientes y enérgicas. Tal vez el presidente Mao le había dicho algo, pero ella no lo había oído bien. Más tarde recordó que a lo mejor había dicho: “Mi nena”. ¡Qué feliz era ella! Era la nena del presidente Mao, siempre sería una muchacha afortunada.

Pero más tarde no pudo reconocer esta foto. ¿Era real esta foto? No podía reconocerse a sí misma. Incluso en 1975, al regresar a la ciudad, tampoco podía reconocer al presidente Mao. Antes, ¡qué erguido estaba el presidente Mao y qué enérgicos eran sus movimientos! Ahora, en los noticieros, veía que él movía los pies con dificultad y cuando abría la boca tardaba mucho en cerrarla. Pero en los periódicos y en la radio todos los

días anunciaban las instrucciones más recientes del presidente Mao que ella creía entender. Eso realmente le dolía. Tenía un gran deseo de visitar al presidente Mao y cocinarle un tazón de sopa de camote. Cuando la abuela estaba enferma, era ella quien con pedazos de camote blanco, resbaladizo y fino, le cocinaba una sopa dulce, picante y aromática, que era muy buena para que los ancianos se recuperaran. No, no debería contar sus problemas y penas al presidente Mao, no debería molestarlo. Si se le salieran las lágrimas ante el presidente Mao, debería voltear la cara.

Sin embargo, eso era imposible. Ya no era nada afortunada. ¿Acaso se le había agotado de una vez toda su fortuna? ¿Por qué había regresado a la ciudad? ¿Por la mamá? ¡Ridículo! ¿Por la abuela? ¡Imposible! ¿En los periódicos no se decía acaso que todo lo hacíamos por el presidente Mao? Pero no tenía la oportunidad de verlo. Susu ya no soñaba. Sin embargo, aunque no soñaba, no dejaba de delirar, apretar los dientes, voltearse y suspirar hondamente. “Susu, ¡despiértate!”, la mamá la llamó, y ella se despertó perpleja sin recordar sus sueños; sólo sintió que le corría por el cuerpo un sudor frío y una gran flojera, como si acabara de ser trasladada de una habitación para enfermos contagiosos.

Aquel día ella estaba en la acera y vio al tonto de Jiayuan. Vio cómo la anciana que él había ayudado hizo que pagara los platos rotos, y presencié la escena en la cual lo rodeaban y atacaban. Jiayuan no era alto y tenía una apariencia poco distinguida, pero en su cara se dibujaban toda clase de sonrisas apacibles que a Susu le parecían conocidas y familiares. Más tarde vino un policia de la seguridad pública, más inteligente que el rey Salomón, que le dijo: “Busca dos testigos para demostrar que no fuiste tú el culpable”. ¿Puedes encontrar a dos personas que atestigüen que no eres un espía de la KGB? De otra manera será fusilado, pensó Susu. Pero en realidad no dijo nada. Era una de los tantos curiosos que iban camino a su turno de trabajo. No había que pagar para ver estos espectáculos que eran más interesantes que las funciones en los teatros y en las pantallas. En los teatros, no se decía más que “tocar con heroísmo el cielo”, “llegar hasta el noveno cielo”, “vencer el cielo”, “alcanzar el cielo”: a excepción de no dejar en paz al cielo, no había otras palabras nuevas.

“¿Qué es lo que quieren ustedes?” La sonrisa apacible y familiar se convirtió en unos ojos bien abiertos y llenos de dolor. A Susu le pareció que se le había clavado una espina en el corazón. Tenía ganas de vomitar y, tambaleándose, se fue. Ojalá que el rey Salomón no la persiguiera.

Casualmente por la tarde aquel joven tonto fue a su restaurante a comer granos fritos. Otra vez sonrisas. Sólo pidió ciento cincuenta gramos. “¿Son suficientes para usted?” Sin reflexionar, Susu había roto con su costumbre de no cruzar palabra con los clientes. “Ah, por el momento sólo quiero eso” dijo el joven tonto, excusándose. Torció el índice derecho y empujó hacia arriba los lentes, que en realidad no estaban por deslizarse hasta la punta de la nariz. “Si usted no tiene suficientes cupones o dinero” —quien sabe por qué Susu expresó su pensamiento— “no importa, pida lo

suficiente y mañana pagará lo que debe". "¿Eso no está en contra de los reglamentos?" "Yo pago por usted. Eso no tiene nada que ver con los reglamentos." "Le agradezco. Entonces voy a pedir más, pues al mediodía no comí lo suficiente." "¿Quiere ochocientos gramos?" "No, cuatrocientos." "Bueno." Ella le sirvió doscientos más. El cocinero pensó que ese cliente era un conocido de Susu y, al llenar el plato, añadió una cucharada de pedacitos de carne de carnero. Cada grano había sido frito en aceite y brillaba como una pepita de oro. El brillo de los granos de oro se reflejó en la cara y la sonrisa del joven se volvió aún más agradable. Por primera vez, Susu comprendió que los granos fritos eran un tesoro magnífico, con una potencia incomparable. "Dijeron que yo había derribado a alguien con mi bicicleta, y me pidieron entregar todo mi dinero y mis cupones." "Pero no fue usted, ¿no?" "Claro que no." "Entonces, ¿por qué les dio el dinero? No debía haberles dado ni un centavo. ¡Qué indignación!" "Pero aquella anciana necesitaba cupones y dinero; además no tengo tiempo para indignarme." Un cliente estaba llamando. "Ya voy", contestó Susu en voz alta, y con un trapo en la mano, se dirigió adonde la llamaban.

Por la tarde, al regresar a casa, quiso hablar con la abuela, que se estaba quejando de dolores en el corazón. Los padres no podían decidir si la llevaban enseguida al hospital o no. "En la sala de emergencia de ese hospital hay un olor pestilente. El que puede estar acostado en el pasillo durante cinco horas sin fallecer debe tener unos intestinos de hierro", dijo Susu. El padre le echó una mirada de furia con la que le reprochaba no tener ninguna compasión con su abuela. Susu se dio media vuelta y regresó a la cabaña improvisada que le servía de habitación.

Por la noche, Susu tuvo un sueño. Era un sueño que había tenido con frecuencia años atrás: hacer volar una cometa; pero cada vez que lo había tenido las circunstancias habían sido diferentes. Desde 1966 ya habían transcurrido diez años sin un sueño como éste. Y desde 1970, seis años en que no soñaba con nada. En el lecho del río, seco por mucho tiempo, volvió a correr el agua. En una carretera obstruida por mucho tiempo, los vehículos volvieron a circular. El sueño abandonado por mucho tiempo volvió a aparecer. No se trataba de un prado ni de un campo de deportes: montada sobre un caballo hacía volar la cometa. El cielo era muy amplio y la tierra muy ancha. "El campo es un espacio vasto", recitaban a coro los niños. Pero la persona que hacía volar la cometa no era ella, sino el joven que había comido cuatrocientos gramos de granos fritos. La cometa era muy simple, tan simple que a uno le daban ganas de llorar. Era rectangular. Se le llamaba vulgarmente "Tapanalgas". Pero al fin y al cabo, la cometa se remontó hacia el cielo, más alto que el nuevo edificio del restaurante "Viento del Este", más alto que los pinos en las cumbres del monte Daqing, más alto que las águilas que volaban por encima de la pradera, más alto que aquellos globos de los que colgaban las consignas: "¡Viva la Gran Revolución cultural proletaria!" Volando, volando, pasaba una tras otra, montañas; uno tras otro, ríos; una tras otra, filas de pinos; una tras otra, co-

lumnas de guardias rojos; una tras otra, manadas de caballos; uno tras otro, platos de granos fritos. ¡Qué divertido! Ella, siguiendo a "Tapanalgas", también se echó a volar y terminó convertida en la cola larga de la cometa.

Se despertó del sueño y todavía era de noche. Prendió su linterna de pilas para buscar aquella foto suya que la hacía más feliz. En el décimo aniversario de la República había ofrecido flores al presidente Mao y creyó que era una muchacha afortunada. Canturreando "los comuneros somos flores de girasol", pegó aquel botón del abrigo que desde hacía mucho tiempo estaba por caerse. Automáticamente, le deseó muy buena salud al presidente Mao y cocinó una sopa de camote para la abuela. Esta sopa era realmente mágica y eficaz. La abuela, al tomarla, se sintió mucho mejor. En este momento ya había clareado bastante. Los familiares y los vecinos ya se habían levantado. Entonces se lavó los dientes y enjuagó su boca a sus anchas. Hacía tanto ruido que parecía que un tren había entrado en el patio, y los chapoteos al lavarse la cara parecían los del príncipe Nezha cuando alborotó el mar. Comió un pedazo de pan viejo y un pedazo de col salada, y bebió un tazón de agua. Sólo ante la duda de si el artículo de Deng Tuo, "El agua es la mejor bebida", significaba un ataque a las Tres Banderas Rojas, ella se salió del "Tapanalgas" y volvió al mundo real. Sin embargo, se ató bien las agujetas, y al caminar, los zapatos sonaban "clac, clac", como si hubiera una herradura en cada tacón, como si alguien estuviera introduciendo una cuña en la madera para fabricar un armario con cinco cajones, al estilo checo.

"Susú, ¿por qué estás tan contenta?", le preguntó el padre.

"Voy a ser jefa de la sección", dijo Susú, y el padre se puso contentísimo. Cuando Susú se convirtió en jefa de grupo, a los seis años, en el jardín de niños, el padre estaba tan contento que no dejaba de mencionarlo a cualquier persona que encontraba. Cuando Susú se hizo jefa de brigada de pioneros, a los nueve años, el padre también se mostró contentísimo. . . ; en ese momento sonó el silbido del tren y el padre se puso a llorar, con una cara fea por lo deformada. Los muchachos en los vagones también lloraron. Pero Susú no derramó ni una sola lágrima; al parecer, quería sinceramente templarse y ya era más fuerte que su padre.

"Hola, ¿qué tal?" "¿Cómo está?" "¿Qué se le ofrece hoy?" "Le pago primero la deuda. Aquí tiene los cupones y 28 centavos." "Usted tiene las cuentas tan claras como 'un platillo de cebollín con queso de soya'." "No, no quiero queso de soya; tráigame otros doscientos gramos de granos fritos." "¿No quiere variar el menú? Tenemos raviolos; con un cupón de 15 centavos le daré 7 raviolos; con un cupón y 18 centavos le daré 2 empanadas; con 4 cupones y 30 centavos le daré una torta tostada con salsa de ajonjolí y un tazón de sopa de queso de soya." "Tomaré lo más rápido." "Ahorita le sirvo, allá me están llamando. Le traeré empanadas. ¿Hoy también quiere trescientos gramos? Aquí están las empanadas. ¿Por qué está tan ocupado? ¿Es usted estudiante?" "¿Tengo aspecto de

eso?" "¿Es usted técnico, organillero o un jefe recién ingresado al grupo directivo?" "¿Tengo aspecto de eso?" "¿Entonces. . .?" "Aún no tengo empleo." "Espere, allá viene otro cliente. . . Sin empleo, y ¿cómo es que está tan ocupado?" "Los que no tenemos empleo también somos seres humanos: tenemos nuestra vida y nuestra juventud y un montón de cosas interminables." "¿En qué está ocupado?" "En leer libros." "¿Qué libros lee?" "Libros de optimización de paleontología y de idiomas." "¿Presentará el examen de admisión a la universidad?" "¿Es posible ahora ingresar a la universidad mediante un examen? Yo no sé entregar un papel en blanco como examen." "¿Qué lástima! Creo que no valen las experiencias de Zhang Tiesheng, que ingresó a la universidad con un papel en blanco como examen." "Siempre vale la pena estudiar algo, algo interesante. Aún somos jóvenes, ¿no es así?"; terminó de comer las empanadas y se fue apresuradamente, dejando tras de sí muchas dudas.

Llegó puntualmente a la misma hora. Esta vez pidió un tazón de sopa de queso de soya. En la sopa de queso de soya de color blanco-grisáceo flotaban florecitas de puerro verdes, salsa de ajonjolí marrón y chile rojo vivo. ¿Por qué los chinos y los extranjeros, sin excepción, conocemos al emperador Qin Shihuan, y nadie conoce el nombre del ingenioso científico que inventó el queso de soya? "Usted me ha engañado." "No." "Me ha dicho que no trabaja." "Es verdad. Hace sólo tres meses que regresé del nordeste, debido a dificultades en la familia. Pero el mes que viene voy a trabajar." "¿En qué organismo de estudios científicos?" "En la Estación de Servicios de la Población; seré aprendiz de compostura de paraguas." "¿Qué mala suerte!" "No. ¿Usted tiene un paraguas roto? Se lo arreglaré." "¿Pero su optimización, su paleontología y sus idiomas. . .?" "Seguiré estudiándolos." "¿Con la optimización arreglará paraguas y con el esqueleto de un diplodoco fabricará paraguas?" "Oh, todo será útil para arreglar paraguas. Pero el problema no consiste en eso. Escúcheme. . . Otro tazón de sopa de queso de soya, esta vez sin tanto chile. Mire, ya tengo la frente cubierta de sudor. Gracias. . . bueno, un empleo es una manera de sobrevivir y también un deber básico. Pero uno debe ir más allá del empleo. Un empleo no lo es todo y tampoco es eterno. Uno debe ser dueño del mundo, dueño del empleo y, antes que nada, debe poseer conocimientos. Si usted arregla paraguas y yo también, si usted gana 18 yuanes y yo también, pero si usted entiende de diplodocos y yo no, usted será más fuerte que yo, usted será mejor y más rica que yo. ¿No es así?" "No entiendo." "Sí, entiende, ya entiende, si no, ¿por qué habla usted conmigo?" "Aquel cliente de Shandong está enojado porque en su plato de cacahuates cocidos encontró un pedacito de piedra que le ha lastimado la encía. ¡Adiós!" "¡Adiós!" "¡Hasta mañana!"

"Mañana. . ., esta palabra hizo ruborizarse a Susu. "Mañana" era como la cola de la cometa "Tapanalgas", simple, modesta, pero libre y flotante, parecida a un bambú, una nube, un sueño, un ballet, la armonía en una melodía en sol, hojas otoñales y pétalos de flores en primavera. Sin embar-

go, no era más que una cometa “Tapanalgas”, que hasta un niño sumamente pobre, sin pantalones, era capaz de tener.

“Mañana” él no llegó; “pasado mañana” tampoco. Buscando un potrillo, Susu se perdió en el bosque de la montaña, gritando “oh. . ., ah. . .”, como si fuera una yegua triste, como si le hubieran quitado su credencial de residencia, su carnet de abastecimiento de cereales y su tarjeta de compras.

“¿Es usted? ¿Cómo se acordó de volver?” “Se murió mi abuela.” Susu creyó que se hundía en una cueva de hielo; se apoyó en la pared y tardó mucho en comprender que era a este tontito a quien se le había muerto su abuela y no a ella. Pero estaba igualmente triste y sintió frío en todo el cuerpo. “La vida es corta, por eso el tiempo es lo más valioso.” “Pero dedico mi tiempo más precioso a servir platillos”, sonrió melancólicamente, como si hubiera escuchado a lo lejos el trote de aquel potrillo. “Le agradezco que haya servido platillos a tanta gente. Pero no se limite sólo a servir platillos.” “¿Y qué más? Ni siquiera es imprescindible que yo sirva aquí. Para poder hacerlo, mis padres no escatimaron esfuerzos.” “Igual pasa conmigo.” Se produjo una sonrisa de comprensión mutua. “Le propongo que aprenda un poco de árabe, pues este restaurante sirve a musulmanes.” “¿Y qué tiene que ver con que sea un restaurante para musulmanes? Al fin y al cabo, el embajador de Egipto no vendrá aquí a comer granos fritos.” “Pero es posible que usted sea embajador en Egipto. ¿No lo ha pensado?” “¿Qué bromista es usted!” El potrillo había entrado en el restaurante musulmán y le había pisado el pie hasta lastimarla. “¿Es realmente un sueño!” “No es malo soñar y bromear. De otra manera, la vida sería demasiado deprimente. Pero usted debe tener la convicción de que puede llegar a alcanzar la misma inteligencia, integridad y capacidad de una embajadora, e incluso, superarla. Puede ser que usted no llegue a ser una embajadora, pero debe ser mejor que una embajadora. La clave está en estudiar.” “Sus palabras me suenan algo arribistas.” “No, eso sólo es lo básico de un *adam*.” “¿Qué?” “*adam*.” “¿Qué *adam*?” “Es la primera palabra árabe que le enseño, *adam*. . . ser humano. Ésta es la palabra más bella. Adán del Edén es otra traducción fonética de *adam*. Y Eva, se pronuncia Hava y quiere decir cielo. El ser humano necesita el cielo, y el cielo también necesita al ser humano.” “Por eso desde niños remontamos cometas.” “Vaya, usted es una discípula excelente.”

Lección primera: ser humano. Adán necesita a Eva y Eva necesita a Adán. El ser humano necesita al cielo y el cielo necesita al ser humano. Necesitamos cometas, globos, aviones, cohetes y naves espaciales. Así empezó el aprendizaje de árabe. Esto provocó la intranquilidad de mucha gente de su alrededor. “Tú debes contentarte con servir platillos. Debes preocuparte de no dar el mal ejemplo. ¿No tendrá él relaciones con extranjeros? Así como hay movimiento de “Limpieza de los cuatro terrenos”,²

² Campaña de rectificación en la política, la ideología, la organización y la economía, lanzadas en 1964.

¿Por qué no puede haber movimiento de “Limpieza de los tres extraños”: personas extrañas, asuntos extraños y fenómenos extraños? Integramos un grupo de investigación para tu caso especial.” “Yo no he roto ni un plato. No pretendo ser jefe de sección. Sólo sé Mohammed, Sadat y Arafat. Y doy la bienvenida para que sea usted jefe del grupo de investigación de mi caso especial.”

Por entonces, ella y Jiayuan se enamoraron. El chisme llegó inmediatamente a los oídos del padre, como si existieran por todas partes cámaras de fotografía secretas y grabadoras para espiar muchachas. “Cuál es su nombre, su nombre original, nombres que ha usado, origen de la familia, origen personal, estado económico de antes y después de la reforma agraria, su historia desde el tercer mes hasta ahora, sus antecedentes, los miembros de su familia, entre sus parientes principales hay alguien que haya sido terrateniente, campesino rico, elemento contrarrevolucionario, elemento nocivo o derechista, a quien le hayan hecho una revisión política, cuándo fue rehabilitado, cómo se comportó en los movimientos políticos pasados, su ingreso y su gasto, y el de los principales miembros de la familia, sus cuentas y sus ahorros en el banco. . .” Susu no pudo responder a tantas preguntas. La madre se asustó tanto que no pudo contener las lágrimas. “Sólo tienes 24 años y siete meses. Te faltan cinco meses para que sea correcto buscar novio. Hay malvados. Por todas partes hay elementos nocivos.” El papá decidió investigar en el organismo de población del barrio donde vivía el joven, en la entidad en donde trabajaba, en la oficina de seguridad pública de su zona, en el departamento de personal y en el departamento de archivos. Por eso, el padre decidió ofrecer un banquete con comida mongola para movilizar a todos sus conocidos que tenían que ver con el asunto. “Pum, bang”, una tetera de cerámica de Yixing, la favorita del padre, fue arrojada por Susu al suelo y se rompió. “De esta manera, usted podrá encontrar a un reaccionario y no a un novio.” Susu gritó, portándose como una “muchacha de hierro”. Pero luego se puso a llorar.

En el restaurante, el gerente, los comisarios, los cuadros, el jefe de grupo, el instructor político, todos le hicieron preguntas al estilo de las del padre y le dieron consejos al estilo de los de la madre. “El amor proletario nace de la comunidad de creencias, los puntos de vista y la ideología, y se necesita una comprensión mutua durante largo tiempo. En este problema debes ser seria, prudente y consciente, mantener la vigilancia, estar alerta para evitar encontrar un posible enemigo. Debes elegir a un novio según ‘las cinco condiciones’ dignas de un heredero de la causa proletaria revolucionaria.” Pero ella no podía tirar al suelo teteras en el restaurante, pues desde niña le habían enseñado a valorar los bienes públicos.

El presidente Mao falleció. Susu, temblando, lloró hasta desmayarse. Hacía tiempo que quería llorar, llorar por el presidente Mao, por sí misma y por los demás. “China se acabará”, dijo el padre. Pero la que se acabó fue la “Banda de los cuatro”. Sólo en el momento de despedir los restos, Susu

pudo acercarse por segunda vez al presidente Mao. “Vengo a ofrecerle flores”, dijo suavemente.

Ella sabía que todo estaba cambiando. Podía aprender a sus anchas el árabe, aunque los que pasaban noches enteras jugando a las cartas tal vez serían más fácilmente admitidos en el Partido y ascendidos. Ya podía caminar tomada de la mano de Jiayuan, aunque había quienes se enfurecían hasta perder los estribos al ver caminar juntos a una pareja de jóvenes. Pero no podían encontrar un lugar donde platicar. Las bancas de los parques estaban todas ocupadas. A duras penas descubrieron una, pero vieron que en el suelo, frente a ella, alguien había vomitado. Decidieron entonces ir a otro parque, más amplio y abierto. En cada poste, al lado de las bancas, había un altavoz. “Ahora transmitiremos información para los visitantes.” La información consistía en: “una multa desde 50 centavos hasta 15 yuanes”, “. . . lo entregaremos a seguridad pública”, “. . . que lo cumplan concienzudamente”, “. . . que obedezcan a la administración”, etc. Las informaciones eran sumamente complicadas y, al parecer, sin un entrenamiento previo de una semana era imposible visitar el parque. “¿Es posible platicar de amor en un lugar como éste? ¡Vámonos!”

¿Adónde? Al río que rodea la ciudad, donde no hay altavoces, pero el lugar está demasiado apartado. Se decía que una vez, mientras una pareja estaba platicando de amor, “¡no se muevan!”, un hombre enmascarado apareció bruscamente ante ellos, con un puñal en la mano, acompañado de un ayudante. Les quitaron los relojes y el dinero que llevaban. Ante la violencia, el amor siempre es impotente. Tiempo después, seguridad pública logró solucionar el caso y detener al criminal. ¿Por qué hay quienes no quieren a la seguridad pública? Es indispensable la seguridad pública.

Si vas a un restaurante, primero tienes que esperar detrás de alguien viendo cómo, cucharada tras cucharada, palillo tras palillo, toma su sopa y come sus platillos, y al terminar, cómo fuma y bosteza. Luego, cuando a duras penas logras sentarte y empiezas a comer, un nuevo candidato, para evitar que le ganen la silla donde tú estás, pone un pie sobre el travesaño. Cuando mueve el pie, los trozos de carne y los pedazos de molleja bailan en tu garganta. Los cafés y los bares no existen, porque son lugares inmorales. Finalmente optas por caminar por avenidas y callejuelas, con el consuelo de que en los Estados Unidos se alienta a la gente a pasear para no engordar. El problema es que en invierno hace demasiado frío. Ellos habían paseado en días fríos con una temperatura de 20 grados bajo cero. Con un abrigo de algodón o una capa forrada, con un gorro o una bufanda de lana, con una mascarilla en el rostro, se estaba bien y se evitaba el contagio. Pero niños traviesos que jugaban en los callejones, al ver la pareja de enamorados no dejaban de alborotar, decir groserías y arrojar piedras. ¡Quién sabe cómo habían llegado al mundo!

Jiayuan siempre se mostraba contento, ya sea junto a una barda, debajo de un plátano, a la orilla de un río. . . No bien se sentaba cerca de

Susu comenzaba a platicar con ella en árabe o inglés. Susu siempre se mostraba exigente, descontenta e insatisfecha. No, no, no. No quería ninguna sustitución, como aquel cliente de Shandong que no podía aceptar una piedrecita en los cacahuates cocidos. Buscando y buscando, casi pasaban el fin de semana tras un lugar donde sentarse. Buscando y buscando llegaba la noche. ¡Ay, nuestro cielo y nuestra tierra tan anchos, nuestro enorme vacío tridimensional! ¿En qué rincón van a enamorarse, abrazarse y besarse nuestros jóvenes? Sólo necesitan un lugar muy, pero muy pequeño. En el mundo caben tantos héroes intrépidos, insurgentes que estremecen el cielo y la tierra; caben los gusanos malévolos e idiotas que han dañado a la humanidad; caben campos de batalla, explosiones, plazas, sitios de reunión, lugares de ejecución. . . y no puede caber el amor apasionado de Susu, con su metro sesenta y sus 48 kilos, y Jiayuan, con casi un metro setenta y 54 kilos.

Susu se frotó los ojos pues le picaban. ¿Había tocado chile con las manos? ¿Los ojos le picaban antes o después de frotarlos con los dedos? ¿Tendremos un lugar donde estar esta noche? Aunque hacía frío aún no usaban mascarillas. Jiayuan había dicho que iría a la administración de viviendas. Cuando tuvieran una vivienda se casarían y no pasearían por los callejones. “Dígame, camarada, ¿puede decirme donde está la calle Dashijie?”, preguntó un hombre con acento local y un bulto a la espalda que lo obligaba a caminar encorvado. Iba vestido con un abrigo nuevo pero manchado de polvo. En realidad, aquel hombre era mucho mayor que Susu.

“¿La calle Dashijie? ¡Ésta es la calle Dashijie!”, dijo Susu indicando la esquina donde brillaban los semáforos rojos y verdes. Allí pasaban camiones y trolebuses, y bicicletas semejantes a oleadas, ora deteniéndose, ora avanzando.

“¿Aquí ya es la calle Dashijie?”, el hombre adulto, con la espalda inclinada por el peso, levantó la cabeza mostrando sus pupilas oscurísimas. Susu sintió también el entumecimiento del cuello. En las pupilas oscuras se observaba una franca desconfianza. Susu indicó repetidas veces: “Sí, ésta es la calle Deshijie”. Hubiera querido poner en las manos de este sencillo pero desconfiado hombre los grandes almacenes centrales y el restaurante “Pato Laqueado”. Él, vacilante, dio unos pasos y cruzó la calle sin utilizar el paso de peatones marcado con pintura blanca. El policía de uniforme blanco llamó su atención por medio de un altavoz. Aturdido por los gritos, el hombre se paró en seco en el centro de la calle, en medio del torbellino de coches. Torció el cuello para preguntar al policía: “Camarada, ¿dónde está la calle Dashijie?”

“Susu.” Allí estaba Jiayuan, todo sudado, con el cabello desordenado y jadeante. “¿Has surgido de la tierra? Te he esperado mucho tiempo sin verte y de súbito apareces.” “Poseo el secreto de ser invisible. Estaba persiguiéndote.” “¿Si todos tuviéramos este secreto, qué bueno sería!” “¿Cómo?” “Bailaríamos en el parque sin ser vistos por nadie.” “No grites, te están mirando.” “Hay quienes creen que es infame bailar, sin saber que

ellos mismos son monstruos feos.” “Tus palabras son cada vez más amargas. Antes no eras así.” “Ha sido el viento otoñal que ha afilado mis palabras. No encontramos dónde refugiarnos del viento.”

A Jiayuan se le velaron los ojos y ella inclinó la cabeza. En sus lentes se reflejaban múltiples luces de lámparas, ventanas y casas. “¿Aún no hay nada?” “No. La administración de viviendas no nos la da. Dicen que hay muchos que hace tiempo se casaron, ya tienen hijos y siguen sin vivienda.” “Entonces, ¿dónde se casaron? ¿En un parque? ¿En la cocina de granos fritos? ¿En un garito de tránsito? Allí no está mal. Con vidrios en los cuatro lados. ¿O en una jaula con barrotes de hierro del zoológico? Así podrán aumentar el precio del boleto de entrada.” “No te agites. Tú. . .” Con el índice derecho empujó hacia arriba los lentes, aunque no parecían estar a punto de resbalar. “Lo que dices es correcto, pero las viviendas no caerán del cielo. Hay muchos que necesitan viviendas. Realmente hay quienes tienen más problemas que nosotros.”

Susu calló. Inclinó la cabeza. Con la punta del pie apartó una piedra invisible.

“¿Y cómo estás? ¿Has comido? Yo aún no he cenado.” Jiayuan cambió de tema. “¿Qué?, sólo recuerdo haber servido la cena a muchos, pero no si he cenado.” “Entonces, tampoco has cenado. Vamos a aquel restaurante de wanton. Tú te pondrás en la cola y yo apartaré asientos. O yo apartaré asientos y tú te formarás.” “De cualquier manera que lo digas, resulta lo mismo. Tus palabras suenan casi igual que las de ciertos informes en las reuniones.”

El restaurante de wanton estaba tan repleto de clientes que daba la impresión de que allí servían la comida gratis o, más bien, que por comer cada tazón de wanton les pagaban 20 centavos. “Creo que no vamos a comer wanton y que sólo compraremos algunas tortas. Pero para comprarlas también tenemos que hacer cola. Creo que es mejor no hacer cola y comprar los panes con frutas cristalizadas en la tienda de enfrente.” Pero cuando llegaron el dependiente ya había vendido los dos últimos panes con frutas cristalizadas a un viejecito que llevaba un abrigo forrado de piel de mapache, al estilo de comienzos de la dinastía Qing. “Tal vez podamos comer pan, tal vez no. . ., ¿qué podemos hacer?”

“Tal vez no deberíamos haber nacido, ¡y qué bueno sería!”, dijo fríamente Susu. “Si no se hubiera atacado erróneamente la nueva teoría demográfica de Ma Yingchu, no hubiéramos llegado a este mundo.” “¿Por qué te quejas tanto? Nosotros nacimos antes de la nueva teoría demográfica.” “Ya no hay pan.” “Bueno, dénos dos paquetes de galletas.” “Ya tenemos galletas. Tú y yo vendemos comida y arreglamos paraguas. Estudiamos. Hacemos el bien, ayudamos a los demás. No somos demasiados los buenos. Aún escasean los buenos.” “¿Para qué? ¿Para dar siete yuanes y todos tus cupones de cereal a los que te han chantajeado?” “Aunque me chantajearan por 700 yuanes ayudaría a la anciana herida a levantarse. . . ¿Acaso tú no eres así, Susu?” Empezó a tronar y relampaguear. Las líneas

eléctricas y las luces de las lámparas comenzaron a temblar. De súbito, Jiayuan gritó: "Prueba mi paquete". "Son iguales." "No, las galletas de mi paquete son sumamente sabrosas." "¿Cómo es posible?" "¿Por qué no? Si no hay ni siquiera dos gotas de agua iguales." "Entonces prueba las mías." "Y prueba las mías." "Después de probar yo las tuyas, probarás las mías." Intercambiaron las galletas y las compartieron. Al terminar de comerlas, Susu rió. Los hambrientos están de peor humor que los que no tienen hambre.

El tiempo cambió de súbito. Las líneas eléctricas zumbaban. Los anuncios comerciales se sacudían. Las luces de los faroles de la calle se volvieron opacas. Chillaba el viento en los oídos. Era un viento fuerte y frío que empujaba a los peatones. De repente, la calle se vio mucho más amplia y vacía. El policía se había refugiado en la garita que Susu había imaginado como una alcoba nupcial.

"Vamos a refugiarnos." La lluvia, fría como la nieve, y la nieve que parecía lluvia, golpeaban ásperamente a la gente. La lluvia y la nieve se entremezclaban. Se tomaron con fuerza de la mano. No se oían mutuamente. Frente a la naturaleza, como ante la humanidad, se encontraban indefensos. Sin embargo, tenían las manos calientitas. Su riqueza y su fuerza era ese calor que no se extinguiría.

"¡Vámonos a buscar un lugar!", dijeron confusamente, masticando arena, lluvia y nieve. Se echaron a correr sin saber si era Jiayuan quien arrastraba a Susu, o Susu quien arrastraba a Jiayuan, o se trataba del viento que los arrastraba a ambos. Simplemente, había una fuerza que los arrastraba. Llegaron a un edificio de viviendas de catorce pisos, recién construido. Hacía tiempo que se habían enamorado de estos edificios altos recién nacidos. Pero estos edificios eran como los desconocidos, de los que siempre se desconfía y contra los cuales se abrigan resentimientos, como había sucedido con la anciana derribada y con el viejecito del abrigo forrado de piel de mapache. El viejecito, mientras compraba sus panes, ¡qué miradas les había echado! Parecía como si esperara que en cualquier momento ellos sacaran sus puñales. Hacía tiempo que corrían rumores adversos a estos edificios de muchos pisos. Decían que los del decimocuarto piso no podrían llevar hasta arriba su armario y, por lo tanto, tendrían que izarlo por afuera desde la ventana, y que, ¡oh, absurdo!, la cuerda se rompería y el armario caería al suelo y se haría añicos. ¡Nueva leyenda al estilo de las "mil y una noches"! Susu y su novio no pensaban así. Cuando llegaban ante estos edificios se sentían un poco avergonzados, pues lo que padecían era un amor no correspondido.

El viento y la nieve les dieron valor y entraron intrépidamente al edificio. Subieron una tras otra las escaleras. Todo estaba muy sucio y no había lámparas en los pasillos. Sin embargo, las luces de los faroles de la calle iluminaban con suficiente claridad. Subieron muchas escaleras, pero todavía no llegaban al piso más alto. Siguieron subiendo. Ahí estaba el pasillo del decimocuarto piso. Tal vez en este piso aún no vivía nadie. Olía

a polvo de cemento y a pintura fresca. Allí no había viento, ni lluvia, ni nieve, ni altavoces que transmitían información a los visitantes, ni hombres con mascarilla, ni peatones, ni clientes impacientes sacudiendo el pie a la espera de heredar un asiento. Allí no había padres que despreciaban a un obrero que arreglaba paraguas y a una mesera. Tampoco había niños traviesos que, al ver a una pareja de jóvenes, alborotaban, los insultaban con palabras groseras e incluso les arrojaban piedras. Desde allí podían divisar las luces del edificio de veinticinco pisos donde se encontraba el restaurante "Viento del Este" y oír el tañido agradable de las campanas de la estación ferroviaria. Desde allí podrían divisar el reloj eléctrico de la aduana. A sus pies se observaban bombillas verdiazuladas, lámparas anaranjadas, luces blancas y plateadas; líneas del trolebús que despedían chispas brillantes, faros delanteros de coches y luces rojas de freno. Suspiraron profundamente, como si hubieran subido al paraíso. "¿Estás cansado?" "Nada de cansancio." "Hemos subido al decimocuarto piso." "Aun podría subir hasta el vigesimocuarto piso." "Y yo también." "Qué estúpido, aquel hombre." "¿Quién?" "Aquel campesino que estaba en la calle Dashijie y preguntaba dónde estaba la calle Dashijie. Se lo dijiste y aún dudaba."

Empezaron a conversar en árabe, en voz baja, mientras sus corazones palpitaban fuerte e irregularmente. Jiayuan se estaba preparando para el examen de admisión de posgrado y animó a Susu, quien aún no estaba muy convencida. "No tenemos la seguridad de salir exitosos, pero tenemos que esforzarnos." Jiayuan tomó de la mano a Susu, y la sintió tierna y fuerte. Susu se apoyó en el hombro de Jiayuan, un hombro común y corriente, pero firme. El cabello de Susu era como una lluvia negra y tibia. Las luces brillaban, temblaban y giraban, formando una y otra línea de versos. Una antigua canción popular alemana decía: "Hay una flor que se llama nomeolvides, flores azules. . ." Una canción folklórica de Shuide, al norte de la provincia Shansí, decía: "Quisiera decirte algo, pero temo que se rían de mí. . ." Flores azules volaban por el cielo y las olas del mar los cubrían. ¿Por qué temía que se rieran de ella? La juventud era más cálida que el fuego, era arrullos de palomas, era flores, era ojos con lágrimas de Susu y Jiayuan. ¡Bum!

"¿Quiénes son ustedes?", preguntó una voz potente. Jiayuan y Susu se dieron cuenta de que a ambos lados del pasillo había gente con cosas en las manos. El ser humano es un animal capaz de usar utensilios: rodillos, palas, azadones. . . Creían que había estallado una rebelión primitiva de ciudadanos.

Entonces empezó el interrogatorio riguroso lleno de hostilidad. "¿Quiénes son ustedes? ¿A qué se dedican? ¿A quién buscan? ¿No buscan a nadie y sólo para refugiarse del viento se han metido aquí? ¡Absurdo! Ustedes dos escondidos aquí, y abrazados, no están haciendo nada bueno. Los jóvenes de ahora están perdidos. China se acabará en sus manos. ¿Tienen credencial de residencia, de trabajo o una carta de presentación? ¿Por qué no se quedan en casa con sus padres, con sus dirigentes y con las

masas populares? Ustedes no pueden irse. No crean que pueden hacer todo a su antojo. A ver, ¿qué puerta han abierto? Éste es un lugar público. Un lugar público, sí, pero no es para ustedes, sino para nosotros. ¿Han entrado así nomás? ¿Por qué tan así nomás? Realmente son unos sinvergüenzas, unos canallas, unos descarados. . . ¿Ultraje? ¿Qué es ultraje? Antaño a nosotros llegaron a cortarnos el pelo a la mitad de la cabeza. También nos dieron bofetadas y nos pusieron los brazos atrás en posición de “avión”. ¿Aún no se mueven? Entonces actuaremos sin miramientos, traigan cuerdas. . .”

Susu y Jiayuan estaban muy tranquilos, pues un segundo antes habían sido muy felices. Aunque los dos sabían varias lenguas, claro que muy poco, no entendían aquella lengua rara de sus queridos compatriotas. Si los diplodocos pudieran hablar, su lengua no resultaría más difícil que ésta. Los dos se quedaron perplejos, incluso intercambiaron una sonrisa.

“Ya, manos a la obra”, dijo un “diplodoco”, animándose a sí mismo y escondiéndose enseguida detrás de los otros. “Manos a la obra”, dijeron otros a coro, también retrocediendo. Jiayuan y Susu querían irse pero no podían porque se encontraban cercados.

La situación había llegado a un punto muerto, y de súbito, alguien que tenía un caño en la mano preguntó: “¿No eres tú Fan Susu?”

Ella inclinó la cabeza. “Claro que sí.”

Entonces se aclaró el malentendido. “Discúlpennos, pero es que últimamente los ladrones nos han asustado bastante. Dicen que en algunos edificios han ocurrido robos. No podemos menos que aumentar la vigilancia. Hay malvados. Creímos que ustedes eran. . ., qué chistoso. Perdonen. . .”

Susu reconoció vagamente en aquel joven de cabello largo a uno de sus compañeros de la escuela primaria. Ella iba dos clases más adelante. Y ahora él estaba blanco y gordo, como un pan tostado de harina de trigo “Prosperidad”, alimento que debería ser más popular en China. El joven los invitó a visitar su casa, “ya que han llegado ante mi puerta”. Susu y Jiayuan intercambiaron miradas y entraron al elevador iluminado con luces fluorescentes. Por el momento podían permanecer legalmente en el edificio. La puerta del elevador cerró. Su seguridad y su dignidad estaban protegidas otra vez. Los números arábigos se fueron encendiendo desde el 14 al 4. En el 3, el elevador se detuvo. La puerta se abrió. Salieron. Doblaron a la izquierda, luego a la derecha. La llave de cobre con varios dientes y relieves entró resueltamente en el agujero de la cerradura. En realidad, ella era la dueña, ¡Crac!, giró el picaporte. . ., ¡zas!, se abrió la puerta. ¡Tac, tac!, hicieron las lámparas de la sala y de la cocina al encenderse. Las paredes tan blancas y brillantes semejabán una mujer con demasiado polvo. ¡Zas!, se abrió la puerta del dormitorio iluminado con las luces azules de los faroles de la calle. Susu hubiera querido que su ex compañero de estudios no encendiera la lámpara, pero éste ya lo había hecho. “Siéntense.” Cama matrimonial, armario con espejo que alargaba las figuras, sofás cubiertos con cuero sintético color rojo, armario de cinco

cajones, además, chocolate, una lata de leche en polvo y una botella de vino sin destapar. El ex compañero de Susu no cesaba de hablar y mostrar su nueva vivienda: las instalaciones, la distribución, el agua, la calefacción, el gas, la iluminación, la ventilación, las paredes a prueba de ruidos, el sistema de alarma contra incendios y sismos.

“¿Vives solo?”

“Sí”, contestó feliz, mientras se frotaba las manos “Mi padre me ha conseguido este departamento. Él insiste en que me case. Quiero resolver este problema antes del primero de mayo del año próximo. ¡Vengan ustedes a la fiesta! Un tío de un amigo mío que antes era cocinero en la embajada de Francia será el cocinero y preparará comida que combine al estilo chino y el occidental, el norteño y el sureño. Su camote caramelizado tiene hilos tan largos, que pueden dar cinco vueltas alrededor de los palillos sin romperse. Cuando vengan no me regalen nada. No me compren muebles, ni lámpara de mesa, ni nada para la cama. Tengo todo esto.”

“¿Cómo se llama tu novia y en qué entidad trabaja?”

“Aún no sé.”

“¿Qué? ¿Ella espera un empleo?”

“No. Digo que no he decidido aún con quién voy a casarme. Pero antes del primero de mayo, de seguro tendré una novia. Sin duda alguna.”

Susu tomó un globo de la mesita de té, lo frotó fuertemente varias veces en el cuero sintético del sofá y lo soltó. El globo se quedó pegado en el techo, sin caerse. Alzó la cabeza para contemplar su juego favorito de niña.

“¿Dios mío! ¿Por qué no cae? ¿Aún no cae?” El ex compañero de estudios se quedó atónito, con la boca abierta.

“Esto es magia”, dijo Susu, y echó una mirada a Jiayuan, mientras hacía una mueca. Luego se despidieron. El ex compañero los acompañó hasta el elevador, todavía atónito pensando en aquel globo verde pegado en el techo. Susu y Jiayuan abandonaron el edificio. Seguía nevando y lloviendo. El viento seguía soplando, ¡pum, pum!, como si alguien agitara una gran lámina plástica. ¡Qué cariñosas eran la lluvia y la nieve con ellos! No sólo caían en su rostro, sino también se les metían en el cuello.

“La culpa ha sido mía”, dijo Jiayuan con tristeza. “No tengo la capacidad de conseguirlo, y eso te hace sufrir. . .” Susu tapó con la mano su boca y se echó a reír. Rió tan alegremente que ni una flor de granada sería tan abierta y franca comparada con ella.

Jiayuan la comprendió. Jiayuan también se echó a reír. Ambos comprendieron su propia felicidad. Comprendieron que la vida y el mundo les pertenecían. Las risas de los jóvenes detuvieron el viento, la lluvia y la nieve. Por encima de la ciudad, había un sol nocturno que iluminaba todo.

Susu corrió delante y Jiayuan la siguió. Los hilos de lluvia, iluminados por las luces, se veían tensos y fuertes. “Esta es la calle Dashijie, la calle Dashijie está aquí”, dijo Susu en voz alta, indicando el edificio del restaurante. “Claro, nunca lo he dudado. Estréchame la mano. ¡Adiós! Hemos

pasado una noche tan agradable.” “Adiós, mañana no nos veremos, pues tenemos que estudiar. Tenemos que pasar uno tras otro los exámenes de posgrado.” “Eso es posible. Algún día tendremos una vivienda, lo tendremos todo.” “Que duermas bien.” “¿Con qué soñaré?” “Soñarás con una... cometa.”

¿Qué? ¿Una cometa? ¿Cómo es que Jiayuan también sabía lo de la cometa?

“Oh, ¿cómo es que tú también sabes lo de la cometa? ¿Y sabes también lo de la cola de la cometa?”

“Ah, claro que lo sé. ¿Cómo es posible que yo no lo sepa?”

Susu regresó corriendo, abrazó a Jiayuan y lo besó, en plena calle. Luego cada uno regresó a su casa. Al alejarse, todavía se volvían para mirarse y agitar la mano.

Traducción de Duan Ruochuan

Voces de primavera*

La noche llegó dando un portazo. En la pared de enfrente apareció un cuadrado de luz de luna, pálido y amarillento. Yúe Zhifeng se puso tenso, pero poco a poco se fue relajando. Los vagones se bamboleaban meciendo suavemente a los viajeros. ¡Qué dulce la cuna de la infancia! En verano, un grupo de chiquillos, desnudos tras dejar sus ropas bajo los enormes sauces, se lanzaba al agua fresca y transparente del riachuelo en su pueblo natal. De un clavado se deslizaban por el agua más de diez metros. Quién sabe por dónde asomaría alguno la cabeza. Quién sabe cuántas ranas y renacuajos tragarían en medio de aquel barullo. Con los ojos cerrados y profundamente dormidos sobre las pequeñas ondas en las que brillaban los rayos del sol y se reflejaba la sombra de los árboles, ¿no se tenía la misma sensación de mecerse muy suavemente, como ahora dentro del vagón? La infancia y el pueblo natal que se han perdido y aún no se han perdido, ¿me culparán?, ¿me acogerán? ¡La tumba de mi madre, y mi padre que se acerca cada vez más a la tumba!

El cuadrado de luz de luna se mueve, desaparece y renace de nuevo. Por la única ventanilla rectangular entra un haz de rayos. ¿Son los últimos rayos del sol o es la luz de los faroles del andén? ¿Por qué están bien cubiertas las otras tres ventanillas? Parece que la plena oscuridad trata de mostrar el paso repentino de la tarde a la noche profunda. Cerrada la puerta de un portazo, se excluye de pronto el mundo exterior. Aquel ruido, cada vez más intenso, ¿es acaso la caída del granizo? ¿O es el martillo de hierro golpeando el yunque? En el campo de la meseta de Loess se ve por todas partes a herreros golpeando con el martillo y forjando el hierro. ¡Qué músculos tan fuertes tienen los brazos de nuestra pa-

* Publicado originalmente en *Renmin Wenxue (Literatura Popular)* núm. 5, 1980.

tria! ¡Ah, claro!, aquel ruido no es más que el estruendo que producen las ruedas al golpear encima de los rieles, estruendo que proviene de la hendedura entre una sección de riel y otra. ¿No está en boga actualmente una canción de melodía ligera y dulce? ¿Cómo se titula? ¡Ah, sí!, se llama “La fuente tintinea”. Y si el tren también tintineara. . . Los cantoneses realmente saben gozar de la vida, muy por el contrario de los de la meseta noroeste, quienes siempre tienen el rostro y los cristales de las ventanas cubiertos de una gruesa capa de polvo. Los cantoneses suelen colgar muchos, muchísimos triángulos de porcelana debajo de los toldos donde toman el fresco. Estos triángulos, al ser acariciados por la fresca brisa, suenan con un tintineo muy claro, refrescando el alma de la gente. La *musique concrète* de los Estados Unidos enloquece. ¿Quién sabe qué sintió Kissinger al escuchar las arias de Yan Ziron? En la ópera de Beijing los tambores y gongs también producen estruendo. ¿Es siempre desagradable el estruendo? No, a veces es todo lo contrario. Al iniciar el tren los primeros movimientos, lo que lleva el ruido de las ruedas hasta los viajeros es el estímulo y la esperanza. En la siguiente estación, o en la que sigue a la siguiente, o en la que sigue a una de las muchísimas estaciones venideras, allí será donde la vida que tú vienes buscando: madre o niños, esposa o amigo, un baño caliente o una abundante comida, te estará esperando. Todos se encuentran en el camino de regreso a casa para pasar el año nuevo lunar, la Fiesta de Primavera, fiesta predilecta y tradicional de nuestra antigua nación. Gracias al cielo, todo el pueblo puede festejar ahora un feliz año nuevo. Nunca más se volverá a anular dicha fiesta en nombre de la llamada “revolucionización”.

Fue verdaderamente interesante. De regreso en Beijing, después de permanecer tres meses en el extranjero en una visita de índole académica, y luego de hospedarse algún tiempo en los excelentes hoteles de Beijing, donde tuvo que realizar una serie de actividades tales como elaborar un informe sobre la visita, dar parte a los superiores y ofrecer entrevistas y conferencias, Yue Zhifeng recibió una carta de su padre, que tenía más de ochenta años, y a quien acababan de quitar la “etiqueta” de terrateniente. Decidió regresar a su pueblo natal del que había partido hacía más de veinte años. ¿Sería esto un error? No había pensado nunca en ir de viaje en un furgón durante dos horas y cuarenta y siete minutos. Hacía sólo tres horas viajaba todavía desde Beijing en un espacioso y confortable Trident rumbo a la ciudad X. Dos meses atrás, viajaba en un barco con destino a Hamburgo a lo largo del río Elba. Y ahora se encontraba aquí, apretadísimo entre los viajeros cansados por el largo trayecto, viajeros de cuya faz no se pueden distinguir los rasgos debido a la oscuridad, apretados todos como sardinas en una lata. No puede saber siquiera en qué dirección se está moviendo el tren. Ante su mirada, no hay nada más que unas lucecitas como de luna que vuelan a gran velocidad. ¿Marcha el tren en la misma dirección que las lucecitas, o en dirección contraria? Esta pregunta, tan fácil incluso para un alumno de primaria y que nada tiene que ver con la

óptica geométrica, le costó un gran esfuerzo mental a un ingeniero físico tan destacado como él.

No había regresado a su pueblo natal desde hacía más de veinte años. ¿Qué culpa tenía él de haber nacido por error en el seno de una familia de terratenientes? ¡Terrateniente, terrateniente! En 1956, volvió una vez a su tierra natal. Una vez había bastado para sufrir después la soledad —la estancia de cuatro días allí trajo como consecuencia autocriticarse por ese error durante veintidós años. Y una cita de un gran personaje sería estudiada y puesta en práctica durante cien años. Se sintió confundido. ¿Acaso uno nace para hacer autocrítica y seguir haciéndola hasta la muerte? ¡Qué bueno que todo eso haya terminado para siempre! La línea de montaje de la fábrica de automóviles Mercedes Benz, en Stuttgart, se encuentra en constante funcionamiento. Allí los talleres son immaculados, resplandecientes, con muy poco estruendo. Siemens es una empresa de gran envergadura, con una historia de ciento treinta años. Nosotros apenas hemos dado el primer paso. Alcázala, alcázala, a pesar de todas las dificultades. Mu, mu, mu, marcha de prisa, marcha de prisa, de prisa, de prisa, prisa, prisa; el ruido de los rieles pasaba de un ritmo bajo y profundo de tres golpes por barra a dos por barra, hasta culminar en un clamor fuerte y resonante. El tren de carga aumentaba cada vez más la velocidad. Y mucho más veloz aún el Trident allá, volando en el cielo.

Entre el polvo y el humo de cigarrillos emergía un acre olor a pipa, como si alguien estuviera clavando agujas de acupuntura en la tráquea y el pulmón. La aguja “flor de ciruela” tal vez había penetrado en un lóbulo del pulmón. El olor del sudor era mucho más suave. Y la densidad de un dialecto, que se mide entre el humo de tabaco y el olor del sudor, hace que el idioma sea tan irritante como cariñoso. ¡Mmm, huele a calabaza! ¿Quién está comiendo calabaza? Allá en la plaza, delante de la estación ferroviaria de la ciudad X, no se veía a ningún vendedor de calabaza cocida. Pero sí se vendían toda clase de bocadillos, refrigerios y productos autóctonos: cacahuates, nueces, semillas de girasol, caquis secos, dátiles envinados, tortitas de frijol verde, papas, habas de ricino. . . en fin, había de todo. Luego, como con el truco de un mago, que alza un pedazo de tela roja primero, y apunta dos veces con el dedo a la izquierda después, desaparecieron todas esas cosas. Escaseaban incluso los cerillos, las pilas y el jabón. Pero ahora todo reaparece como si fuera sacado merced al mismo juego de manos. Si tú estiras la mano una y otra vez, quizás podrás coger muchas otras riquezas. Los caquis secos y dátiles son productos naturales muy simples, y, sin embargo, su dulzura penetra hasta el corazón. Yue Zhifeng mordió un caqui seco que había comprado antes de subir al tren, paladeándolo con delicia al masticarlo. Es cierto que el sabor picante produce una sensación inmediata, mientras que lo dulce siempre se halla muy, muy profundamente escondido. Uno tiene que ser paciente, sincero, experimentado, sensible. Yue Zhifeng, a través del olor acre del tabaco y el del sudor caliente, logró aspirar el aroma del frijol verde que traían de su

pueblo natal. Los brotes de frijol verde son tiernos, y lo son también los conejos. Pero los conejos salvajes suelen destrozar los frijoles verdes. Para cazar un conejo salvaje el pequeño Zhuzi y él corrieron persiguiéndolo kilómetro y medio sin tomar aliento. Corrieron tan rápido que los árboles a lo largo de los diques del campo parecían inclinarse de un lado a otro. En una noche de luna a mediados de otoño, vio con sus propios ojos un zorro plateado pasando silencioso por el camino, como si fuera un hada, un sueño.

El ruido del tren fue disminuyendo poco a poco, hasta cesar por completo. Las voces de los viajeros crecían, convirtiéndose en un tremendo alboroto. La puerta del vagón chirrió al abrirse de golpe y una camarera, alta y robusta, empezó a dirigir el ascenso y descenso de los viajeros hablando en el dialecto de su pueblo natal. “Ya no hay espacio, ya no hay espacio. ¡Váyanse a otro vagón!” Este grito puramente egoísta, lanzado por los que habían conseguido ya un lugar en el vagón, resultó inútil. Los viajeros subían en tropel, cual enjambre bullicioso. Este fenómeno se ve en todas partes. En comparación con nuestra calle Wangfujing, uno llega a decir que las calles de Hamburgo son casi un desierto, una ciudad cuya población sigue reduciéndose aún más. Yue Zhifeng se llevó un susto al arribar del aeropuerto a la estación ferroviaria de la ciudad X —un montón de cabezas de pelo negro, que parecían cubrir todo en derredor: la nieve blanca deja de ser blanca y el acebo deja de ser verde. ¿Qué ocurrió allá? No había tanta gente incluso al iniciarse el movimiento estudiantil en 1946, cuando los estudiantes se concentraron en la plaza de la estación con el fin de parar los trenes que marchaban rumbo a Nanjing, lugar donde iban a presentar sus reivindicaciones. Yue Zhifeng había estudiado en una universidad de Beijing. En cierta ocasión fue a dar un breve paseo por el museo del Palacio Imperial. Eran las cuatro de la tarde, no había un solo visitante. El ambiente lóbrego del gran palacio le causó un temblor que llegó hasta la misma columna vertebral. Se alejó a largos pasos y sólo cuando subió a un trolebús lleno de pasajeros, pudo calmarse un poco. De haber permanecido ahí un instante más, la princesa Zhen hubiera resucitado, hubiera trepado por el pozo y lo hubiera llevado dentro, junto con ella.

Pero en ese momento largas colas se alineaban en espera de la venta de boletos a las puertas sur y norte del Palacio Imperial. Y no era domingo. Daba una especie de vahído ver la caravana de pasajeros que aguardaba el tren en la estación de la ciudad X. Pareciera que la mitad de la población china deseaba viajar en vísperas de la Fiesta de Primavera. Reuniones, fiestas y reencuentros tenían lugar en todas partes, fiestas con ravioles, fiestas con bolitas de arroz glutinoso con relleno de dulce para los viejos amigos que vienen de lejos o para los amigos que están por despedirse, por el regocijo de la reunión familiar o por la búsqueda de recuerdos del suelo natal y la infancia. Se vendían empanadas recién cocidas a vapor, y el blanco edredón acolchado que cubría las empanadas estaba manchado de grasa. Se vendían bollos cubiertos de ajonjolí, ravioles fritos, churros y

panqués. Se vendían cajas enteras de pasteles. Se vendían pan y galletas. La compañía abastecedora de alimentos, junto con la estación ferroviaria de la ciudad X, había puesto todos sus recursos al servicio de este mercado al aire libre. Uno tenía que empujar y sudar para comprar un par de esos bollos de ajonjolí. Yue Zhifeng, como los demás, estaba empapado en sudor. Después de hartarse de cualquier cosa (el drástico cambio de condiciones tanto materiales como circunstanciales le había hecho insensible al hambre o a la abundancia), compró un boleto de tren para recorrer la corta distancia que lo separaba todavía de su pueblo natal. Quedó sorprendido al recibir cambio: el precio impreso en el boleto era de un yuan y veinte centavos; entonces ¿por qué le cobraron solamente sesenta centavos? ¿Es que no había dicho claro el nombre de la estación donde se bajaría? Pensaba preguntar esto, mas no pudo, pues la persona que venía atrás en la cola había ocupado ya la posición favorable cerca de la taquilla y no le permitió regresar a donde estaba.

Miraba un poco aturdido el boleto en la mano. Allí estaba el precio, 1.20 yuanes, impreso en letras negras, pero cruzadas por dos grandes caracteres en doble línea de puntos que ocupaban casi toda la superficie del boleto: SESENTA CENTAVOS. Todo eso le dejó inconcebiblemente perplejo, como si estuviera frente a una clave biológica. “¿Qué pasó? ¿Por qué me dio ella un boleto de sesenta centavos si yo le decía que quería uno de un yuan y veinte centavos?”, se preguntó. Interrogó a otros, y nadie le contestó. Los pasajeros que estaban esperando algún tren eran, en su mayoría, egoístas a quienes podría excusarse debido a lo ocupados que se encontraban en sus propios quehaceres.

En su mente chocaban entre sí toda suerte de mensajes. Un montón de gente de pelo negro. El edredón acolchado manchado de grasa que cubría las empanadas todavía calientes y vaporosas. El periódico mural pegado en la pared de la sala de espera: informaciones acerca de los servicios adicionales de viaje durante el periodo de la Fiesta de Primavera, y el horario de los servicios temporales adicionales. La larga cola de gente frente a los sanitarios para hombres y para mujeres respectivamente, esperando el turno de orinar. Los caracteres SESENTA CENTAVOS en doble línea de puntos. Los paquetes grandes y pequeños, las cestas grandes y pequeñas, y las grandes y pequeñas bolsas . . . Llegó a la conclusión de que la última parte de su viaje sería bastante difícil. Estaba ideológicamente preparado. Finalmente, cuando oyó la conversación de los viajeros sobre el furgón, de súbito comprendió claramente. Después de todo, el cerebro humano es mucho más inteligente que el cerebro electrónico.

Se sintió un poco deprimido al subir al vagón. En vísperas de la primera Fiesta de Primavera de los años ochenta del siglo XX, gentes que pasan día y noche imbuidas del fuerte deseo de realizar las cuatro modernizaciones, se ven ahora obligadas a viajar en este tipo de vagones de los tiempos de Watt y Stephenson. Esa es la realidad. La realidad es como el universo, como el globo, como la montaña Hua y el río Amarillo, como

agua y tierra, hidrógeno y oxígeno, titanio y uranio. No es tan suave y tierna como la imaginación, ni tampoco tan fría y cruel como se la imagina. Mira nomás, el furgón estaba atestadoísimo, y seguían subiendo viajeros de dos en dos, de diez en diez, de veinte en veinte, tratando de abrirse paso por entre la hendedura humana, espacio tan mínimo como entre una molécula y otra, entre un átomo y otro. Era increíble el hecho de que se hubiera incorporado tanta gente al vagón ya llenísimo. No obstante, nadie se quejaba.

Alguien protestó diciendo: “¡Esta caja no puede soportar más peso!” Una mujer, con un pañuelo en la cabeza y un bebé en los brazos, trataba de ver si podía sentarse sobre la caja. “Ven acá, ven acá”, dijo Yue Zhifeng levantándose en seguida, y dejando el lugar lateral que había ocupado, se movió un poco más allá, a un lado. Aquel puesto, donde no podía más que apoyarse contra el vagón, era un excelentísimo “lugar de primera”. La mujer se sintió algo acongojada. Pero al fin se trasladó hacia allá junto con su nene, esforzándose sobremanera por no pisotear a los demás. “¡Muchísimas gracias!”, dijo la mujer con un puro acento de Beijing. Y levantó la cabeza, que inspiró a Yue Zhifeng un dibujo de carbón, cuyo título sería “La sonrisa”.

Sonó el timbre tintineando. La puerta de hierro volvió a cerrarse de un portazo. La noche parecía tornarse más profunda. El crepúsculo fuera del tren se hacía cada vez más opaco. Aquella camarera alta y robusta encendió una vela blanca y la puso dentro de una lámpara de vidrio. ¿Por qué no usar un candil de querosén? Tal vez temían que el querosén salpicara con el bamboleo del tren. La iluminación de un vagón tan grande como éste no dependía más que de esta vela encendida, cuya débil luz convertía a los viajeros en sombras individuales. De nuevo el tren empezó a bambolearse. Las lucecitas cuadradas que aparecían en la pared de enfrente del vagón volvieron a moverse a gran velocidad. Cada minuto se acercaba más a su pueblo natal. Su padre, ya sin la “etiqueta”, y con su hijo de regreso, en su presencia, podría tal vez descansar en paz tranquilamente. Tanto sus crímenes como su penitencia, tanto sus lágrimas como su gratitud, tanto su perversidad como su bondad, todo eso desaparecería como una neblina luego de su fallecimiento. Los de la vieja generación se van uno tras otro a la orilla opuesta del río. Dong, dong, dong; deng, deng, deng; peng, peng, peng, ¿están pasando por el puente? Ah, pues sí, se trata del puente entre el pasado y el futuro, entre China y el extranjero, la ciudad y el campo, esta ribera y la opuesta. La vela que se encontraba cerca de la camarera parecía imprimir en su rostro un claro contraste entre el vivo resplandor y la sombra. La camarera semejava la estatua de una diosa de cuerpo entero. “Camaradas viajeros, en el periodo de la Fiesta de Primavera los trenes de pasajeros van de bote en bote. Los vagones regulares han sido destinados a los viajes largos . . . Aumenten la vigilancia. . .”, dijo con tono muy enérgico, soltando cada palabra como si estuviera apretando un tornillo. Tenía un aire de suma confianza en sí misma y una habilidad para dirigir con

toda tranquilidad. A pesar de su poca edad y la débil luz de vela con que se alumbraba, tenía bajo sus órdenes a todo un vagón de viajeros terriblemente desordenados y revoltosos. Con todo, su voz también se ahogó entre el alboroto de hong, hong, hong, weng, weng, weng, long, long, long, un alboroto de todos los diablos.

Mercados libres. Grandes almacenes. Relojes electrónicos de cuarzo de Hong Kong. La ópera de Honán "Juan Xi Tong". Bollos cocidos a vapor con sopa de carnero. Tortas de arroz fermentado. Zapatos hechos con tres pedazos de cuero. Sombreros en forma de azulejos de tres lados. Cuotas de rendimiento asignadas a cada equipo de producción. La compra de cebollines por el Estado. La curación de cáncer a través de tratamientos de la medicina tradicional china. Elecciones. Fiestas de boda. . . En medio de aquel animado cotorreo, Yue Zhifeng cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a la otra: de la izquierda a la derecha, y viceversa. Afortunadamente una persona tiene dos piernas. De no ser así, sería realmente insostenible estar de pie sin apoyo alguno entre aquel denso apiñamiento de gentes y cosas. "Espacio donde no se puede clavar nada más que un punzón": Yue Zhifeng adquirió en este momento una comprensión vívida de este refrán. ¿Era posible que en tiempos remotos hubiera trenes tan atestados, sin luz ni asientos? Él había cedido su "asiento" a una camarada. No, no había asientos, únicamente sitio. No había pensado que la mujer hablara con un acento beijinés tan perfecto, lo cual le hizo entusiasmarse un poco. "Gracias", "discúlpeme", son expresiones de cortesía que se usan diariamente en los países extranjeros. De pronto sintió que un saco compacto lleno de maquinaria presionaba su pantorrilla. Y alguien que estaba sentado en el piso se inclinaba hasta apoyar la espalda contra su pierna izquierda desgraciadamente ya entumecida.

Era totalmente inconcebible. No sólo cuando contemplaba la representación en un teatro de Munich, sino incluso en Beijing, en el instituto de investigación, en el ministerio y en los hoteles, en su recámara de veintitrés metros cuadrados o en los autobuses 103 y 332, nunca había imaginado que la gente aún viajara en furgones. ¿No son los que se utilizan para transportar mercancías o animales? ¡Maldita sea! ¿Pues qué? No es nada difícil proferir una maldición. Injuriar los vagones de este tipo cuesta menos trabajo y trae más oportunidad de lucirse que construir un tren de viajeros nuevo, bonito, cómodo. La saliva de la gente que no tiene nada que hacer y el que no deja de quejarse ni un minuto está anegando los grandes esfuerzos de los que se entregan enteramente a su trabajo y toleran toda clase de humillaciones para sobrellevar las pesadas cargas. La gente, adoptando a veces un tono alto, y a veces un tono bajo, va azotando y reemplazando firme e indomablemente aquellas labores que continúan una tras otra, de día en día, de año en año.

"¿Qué inmoral que nos hayan metido en un vagón como éste!"

"Pues acomódate lo mejor posible. ¡Antes ni había ferrocarriles!"

“El traslado de soldados siempre se hace en este tipo de vagones. De otra manera, serían descubiertos.”

“¿Cómo sufriría quien tuviera diarrea! En estos vagones no hay sanitarios.”

“Pero nadie se ha cagado en los pantalones por no haberse podido aguantar.”

“¿Qué se podría hacer? En cada Fiesta de Primavera, más de cien millones de gentes viajan en tren. . .”

Yue Zhifeng se calmó al escuchar la conversación en la oscuridad. Sí, es verdad que aquí antes no había ferrocarril, no había carreteras, ni siquiera una sola pista para las bicicletas. Los ricos iban montados en burro, en tanto que los pobres iban a pie. Campesinos cargados de mil quinientos huevos tenían que partir de casa antes de la madrugada, y después de atravesar innumerables colinas y valles, llegaban a la ciudad X al atardecer. ¡Oh, tierra querida mía, hermosa, pero árida! Ya es tiempo de que te vuelvas fértil. Los recuerdos del pasado se van evaporando como humo o niebla; no obstante, no ha sido posible olvidarlos por completo. Historia, historia; realidad, realidad; ideales, ideales; mu, mu; guanchi, guanchi; clang, clang. . . La carretera a lo largo del río Rhin. Las uvas que crecen por encima de las pendientes. El torrente verde oscuro de los ríos. Todo girando a gran velocidad.

¿No son estos niños de Francfort? Niños y niñas, con ojos amarillos o azules, persiguiendo, correteando, saltando y lanzando gritos de alegría. Los que están dando de comer a los pajaritos, los que llevan ramos de flores, los que tocan cornetas, los que alzan banderas. La voz jubilosa de la vida. Los gritos amistosos y conmovedores. Las violetas y los azules nome-olvides.

No, eso no es Francfort. Es el suelo natal en la meseta noroeste. Una enorme lila blanca florece por encima de las tejas grises. Como nieve, como jade, como espumas que salpican volando. Separando una verde, verde hoja de sauce, enrollándola como tubo pequeño, alzando la cabeza para mirar el cielo azul y las nubes blancas. Tocando un silbato agudo, echando a volar un par de orioles asustados. Llevando una pequeña cesta en el brazo, siguiendo a la hermana mayor para ir a recoger plantas silvestres. Tirando piedrecillas, persiguiendo conejos salvajes, recogiendo huevos de codorniz moteados. Cada cachorro, cada gatito, cada ternero y pollino están divirtiéndose. Cada hoja de hierba está bailando.

No, eso no es la meseta noroeste. Es la ciudad de Beiping antes de la liberación. El comité estudiantil que pertenecía al departamento de labores urbanas en el buró del norte de China (departamento dirigido por el camarada Liu Ren) organizó una gran fiesta para los estudiantes provenientes de Beiping y Tianjing. Una velada con hoguera en el campamento. “El sol se pone detrás de la montaña y vuelve a salir mañana, como siempre. . . Mas mi juventud, al igual que un pajarillo que se aleja, nunca regresará.” “¿Quién va a labrar la tierra virgen de la montaña? ¿Quién va a plantar

flores en la tierra?" Una y otra canción agitaban el corazón de los jóvenes. Finalmente, las canciones se aglomeraron en un sonido desafiante que hizo temblar de terror a los espías del Guomindang: "La unión hace la fuerza. . . ¡Muera toda clase de regímenes antidemocráticos!" La fe y la felicidad no se podrán separar nunca.

No, eso no es el Beiping del pasado. Es la capital liberada donde flamean las banderas rojas de cinco estrellas. Es el primer amor juvenil. Es la primera brisa que abrió la puerta de su corazón. Acababa de pasar la Fiesta de Primavera, cuando advirtió súbitamente que el viento ya no era tan frío ni tan intenso. El viento de febrero trae la esperanza del tiempo templado y asimismo el mensaje de la primavera temprana. Se fue a Beihai; allí el hielo todavía no se había derretido. Ni había turistas. Se quitó la gorra y desabrochó el botón superior de su chaqueta. ¿Es aún invierno? Lo es, desde luego. Sin embargo, es el invierno ligado ya a la primavera, ligado por un puente entre el invierno y la primavera. El viento es una prueba, ha dejado de ser frío y se vuelve cada vez más tenue, tan tenue que al acariciarte te sientes fascinado, maravillosamente embriagado. Acogió y soportó el viento de "primavera", cuya frialdad sentían todavía los demás, pero que a él le hizo, en cambio, saltar de alegría y decir con ternura el nombre de la muchacha a quien amaba calladamente.

Entonces. . . aquello. . . ¿qué es aquello entonces? ¿Un pez dorado o una caracola de agua dulce? ¿Una castaña de agua o una fresa? ¿Una gallina Lu Hua incubando sus huevos? ¿Un manantial en la montaña, una vaina de olmo, brotes de trigo que se han tornado verdes o un par de golondrinas? Se tranquilizó. Ciertamente, es la primavera, es la vida, es la juventud. Nuestra vida, el corazón de cada uno de nosotros, Orión y Casiopea, cada núcleo atómico, cada protón, neutrón y mesón, ¿no contiene todo eso la vitalidad y las voces de la primavera?

Se tranquilizó y se frotó los ojos. Sí, están cantando los niños de Francfort, en alemán, claro está. Al lado de un jubiloso coro infantil se oye una voz femenina, persistente y ronca, que lo acompaña.

Se tranquilizó de nuevo y volvió a frotarse los ojos. Sí, también se encuentra en el furgón que va de la ciudad X al distrito N. A través de la oscuridad y el alboroto oyó un coro infantil cantando en alemán, acompañado por una voz femenina, ronca, inexperta y bastante forzada.

¿Qué? Una grabadora. ¡Escuchar una grabación en tal lugar! Una canción seguida de otra, y luego, una canción de adultos. Terminan las tres canciones, se oye el sonido del botón que regresa la cinta y se reanudan las mismas tres canciones. Vuelve a oírse la voz persistente, ronca e inexperimentada. El volumen de ésta cubre todo el tumulto.

El tren lanzó un largo silbido. El cuadrado de luz se movía en la pared de enfrente cada vez con mayor lentitud, en tanto que su luminosidad aumentaba. En la penumbra los viajeros, cuyas sombras se proyectaban de modo individual, iban apareciendo poco a poco en formas y perfiles tridimensionales. El tren dio una fuerte sacudida, y luego otra: posiblemente

pasaba por un entronque de rieles. Más tarde llegó a una estación. La puerta de hierro chirrió al abrirse de golpe, y el fuerte destello de los reflectores del andén iluminó todo el vagón. Sólo ahora Yue Zhifeng pudo ver claramente que la grabadora estaba sobre las rodillas de la mujer con el nene en los brazos. La gente empezó a bajar y subir. La grabadora dejó de tocar al recibir la orden de su dueña.

“Esta grabadora. . . ¿de qué marca es?”, preguntó Yue Zhifeng.

“Sanyo. Aquí la gente la llama en broma ‘pequeña cabra’.” La mujer levantó la cabeza y dio una respuesta directa y franca. Su rostro —pensaba Yue Zhifeng— estaba sellado por experiencias de diversa índole, pero era todavía juvenil y agradable.

“¿La compraste en Beijing?”, preguntó otra vez Yue Zhifeng. No sabía por qué se interesaba tanto por la máquina. En realidad no era, de ninguna manera, un hombre locuaz.

“No, aquí mismo.”

¿Aquí? No le quedó claro si este “aquí” se refería a la ciudad X o a cierto pueblo más pequeño hacia donde se dirigía el tren. Clavó la mirada en la marca Sanyo.

“¿Estás aprendiendo canciones extranjeras?”, volvió a preguntar Yue Zhifeng.

La mujer rió de manera un poco tímida. “No, estoy aprendiendo lenguas extranjeras.” Su sonrisa era tan modesta como noble.

“¿Alemán?”

“Sí. Pero todavía no lo manejo bien.”

“¿Qué canciones son ésas?”, preguntó un joven que estaba sentado junto a las piernas de Yue Zhifeng. Las sucesivas preguntas de éste habían atraído a más y más viajeros.

“Son. . . ‘Los pajaritos han regresado’, ‘Polka de mayo’ y ‘La primera flor de tabaco’”, contestó la camarada. “Himmel —Cielo, Vogel —Pájaro, Blume— Flor. . .”, dijo para sí en voz baja.

No pudieron continuar la conversación. El vagón se llenó nuevamente de gritos tales como “¡No empujes!”, “¡No se siente en esta caja!”, “¡Cuidado con pisar al niño!” y “¡Ya no hay sitio acá!”

“¡Atención, todos!” Un hombre vestido de policía subió al vagón con un megáfono de transistores en la mano, e hizo un anuncio sin dejar de jear al mismo tiempo: “Hace unos momentos dos malhechores subieron al vagón anterior, y aprovechando el desorden cometieron robos y abusos. Hay muy pocos canallas de este tipo, esos especializados en robar en este tipo de vagones. Esos dos malvados ya están bajo arresto. Esperamos que cada viajero aumente la vigilancia, coopere ampliamente con nosotros y luche resueltamente contra los criminales transgresores. ¿Está claro para todos?”

“¡Sí, está claro!”, contestaron a coro los viajeros, como alumnos de primaria.

Contento con la reacción de los viajeros, el policía bajó de un salto, y

con el megáfono en la mano, se dirigió tal vez a otros vagones para hacer igual propaganda.

Yue Zhifeng se puso a registrar instintivamente sus dos maletas, y luego los cuatro bolsillos de su chaqueta y tres de su pantalón. Todo se hallaba a salvo.

El tren se puso en marcha. Después de cierto tiempo de confusión cada uno encontró su sitio, cada uno se ocupó de lo suyo. Los conversadores parloteaban, los dormilones dormitaban, los golosos chasqueaban las semillas de melón, los fumadores saboreaban su tabaco. La “pequeña cabra” volvió a sonar. Las mismas canciones: “Los pajaritos han regresado”, “Polka de mayo” y “La primera flor de tabaco”. Ella sigue estudiando el alemán, sigue cantando en voz baja: Himmel —Cielo, Vogel —Pájaro, Blume —Flor.

¿Quién es? ¿Es joven? ¿Es hijo suyo el niño que lleva en los brazos? ¿Dónde trabaja? ¿Se dedica a labores científicas y técnicas? ¿Es una nueva estudiante de la universidad nocturna? ¿Es una graduada de las “tres viejas generaciones”? ¿Por qué estudia con tanto afán el alemán? ¿Está tratando de recuperar el tiempo perdido? ¿No pierde ni un minuto? ¿Tendrá oportunidad de encontrarse con alemanes o de ir a Alemania, o ha estado ya en ese país? ¿Es de Beijing o es nativa de este distrito? ¿Viaja a menudo en tren? Tenía muchísimas preguntas que hacer.

“Escuchemos alguna pieza musical, ¿sí?”, dijo ella. Parecía que le estaba hablando. Efectivamente, después de concluir la tercera canción no regresó la cinta. A “La primera flor de tabaco” siguió un vals de Johann Strauss: “Voces de primavera”. Al compás de esta melodía, los furgones marchaban adelante, echando el humo hacia el cielo y bamboleándose ligeros, como en éxtasis. El tren llegó a la aldea natal de Yue Zhifeng. En las pequeñas estaciones sólo se detiene un minuto. Acababa de sonar el timbre para avisar la llegada a cierta estación, y no tardó en dejarse oír otra vez para anunciar la partida. Yue Zhifeng bajó del tren con sus dos maletas. No había andén en las pequeñas estaciones. Como estos vagones no tenían escalones, en cada uno de ellos había una escalera común y corriente de madera, disponible en el momento necesario. Yue Zhifeng lanzó un suspiro luego de bajar de esta rústica escalera de madera. Dijo adiós a la camarada, y ésta le correspondió. Yue Zhifeng sintió un poco de desgano. Apenas bajó del tren y aún no había salido de la estación en espera de que le checaran el boleto, cuando el tren empezó a moverse para seguir adelante. Miraba el exterior del tren, andrajoso y enmohecido, la pintura gastada en varias partes, dejando parches que a la luz de los faroles tenían un color entre blanco y jaspeado. Lo que no había notado sino hasta después de bajar del tren fue que la locomotora era hermosa, nueva, limpia y ligera, con motor diesel. La locomotora diesel era de un verde azulado. Seguro que no había tal locomotora en la época de Watt. Ahora la locomotora avanzaba tirando de una larga hilera de furgones. La luna

apareció en el cielo. Los alrededores de la estación estaban cubiertos de una delgada capa de blanca nieve. El cielo y la nieve, unidos, reflejaban una luz azulina que se extendía en el horizonte. Se veían en el lejano panteón unos pinos negros, que al parecer habían ya dejado de crecer. Soplaban un poco el viento. Pisoteaba el desigual suelo de su pueblo natal. Volvió la cabeza, deseando echar un vistazo más a aquellos vagones, despachados en servicio temporal, con los pajaritos, el mes de mayo, la flor de tabaco y la maravillosa voz de primavera de Strauss allí adentro. Parecía que nunca había escuchado antes canciones tan conmovedoras. Sentía ahora el augurio de un magnífico viraje en todos los rincones de la vida. Todo estaba lleno de interés, esperanza e inolvidables impresiones. La melodía de la primavera y la clave de la vida son sumamente valiosas.

Traducción de Chen Yaozu

Un sinfín de visitantes*

¿Quién era?

Él respetaba la sencillez: aun su propio nombre lo había reducido a tres trazos. En 1946, después de llegar a la zona de liberación, lo cambió por el de Ding Yi. Cuando adoptó ese nombre todavía no estaban de moda las listas oficiales con los nombres de los miembros del comité, ordenados desde los más sencillos hasta los más complicados. Además, a excepción de los años en que solía dirigir sesiones de calistenia, nunca había subido a una tribuna de comité.

Su tamaño, facciones, voz, todo era ordinario, y durante varias décadas anduvo vestido con el uniforme nacional de los cuadros: gabardina azul estilo 6-B. Había gente que se preguntaba si su propia esposa podría reconocerlo entre la muchedumbre de un gran almacén. Afortunadamente poseía dos rasgos característicos: después de todo no es común que alguien carezca de algún rasgo distintivo. En su caso, se trataba de la parte posterior de su cabeza, algo prominente, por un lado, y de que a menudo fruncía el entrecejo, por el otro. Según sus críticos, la parte posterior prominente significaba una "calavera reaccionaria", mientras que su entrecejo fruncido era señal de una mentalidad marcada por la antipatía y los pensamientos lóbregos.

Era una persona muy ansiosa. Por ejemplo, era algo aceptado por todos en el campo que había dos clases de cuentas: las de principios del año (gloriosos programas de cuotas de producción) y las de fin de año (ventas e ingresos), y que nunca, pero nunca, debían compararse esas dos cuentas. Pero para Ding Yi no era así. Él insistía en examinarlas, insistía en compararlas, insistía en analizarlas a fondo. Si simplemente hubiera ido a pedir cuentas a las brigadas de producción, todo habría sido aceptable,

* Publicado originalmente en *Enwin Ribao (Diario del Pueblo)*, el 12 de enero de 1980.

pero insistía en presentarlas a los comités del Partido del condado o de la prefectura. Eso sucedía en 1959, cuando de repente empezó a intensificarse la campaña de lucha de clases en todo el condado y la prefectura, lucha que llegó a ser violenta, complicada y aguda. Es obvio que Ding Yi fue criticado y tildado de “derechista”, mientras que los ex terratenientes y los ex campesinos ricos de cada aldea, además de los elementos derechistas a nivel provincial enviados al campo, fueron todos sometidos varias veces a interrogatorios. Es así como no sólo los elementos izquierdistas sentían una indignación justa contra Ding Yi —una camarada, al recordar los males de la sociedad antes de la liberación, se desmayó en plena sesión de críticas a él— sino también los elementos derechistas, correctamente identificados o no, sentían odio por Ding Yi, pensando que de no mediar él la situación habría sido menos tensa y ellos hubieran podido ingresar más rápidamente a las filas del pueblo. Incluso los ex terratenientes y los ex campesinos ricos también lo detestaban por considerarlo causa de su miseria. Sin mandato ni recomendación, ¿quién era él para representarlos? Y si Ding Ying representaba en efecto a los ex terratenientes y a los ex campesinos ricos, ¿estaba dentro de la capacidad humana representar también a los antirrevolucionarios, a los saboteadores, a los revisionistas y a los imperialistas?

Desde entonces, la situación de Ding Yi se puso cada vez peor y no se sabía a dónde iría a terminar. Pero como todo tiene su fin, en enero de 1979, Ding Yi se reintegró a la política correcta. En junio, con más de cincuenta años de edad y más de treinta de participación en la revolución, fue reincorporado al Partido y mandado a servir como jefe de la fábrica de pegamento “Perfume de rosas”.

Mucha gente lo felicitaba pero él fruncía el entrecejo y preguntaba: “¿Por qué?” Otros le decían que merecía un puerto más alto, a lo que respondía dándoles la espalda. Por fin, otros opinaban que se había vuelto nuevamente arrogante y que nunca se había rendido.

Él, día y noche, circulaba por la fábrica con su chaqueta a menudo embarrada de pegamento que no olía para nada a rosas. Cuando su esposa lo regañaba, se limitaba a sonreír. Es así como Ding Yi tenía muy pocas visitas.

Llega la crisis

Al ocupar su nuevo puesto Ding Yi descubrió dos grandes problemas. En realidad, “descubrir” no es la palabra adecuada ya que los dos problemas eran tan obvios como diez pulgas caminando por una cabeza calva. De más está decir que ambos problemas le hacían fruncir diariamente el entrecejo y rascarse la parte prominente de su cráneo. El primer problema consistía en que no había un control adecuado de los subproductos del pegamento, por lo que los trabajadores los repartían entre sí a fin de venderlos, regalarlos a los amigos o cambiarlos por otras mercancías. Esto de por sí era ya un escándalo. El otro problema estaba relacionado con la disciplina labo-

ral, tan relajada que a menudo el contraamaestre tropezaba con obreros completamente dormidos durante sus turnos. Es entonces cuando Ding Yi, después de una consulta general, redactó un nuevo reglamento donde se establecía un sistema de recompensas y castigos. En fin, que la situación no era nada nueva sino que era asunto conocido por todos.

Pasó un mes. En mayo, Ding Yi decidió tomar como mal ejemplo a un obrero contratado de nombre Gong Ding. En primer lugar, éste se había ausentado de su trabajo, sin pedir licencia, por cuatro meses. Por otra parte, acudía imprudentemente a la fábrica a exigir subproductos, y si se los negaban, golpeaba o insultaba a la persona encargada. Además, nunca escuchaba las reprimendas. Por eso, Ding Yi solicitó al comité del Partido, a la Liga Juvenil, al sindicato y a la oficina de personal que discutieran el caso de Gong Ding. A pesar de que tres veces por día insistía en el problema, les llevó más de un mes tomar la decisión de despedirlo. El 21 de junio apareció en la fábrica un aviso oficial que decía: “Según las reglas vigentes, se da por terminado el contrato de Gong Ding”.

Algunos sabían que Gong Ding era pariente lejano del camarada Li, primer secretario del Partido del distrito, por lo que consideraban un error que lo hubieran despedido, aunque preferían no manifestar su opinión. En consecuencia, la decisión fue tomada y anunciada.

Estalla la guerra psicológica

Tres horas después de hacer público el anuncio, Ding Yi comenzó a recibir visitas. El primero fue Lao Liu, de la oficina del comité del Partido del distrito. Tenía cincuenta y siete años de edad y una expresión afable, y se enorgullecía de su “diplomacia” y de sus buenas relaciones con todo el mundo. Con una sonrisa puso una mano sobre el hombro de Ding Yi: “Escúcheme”, dijo, “usted ha trabajado mucho y manejado muy bien la fábrica. Pero en cuanto al caso de Gong Ding. . .” Bajando la voz le explicó cuál era el parentesco de Gong Ding con el primer secretario. Y luego añadió: “Por supuesto, eso no tiene nada que ver con el caso. Tomar esa acción disciplinaria fue correcto y el secretario Li se mostraría muy agradecido si lo supiera. Sin embargo, es en usted en quien estoy pensando, y en su lugar, sería mejor no despedirlo. Aun si esto sucediera él tendría que permanecer en el país y seguramente iría a pedir ayuda al secretario Li por lo que creo que sería suficiente con llamarle la atención”. Lao Liu razonaba tan seria y pacientemente que Ding Yi comenzó a vacilar. En ese preciso momento llegó una llamada de Zhou, jefe del buró industrial del distrito: “¿Qué te pasa?”, vociferó. “¿Por qué escoges a un pariente del secretario Li como escarmiento? ¿Qué va a pensar la gente? ¡Apúrate a revocar tu decisión!” “No”, respondió en voz alta Ding Yi, “la decisión sigue en pie”, y colgó. Con un gesto implacable se volvió hacia Lao Liu y exclamó: “¡Qué falta de respeto!”

Pero los visitantes continuaban llegando. A la puesta del sol arribó el viejo Zhao, presidente del comité revolucionario del distrito. Zhao había trabajado allí desde la reforma de la tierra. Tenía mucha influencia y estaba bien atrincherado. Con cierta reserva tomó la mano de Ding Yi y mientras caminaba con pasos regulares por el cuarto manifestó sus sugerencias sin mirarlo. "Debemos ser prudentes; no hay que simplificar en exceso el punto de discordia. En este momento la gente está muy sensibilizada. El despido de Gong Ding provocaría la consternación general. Por eso, sería razonable no despedirlo." Considerando que esto era suficiente, no agregó ninguna palabra. Había estado caminando a pasos regulares por el cuarto mientras pronunciaba cuidadosamente cada palabra, como sopesándola, saboreándola. Sí, para él sus palabras eran tan sabrosas como la mejor carne asada de res.

Más tarde, cuando Ding Yi regresó a su casa, también su esposa se entremetió en el asunto, regañándolo por razones de inquietud conyugal. "¡Viejo tonto! ¿No te das cuenta de lo que haces? ¿Ya tienes blanda la cabeza como el pegamento? Si eres un hombre de principios, ¿por qué no eres miembro del politburó? ¿Ya te has olvidado de 1966? Tus principios no sólo te metieron en líos a ti, sino también a mí y a los niños." Esta explosión provenía del resentimiento y del amor, y las lágrimas que ella derramaba eran más elocuentes que las palabras. Ding Yi suspiró y cuando se disponía a razonar con ella llegó una visita. Se trataba del joven Xiao, que se había hecho amigo de Ding Yi cuando éste había caído en desgracia. Xiao había estudiado filosofía en la Universidad de Pekín, donde había sido acusado de derechista. Más tarde logró entrar a la Compañía de Luz y Fuerza del distrito. Últimamente, después de ser rehabilitado, comenzó a dedicarse al oficio de comprador. Era bajo y feo, con una nariz prominente. Si se lo incitaba, solía ponerse alegre, agudo y simpático. Su lema era: "Si alguien te da una bofetada, ofrece la otra mejilla". Consideraba que esta táctica tenía éxito tres veces sobre cuatro.

La llegada de Xiao inundó la casa de risas. Lo primero que hizo después de sentarse fue terminar aprisa los bollos de pasta rellenos con carne que Ding Yi y su esposa, por haber perdido el apetito, habían dejado. Luego preguntó por los otros miembros de la familia: "¿Qué suerte tener tantos parientes!" Agregó que pronto les compraría y enviaría un televisor, una verdadera ganga, que ellos habrían deseado tanto tiempo. Finalmente contó varias historias chistosas de su distrito en China y de países extranjeros que los hicieron retorcerse de la risa.

"¿Por qué no eres un actor de galimatías?", preguntó Ding Yi.

"No quiero ser causa del desempleo de Hou Baolin.¹ Él es mi tío, ¿sabes?, por parte de mi madre."

Hubo muchas risas y Xiao aprovechó la ocasión para lanzar su ofensiva. "A propósito, hay una cosita que casi se me olvida: se trata de algo

¹ Comediante de gran popularidad.

relacionado con ese bribón de Gong. ¡Realmente es un bastardo! La próxima vez que lo vea voy a darle unas bofetadas. Pero tú no debes ir demasiado lejos. Ni tú ni yo contamos con el apoyo de los poderosos o mercancías que sean del agrado de la gente. Dependemos totalmente de los demás. Los pájaros de cuenta confían en su poder; nosotros, que no somos nadie, podemos confiar sólo en nuestras relaciones. Con su poder ellos pueden obtener cualquier cosa que deseen; nosotros podemos sobrevivir llevándonos bien con los demás. Por eso te pido que no seas obstinado. Si no has aprendido otra cosa durante estos años, al menos deberías haber aprendido a virar. . . Sí, ya sé. . . La decisión ha sido anunciada, pero aun así puede modificarse. Hasta la Constitución puede cambiarse y el propio presidente Mao hizo rectificaciones en sus escritos. ¿Piensas que eres más infalible que la Constitución o que el presidente Mao? ¡Vaya! Reconsidera el caso de Gong Ding. Tengo que aclararte una cosa: no fue el secretario Li quien me envió aquí. Vine por mi propia iniciativa, con tus intereses en mi corazón. Por supuesto, Gong Ding me pidió que viniera y yo le dije: “No te procupes. Seguramente Ding Yi va hacerme este favor”.

El joven Xiao poseía realmente talento para el cotorreo, discurrir sobre lo sublime o lo vulgar, hacer bromas o mostrar desprecio.

Al principio, Ding Yi no sabía que Gong Ding fuera pariente lejano del primer secretario del distrito y no se mostraba adverso a reconsiderar el caso. Pero las últimas visitas lo habían puesto en alerta. Si no se tratara de un pariente del secretario, ¿habría venido tanta gente a aconsejarle que “fuera prudente”, que no “simplificara en exceso el asunto”, que “considerara las consecuencias”? Esta cuestión lo preocupaba más que cualquier otra cosa.

Enojado, Ding Yi echó al joven Xiao a la calle.

Pasaron los días. El 23 de junio fue un largo domingo de mediados del verano. Las moscas no dejaban dormir a Ding Yi, quien tampoco tenía apetito. A las cuatro y media de la mañana llegó en autobús otro visitante. Era el cuñado de Ding Yi. Alto, calvo y con gafas, había estudiado en los cincuenta en el Instituto Marxista-Lenista y ahora estaba enseñando en la escuela del Partido del distrito. Era un gran teórico y gozaba de enorme prestigio. Mientras escuchaban sus conferencias, los cuadros locales inclinaban la cabeza como un pollo que busca granos en el suelo. Era el decimo-séptimo visitante en dos días. Tan pronto como entró al cuarto comenzó a hablar desde un punto de vista teórico.

“La sociedad socialista se encuentra en un punto de transición donde todavía permanecen las cicatrices del capitalismo y del precapitalismo. Son inevitables e independientes de la voluntad humana. Esta sociedad es superior pero todavía no es madura ni perfecta. Es sólo una transición.” Después de este prólogo abstracto continuó: “Por lo tanto, decimos que el poder de los líderes, sus preferencias o ambiciones, sus impresiones, son de vital importancia. Somos realistas, no socialistas utópicos como Owen y Fourier.” (Ding Yi pensó: “¿Soy yo un socialista utópico? La etiqueta no

suenan mal.”) “No somos ni niños ni pedantes. Nuestro socialismo está construido sobre el suelo que se halla bajo nuestros pies: aunque es bello todavía se halla atrasado y subdesarrollado.” (Ding Yi pensó: “¿He deseado alguna vez volar al paraíso?”) “Por lo tanto, cuando emprendamos cualquier trabajo, necesitamos tomar en cuenta todos los factores. Para utilizar una forma algebraica: hay N factores, no sólo uno. Y cuando más complicado es el mundo, mayor la cantidad de factores N. . . Entonces, hermano, estuviste demasiado impulsivo en el caso de Gong Ding. No usaste tu cerebro.” (Ding Yi pensó: “¡vaya cerebro el tuyo, que hablas así!”) “No cometes un error grosero. Cancela tu decisión e invita a Gong Ding a que regrese.” Empezó a hacerse patente a Ding Yi que había sido su esposa quien había invitado a su hermano para que lo persuadiera.

Hasta la 1:45 de la madrugada siguiente, cuando ya habían pasado veintiuna horas desde la llegada del teórico, las visitas continuaban yendo y viniendo. Algunos soltaban chorros de elocuencia, como si quisieran revivir a los muertos. Otros fanfarroneaban, como si pudieran deglutirse al mundo entero. Algunos hacían reverencias obsequiosas como si se tratara de ramitas de sauce mecidas por la brisa. Otros traían planes bien elaborados que enunciaban en una o dos palabras, dispuestos a no desistir hasta alcanzar la meta, o, si no conseguían, arrojar a Ding Yi a un precipicio antes que dejar a su familia en paz. Había gente que traía regalos, como flores o queso chino rancio, o que le ofrecía un departamento con vista al sur o una bicicleta nueva. Algunos le advertían de su creciente aislamiento y que acabaría mal. Otros le hablaban del prestigio del Partido, pensando en el respeto que se debía al secretario Li. También estaban los que se preocupaban por su propia seguridad y la suerte de su familia, y hasta de la unidad del país, los derechos humanos, la democracia o la libertad.

Entre los visitantes se encontraban viejos colegas, compañeros de escuela, superiores, subordinados y hasta descendientes de amigos ya muertos. Había personas mayores de gran prestigio y jóvenes de futuro promisorio. Incluso los que habían estado de acuerdo con su decisión llegaron para decirle que habían cambiado de opinión. Aunque por diferentes motivos y de diferentes maneras, todos estaban de acuerdo en un punto: no había que despedir a Gong Ding.

Ding Yi nunca había pensado que conociera a tanta gente o que tanta gente lo conociera a él. No podía entender las preocupaciones por Gong Ding, ni por qué la acción disciplinaria tomada contra él —un trabajador contratado, un rufián, pariente lejano del secretario Li— había desatado tal bronca y lo estaba convirtiendo en un enemigo público. No podía comer, dormir ni trabajar. Su domingo se había arruinado. Deseaba gritar, destrozarse cosas, golpear a alguien pero sólo podía hacer rechinar los dientes y escuchar impasible a los que le advertían: “Sé calmo y triunfarás”.

Entre los visitantes se encontraba una estrella del teatro a quien Ding había admirado mucho en su juventud. Hacía cuarenta años ella había sido la actriz más famosa de la provincia. En su adolescencia, Ding se había

enamorado perdidamente de ella, aunque era trece años menor. Nunca habló a nadie de su sueño romántico. Sólo durante la Revolución Cultural, en el periodo de “rectificación del pensamiento”, tuvo oportunidad de encontrarla, convertida en una dama mayor, ya jubilada, de más de ochenta kilos. Debido a su oriental y anticuada devoción, Ding Yi siempre había tenido un afecto especial por ella. Para su sorpresa, esta “reina” de otras épocas también llegó a su casa ese día. Sentada en la cama, ríos de palabras fluían de entre sus dientes.

“Debería haber venido a verte antes, mi joven amigo. Mírame, ¿no soy una vieja bruja? No sé por qué he envejecido de repente. ¿Por qué tantas cosas concluyen antes de que realmente hayan empezado? Es como en el teatro: todavía estás maquillándote cuando ya suena la música que anuncia el último acto. . .”

Sus lamentos sobre la transitoriedad de la vida hicieron que los ojos de Ding Yi se humedecieran. De todos los visitantes de ese día, sólo ella parecía ser la única que había venido por pura amistad. Pero lo que dijo después despertó sus sospechas:

“He oído que eres un capataz muy estricto. Ése no es modo de manejar una fábrica. ¿No predispone a la gente en contra de ti? ‘No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti mismo’. ¿No has aprendido nada de tu propia experiencia? Sería mejor que no fueras tan duro con los jóvenes.”

Así y todo, Ding se sintió agradecido por ella, en honor a sus sueños de juventud. Entre los visitantes de ese día, ella fue la única que no había mencionado a Gong Ding ni al secretario Li.

Algunas estadísticas

Espero que los lectores me disculpen si me desvío un poco del estilo normal narrativo para presentar algunas estadísticas que no por exactas dejan de ser increíbles.

Durante los doce días entre el 21 de junio y el 2 de julio, el número de visitantes que fueron a hablar del asunto de Gong Ding ascendió a 199.5 (la ex actriz no mencionó su nombre aunque lo tenía en mente, por lo cual se la considera 0.5); 33 personas hablaron por teléfono; 27 escribieron cartas; 53 (27%) mostraron real preocupación por Ding Yi y temían por su suerte; 20 (10%) fueron enviados por Gong Ding; 1 (0.5%), por el secretario Li; 63 (32%), por gente que se encontraba, directa o indirectamente, vinculada al secretario Li; 8 (4%) hablaron a solicitud de la esposa de Ding Yi, preocupada por la actitud “intransigente” de su marido; 46 (23%) no fueron enviados por nadie y aunque no conocían a Ding Yi llegaron por cuenta propia para hacerle un servicio al secretario Li. El 4% restante llegó sin razones claras.

Ding Yi rechazó todos los pedidos. Su testarudez provocó la ira del 85% de las personas, quienes inmediatamente comenzaron a correr el

rumor de que era un necio. El cargo ínfimo que detentaba Ding Yi se le había subido a la cabeza, decían, y lo había vuelto terco y poco razonable, alejándolo de las masas. Afirmaban que sólo buscaba fama y credibilidad, y que motivaciones ocultas le habían llevado a aprovechar esta oportunidad para vengarse del comité del Partido porque no le habían dado un cargo más alto. Algunos decían que estaba loco y que siempre había sido un reaccionario, por lo que nunca debería haber sido rehabilitado. Calculando que cada persona hubiera hablado al menos con 10, el total de los que oyeron alguna cosa sobre él alcanzó a 1 700. Por un tiempo, la opinión pública se mostró abiertamente en contra de él. Parecía que todos estaban furiosos. Su esposa se enfermó y fue salvada con medidas de emergencia. Incluso la enfermera encargada del oxígeno no desaprovechó la oportunidad para molestarlo.

Incidentes de esta naturaleza suceden rápido pero también pasan rápido. Son como las colas de los restaurantes en espera del desayuno: se forman no bien comienza a servirse los churros y el potaje y se dispersan inmediatamente después de que la comida se ha acabado, no importa cuán enojados estén los que se han quedado sin comer. Al llegar agosto ya no se habló más del asunto y en septiembre ya se había borrado completamente de la memoria de la gente. Entretanto, la producción de la fábrica de pegamento aumentaba día a día. En octubre ya podían observarse los resultados del cambio. En las reuniones la gente hacía gestos de aprobación y decía: "El viejo Ding Yi conoce realmente las cosas".

En diciembre, la fama de la fábrica de pegamento tenía verdaderamente fragancia de rosas y se había convertido en modelo para todas las pequeñas empresas de la provincia. El pegamento "Perfume de Rosas" producido, era siempre de primera calidad. Ding Yi se dirigió a la capital de la provincia para asistir a un encuentro donde se le solicitó que hablara de su experiencia. Al subir al entarimado su cara se puso totalmente roja y dijo: "Los comunistas están hechos de hierro, no de pegamento. . ." Esto causó la sensación general.

Y agregó: "¡Si no trabajamos seriamente, el país irá a la ruina!"

Se detuvo casi sofocado, las lágrimas corriéndole por las mejillas. Por un momento, un silencio profundo se extendió por el auditorio. Y luego rompieron los aplausos estruendosos.

Traducción de Rusell Maeth Ch.

La mariposa

El jeep “Beijing” corría por un camino rural, tambaleándose de un lado para el otro. Bajo la cubierta de lona se respiraba un ambiente adormecedor. El zumbido del motor subía y bajaba, semejante a un gruñido ininterumpido. ¿Era un gruñido de dolor o de satisfacción? También se puede gemir de placer. Recordó aquella vez en 1956 en que Dongdong, casi de cuatro años, había gemido alegremente al darle un mordisco a la nieve aromática y dulce. Para el padre parecía un gatito que por primera vez hubiera cazado un ratón, y que gruñía satisfecho de sí mismo.

El jeep aceleró. Una tras otra, las colinas fueron quedando atrás. Ante la vista pasaban pueblos, cabañas y campesinos que automáticamente se formaban en fila para aplaudirlos. Entre ellos había muchachitas de vestidos multicolores, muchachos traviosos que, con mirada hostil, lanzaban piedras al jeep y adultos que los miraban con alegría o indiferencia. Había montones de pienso más altos que los muros de los patios, árboles, sembradíos, estanques, caminos, colinas, eras, ganado, carretas de llantas tiradas por caballos, minitractores con remolque. . . La superficie llana de la carretera asfaltada y las brechas cubiertas de piedrecitas y arena, semianegadas por los torrentes del verano, el polvo, el estiércol de los caballos, todo aquello se abalanzaba directamente sobre él y su jeep “Beijing”, para luego quedar otra vez en el camino. Según el velocímetro, el jeep iba a más de 60 kilómetros por hora. Al tocar la carretera las ruedas producían un susurro rápido y flotante que recordaba la juventud, el patinaje sobre hielo, los paseos en barco sobre el lago Taiye, la gente joven en su carrera matinal. Él seguía corriendo todas las mañanas, con una sudadera y un pantalón azul marinos.

¡Maldito jeep! ¿Por qué lo separaba de aquel aire limpio y fresco tan fácil de contaminar? Y, sin embargo, era cómodo viajar así. Además economizaba muchísimo tiempo, un tiempo que era precioso. En Beijing se

consideraba un honor sentarse en el asiento trasero. El asiento junto al chofer era para el secretario, el guardaespalda o el intérprete, quienes debían abrir la puerta y bajarse de un salto para establecer contacto con el secretario, el guardaespalda o el intérprete, del otro auto mientras que él, como dirigente, permanecía tranquilamente sentado atrás sin moverse. Pero, incluso cuando ya se habían hecho todos los arreglos y su secretario abría la puerta y metía la cabeza para darle un informe, él seguía impasible, como con cansancio o desinterés. A veces hasta bostezaba. En muchas ocasiones esperaba a que el secretario repitiera dos o tres veces lo mismo para entonces inclinar o mover ligeramente la cabeza, decir un “sí” o un “hum”. Era eso lo que se esperaba de un dirigente. Y no lo hacía para hacerse el importante, sino porque realmente estaba demasiado ocupado. Sólo cuando estaba en el coche podía ser libre por un momento, podía reflexionar un poco sobre sí mismo. Además, ya había adquirido esa costumbre: no preocuparse por ninguna pequeñez, ni mencionarla siquiera.

¿Qué era aquello? Sus ojos, a punto de cerrarse, se abrieron de pronto. Ante ellos apareció una florecita blanca que temblaba en medio de la carretera. ¿Qué flor era ésa que florecía a comienzos del invierno y podía crecer en un bache de una carretera por donde pasaban miles y miles de ruedas? ¿Había sido sólo su imaginación? Cuando intentó verla otra vez ya había desaparecido bajo las ruedas del jeep. Se imaginó la flor blanca destrozada; sintió el dolor, oyó el gemido de esa flor blanca en el instante de ser pisada. ¡Ah, Haiyun! ¿Acaso no te destrozaron así? Con tu cuerpecito tan ingenuo como el de una niña a menudo temblabas de amor, de odio, de felicidad y de desesperación. Pero yo aún sigo viajando en el jeep.

Antes, siguiendo la costumbre de la zona montañosa, se sentaba tranquilo junto al chofer. Ahora, en todas partes le daban el asiento de honor, pero ya no tenía la misma tranquilidad de unos diez años atrás. Cuando esta vez abandonó la aldea, Qiuwen y los vecinos rodearon el jeep para despedirlo.

“¡Viejo Zhang, regresarás!”, le dijo sonriente el hermano Shuanfu acariciándose la barba.

La esposa de Shuanfu limpiándose las lágrimas y haciéndose sombra con una mano, lo miraba con profunda ternura. En realidad, la luz del sol no le molestaba la vista, tan sólo quería demostrarle con qué intensidad lo estaba mirando. Qiuwen, que había vivido muchas vicisitudes, que comprendía todos los secretos, que se preocupaba por todas las tristezas de la humanidad, mostraba un semblante lleno de esperanza y su mirada se perdía en la lejanía: nunca antes la había visto así. Para los dos la separación era un gran pesar y un gran alivio. Pues, tal como había dicho Qiuwen, cada uno podría avanzar por su propio camino. ¡Ah, qué caminos tan distintos! Aquel viceministro Zhang que recorría en su coche ruso las calles iluminadas de la ciudad, flanqueadas por grandes edificios, y aquel viejo Zhang con un cesto de excrementos de oveja sobre la espalda inclinada, que subía las sendas apretando los dientes, ¿eran un mismo hombre?

¿Cómo el viejo Zhang se había convertido de pronto en el viceministro Zhang Siyuan? ¿O había sido al revés? Era un problema interesante. Quizás no era ni el viceministro Zhang, ni el viejo Zhang, sino él mismo: Zhang Siyuan. Pero, al descartarlos a ambos por Zhang Siyuan con tres caracteres solos: ¿qué quedaba? Ser el viceministro o ser el viejo Zhang. ¿Tenía eso importancia? ¿Merecía tanta reflexión?

Qiuwen le había dicho sonriendo: “Váyase y sea un buen funcionario. Nosotros apoyamos a los funcionarios como usted. En ellos depositamos nuestras esperanzas. Si nos recuerda, todo irá bien”. Lo dijo con lentitud, sonriente, sin pizca de tristeza. Calmada y al mismo tiempo fuerte como una hermana mayor que estuviera consolando a un hermanito que llora por no haber podido elevar la cometa. En realidad, pronto Zhang Shiyuan cumpliría 60 años; era “joven y con un porvenir brillante” entre sus colegas. ¡Ah, la vieja China, con toda su antigüedad! En los últimos años, el límite de edad para los “jóvenes” se había ampliado mucho, al igual que el índice para diagnosticar la hepatitis.

Cuando abandonó el pueblo montañoso se sintió sin alma. Ahí había dejado al viejo Zhang, a Qiuwen y a Dongdong. Su casa con lajas de piedra, su horca de cinco puntas, su cesto, su azadón, su sombrero de paja, su lámpara de kerosén, su pipa larga y la sopa de mijo con hoja de olmo y camote. . . , todo lo había dejado atrás.

Qiuwen y Dongdong habían dado luz a su vejez, permitiéndole rejuvenecer. Qiuwen había sido el sol poniente que lo iluminaba con la luz espectral del atardecer. Pero había dejado ese sol al otro lado de la montaña Yunzia, toda cubierta de nogales. El sol poniente se aleja agitando la mano, paso a paso se aleja. . . eso canta la señora Cai Wenji cuando regresa al Reino Han. Y ahora, en el jeep “Beijing”, la separación se aceleraba muchísimo más.

¿Y Dongdong? ¿Lo llegaría a comprender Dongdong algún día? ¿Vendría a su lado? Era por Haiyun, la madre de Dongdong, por aquella flor blanca pisoteada, que él debía soportar todo este castigo. Sin embargo, seguía preocupándose por Dongdong, apenas un rayo de luz en el horizonte, una estrella que tardaría mucho en elevarse y que finalmente lo iluminaría. Sabía bien cuan fútiles e incluso dañinos podían ser todos los esfuerzos que los padres hacían por los jóvenes: dedicarles exagerada atención, concederles demasiados privilegios, ponerle límites a sus actividades. Sin embargo, secretamente deseaba lo mejor para Dongdong, ese hijo único que ni siquiera aceptaba llevar su apellido. Lo preocupaba el cinismo de Dongdong, aunque sabía que era natural en jóvenes que habían crecido en una época llena de errores y confusiones. Habían sufrido demasiados engaños y claro, eran escépticos, amargados. Pero Dongdong había ido demasiado lejos. Él quería que su hijo comprendiera la historia de China y la situación real, que comprendiera a los campesinos, que formaban la gran mayoría de la población. Esperaba que su hijo siguiera el camino correcto

y que sus ideas extremistas, en parte perdonables, no lo perjudicaran o dañaran a otros, al país.

El cielo se aclaró. El brillante sol del atardecer lo deslumbraba. Bajó la mica café para protegerse y contempló a través de ella el campo cubierto de una suave luz crepuscular. Pero la cambiante luz del sol iluminaba su saco y sus rodillas, salpicándolo con gotas de luz cuando las ramas de los árboles del camino cortaban el sol del atardecer. Bañado por esa lluvia de luces, fue sintiendo un bienestar creciente. En medio de zumbidos, ruidos y susurros, mientras giraban los números rojos en el velocímetro y saltaban los números negros del cuentakilómetros, se iba alejando cada vez más del pueblo montañoso y se iba acercando más y más a Beijing. Cada vez más lejos del viejo Zhang, cada vez más cerca del viceministro.

Fue precisamente cuando tenía más trabajo que pidió una licencia de unos diez días. Le dijo al ministro que iba a resolver un problema personal: buscar a su mujer. Dicho así, “resolver un problema personal”, todo sonaba justificado y normal. Si hubiera dicho que iba a visitar a alguien que amaba, lo habrían acusado de llevar “una vida incorrecta”, de estar convirtiéndose en un “revisiónista”. Llamar “problema” al amor, decir “resolver un problema personal” en lugar de “voy a casarme”, era realmente traicionar la lengua nacional, ultrajar los sentimientos humanos. Pero terminó por utilizar la jerga aceptada para pedir el permiso.

Al abandonar su puesto habían quedado pendientes varios asuntos de urgencia, lo que le producía preocupación. Dejar su oficina y su departamento, a los que estaba tan acostumbrado, era molesto. Pero también los viejos tienen fantasías y las suyas lo estaban asfixiando. Entonces salió sigilosamente. Tomó un tren de segunda; luego un autobús. Pasó la noche en un cuarto donde dormían 42 hombres, y donde había un olor pestilente a tabaco y transpiración. Seis lámparas fluorescentes de 40 vatios permanecieron encendidas durante toda la noche.

Ahora viajaba en un jeep para cuadros de su categoría. Sentado atrás en su confortable asiento se vio de reojo en el espejo; lucía fresco, como quien acaba de bañarse. En un coche como ése, él era un pan recién salido del horno: dorado, con aroma a trigo, a leche, a yema de huevo, a azúcar granulada. Se alojó en un hotel para invitados extranjeros y cuadros de alto rango. El aparato de aire acondicionado recién instalado zumbaba como los abejorros que vuelan en una pradera florecida. La regadera de la bañera blanquísima era eléctrica. Sin embargo, todo parecía irrelevante. No lo había escogido él. Quizás se adaptaba mejor a aquel lejano pueblo montañoso donde había ido a buscar a Qiuwen, a Dongdong y al viejo Zhang: un pobre hombre y un hombre afortunado en quien confiaban los campesinos.

Ahora otra vez se había alejado de allí. Después de la noche que pasó en el hotel de primera clase, tomó un vuelo de cuatro horas. En el aeropuerto lo esperaban su secretario y el coche ruso. Recordó su condición de viceministro. Otra vez las calles bulliciosas, las líneas blancas marcando la

vía de los coches, otra vez los semáforos rojos. La población había aumentado mucho y con ella la cantidad de vehículos. Cada vez que cruzaban una bocacalle tenían que esperar mucho tiempo. Dos giros más, el coche disminuyó la velocidad y se paró. Apretones de manos, agradecimientos. Le dijo al chofer que subiera a descansar un rato, pero éste declinó la invitación. El secretario le ayudó con el escaso equipaje. En el elevador bien iluminado lo saludó la muchacha de servicio con el pelo ondulado por la permanente. Había regresado a un mundo donde le saludaban todos los que conocían su rango. Metió la llave en la cerradura. No le gustaba molestar a los demás por cualquier pequeñez. Abrió la puerta, encendió la luz. Las paredes y el suelo seguían tan limpios como de costumbre, como si todos los días los pulieran. Había vuelto. Se sentó en su sofá.

Haiyun

Parecía como si todo hubiera sucedido ayer. La voz de Haiyun aún vibraba en sus oídos, continuaba flotando en el aire. Aunque muda, todavía podía oírse. Y su figura clara y esbelta que irradiaba luz ¿adónde se había ido? ¿Era real que ella ya no existía? ¿O aún se la podía ver en algún rincón lejano del universo? Pasarán siglos antes de que sea visible en la tierra la luz que emite en este momento una estrella de otro sistema planetario. ¿Y la luz de ella no podía durar más que su propia vida?

Pero no, todo eso pertenecía al pasado, a otra generación. Quizá se estaba volviendo senil, acordándose de cosas de décadas pasadas. ¿Sería posible que dentro de cien o quinientos años alguien recordara a Haiyun y a otros como ella? Sus recuerdos dulces, amargos y ardientes ¿podrían surgir confusamente en el alma de algún muchacho que viviera en una sociedad feliz y justa, aunque no un paraíso, dentro de cientos de años?

Otra vida, sí, otra vida. ¿No fue en otra vida que Haiyun y él se conocieron? En 1949, cantando "El cielo de la zona liberada es despejado", "¡qué golpes tan duros hemos asestado al enemigo!" "Los jóvenes tenemos un corazón ardiente, sigamos a Mao Tse-tung para marchar adelante", se había liberado China. Los años de guerra habían sido crueles con la dureza de la marcha, las retiradas, los fracasos temporales, la muerte, el hambre. Las incursiones en terreno enemigo, los cascos y las ballonetitas brillantes de los gendarmes, los ojos siniestros de los fortines, las órdenes de la comandancia general para "aniquilar a los rojos", la atmósfera tensa de la campaña de las "Tres verificaciones" y "Las tres rectificaciones", autocríticas y más autocríticas: todos los sacrificios que puede soportar la humanidad los soportó el ejército de liberación hasta vencer al enemigo y avanzar victoriosamente. Y cada vez que entraba en alguna ciudad lo primero que hacía el ejército era bailar junto con el pueblo las danzas de Yenan mientras los toques de los tamboriles resonaban hasta el cielo. Agitando cintas de seda roja habían liberado toda China.

Bailando danzas de Yenán la gente llegaría al paraíso y, con toques de tambores, lograría una edad dorada de justicia, moralidad y prosperidad.

Por aquel entonces tenía 29 años, un bigote negro y vestía un uniforme gris con una insignia en el pecho. El brazalete en su brazo izquierdo tenía la inscripción: “Comité militar municipal del ejército popular de liberación”. En sus ojos y en sus actitudes se manifestaba un prometeo triunfante que había traído luz y libertad a la humanidad. Trabajaba 16, 18 y hasta 20 horas diarias; él no sabía lo que era el cansancio. Poseía la fuerza para cambiar el curso del mundo y lo estaba haciendo. Era más joven que nadie; tenía, pues, un porvenir sin límites. Poseía más experiencia que los ancianos, porque como revolucionario “veterano” era uno entre mil. Era el vicepresidente del “Comité de control militar” de esa ciudad. Todos los días recibía a los responsables de las organizaciones clandestinas del Partido, a jefes del ejército estacionado en la ciudad, a representantes de los sindicatos y de las asociaciones estudiantiles, a técnicos, empresarios y a militares y políticos del Guomindang que se habían cambiado de bando. Sus razonamientos, e incluso sus palabras favoritas: superar etapas, profundizar, aplicar, combinar, resolver, orientar, romper, transformar. . . eran novedades sin precedentes para casi todos en esa ciudad. Como la encarnación del Partido Comunista, de la revolución, de la victoria, gozaba de un prestigio enorme y de un poder casi sin límites. Cada una de sus palabras era escuchada, apuntada detenidamente, estudiada. Sus instrucciones se aplicaban con resultados inmediatos. “Debemos cambiar la moneda y estabilizar los precios.” Se cambió la moneda y se estabilizaron los precios. “Hay que aumentar la seguridad pública y mantener la disciplina.” Desaparecieron los pillos y los ladrones; la gente pudo dormir con las puertas abiertas y recuperar las cosas perdidas. “Debemos terminar con el consumo de opio y con la prostitución.” Desaparecieron los expendios de droga y los prostíbulos. Su palabra era ley.

Un día, cuando le estaba diciendo: “Debemos. . .” al personal del municipio, vio brillar una blusa blanca y entrar una muchacha esbelta. Ahora, al recordarla, ella no era más que una niña. Era como aquellas calles larguísimas de su infancia que, al ser mayor, se habían transformado en callejuelas.

¿Cuántos años tenía ella? Dieciséis. Trece menos que él. Era delgada, con ojos grandes y llenos de vida y sinceridad. Ella entró. Mientras le hablaba lo miró fijamente pues, para ella, él era la encarnación del Partido. Era alumna de una escuela católica y presidente de la Asociación Autónoma de Estudiantes. Por participar en las actividades organizadas en los parques por el ejército y el pueblo para festejar la liberación, y por discutir la historia de la evolución social, ella y sus compañeras de estudio habían tenido conflictos con la dirección de la escuela y con las monjas extranjeras. Haiyun le explicó todo el proceso. Se sintió contagiado, la sangre le bullía. . . Cuando el incidente terminó con la total victoria de las jóvenes chinas, Haiyun regresó.

“Todas mis compañeras quieren que usted pronuncie un discurso sobre el significado de nuestra victoria”, le dijo.

“¿Todas tus compañeras? ¿Y tú?”, preguntó él.

¿Por qué había preguntado eso? Lo hizo sin ninguna intención, pero la entrada de esa muchacha a su oficina le había agradado. Ella era como un paloma blanca que hacía más azul el cielo, o como un pez que al moverse hacía más viva el agua del mar. Sintió simpatía hacia esa muchacha de pupilas claras.

“¿Yo? ¿Para que hablar de mí? Yo quisiera oírlo todos los días”, respondió Haiyun.

¿Por qué le contestó así? ¿Estaría acaso enamorada? Claro que estaba enamorada, pero del Partido. “Trin. . . tram. . .”, brillaban y crepitan chispas azules por encima de sus cabezas. Haiyun y él iban a la escuela en un tranvía. Por aquellos días había pocos coches y él no insistía en usarlos. Los coches no eran entonces un símbolo de estatus. Iban de pie, cada uno agarrado de un aro de plástico blanco que colgaba de una correa y, aún así, Haiyun no paraba de hablar: “En nuestro grupo hay dos espías que ahora están muy desconcertadas. Andan diciendo que la fuerza aérea de Chiang Kaishek arrasó Shanghai. Organizamos una reunión de crítica durante la cual cuatro compañeras presentaron su solicitud de ingreso a la Liga de la Juventud. . . Tenemos un grupo de discusión sobre el concepto comunista de la vida. ‘No hay nada tan precioso como la vida. Ella nos pertenece sólo una vez. . .’ pusimos estas palabras del héroe soviético Paul Kochakin en nuestro periódico mural”.

Cuando entró en la sala de actos, las alumnas aplaudieron con todas sus fuerzas, como si los aplausos fueran un gran oleaje. Todos los ojos negros y brillantes despedían luces de respeto y lágrimas de alegría. El micrófono no funcionaba bien: primero no sonaba y después hacía ruido. Tardaron media hora en arreglarlo. Haiyun subió al escenario. “Compañeras, ¡vamos a cantar una canción!” La respuesta fue más uniforme que cuando contestaban en clase. “Éste es el primer grupo, las siguientes son el segundo, el tercero. . .” y agitando la mano, dividió a las alumnas en cuatro grupos. El famoso general Han Xin no hubiera sido más eficaz que ella.

El Gobierno Democrático ama al pueblo.
Las bondades del Partido son tantas
que es difícil terminar de contarlas
¡. . .Hehe, hehe, hehe. . .!

En la sala de actos resonaba este “hehehehe”, como si estuvieran acarreado madera, picando piedras, volando una montaña, martillando hierro, sí, martillando hierro.

Todos somos herreros.
Estamos templando la llave de la felicidad.

Eleveamos alto el martillo,
¡a forjar, a forjar!

Sólo desde lo hondo del alma de estas muchachas llenas de fervor, cuyo objetivo sagrado era la revolución, podían brotar canciones tan conmovedoras. Haiyun las dirigía y su cabello flotaba como si estuviera en llamas. Zhang Siyuan vio cómo el entusiasmo hacía temblar su cuerpo juvenil. Ella era la encarnación de la heroína Liu Hunan; de Zoya, la heroína soviética; de la juventud revolucionaria. Por fin se arregló el micrófono y él comenzó su discurso:

“¡Militantes de la Liga de la Juventud!” Aplausos. “¡Camaradas, reciban mi saludo revolucionario y combativo!” Aplausos. “Ustedes son dueñas de la nueva sociedad, de la nueva vida. Con la sangre de los mártires se abrió un camino luminoso y amplio. Ustedes avanzarán por ese camino, de victoria en victoria.” Inclínaban sus cabezas en señal de aprobación, tomaban apuntes sin que se les escapara un detalle, pero aun así, aplaudían sin cesar. “En la historia de China, en la historia de la humanidad, ha comenzado un nuevo capítulo. No somos más esclavos, miserables víctimas del destino. Ya no tenemos por qué suspirar o llorar. . . Construiremos el futuro con nuestras propias manos. Recuperaremos lo que hemos perdido. Crearemos lo que aún no tenemos. Una vez que exterminemos la explotación, la opresión, el egoísmo, el atraso y la injusticia, lo que perdamos no será más que una cadena y lo que logremos será todo el mundo. . .” Aplausos aún más entusiastas. Vio lágrimas de emoción en los ojos de Haiyun y de las otras jóvenes estudiantes. A través de las lágrimas ellas veían banderas rojas, faros, clarines y estaciones eléctricas. . . ¡Qué elocuente y lleno de entusiasmo estuvo esa vez! Había dicho muchas palabras vacías e infantiles, pero todas sinceras. Creía lo que decía y ellas también. Las llamas revolucionarias habían reducido a cenizas el pasado. Tenían en sus manos una vida y una historia nuevas, como aquellos aros de plástico blanco, lisos y redondos, del tranvía.

Luego comenzaron a escribirse, se llamaban por teléfono, hacían citas, paseos, iban al parque, al cine, tomaban helados juntos. Claro que lo importante no eran los parques, los cines y los helados, sino las clases de política. Él parecía un dios omnisciente, capaz de contestar sin equivocación todas las preguntas de Haiyun sobre el mundo, la China, la historia del Partido, la Unión Soviética o los trabajos de la célula de la Liga de la Juventud. Haiyun lo miraba con tanta devoción, con tanto entusiasmo y tanta solemnidad que un día realmente no pudo contenerse y de súbito la abrazó y la besó. Ella no opuso resistencia alguna ni vaciló. Ella tan sólo lo adoraba y lo obedecía. ¿Acaso sabía que él también la amaba? Desde el primer momento que la vio supo que ella era su amor. Fueron inútiles los consejos de la superioridad, de sus colegas; también resultó vana la oposición violenta de los padres de Haiyun: se casaron. Él tenía treinta años y Haiyun aún no había cumplido los dieciocho. El amor y la revolución

corrían velozmente por un sendero iluminado por el sol. Haiyun no terminó la escuela secundaria y entró a trabajar como mecanógrafa en un departamento del comité del Partido.

En 1950 tuvieron su primer hijo. Fue justamente cuando los voluntarios del pueblo chino tomaron parte en la guerra de Corea. En la ciudad había habido un accidente provocado por un sabotaje de los contrarrevolucionarios. Durante un mes estuvo tan ocupado con la organización de los suministros a los voluntarios, con la propaganda y la lucha contra los contrarrevolucionarios, que no fue nunca a su casa a pesar de que estaba sólo a kilómetro y medio de su oficina. Un día, en medio de una reunión importante, Haiyun le llamó por teléfono: el bebé tenía mucha fiebre, ella tenía miedo. . .

“¡Estoy muy ocupado!”, dijo, y colgó, avergonzado de sí mismo pues le pareció haber oído sollozar a Haiyun. “Al terminar la sesión volveré a casa”, se dijo. Si hubiera querido, habría podido hacerlo. Pero todos estaban atareados; hasta los jefes de oficina y los empleados se pasaban las noches trabajando y no sólo los sábados y domingos, sino incluso durante el Año Nuevo y la Fiesta de Primavera. ¡Durante ola época revolucionaria no existían normas! Las normas habrían acabado con la revolución. Si trabajaban un minuto más, en los barrios pobres de Nueva York el sol saldría un minuto antes y los sufrimientos del pueblo coreano desaparecerían un minuto antes. Aquella noche, al terminar la reunión, era la una y cuarenta. En la puerta miró el reloj, pero. . . el bebé, el primer hijo de Haiyun y él, había muerto.

Haiyun parecía en trance, con una mirada perpleja y vacía, que le hizo tragar un sorbo de aire frío a Zhang Shiyuan. Ante su preguntas y los intentos por consolarla ella no tuvo reacción. Haciéndose reproches cayó de rodillas frente al bebé muerto y a su joven madre, pero ella seguía como atontada.

“¡No debes pensar tan sólo en ti misma, Haiyun!”, le gritó. “No somos gente común, ¡somos comunistas, somos bolcheviques! En este mismo momento los aviones B29 de los norteamericanos están bombardeando Pyongyang. Miles y miles de niños coreanos están siendo asesinados con bombas incendiarias, con bombas expansivas. . .” De pronto se enfervorizó y dijo cosas que después consideraría vagas, impiadosas, pero que en ese momento eran serias y sinceras. Llegó la hora, el guardaespaldas vino a apurarlo. Se fue apresuradamente.

De ahí en adelante Haiyun y él se transformaron en dos desconocidos. Haiyun seguía siendo una intelectual pequeño-burguesa que no se había templado y transformado lo suficiente. Esa gente tiende a vacilar con frecuencia. Además, se preocupaba por cosas insignificantes. Y quizás para ella él era cada vez más cruel, egoísta y charlatán. Se reprochaba a sí mismo por haber truncado la carrera e incluso la felicidad de Haiyun. Con su ayuda, Haiyun se fue a una universidad de Shanghai a estudiar literatura extranjera, su especialidad preferida. En la estación del tren, después de

que la sirena sonó tres veces, se empezó a oír la melodía cantonesa “La Alegría de la Fiesta”. La locomotora lanzó profundos suspiros. Haiyun, vestida como una estudiante, asomó la cabeza por la ventanilla del vagón y agitó la mano. Él vio su cara radiante. Parecía como si el amor, el matrimonio y la vida familiar hubieran desaparecido; como si nunca hubiera tenido y perdido un bebé. Haiyun seguía siendo la presidente de la Asociación de Estudiantes de la escuela católica, y al llegar a la universidad en Shanghai, también dirigiría un coro de mil alumnos que cantarían: “El cielo de la zona liberada está despejado”. Él seguía siendo un joven revolucionario veterano, un dirigente que trabajaba sin descanso. La relación entre ellos era aún sencilla y pura.

La ausencia aumenta la añoranza. Haiyun se había ido. Ellos se escribían. Él necesitaba entrañablemente a Haiyun. Pero era la época efervescente del “Movimiento de lucha contra los tres males” y del “Movimiento contra los cinco abusos”. Él dirigió el movimiento contra la corrupción. Denunciaron a catorce personas de haberse apropiado de más de cien millones de yuanes antiguos, aunque después de revisar los casos se comprobó que sólo dos eran realmente culpables. Pero él seguía contento con la victoria. Entonces vino el movimiento para eliminar a los elementos contrarrevolucionarios. Todos estudiaban el documento sobre “la camarilla contrarrevolucionaria” de Hu Feng. Hubo denuncias, revelaciones, confesiones, persecuciones y luchas; se descubrieron armas, radios y, uno tras otro, fueron apareciendo los contrarrevolucionarios. Un movimiento sucedía a otro para limpiar la mugre de la vieja sociedad.

En 1956 fue nombrado secretario del comité municipal del Partido. Cada acción, cada palabra suya tenía influencia sobre los 300 mil habitantes de la ciudad. Hasta sus más mínimos gestos: un fruncido de sus cejas, una sonrisa, una mirada, eran objeto de atención. Él era la encarnación del comité municipal del Partido. Él era el cerebro que fijaba las políticas a seguir, quien supervisaba todos los trabajos del municipio, ya fuera exterminar las moscas o construir una fábrica. Sus trabajos siempre iban a la vanguardia. Se consideraba parte de una máquina brillante y enorme que al moverse le hacía sentir su propia conciencia, su inteligencia, energía y responsabilidad. Le había dado el significado de su existencia. El comité municipal del Partido y él no existían el uno sin el otro.

Pero sus relaciones con Haiyun no marchaban bien. Cuando ella regresó de Shanghai durante las vacaciones de invierno el amor había revivido. Conversaban sobre Flaubert y Maupassant. Él sabía tan poco de literatura francesa como ella de los trabajos del comité del Partido. Con frecuencia sus preguntas la hacían reír a carcajadas aunque comprendía que él la hacía para agrada-la, aun a riesgo de quedar en ridículo por su ignorancia. Para corresponderle, Haiyun empezó a preocuparse por las elecciones generales y el presupuesto de la ciudad. Una vez cocinaron juntos un pescado y descubrió que Haiyun superaba a un cocinero de primera. Nunca supo qué condimentos y especias había usado para preparar la salsa que cubría el

pescado. Para la Fiesta de Primavera hicieron ravioles y dulce *yuansia* para la Fiesta de los Faroles. Luego, Haiyun se fue otra vez. Como él tenía una reunión muy importante, no pudo ir a la estación a despedirla. Más adelante cuando Haiyun le escribió diciendo que otra vez estaba embarazada, intentó convencerla de que abortara. Irritada, dejó de escribirle durante cuatro meses. En las vacaciones de verano Haiyun regresó ya bastante barrigona, después de hacer los trámites para suspender sus estudios. “Ya perdimos un hijo”, dijo con una mirada melancólica y quejumbrosa que le hizo sentir remordimientos.

Después del parto no sólo le buscó una estupenda niñera sino también hizo que un doctor del nuevo hospital de pediatría frecuentara la casa. Haiyun había pedido seis meses de permiso, pero en realidad se quedó un año, incapaz de separarse de su segundo y único hijo. Zhang Siyuan pensaba que era mejor que abandonara la universidad pues incluso sin estudios universitarios iba a ser respetada y podía lograr un buen trabajo. Pero Haiyun insistió en seguir estudiando y además no quiso cambiarse a una universidad del municipio. Era muy firme en sus decisiones. Sin embargo, en vísperas del viaje lloró sobre la cabecita de Dongdong quien pronto cumpliría un año. . .

El viento pelea con el viento, el agua con el agua, la gente choca entre sí y uno no puede consigo mismo. ¡La vida está llena de contradicciones! ¿Hay alguna certeza de que la luna llena que vemos hoy sea la misma que esa delgada luna creciente de hace dos semanas? Los ríos fluyen, ola tras ola. ¿Qué diferencia hay entre una y otra ola del río?

Haiyun, Haiyun: ¿nos comprendimos el uno al otro? ¿Por qué no pudiste perdonarme?

Empezaron a correr rumores bien y malintencionados. Zhang Siyuan se enfureció “¿cómo un hombre que maneja una ciudad entera, no puede controlar a su propia esposa?”, se gritó a sí mismo. Pero, ¿por qué cuando regresó Haiyun vestida con su viejo uniforme de estudiante, al que había preferido a todos los preciosos vestidos que él le había comprado, se sintió tan débil que no pudo pronunciar ni siquiera un reproche? “Por nuestro hijo. . .”, ahora era él quien suplicaba.

Haiyun no dijo nada, pero lloró. Abandonó la universidad y prometió interrumpir sus relaciones con aquel compañero. Entró a trabajar como asistente de profesor en una escuela normal, y poco tiempo después la nombraron vicesecretaria de la célula general del Partido en su facultad. Finalmente Zhang Siyuan pudo quedarse tranquilo. Además, Haiyun iba al trabajo y regresaba a casa en un coche del comité municipal del Partido. . .

Entonces —como estalla un trueno en un día claro— Haiyun fue denunciada en la lucha antiderechista de 1957.

“Nunca pensé en que llegarías a degenerarte hasta este grado. ¿Cómo es posible que hayas aplaudido cuentos contra el Partido?” Caminaba de un lado a otro con las manos en la espalda, y firme sin compasión alguna. “¿Debes confesar tus crímenes, regenerarte, cambiar radicalmente!”

Cada palabra hacía temblar a Haiyun, como si le clavaran agujas en el cuerpo. Luego alzó la cabeza. Zhang Siyuan se estremeció al ver su mirada fría como el hielo. . .

Un mes más tarde Haiyun le pidió el divorcio. Él aún quería remediar la situación pero, dadas las circunstancias, el divorcio era inevitable. Cuando la vio por última vez, después de terminado el divorcio, lo enfureció ver su cara radiante: “Se ha degenerado, realmente se ha degenerado”, se dijo a sí mismo.

Cada primavera las hojas frescas de los árboles, llenas de vida, reciben con alegría la lluvia primaveral y la luz del sol de la mañana, mientras se mecen en el viento suave. Invitan a cantar a los pájaros, adornan los patios y las calles y parecen bendecir a las parejas de jóvenes amantes. Ellas anhelan la frondosidad del verano, pero también desean recibir los rigores del otoño y, cuando al final caen flotando, no lanzan ni siquiera un suspiro porque han vivido, experimentado y amado. Aunque no son sino unas hojitas hacen todo lo que pueden por el árbol, los pájaros y los amantes. Pero, ¿qué pasa si las arrancan cuando acaban de empezar la primavera o el verano? ¿Acaso no se lamentan? ¿No añoran el árbol y su pasado? Aunque en la próxima primavera haya miles y miles de hojas iguales; aunque ese árbol tal vez no envejezca en un futuro ya fijado esa hoja nunca volverá a brotar. Podrá cambiar el universo, y aunque la Tierra desaparezca, la nebulosa del cosmos se combinará de nuevo y aparecerá otra Tierra pero esa hoja nunca volverá recibir las caricias de la luz del sol y de la lluvia primaveral, nunca volverá a despedir sus murmullos bondadosos.

Y, sin embargo, el jeep seguía corriendo a 60 kilómetros por hora, el tren a 100 kilómetros por hora, el avión a 900 kilómetros por hora, mientras que el satélite se precipitaba por el cielo a 28 mil kilómetros por hora en medio de ruidos ensordecedores.

Meilan

Meilan era un pez, Meilan era un cisne blanquísimo, Meilan era una nube, Meilan era unas pinzas.

Apenas se fue Haiyun, vino Meilan. Posiblemente fue un arreglo hecho por sus colegas, que se preocupaban por él. Nunca habían aprobado que el secretario del comité municipal del Partido estuviera casado con una colegiala. Meilan, lustrosa y fragante, con una cara blanca de luna llena, estaba decidida a llenar el vacío dejado por Haiyun. Vino a ocupar el puesto de esposa del secretario con tanta convicción y certeza como él desempeñaba su cargo de secretario. Cuando se sumía en sus pensamientos su cara era inescrutable y en la frente se le formaban dos feroces arrugas verticales. Pero al ver a Zhang Siyuan esas arrugas desaparecían de inmediato y sonreía con coquetería. Su llegada transformó la vida de Zhang Siyuan: no sólo su forma de vestir y su comida, sino también su casa y su carro, todo.

“Es para favorecer tu trabajo. . .” era la frase favorita de Meilan, lo que le permitía sentirse justificado y tranquilo. El viejo sofá fue sustituido por uno nuevo tapizado de brillante seda dorada, donde se sentía cómodo y relajado. Tenía la vaga impresión de que Meilan hacía pedidos al departamento administrativo por cualquier motivo.

“No seas tan exigente”, protestó. “No hay que vivir de esa manera. El sofá de antes era bueno. ¿Por qué lo cambiantes?” Meilan sonrió coquetamente: “¿Qué estás diciendo? Estás tan ocupado que te olvidas de todo y te estás volviendo viejo antes de tiempo. Rara vez regresas a casa a descansar un rato, ¿no es justo que vivamos en mejores condiciones?”

No volvió a decir nada. Estaba obsesionado por la campaña de masas para fundir hierro y acero. Esa fue la época en que muchas familias rompieron las ollas para obtener chatarra. La campaña antiderechista, el movimiento de la lucha contra la tendencia derechista y el conservatismo volvían apremiante la situación política. Vivía con los nervios tensos. Un nuevo sofá brillante y blando, al igual que una nueva esposa elegante y llena de ternura, ya no eran para él cosas de lujo. Sólo en ocasiones lo perturbaba la sospecha de que ella lo manipulaba, lo cual le producía desagrado. Y rara vez surgía ante sus ojos la figura delgada y sencilla de Haiyun. Entonces su corazón se estremecía, abría mucho los ojos, pero ya no había nada. Era como si un arbolito hubiera pasado por la ventanilla del tren y rápidamente quedara atrás. No tenía tiempo para anhelarla.

La metamorfosis

¿Cómo son las relaciones entre el hombre y sus circunstancias? El secretario Zhang, sentado en su sillón de seda dorada, fumando un cigarrillo “Panda” con filtro, pronunciaba su discurso y empezaba las frases con un ah. . . eh. . . este. . . y bueno. . . para alargarlas. Muchos de los que lo escuchaban tomaban notas. Sin importar dónde estuviera ni qué estuviera haciendo, era tratado con respeto, incluso le sonreían por adulación. ¿Qué diferencia había entre este secretario Zhang y aquel maestro del octavo Ejército que usaba polainas; ese instructor recién nombrado que se pasó dos días con sus noches escondido en los matorrales para evadir las operaciones de “limpieza” del enemigo? ¿No eran el mismo hombre? ¿Acaso sus luchas no tenían el mismo objetivo: conquistar el poder y ejercerlo, transformar China y transformar la sociedad? Ya estuviera escondido entre los matorrales, en el lecho de un viejo campesino, o en su colchón de resortes ¿no había entregado igualmente toda su fuerza y toda su energía, día y noche, a la misma causa grandiosa del Partido? Nunca había olvidado aquella época dura y llena de hazañas ni su ideología revolucionaria. El anarquismo de la pequeña burguesía, aquella “revolución” al estilo del Che Guevara, que igualaba la muerte con la victoria, no tenía nada que ver con China. Pero, ¿había cambiado? ¿Si no, por qué temía tanto perder su

sofá, su colchón de resortes y su coche? ¿Podía aún acostarse con total confianza y cariño en el tibio lecho que le ofrecían los campesinos?

Pero no era sólo el temor a perder sus condiciones privilegiadas también temía perder su cargo. Tenía miedo de perder su puesto de combate, su importante posición en las filas del glorioso Partido Comunista. En los últimos años había dirigido muchas campañas políticas. Había visto con sus propios ojos las desgracias de los que habían perdido su puesto, de los que habían sido denunciados: todo aquello era mil veces más temible que la voluntad de Dios o que la visita de la Muerte. Como secretario del comité municipal del Partido se consideraba a cargo de toda la ciudad, pero cuando denunciaron a Haiyun como derechista no pudo hacer nada. Y él mismo tuvo que condenar a muchas otras víctimas. De la noche a la mañana, un buen dirigente se convertía en mierda de perro. Su mirada penetrante perdía todo brillo. Debía inclinarse y bajar la cabeza. Era tan mágico como que una bella princesa se transformara en rana o un arrogante en mendigo leproso.

Pero jamás había pensado que esa magia lo tocaría a él. Durante los movimientos políticos pasados con frecuencia repetía: “En la lucha, los proletarios sólo conocemos la alegría del triunfo. Con ella tenemos toda la seguridad en las manos. Sólo las clases decadentes le temen a la lucha de clases y se lamentan porque sienten que se acerca su desaparición”. Pero, ¿por qué en 1966, al escuchar los toques de gong y los tambores de los guardias rojos, le latía tanto el corazón?

Después recordaría con frecuencia cómo llegó ese día. Al inicio de la Revolución Cultural, cuando apenas se empezaba a difundir la Circular del 16 de mayo, se había sentido alegre y tenso, como en los movimientos anteriores. Sabía que éste sería un movimiento implacable, pero grandioso y sagrado. Sin embargo, su violencia lo tomó por sorpresa. Bien, él no temía a las tempestades; enfrentaría el oleaje y el viento para avanzar. Además creía firmemente que esta lucha era para combatir el revisionismo y prevenirlo. Creía de todo corazón en la necesidad de transformar China y de crear una nueva historia con medidas revolucionarias. Sabía que toda una serie de dirigentes caerían, pero frente a los intereses del Partido no se podía ser benévolo: sin ninguna vacilación alzó la espada de la lucha de clases. Autorizó la crítica contra el editor del periódico aunque, en realidad, esa crítica no era más que palos a ciegas. Más tarde fue denunciado el presidente de la Asociación de Trabajadores Culturales. Los periódicos no cesaban de advertir a la gente contra los dirigentes que seguían el camino capitalista, capaces de sacrificar a los peones para proteger al rey. Entonces, como un presidente de la Asociación de Trabajadores Culturales era demasiado insignificante, tomó la decisión de sacrificar al director de propaganda del municipio. Más tarde la víctima fue el vicesecretario de cultura y educación. Cada vez eran más los miembros de la banda siniestra y los elementos perturbadores que eran denunciados. Cuantos más cuadros caían, más se acercaba él a la primera fila. Al final llegaría su turno. El próximo sería él.

A pesar de todo le cayó por sorpresa. Era como si el acusado de ser un dirigente seguidor del camino capitalista, un traidor, un elemento que se oponía al marxismo, al socialismo y al Partido fuera otro Zhang Siyuan. Éste no era el mismo Zhang Siyuan que se encontraba en la oficina del comité municipal del Partido con guardias en la puerta. Había dos habitaciones en su oficina. La exterior, más grande, tenía el suelo cubierto por una alfombra un poco vieja y varios mapas en la pared. Había también un escritorio con un teléfono, y un sofá. Allí era donde se sentaba su secretario, siempre trabajando concienzudamente. El cuarto interior, para su uso personal, tenía lujosas lámparas de techo y de mesa, una alfombra nueva, un gran escritorio negro de nogal, sillas giratorias de cuero y una cama de bronce con barandal para hacer la siesta o descansar entre reunión y reunión. Era ahí donde leía documentos, escribía notas, hacía llamadas telefónicas, reflexionaba y tomaba decisiones que luego comunicaba al secretario para que se aplicaran. Su categoría de secretario municipal, directamente subordinado a la provincia, no le permitía tener un secretario; sin embargo, la administración le había asignado uno. Zhang Siyuan casi no había tenido vacaciones durante 17 años. Los trabajos del municipio lo absorbían tanto que apenas si tenía tiempo para vivir sus propias alegrías y tristezas. Incluso cuando presenciaba una ópera local, que era su pasatiempo favorito desde niño, tampoco podía gozarla con tranquilidad, pues le enviaban documentos urgentes o recibía llamadas telefónicas. Vivía sólo para su trabajo y nunca se había imaginado que la ciudad pudiera quedarse sin él.

Pero ahora había surgido otro Zhang Siyuan que, con la cabeza agachada, reconocía sus crímenes. Era un hombre precozmente envejecido que soportaba insultos, golpes, calumnias y maltratos y que no podía reaccionar ni respirar a gusto: un Zhang Siyuan miserable que nadie compadecía, que no podía descansar ni regresar a casa. ¡Cuánto deseaba regresar a la casa para reposar un poco! No podía ir a la peluquería ni bañarse, usar su ropa de lana, o fumar buenos cigarrillos. Era un criminal a quien el Partido, el pueblo y la sociedad habían abandonado como perro.

¿Este soy yo? ¿Es Zhang Siyuan un miembro de la banda siniestra, y alguien que se opone al marxismo, al socialismo y al Partido? Hace sólo dos semanas yo gobernaba esta ciudad. Esta espalda encorvada, ¿es la mía? Este abrigo manchado de engrudo ¿está sobre mi cuerpo? (Los guardias rojos le habían pegado un dazibao en la espalda y, de paso, le habían vaciado todo el cubo de engrudo caliente por el cuello.) Este cuerpo vacilante, al que vigilan hasta cuando va al baño ¿es el mismo cuerpo alto y robusto, de movimientos enérgicos del secretario Zhang Siyuan? Esta garganta que lanza gemidos de palúdico ¿es la de ese secretario que antes era tan claro y marcial?

Una y otra vez se hacía las mismas preguntas, sin encontrar respuestas. Finalmente llegó a una conclusión: debía ser una pesadilla, un malentendi-

do, una broma cruel. Era inconcebible que él pudiera ser tratado como un enemigo del Partido y del pueblo. Debemos tener confianza en las masas, debemos confiar en el Partido: éstos son los dos principios fundamentales. Este “contrarrevolucionario”, Zhang Siyuan un perro leproso que prefería morir a vivir, este miembro de la banda siniestra no era él, se trataba de un disfraz que le habían puesto a la fuerza. En un gran cartel se leía: “Ante el espejo mágico que delata a los monstruos, Zhang Siyuan ha quedado al desnudo y muestra su verdadero rostro”. ¡No! Ése no era él, había sufrido una metamorfosis. Debía ser firme, soportar esta prueba.

Pero unas bofetadas de Dongdong destruyeron su fortaleza espiritual.

Dongdong

Los sentimientos de un padre para con sus hijos son diferentes a los de la madre. Apenas el bebé nace llorando, o incluso antes, cuando la madre empieza a sentir las señales de una vida en su vientre, el llanto, las risas, los movimientos y el reposo, cada grito y respiración, están unidos a ella.

Al principio, Zhang Siyuan no podía comprender qué lazos lo ataban a esa vida pequeña, tan difícil de cargar, que olía a orines y que lloraba sin parar con los ojos cerrados. Pero, como su primer hijo había muerto, cuando Dongdong nació en ese invierno de 1952, adoptó una actitud más protectora. Se trataba de responsabilidad y costumbre, no de amor. Si amaba a alguien era sólo a Haiyun, pero como sabía que ella adoraba al bebé, los primeros tiempos fingió afecto por Dongdong.

Diez meses más tarde, Haiyun regresó al colegio. Para entonces Dongdong ya podía pararse y dar algunos pasos apoyado en la pared. Podía balbucear “tío”. Para disgusto de Zhang Siyuan, su hijo le decía siempre “tío”. Tenía ocho dienteitos y podía mascar galletas. Incluso una vez, entre lágrimas, se comió toda una cebolla. Todo esto lo hacía un individuo, un nuevo ser humano en la vida de Zhang Siyuan, que sería su compañero. Esta idea lo emocionaba. A veces, en medio del trabajo llamaba por teléfono no para preguntar por Dongdong.

Más adelante le llegaron rumores de que algo “anormal” pasaba entre Haiyun y un compañero de clase. Una idea estúpida y baja cruzó por su mente: “¿Será mío Dongdong? ¡Al diablo con todo! No tengo tiempo para preocuparme por eso. Soy responsable del destino de trescientas mil personas”. Estaba demasiado ocupado para perder el tiempo con Dongdong.

Sin embargo, perdonó a Haiyun. Él era un dirigente de criterio amplio y además la amaba. No podía soportar las lágrimas en su cara de niña, prefería padecer él las injurias. Pero, ¿y si su amor era causa de las desgracias de Haiyun? ¡Ah! Las lágrimas de Haiyun eran gotas de lluvia sobre las hojas de loto, lluvia de primavera chorreando por los aleros en la época del deshielo, lluvia que no alcanzaba a mojar la tierra sedienta.

En la primavera de 1954, cuando regresaba a la casa bajo la lluvia, vio la cara de Dongdong pegada contra la ventana, con su naricita aplastada y blanca. Por todas partes, la frescura y la humedad consolaban el alma. ¡La primavera nunca envejecería, las hojas conservarían su frescura, los hilos de lluvia nunca se volverían rígidos! El pequeño Dongdong se había subido al escritorio para contemplar por primera vez, maravillado y perplejo, el espectáculo de la lluvia. Zhang Siyuan, siempre ocupado en reuniones y en la lectura de documentos, como un gusano de seda que roe hojas de morera, se conmovió profundamente ante la escena. La primavera, las hojas verdes, los hilos de la lluvia: sólo los niños podían sorprenderse con una hermosura que él ya no veía. Sólo la nueva generación podía comprender la fascinación de la vida, sólo la sustitución incesante de generaciones salvarían al mundo de la corrupción. No quiso perturbar a su hijo. ¡Su propio y amado hijo! Todo le hizo sentir vagamente que él mismo a los dos años —hacía de eso ya 31 años— había contemplado también la primera lluvia primaveral de su vida. ¿Acaso Dongdong y él no eran dos puntos en la misma línea de la vida? Se fue. Quería asumir todo el peso de cientos de miles de niños, consagrar toda su energía a la causa más ardua en la historia de la humanidad, aquella a la que se había incorporado desde su adolescencia. Dongdong tendría una vida mucho mejor que la de la generación de su padre. ¡Cuánta felicidad le deseaba!

A partir de entonces, todo su tiempo libre lo pasaba con el hijo. Cuando lo llevaba de la mano y paseaban lentamente, ¿no iba a su lado un hombrecito igual a él? Cuando lo sentaba en los sillones de mimbre de la fresquería ¿no compartía el refresco en pie de igualdad con otro hombre independiente que ahora era su invitado? Y cuando su hijo ronroneaba complacido sobre un gran helado, “Ártico”, ¿Cómo compartía su deleite! Cuando Dongdong terminaba el helado, lo alzaba sobre su cabeza. ¡Miren, mi hijo es más alto que yo! Tenía por su hijo un afecto varonil, basado más en la amistad que en la consanguinidad.

Pero la madre del niño arruinó esa amistad. En 1957, Haiyun alabó algunas obras que atacaban al Partido, bajo el pretexto de luchar contra la burocracia. Zhang Siyuan sólo las leyó veinte años después. ¿Por qué no las había leído antes? Pero aunque hubiera tenido tiempo no habría servido de nada, porque en aquellos días las convicciones triunfaban sobre la verdad y la razón. Entonces Haiyun se transformó en una derechista anti-Partido opuesta al socialismo, en un agente del imperialismo, en un lobo disfrazado de cordero, en una serpiente venenosa disfrazada de bella mujer, ella era una enemiga acostada a su lado, más peligrosa y dañina que Chiang Kaishek. Por supuesto, ella pidió el divorcio. Hizo todo lo que pudo para disuadirla, pero no lo logró. Luego del divorcio se repetía que él no había tenido la culpa de nada, pero eso lo hacía sentir hipócrita, como alguien que al cruzar un cementerio durante la noche canta más alto mientras mayor es su miedo.

¿Qué harían con Dongdong? No lo discutieron mucho. “Seguiré siendo su padre y tú su madre” —eso era más que evidente. Los comunistas son comunistas, y no reparten a sus hijos como si fueran bienes. Primero Dongdong vivió con él; más tarde, con su madre. Cuando tenía tiempo libre enviaba un coche para recogerlo. Pero Dongdong era muy precoz y ni las cajas de helado “Ártico”, ni las nieves de fresa, ni las nieves de tres sabores en copa plateada de un lujoso restorán occidental lo hacían ronronear con alegría; no lograban ni siquiera hacerlo sonreír.

Más adelante Meilan ocupó todo su tiempo libre, aunque no tuvieron hijos. Se había acostumbrado a la vida cómoda y razonable que Meilan le había organizado. Meilan valoraba más el orden que la felicidad. En la mañana bebía té y en la noche vino. En la mañana se lavaba la cara con agua tibia, en la noche se bañaba con agua caliente. Cuando iban al cine en su coche “Volga”, ella mandaba antes al chofer a comprar brotes frescos de bambú. Ella había aportado comodidades y un sentido monótono del bienestar que lo hacía sentir insatisfecho. Varias veces mandó a buscar a Dongdong, pero siempre el muchacho ya se había ido a la escuela. No quería ver a Haiyun, sobre todo después de que ella se había casado con su compañero de estudios. Sintió que había actuado con rectitud y se libró de sus remordimientos.

En 1964, Dongdong era delgado y pálido; evidentemente estaba desnutrido. En 1960, al comienzo de los años duros, su padre le había enviado varias veces pasteles de crema y chocolates, pero éstos no lo habían robustecido. En realidad, Zhang Siyuan sospechaba que esos regalos hacían que su hijo se alejara cada vez más. Cuando lo volvió a ver, en 1964, Dongdong reiteró con insistencia lo bien que lo trataba su papá. Llamaba papá al padrastro y padre a Zhang Siyuan, y siempre se dirigía a él con un ceremonioso “usted”, a pesar de sus doce años. Su actitud cortés y a la defensiva le hizo recordar a Zhang Siyuan a sus subordinados. Además, cuando Meilan se enteró de que había ido a ver a Dongdong, cayó sobre él una presión sin palabras: aparecieron en su frente aquellas dos arrugas verticales y esa sonrisa forzada que hacían estremecer a Zhang Siyuan. Entonces dejó de visitar a Dongdong. En la Fiesta de Primavera de 1965 le envió un pastel a la escuela. Regresó intacto acompañado de una nota que decía: “Padre, le estoy agradecido. Por favor, no se ofenda; pero no vuelva a mandarme pasteles”.

¡Por supuesto que se ofendió! Cada vez se acostumbraba más a dividir a la gente en superiores y subalternos, y estos últimos lo trataban con respeto. Podía enfurecerse con ellos con total impunidad. Además, eso era parte indispensable de su poder. Sin embargo, ahora era Dongdong quien lo trataba así. ¡Absurdo!

Cuando crezca comprenderá todo y vendrá a buscarme, pensaba Zhang Siyuan. Se dará cuenta del honor y la fortuna que representa ser

hijo de un veterano revolucionario, de un secretario municipal del Partido.

Dos años más tarde, permanecía con la espalda encorvada sobre una tarima y era el blanco de todas las críticas. “¡Abajo Zhang Siyuan, traidor y agente enemigo! ¡Si Zhang Siyuan no se rinde, lo exterminaremos! ¡Destroceemos la cabeza de perro de Zhang Siyuan! ¡Los tercios. . . inmunos como mierda de perro. . . Bla. . . bla. . . bla. . .!” Era como si escuchara el ruido del agua hirviendo. Soplaban el viento, soplaban un viento que lo ensordecía y no podía escuchar nada más. Tenía la cabeza entumida, tanto le habían tirado el pelo. Estaba casi doblado en dos. Pero todo eso pasaría, ya antes había soportado lo mismo.

En ese momento vio avanzar a uno de los más jóvenes. Zhang lo miró de reojo. ¡Dios mío, era Dongdong! El muchacho alzó la mano y la primera bofetada cayó en su oreja izquierda, como si quisiera asesinarlo. De un solo golpe hizo que Zhang Siyuan, que estaba agarrado de los brazos por dos guardias rojos, saltara. Le zumbaba la cabeza como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica; era un dolor agudo en el tímpano que le entumeció todo el cuerpo. Tenía ganas de vomitar. El brazo alzado le asestó otro golpe en la oreja derecha, menos intenso pero más doloroso. Al tercero perdió el conocimiento.

Al recobrase escuchó el llanto del que lo había abofeteado; sí, era Dongdong.

¡Venganza de clase! Esto sólo podía explicarse en términos de lucha de clases. Haiyun ya había sido condenada como una enemiga de clase —una sentencia formal que jamás cambiaría. Pero, aunque en ese momento lo criticaran las masas, él había sido nombrado por el comité provincial del Partido y había sido ratificado por el comité central. Seguía manteniendo su categoría de dirigente del comité del Partido de esa ciudad. Las masas revolucionarias lo acusaban de numerosos crímenes, pero todavía no existía un veredicto definitivo. Entre su caso y el de Haiyun había una diferencia cualitativa; pertenecían a clases diferentes.

Dongdong se mantenía en la misma posición reaccionaria de su madre. Quizás instigado por ella había venido a aplicar una venganza de clase, ¡a asesinarlo! Pero, ¿acaso no se decía: “Sólo los izquierdistas pueden rebelarse, no los derechistas”? ¿No se decía que en esta gran Revolución Cultural era inevitable que los dragones y los peces se mezclaran en el agua y que corrieran juntos río abajo entre la arena y el barro, y que todos los monstruos y demonios saldrían a relucir? La acción de Dongdong era eso: los derechistas que querían voltear la situación, demonios y monstruos personificados. En algún momento debía advertirle a los revolucionarios que lo vigilaban acerca de esta nueva tendencia de la lucha de clases. Debían tomar medidas energéticas contra los que realmente odiaban al Partido y al socialismo y hacerlos pedazos.

Pero el que se hizo pedazos fue él. Unos días más tarde supo que Haiyun se había ahorcado. Poco después se enteró que Meilan, en un

dazibao que pegó a la pared, se había declarado en su contra y se disociaba por completo de él. Esta última noticia no le causó ningún efecto.

El juicio

“Ruego que se me ajusticie.”

“Eres inocente.”

“No. El estrépito del tranvía es una elegía fúnebre para la juventud y la vida de Haiyun. El día que fue a mi oficina quedó sentenciada.”

“Fue ella la que vino a buscarte. Te amaba. Le diste felicidad.”

“La arruiné. Descuidé a nuestro primer hijo. Incluso ahora no puedo recordar su cara. Herí a Dongdong, ahora lo comprendo. Los chocolates y pasteles que le enviaba le mostraban el abismo entre su adorada madre y yo. Cuando ella lloraba hubiera debido limpiarle las lágrimas con el pañuelo; no, con mis dedos. No lo hice, le hablé en tono indiferente. Si no hubiera sido por mí, habría podido estudiar tranquilamente en la universidad, habría llegado a ser profesora titular, una especialista con cierto éxito. Habría encontrado un esposo adecuado para ella, para su edad, para su situación social. Pero conmigo todo eso fue imposible. La hice tan infeliz que en 1957 criticó el Partido.”

“Pero tú la amas, ¿no es cierto?”

“Todos moriremos. Ojalá que antes de dejar el mundo pudiera decirle: “Haiyun, ¡te amo!” Pero, si realmente la hubiera querido, no debería haberme enamorado de ella en 1949, ni haberme casado con ella en 1950. No creemos en la existencia del alma. Supongamos, sin embargo, que tuviéramos miles y miles de vidas; me arrodillaría a sus pies para pedirle que me sentenciara, que me castigara.”

“Eres humano, tu posición social no te quita el derecho al amor, ni mucho menos a responder al amor de una muchacha.”

“Pero yo era un hombre maduro, debía ser más responsable. No debería haberme entregado tan bruscamente a una muchacha tan inocente, tan tierna.”

“En 1949, ¿no eras tú inocente y tierno? Era la niñez de nuestra república, la infancia de todos.”

“Pero, ¿por qué no traté de protegerla? Tendría que haber estado junto a ella, pasara lo que pasara.”

“Más tarde dejó de amarte, ella era demasiado veleidosa. Tuvo un amante en la universidad. Ella merecía reproches, no tú.”

“Ésta es mi tragedia: no hay nadie para castigarme.”

“Sí hay.”

“¿Quién?”

“Dongdong.”

El pueblo montañoso

El antiguo filósofo Zhuangzi soñó que se había transformado en una mariposa que volaba ágilmente de un lado para otro. Al despertarse no supo

qué era: un Zhuangzi despierto que era una mariposa en el sueño, o una mariposa que soñaba.

Extraña historia. Interesante de escuchar, pero provocaba tristeza. El que tuviera un sueño como ése debía ser un hombre afortunado. Porque en su sueño él no se convertía en una mariposa sino en un prisionero separado del mundo; sin proceso, sin derecho a vivir pero también sin derecho a morir. La cárcel había sido construida durante la época de su administración, él mismo había dado la aprobación, había hecho la inspección; estaba hecha para encerrar a los enemigos de clase. . .

Pero finalmente despertó del bochornoso sueño. De pronto lo pusieron en libertad, sin razón aparente, exactamente como tres años antes lo habían puesto preso. Y ahora no tenía familia, pues durante su estadía en la prisión Meilan se había divorciado de él, llevándose todos los bienes familiares. Para él, recién salido de prisión, esa noticia era como un fresco manantial que lo lavaba de su enojo.

Era otra vez una mariposa, pero no tan ágil. Estaba suspendido en su problema. "Aún no se ha considerado su caso", se le dijo. Un cuadro del Octavo Ejército que había combatido en las montañas se convirtió en un dirigente; luego en el blanco de crítica de las masas revolucionarias; luego en un prisionero en confinamiento solitario, y ahora en una mariposa. ¡Qué difícil pasar por tantas metamorfosis!

A diferencia de otros cuadros derribados, él no iba a centrar su vida en que declararan su caso "una contradicción en el seno del pueblo". ¿Necesitaba un juicio político semejante un miembro veterano del Partido Comunista de China, un secretario municipal del comité del Partido? ¡Era una infamia! Él debía seguir viviendo, reflexionar, encontrar a su hijo.

Entonces, en la primavera de 1971 se fue a una lejana aldea montañosa donde vivía Dongdong. En la ladera de las montañas florecían los almendros. En los valles, los riachuelos corrían salpicando gotas de agua plateada. Todo palpitaba de vitalidad. Allí donde no llegaba la caricia del sol, bajo la delgada capa de hielo corría un manantial en el que nadaban los peces. Los lugares soleados estaban cubiertos de verdor: la hierba había sobrevivido al invierno. Las ardillas traviesas jugaban entre las ramas. Sobre las rocas calizas se veían las cáscaras de almendro que habían roído. Las serpientes se deslizaban entre las hojas muertas. Las liebres corrían rápidas como el viento. . .

Zhang Siyuan recordó una noche en que había salido a hacer una inspección. Una liebre gris apareció de pronto frente a los faros del jeep. Desconcertada entre la obscuridad y el monstruo que la perseguía, no tuvo más remedio que correr hacia el chorro de luz. El chofer aceleró entre carcajadas. Zhang Siyuan hubiera querido detenerlo, pero temía mostrarse sentimental como una viejita. A punto de ser atropellada, la liebre dio un salto. Zhang Siyuan lanzó un suspiro.

Los caminos de la montaña eran tortuosos, pero menos que el camino del hombre por la vida. Sin embargo, a pesar de todas las penalidades que

había sufrido la patria, la primavera seguía siendo la primavera de la patria, de las montañas, de los hombres. Él realmente anhelaba convertirse en una mariposa, volar sobre la cima de las montañas nevadas hasta los valles donde borboteaban los manantiales, ir desde los bosques hasta las terrazas de cultivo. Un grupo de jóvenes araba la tierra. El que iba al frente, con el abrigo guateado negro al hombro, de pronto comenzó a cantar:

Cuéntale a tu amado
qué error cometiste.
Querida, no te angusties
no te tires al río.

Haiyun no se había ahogado, pero se había puesto una soga al cuello. Zhang Siyuan había sentido el dolor del “crac” alrededor de la garganta de Haiyun en el instante en que sus pies habían tumbado el banco y la soga tensa la había estrangulado. Pensar en esto le había quitado el habla; sus cuerdas vocales estaban heridas. Con este pretexto pidió que no lo mandaran a la escuela de cuadros “7 de mayo”, sino a la aldea donde trabajaba su hijo.

Llegó como un “ciudadano común” sin título oficial ni autoridad, sin honor y sin culpa. Sólo se tenía a sí mismo, igual que cincuenta años atrás, cuando había arribado a este mundo atractivo pero fastidioso. Apenas llegó, su hijo se fue a otra aldea. Bien, poco a poco se irían conociendo. Se estableció con toda calma. A quien primero descubrió fue a sí mismo.

Subiendo las montañas descubrió sus piernas, que había ignorado durante años. Al ayudar a los campesinos a aventar los granos descubrió sus brazos. Al acarrear agua con una pértiga y dos cubos descubrió sus hombros. Cargar los cestos le permitió conocer su espalda y su cintura. Cuando, apoyado en el mango de su azadón, alargaba el cuello para divisar un carro que pasaba por la carretera entre una nube de polvo, descubrió sus ojos. Antes él iba cómodamente sentado en el jeep y a través de los parabrisas contemplaba a los campesinos trabajando.

Incluso se dio cuenta de que aún era atractivo. Si no, ¿por qué las comuneras casadas tenían tantas ganas de bromear con él? Las burlas y groserías de los campesinos le chocaban, pero no podía condenarlos. ¿Acaso no podían burlarse un rato durante los descansos? Tenían muy pocas diversiones. No se podía esperar que durante el descanso leyeran *lo que se opone al enemigo*. . . o que cantaran a voz en cuello “Alcanzar el cielo” o “Tocando las nubes”. Ellos querían que la tierra diera mejores cosechas, no alcanzar el cielo o las nubes. Él, Zhang Siyuan, había volado con frecuencia entre las nubes en un avión An-24 o en un Ir-18.

Allí también descubrió su inteligencia, su conciencia, su autorrespeto. Durante los 17 años posteriores de la liberación lo habían respetado todos. De la noche a la mañana ese respeto se transformó en calumnias, violencia, ultrajes. Hasta Meilan y su hijo lo habían abandonado. Comprendió que el

respeto no era para él, sino para el secretario municipal. Al perder el cargo lo había perdido todo. Ahora las cosas habían cambiado: los campesinos confiaban en él. Le pedían ayuda para sus problemas porque él era un hombre honrado e inteligente que se preocupaba por los demás.

Pero fracasó ante Dongdong. Cuando lo fue a visitar por primera vez, estaba arreglando sus zapatos. Dongdong se esforzaba por parecer un experto zapatero, pero no lo lograba.

“¿Por qué no hablas?”, le preguntó su padre.

“No tengo nada que decir. ¿Para qué ha venido? Me cambié el apellido, no me llame más Zhang.”

“Eso es cosa tuya. Al fin y al cabo sólo quedamos los dos. No tenemos a nadie más.”

“Si ocupa de nuevo su cargo comenzará por matar a muchos, ¿no? El vicecomandante Lin Biao nos enseñó: “el poder político es el poder de la supresión”. ¿Seré yo su primera víctima?”

“No digas tonterías.”

“¿Por qué no admite que me odia? Usted me reconoció el día que le pegué, ¿no? ¿Qué pensó en ese momento? Lucha de clases. . . venganza de clase. . . ¿no?”

Zhang Siyuan se estremeció.

“Así es mejor. Seamos sinceros. Prefiero un odio sincero a un afecto falso.”

En su agitación la pinza con la que pasaba la aguja le hirió un dedo. Se lo metió a la boca y se lo chupó, con el mismo gesto de su madre cuando se pinchaba un dedo al coser un botón.

“¿Puedes contarme algo sobre los últimos días de tu madre?”

“No sé nada.”

“¿Cómo puede ser?”

“Aquél día, por haberle pegado, me llevaron a la seguridad pública. Sólo los izquierdistas pueden rebelarse. No los derechistas. Ésa era la consigna de ustedes, ¿recuerda?”

Volvió a estremecerse. Apareció el dolor del cuello al ser ahorcado por la soga. “Crac”, un sonido cruel, “crac”, “crac”.

“¿Qué le pasa?”

“Crac. . . crac. . .”

Dongdong lo condujo a la cama y le ofreció un vaso de agua.

“¿Por qué. . . tú. . . me rehúyes?, la voz de Zhang Siyuan era ronca y quebrada como un fuelle roto, como si girara un viejo molino de viento.”

Durante un rato, Dongdong permaneció callado, luego le preguntó “¿Me perdona?”

“Quizás sea yo el que deba pedirte perdón.”

“¿Sabe por qué le pegué?”

“Por tu madre. . .”

“¿No!”, irrumpió Dongdong, temiendo las palabras absurdas del

padre. “Le pegué realmente para rebelarme, para hacer la revolución. El cabecilla de nuestra banda me animó. En realidad, mi madre me dijo muchas veces que usted no era como lo describían los dazibao. . . Quizás la muerte de mi madre tenga que ver con que no la escuché. Claro, la causa principal fue la golpiza que le dieron. No pudo soportar más y yo. . .”

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y el dolor les atravesaba el corazón. Se reconciliaron.

Sin embargo, cuando habían logrado paulatinamente una relación más estrecha, Zhang Siyuan se topó con el diario de Dongdong. Estaba lleno de frases grises, decadentes, como: “¡Basta de estafas, de mentiras e hipocresías. . . El ser humano es egoísta y vil. . . Vivir es un error, vivir es un infierno!” Mientras leía, las manos de Zhang Siyuan temblaban. ¿Fue para esto que los de nuestra generación luchamos sin tregua, derramando nuestra sangre y sacrificando nuestra vida, sirviendo día y noche? ¿Todo eso por ustedes que gimen sin motivo, miserables y viles? Él y Dongdong tuvieron una violenta discusión.

“¿Posición de clase?”, preguntó Dongdong. “¿Qué posición cree que tengo? Claro, *ustedes* tienen la postura del Partido. ¿Ustedes se sacrificaron? ¡Lo que olvidan es que el Partido les ha dado más de lo que dieron! Incluso cuando usted estaba preso su sueldo mensual era más de lo que gana por un año un campesino. Además, usted puede estar seguro de que tarde o temprano lo volverán a nombrar secretario municipal del comité del Partido.”

“¡Cállate!”, gritó Zhang Siyuan enfurecido. “Puedes insultarme, ¡pero no calumnies a nuestro Partido! ¡No calumnies a toda una generación de revolucionarios! Li Dazhao, Fang Zhimin. . . ellos dieron su vida por el pueblo. . .”

“¿Para que llevemos una vida como ésta?”

“Tus palabras son peligrosas; demasiado reaccionarias.”

“¿Me encerrará en la cárcel? ¡De hecho, ustedes no las construyeron para encerrarse a sí mismos!”

“Tú. . .”, Zhang Siyuan no pudo pronunciar una palabra más a causa de su indignación. Si hubiera oído todo eso cinco años atrás, sin importar quién hablara, lo habría atacado sin piedad. Ahora sintió como si fuera a estallar. Gruñó confusamente y se fue.

Al regresar a su alojamiento lo sorprendió una tormenta. Los relámpagos resplandecían entre las ramas, los truenos estallaban sobre su cabeza. La lluvia rugía como una legión de caballos y hombres al ataque. El sendero parecía un arroyo, sus zapatos estaban completamente mojados. ¡Cuánto deseaba Zhang Siyuan convertirse en un trueno sordo, en un relámpago! ¡Qué feliz sería si lo partiera un rayo!

Se resbaló y cayó.

Rehabilitación

Me pregunto por qué
la tristeza invade mi corazón.
Ruego al cielo para que
se vaya la soledad del amor.

Esta canción de Hong Kong estaba de moda y había invadido todo el país. Cuando oyó decir que los jovencitos escuchaban música honconesa sonrió despectivamente. Nunca había respetado demasiado la cultura de Hong Kong. Cuando viajaba de incógnito, alejándose de la aldea donde había trabajado durante seis años como el viejo Zhang, se alojó en una pensión para cuadros, a fin de tomar el autobús al siguiente día. Un viajante de comercio que compartía con él la habitación había hecho sonar la canción una y otra vez en su grabadora.

¿Cómo describirla? Zhang Siyuan no era músico. En el ejército había aprendido a leer las notas y a marcar el ritmo. A todos los combatientes del Octavo Ejército les gustaba cantar. Ésta era la primera impresión que recibían los recién llegados a las zonas liberadas. Una canción decía así:

El cielo de la zona liberada es despejado
y aquí toda la gente está feliz;
el sol nunca se pone en la zona liberada
y nunca se terminan las canciones. . .

Durante la guerra de liberación, bastaba con escuchar “El mundo está loco”, de moda en las zonas ocupadas por el Guomindang, y “Somos jóvenes democráticos”, de moda en las zonas liberadas, para saber a quién pertenecería el futuro de China.

¿Qué estaba pasando ahora? Después de treinta años de educación, de cantar “El socialismo es bueno”, o de algunos años de entonar “Los tres artículos de Mao, no sólo los soldados, también los cuadros debemos leerlos”, ¡todo el país había sido invadido por “La soledad del amor”!

Le dieron ganas de destrozar la grabadora. Daba vueltas por la habitación apretando fuertemente los puños. ¡Todo era falso, frívolo! ¿Qué sabían de la soledad, del amor, esos jóvenes de cabellos largos que bailaban moviendo las caderas, que fumaban y bebían? Apenas oían hablar de occidente, de Hong Kong y ¡hasta de Taiwan!, se les hacía agua la boca. En lugar de estudiar, ganarse el pan con el sudor de la frente, trabajar día y noche, soñaban con refrigeradores, muebles modernos y colchones. Esa postura fácil le daba náuseas.

Una canción sensiblera, vulgar, cantada por una cantante de segunda, sin la voz de una Guo Lanying o una Guo Shuzhen, había desplazado a todas las demás. Aun si se prohibiera, ¿qué pasaría? ¿Cometeríamos otra vez la estupidez de prohibir canciones? En verdad, no se lograría nada.

La canción resultaba adormecedora. Pero el viceministro Zhang Siyuan no podía dormir. Desde su rehabilitación, en abril de 1975, Zhang Siyuan no había podido dormir tranquilo una sola noche.

En abril de 1975, en aquella casa de piedra y tejas donde vivía con su hijo en medio de las montañas, Zhang Siyuan estaba haciendo ravioles de puerro. Gracias a la intervención de la doctora Qiuwen, él y su hijo se habían reconciliado. También quería invitar a comer a Qiuwen y su hija. Después de todo un invierno de comer rábanos y col, el puñado de puerros verdes y frescos, todavía manchados de tierra y estiércol, había llenado la casa de piedra con toda la vitalidad de la primavera. Esos puerros encarnaban la tibieza desaparecida durante meses, el piar de los pájaros, los chorros de nieve derretida, los días cada vez más claros y largos, el trigo cada vez más verde y los relinchos de los caballos y los rebuznos de los burros. El pulsante vigor de la naturaleza y la fuerza sutil del amor repercutían en los corazones de todos, aunque el dolor los hubiera agrietado. Esto era doblemente cierto para Zhang Siyuan luego de una infancia llena de pobreza y opresión y de una juventud teñida de rojo por la sangre y el fuego. El Partido le había mostrado el camino; el respeto, la confianza y la esperanza del pueblo lo empujaban hacia adelante. Y en esta primavera presentía un cambio en el aire. Las cosas no podían seguir siempre así. Hasta los niños sabían diferenciar entre lo correcto y lo erróneo, ¿cómo era posible que no lo hiciera el Partido? Mirando hacia el pasado, hacia la historia de China, y mirando la situación presente, divisando el futuro, se convenció de que, a pesar de todo, el Partido era grande y glorioso y que un día tomaría la línea correcta.

¿Era realmente un presentimiento, o se trataba de recuerdos del pasado? Desde aquel día de 1966 en que lo habían “desenmascarado”, nunca había podido creer en lo que pasaba. “Desenmascarar”: ¡qué expresión tan extrañamente evocativa! Al consultar un diccionario se leía, “detener a alguien para ponerlo al descubierto”; una acción concreta con una imagen clara. Pero ese “desenmascarar” era al mismo tiempo muy confuso. Una situación política especial había producido su propia jerga. Los últimos años habían sido un desafío a las reglas del lenguaje. ¿Era válida o no la posición de Stalin sobre la estabilidad de la lengua? ¿Entenderían las generaciones futuras la nueva terminología de moda? Por eso, él estaba esperando un cambio, como un corredor espera el comienzo de la carrera. Pero la vida en las montañas lo estaba cambiando, permitiéndole alegrarse por los primeros puerros de la primavera. Los limpiaba con cuidado, sacándoles las hierbas y la tierra cercana a la raíz, e inhalando su fragancia penetrante. Pero no sabía si invitar o no a Qiuwen, y esa incertidumbre lo exasperaba.

¿Qué era ese ruido? ¿Las vacas, el viento, los niños del pueblo? No. ¿Quizás un tractor o un motor diesel? Cada vez el ruido estaba más cerca. ¿Podía ser un carro extraviado? Los que viajaban en carro eran admirados, pero eso los separaba de la gente. Sin embargo, algunos debían tener carro.

“Tan-tan-tan” —sonaba como si estuvieran picando carne. Pero, ¿quién podía estar haciéndolo? ¿Dónde consiguió la carne? Con un par de huevos de yema dorada y los puerros de un verde brillante era suficiente. Aunque el relleno con huevo requería mucho aceite y lo tenían estrictamente racionado. “Tan-tan-tan” —alguien tocaba la puerta.

Un muchacho. Con uniforme verde oliva y una estrella roja en la gorra. Se cuadró e hizo un saludo militar. Zhang dejó caer el puñado de puerros. Al levantarse tumbó el banco.

Camarada Zhang Siyuan:

Se le ruega presentarse ante el departamento de organización
del comité municipal del Partido el día 25 de abril.

¡Un saludo revolucionario!

“Camarada.” ¿Qué significa eso? ¿Vuelven a reconocermme como camarada? El “departamento de organización”; un departamento importante, siempre administrado por los cuadros de más confianza y experiencia. Y “un saludo”, tal como lo hizo el soldado. El sello era del grupo núcleo (interino) del departamento de asuntos políticos del comité revolucionario. Nadie podía comprender qué significaban los nombres de esos organismos, ni quién los anulaba ni por qué el grupo núcleo había sustituido al comité del Partido. Además, ¿por qué lo llamaban de un organismo tan importante?

De todas maneras lo llamaban. Todavía no se había reanudado su filiación al Partido, aunque todos los meses pagaba su cuota. Como no lo habían expulsado, seguía teniendo el derecho —ya no el deber— de enviar el dinero. Y además, él enviaba la misma cantidad que correspondía a su sueldo y rango originales, aunque ahora sólo recibiera la tercera parte de eso. Era un desafío de su parte: seguía siendo un cuadro de alto rango, ¡un tercio de su salario era tanto como el total de los otros!

“Siéntese, por favor”, le dijo con tono hospitalario al soldado. Por su sonrisa y su figura un tanto encorvada parecía más bien un viejo campesino. En los últimos años se había acostumbrado a tratar con respeto a los soldados del ejército rojo, que habían venido “en apoyo de los izquierdistas”. Aunque ganaban menos de la mitad de su antiguo sueldo, su prestigio era ciento de veces mayor. Tratar con respeto a los cuadros del ejército rojo enseñaba a tratar con igualdad a los campesinos, a los miembros de la escuela de cuadros “7 de mayo” y a los muchachos que se reeducaban en el campo.

Pero el camarada del ejército popular de liberación, un jovencito imberbe, no se sentó. “Afuera está esperando un carro”, dijo, “¿podría tener sus cosas listas para partir esta tarde, camarada Zhang Siyuan? El director dijo que mientras más rápido fuera usted, mejor.”

El tono respetuoso le hizo recordar a su secretario y a su chofer en los días en que estaba en el poder.

“Bien. . .”, dijo alargando la palabra. El estatus de un hombre afectó el tiempo de su discurso. Hacía nueve años que no hablaba así. Apenas asomó la esperanza de que el mañana se acercara al ayer, retomó el hábito automáticamente. Se ruborizó.

Durante nueve años su corazón había sido como un lago tranquilo. A pesar de los remolinos y de las corrientes del fondo, la superficie permanecía inalterable. En ese espejo la gente podía ver reflejada su propia imagen incluso más clara que la persona misma.

La llegada del soldado y del coche que venía a recogerlo habían rizado el lago, provocando olas y remolinos. Y así, sin siquiera darse cuenta había cambiado su conciencia.

Regresó a su ciudad, al pequeño edificio del comité municipal del Partido, con el cargo de segundo secretario.

“Todavía no he recuperado mi filiación al Partido”, dijo.

“Asuma primero su puesto”, le contestaron los dirigentes.

Eran el mismo camino y el mismo edificio. La oficina había sido revocada y pintada, para tatar las llagas de los últimos años. La vista del piso de parquet y la araña luminosa hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Por suerte nadie lo vio. “¡El paraíso perdido!”, pensó. Durante nueve años había olvidado ese piso, esa lámpara. Durante cinco años sólo había conocido senderos tortuosos, árboles con sombras dispersas, cabañas de piedra cuyo piso de tierra se debía humedecer para poder limpiarlo. Poca agua y se levantaba el polvo, mucha y se hacía barro. En la noche encendía una lámpara de kerosén. Al principio limpiaba la pantalla de vidrio con el vaho de su aliento y un pañuelo suave. Luego aprendió que debía empapar el pañuelo en alcohol. Así la cabaña brillaba como si fuera de día. Además, cuando hacía buen tiempo el cielo estaba lleno de estrellas que resplandecían más que en la ciudad, y parecían estar más cerca de los campesinos. Lo que temía era la lluvia. Si no hubiera sido por Qiuwen, hubiera muerto durante esa tormenta.

Ahora no le temía ni al mal tiempo ni a la lluvia, pues en la ciudad no había noche y dentro de su carro no llovía, y en su oficina con calefacción no existía el invierno. Pero sin la noche no había estrellas, sin la lluvia no existía el deleite después de la tormenta, sin invierno no había copos de nieve immaculados. Cuando se logra algo se pierde otra cosa.

Muchos antiguos camaradas, amigos, subordinados y compañeros de clase lo buscaron. De pronto se había transformado en su esperanza, el centro de su atención, así como antes lo habían transformado en un intocable.

“Hace mucho tiempo que quería verte. Siempre he preguntado por ti”, decían algunos. “Dudé mucho en venir. Ahora que regresaste a tu oficina deben visitarte muchos. No quería molestarte. . . Pero, al fin y al cabo somos viejos amigos. Seguramente no me has olvidado”, y así sucesivamente. Sobre todo, sus antiguos colegas del comité municipal del Partido

estaban jubilosos. Zhang Siyuan era un presagio de su propio retorno a los antiguos puestos.

Pero no había regreso al pasado destruido. No eran sólo los carteles como “Alerta ante la restauración de los seguidores del capitalismo”, u otros menos violentos como “No tomemos el viejo camino con zapatos nuevos”, los que lo golpeaban, sino la extrañeza frente a lo conocido. Los camiones se atascaban en las estaciones, mientras la gente los esperaba en vano. Se decía que los choferes estaban jugando cartas y que al que perdía le tocaba sacar el autobús. Por todas partes había carteles, consignas, grandes reuniones de crítica y apasionadas arengas. Que hubiera un grupo de conducción revolucionaria en una pastelería se consideraba “una gran victoria del pensamiento de Mao Tse-tung”. Bajo los grandes carteles de papel amarillo con caracteres rojos —los dos colores significaban alegría y felicidad, mientras que el blanco y el negro eran denuncia y condena pública— se amontonaba la basura y había niños mendigando.

Los basureros no trabajaban. Los mendigos y las palabras vacías se amontonaban juntos. La gente bebía cada vez más y por todos lados había invitaciones a fiestas. Las antiguas apuestas por bebida: “*Dos* hermanos íntimos, *ocho* dioses de longevidad. . .” Habían sido denunciados como confucianistas durante la crítica a Lin Biao y al confucianismo. Entonces, los izquierdistas habían inventado nuevas apuestas: “*Uno*, por la única dirección; *tres*, por la triple integración revolucionaria; *cinco*, por la bandera roja de cinco estrellas; *ocho*, por el Octavo Ejército. . . Lo absurdo se tornaba realidad, y la realidad una fantástica pesadilla. ¿Cómo podían tragarse ese menjurje cientos de millones de chinos?

El comité municipal también había cambiado. Cada vez que iba a la oficina el corazón le latía con fuerza. ¿Se había equivocado de lugar? ¿No le irían a pegar otra vez? El letrero de afuera estaba más adornado —se habían robado el viejo para fabricar un armario, pues faltaban tablones en el mercado— y a la entrada había una rigurosa vigilancia. Debía ser así. También había guardias armados a la entrada de la Liga de la Juventud y de la Federación de Mujeres. Una vez, sin querer, Zhang Siyuan oyó la conversación de dos soldados de guardia fuera de turno. Imitaban las frases de una ópera: “¿Cuáles son los dos tesoros?” “Buen caballo y espada preciosa” “¿Cuál caballo?” “Fanfarrones y aduladores.” “¿Cuál espada?” “Espada de dos barajas.”

“Las novedades” eran demasiadas. Los coches se habían triplicado, pero no eran suficientes, pues los cuadros dirigentes se habían quintuplicado. En el departamento de organización había cinco jefes y un sólo secretario que lo hacía todo. Por todas partes corrían rumores: la “Banda de la ciruela”; la captura de un espía en el Gran Puente sobre el río Yangtse; sirenas; un muerto que se levanta de su ataúd. . . El Partido no funcionaba normalmente, eliminando toda posibilidad de crítica y autocrítica. Los asuntos públicos se manejaban privadamente; y se atendía a los asuntos

privados bajo el pretexto de manejar asuntos públicos. La militancia del Partido hacía exigencias abiertas, puestos directivos, poder. . .

Si las cosas siguen así, nuestro Partido y nuestro país van a hundirse. Este pensamiento le provocaba una febril ansiedad. Y además, su superior era un nuevo aristócrata: el primer secretario del comité municipal no sabía más que acusar y armar complots.

Meilan vino a complicar las cosas: quería volverse a casar. Le escribió varias cartas que Zhang Siyuan ignoró. Cuando lo llamó por teléfono para hacer una cita, le dijo “no hace falta” y colgó el auricular. Pero un día se encontró a Meilan sentada en su cuarto. Debía haber forzado la cerradura. Como una omnipotente esposa “rehabilitada” había mandado lavar las sábanas y decorado la habitación con flores de plástico. Sin decir una palabra, Zhang Siyuan regresó a su oficina, agradeciendo que el lugar estuviera vigilado rigurosamente. Tomó unos documentos relacionados con la consigna “los grandes esfuerzos promoverán grandes cambios”. ¿Quizás iban a promover la digestión? Y todo eso de la “contracorriente”, “el derecho legítimo”, “la dictadura en todos los aspectos”, “la teoría de las fuerzas productivas”, “la situación de la revolución educativa” era excelente, realmente excelente, cada vez más excelente. . . Sintió en la garganta un líquido agrio. Las palabras presuntuosas unidas a los rumores y la cara de Meilan —blanca y chata como una pasa de caqui— giraban a su alrededor como cuchillos y bombas, como humo y niebla, viento y relámpagos, como anuncios comerciales y como el abanico de palma del dios Jigong.

Era imposible regresar al ayer. Debía dedicar los días venideros a rescatar el futuro.

Qiuwen

Se había caído bajo la lluvia torrencial. Al volver en sí estaba en un pabellón del hospital de la comuna. La doctora Qiuwen, famosa en todos los alrededores, lo estaba atendiendo. No sólo se había herido la columna vertebral sino que también tenía una pulmonía.

A los pocos días de llegar al pueblo, Zhang Siyuan había conocido a Qiuwen, una egresada del Colegio de Medicina de Shanghai. Era de unos cuarenta años, alta, con unos grandes ojos y rostro oval. Su pelo, intensamente negro, lo llevaba atado en un moño en la nuca como las ancianas campesinas, pero en ella era de una gran elegancia. Siempre estaba impecable y caminaba veloz por los senderos montañosos. Nadie hubiera esperado encontrarla en el campo durante la revolución cultural, pero ella estaba como en su casa. No sólo hablaba con hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, sino también fumaba las pipas que se le ofrecían. En las bodas y funerales bebía de la copa que le pasaba algún vecino.

Oyó decir que estaba divorciada y que vivía en el pueblo con su hija. Era difícil para una mujer vivir sola en una aldea, pero ella era amiga de hombres y mujeres sin originar habladurías.

Al principio Zhang Siyuan se sintió intrigado por ella y, aunque no le gustaba demasiado, reconocía su atractivo. Consideraba extravagante su manera de hablar, caminar, fumar y beber. Pero, como era un excelente médico y se llevaba muy bien con los campesinos, cada vez que la veía la saludaba cortésmente. Más tarde supo que Dongdong la visitaba con frecuencia para pedirle libros de medicina. El muchacho tenía otros intereses.

“Usted deliró mucho”, el tono de la doctora era muy gentil, diferente del de las bromas cotidianas. “Quizás como era un cuadro importante, tenía muchas cosas en mente.” Zhang Siyuan percibió una sonrisa a través de la mascarilla. Sus ojos también sonreían. Era una sonrisa llena de comprensión y tristeza, como una hoguera en el invierno, una luz allí donde se juntan cielo y mar, un nogal iluminado por la luna. ¿Dónde estaba la doctora algo varonil, habladora?

“En realidad, no está mal que a los de su rango los hayan puesto en la condición de hombres comunes y corrientes”, dijo en otra ocasión, sin importarle que hubiera otros pacientes. “De otra manera, a pesar de las vociferaciones de los periódicos sobre la necesidad de venir al campo y experimentar, hubieran permanecido en su torre de marfil. ¿No es así, viejo Zhang?”

Zhang Siyuan quiso protestar. Él no tuvo torre de marfil, y ahora ni siquiera tenía hogar. Pero el nombre de “viejo Zhang” lo inundó de cariño, como cuando su madre lo llamaba “pedrita” en la infancia. El nombre de Zhang Siyuan, su “nombre de funcionario” —la gente del campo decía que se lo habían puesto para que lo fuera— era duro como la piedra. Uno necesita cariño, comprensión y simpatía de los demás. Por eso se sentía consolado cuando la doctora le decía: “Tome esta medicina y beba mucha agua. Pronto va a estar bien”.

Dongdong le llevaba diariamente la comida: tallarines, huevos tibios, sopa de ñame y potaje de mijo. “No esté tan furioso conmigo”, dijo Dongdong. “Sólo me estaba quejando en mi diario, pero los que nos quejamos no hacemos nada malo. Ese día tuve la culpa. Siempre he respetado a Li Dazhao y a Fang Zhimin. En estos días he estado reflexionando: la vida no es tan bella como yo pensaba cuando era niño, pero no puede ser tan mala como creo ahora.”

“¿Entonces has cambiado!”, dijo el padre asombrado y alegre.

“No se trata de un cambio. Quizás nunca llegaré a comprenderlo del todo, ni usted a mí. Siempre habrá una barrera entre la gente. Por eso uno de los dos tratará de tragarse al otro.”

“Pero, ¿por qué me traes la comida todos los días?”

“La tía Qiuwen me lo aconsejó. Ella dijo. . .” Dongdong vaciló, como si no supiera si era adecuado continuar o no. “La tía Qiuwen dijo: a tu papá no le ha sido fácil enfrentarse a tantos. . .”

“¿Hablaste con ella de mí?”

“Sí.”

“¿Le hablaste acerca de tu madre?”

“Sí.”

“¿Y qué más?”

“Le dije todo. ¿Por qué no? ¿Se trata de una infracción a la regla de guardar silencio?” El tono de Dongdong volvió a ser áspero.

“No, creo que es muy bueno.”

Así Zhang Siyuan —más que el viejo Zhang— logró saber más cosas de Qiuwen por medio de Dongdong. Su marido había sido tildado de “ultraderechista” en 1957 y seguía aún en una granja de trabajos forzados. Según Dongdong, Qiuwen se había divorciado de él sólo a causa del porvenir de su hija. De hecho, estaba esperando que fuera “liberado”. Durante el movimiento de 1964, el destacamento de trabajo de la “Limpieza en los cuatro terrenos” y en 1970 el equipo de propaganda del “Movimiento de depuración de las filas de clase” la habían mirado con malos ojos y habían intentado investigar su caso. Pero todos los comuneros y los cuadros de la aldea la querían. Ella se presentó por iniciativa propia para referir su caso; franca y alegre, sin reserva alguna, logró disipar toda sospecha.

¿Era todo una capa de simulación? Como un árbol trasplantado, había logrado aclimatarse, pero seguía conservando sus características peculiares. Tras su conformidad, locuacidad y optimismo se ocultaban la altivez, la reflexión profunda y la pesada cruz que debía soportar.

Sin embargo, eso no era una simple capa de protección, pues su altruismo era sincero y su espíritu le permitía adaptarse y disfrutar de la vida. Al ver su preocupación por los jóvenes y sus asuntos amorosos se podía pensar en una casamentera de nuevo estilo, siempre incansable ante las quejas y penas de los demás. Si eso era tan sólo para protegerse, ¿cómo podía ser tan sincera, tan ingenua, su risa?

Pero al hablar con Zhang Siyuan usaba evidentemente otro tono: “Aprenda todo acerca de nuestra vida. Cuando se reintegre a su puesto, ¡no nos olvide a la gente de la montaña!”

Zhang Siyuan agitó la mano en señal de su poco interés por la “rehabilitación”, pero Qiuwen lo regañó: “No adopte esa actitud. Si yo fuera usted, haría todos los esfuerzos por regresar a la ciudad. ¿Va a recibir ese sueldo tan alto todos los meses por empuñar un azadón? Lo van a rehabilitar y a promover.”

“Disparates aún más absurdos.” Zhang Siyuan meneó la cabeza.

“Para nada. La muerte y las luchas implacables hacen que sean cada vez menos los cuadros dirigentes con nivel y habilidad. Eso no se refiere sólo a ustedes, sino también a nosotros los universitarios. Si esta revolución educativa dura diez años más habrá tantos analfabetos que alguien con escuela primaria ¡será un letrado! Y cuadros como usted serán imposibles de encontrar. Al fin y al cabo, usted no puede meterse el estado en un bolsillo, ni entregarle el gobierno a cualquier campesino que sólo sabe labrar la tierra. Pero si no sabe gobernar bien, la gente de aquí y de otros lados lo maldecirá.”

Zhang Siyuan comprendió el mensaje. Sí, administrar el país y el Partido era un deber ineludible. Cuando las cosas llegaran a un extremo, cambiarían. Nunca había pensado en la agudeza política de Qiuwen. Pero, ¿viviría para verlo? Siempre decimos que nadie es indispensable, y además he estado fuera de la vida social durante años.

Muy poco tiempo después las predicciones de Qiuwen se hicieron realidad. En 1975, mientras limpiaba unos puerros, lo llamaron del comité municipal del Partido. En 1977, luego de la caída de “La Banda de los cuatro”, lo promovieron a vicesecretario del comité provincial del Partido. En 1979 fue destinado a Beijing, donde asumió el cargo de viceministro en el consejo de Estado.

En camino

Por fin había salido de la “Mansión de los ministros”, un edificio de varios pisos destinado a los cuadros de su rango, que había sido llamado así por los vecinos. Frente a él solía haber una flota de carros y la gente no se acercaba por la fuerte custodia. No resultaba fácil dejar su departamento, ahora que se había habituado a él. Aunque hacía mucho tiempo que había planeado su visita al pueblo de la montaña, algo lo retenía. La idea de abandonar su rutina cotidiana le producía inquietud, incluso fastidio, como alguien acostumbrado a comer tres veces al día que de pronto debiera hacerlo dos o cuatro veces; o como un pez fuera del agua. La víspera de su partida daba vueltas en la cama y una voz intentaba persuadirlo de no partir: no tienes por qué moverte de un lado para el otro. ¿Acaso no estás bien aquí? Ya vas a cumplir 60 años; tienes un puesto importante. No te puedes dejar llevar por las emociones. ¿Para qué buscar problemas?

Pero finalmente abandonó la “Mansión de los ministros”. Además, se negó a viajar en un coche-cama de primera y a que su secretario notificara a las autoridades locales de su llegada. El secretario intentó convencerlo, insinuando que eso era infantil y anormal. Casi le preguntó si estaba loco.

Ahora el tren arrancaba al compás del “Canto del brindis”. Atrás habían quedado el secretario, el chofer y su coche negro marca “Zim”. El silbido del tren y los ruidos enérgicos de la locomotora transmitían una sensación de energía. Entre la canción de Li Guanxi “¡Amigo, un brindis por favor!”, se oyó la pregunta apresurada de la guarda del tren: “¿De quién es este equipaje?” Zhang Siyuan cerró los ojos. Una madre malhumorada le dio unas nalgadas al hijo que empezó a llorar. Niño y cantante competían entre sí. Cuando abrió los ojos el sol iluminaba todo el vagón. El viento agitó su cabello canoso. Alguien había abierto una ventana. Se sintió liviano y alegre: era otra vez una mariposa.

“¡Su boleto!”, ordenó la guarda extendiendo la mano. Bajo la gorra azul de empleada del ferrocarril su cara juvenil mostraba impaciencia. Nunca le hubiera hablado así a un pasajero de primera clase. Zhang Siyuan

mostró su boleto. Había que mejorar los uniformes de los ferroviarios y del ejército popular de liberación; la gente se vestía mejor ahora, pero los uniformes no habían cambiado. Deberían ser más atractivos. . .

Un gordo de nariz enrojecida se acercó tambaleante y al sentarse junto a él hizo crujir la litera. “¿Quiere jugar a las cartas?”, el gordo tenía un acento de Shandong y su aliento olía a cebollín crudo. Si viajara en primera. . .

Claro, la primera hubiera sido mucho mejor que esto, pensó por un segundo. Pero le gustaba ese vagón. Le gustaba el rostro severo de la guarda del tren. Ahí estaba otra vez, barriendo el suelo. ¡Qué trabajo tan duro! Le gustaban los soldados del ejército de liberación nacional acostados en las dos literas que estaban sobre él. Apenas arrancó el tren, se pusieron a dormir: ¡qué dulce es el sueño de los jóvenes! Le gustaba el cuadro que estaba sentado frente a él fumando cigarrillos baratos y que le había ofrecido uno. ¿Por qué se juzgaba tan mal al cigarrillo y al aguardiente? Este camarada le ofrecía un cigarrillo sin intenciones de pedirle un favor. Además estaba la mamá cuyo niño recorría el vagón para los desconocidos. Los niños hacían la vida más agradable. Dongdong hablaba de una barrera entre la gente; sin embargo, los seres humanos podían amarse.

Sí, cuatro años habían pasado desde su rehabilitación. El primer año había sido arduo y desesperante; el segundo implicó renacer a una situación más crucial que enloquecía y alegraba. Los últimos dos años habían estado llenos de molestias y enredos, pero se había avanzado. Al mirar atrás se asombró de la magnitud y velocidad de los cambios. Y ante la realidad de lo que faltaba sentía impaciencia por el conservatismo de muchos. Había estado demasiado ocupado como para encontrarse con gente común. Incluso, aunque había bajado hacia los niveles de base, su estatus lo mantenía aparte. Pero, no quería ni podía regresar así al pueblo de la montaña, presentarse ante Qiuwen y Dongdong como un cuadro de alto rango rodeado de su comitiva. Eso lo alejaría de ellos. Aunque sabía que tener un carro, vivir en la “Mansión de los ministros” o viajar en primera no era algo reprochable, no se atrevía a regresar como si fuera superior a un trabajador común y corriente.

Y si se iba más a fondo, ni siquiera el viaje en un vagón cama de segunda podía satisfacer a los igualitaristas. La mayoría viajaba en asientos duros. El viaje duraría 70 horas y estaría sentado así durante las 70 horas. Los chinos son incomparables por su paciencia, tolerancia y capacidad para enfrentar asperezas en el trabajo y la vida. Pero incluso había muchos que no podían pagar ni siquiera un viaje en asientos comunes, luego de 30 años de revolución. ¿No te hace enrojecer? Debes trabajar más duro. Mira cómo los que suben y bajan en cada estación, cargando cestos y con grandes atados en la espalda, ayudan a los viejos y tienen de la mano a los niños.

Ellos son el viejo Zhang, el viejo Li, el viejo Wang y el viejo Liu. Bien, él podía volver a ser el viejo Zhang durante dos semanas. Después de su rehabilitación se acordaba con frecuencia de su vida como el viejo Zhang.

A veces se preguntaba si no existiría otro Zhang Siyuan al que llamaban el viejo Zhang, y que seguía viviendo en aquel lejano y bello pueblo montañoso donde llovía y nevaba, donde había árboles, hierba, pájaros y mariposas. Cuando se inclinaba para entrar en su coche, ¿estaría el otro recogiendo leña en medio del canto de los pájaros? Cuando pronunciaba sus discursos alargando las palabras, ¿estaría el viejo Zhang bromeando con los campesinos durante un descanso en el campo? No pretendía darse importancia con esa manera de hablar, pero cuando expresaba sus puntos de vista sobre problemas muy complejos sus palabras debían ser claras, acertadas. Tenía que pensar lo que estaba diciendo y darle a su auditorio el tiempo de comprender y digerir las palabras del viceministro Zhang Siyuan. Por eso alargar las palabras era necesario y natural. El otro Zhang Siyuan —el viejo Zhang— hablaba rápido, con fluidez y era más joven y fuerte que el viceministro Zhang. Cuando asistía a un banquete para invitados extranjeros vestido con toda formalidad, cuando ofrecía platillos a los huéspedes y bebía a sus anchas cerveza “Cinco Estrellas”, un refresco “Ártico”, el vino tinto de Tonhua, el aguardiente “Maotai”, el agua mineral “Laoshan” o el vino de arroz de Shaoxing, su otro “yo” se estaba comiendo una sabrosa sopa de maíz y frijoles, acompañada de una salsa de pepinos encurtidos, en una cabaña con humo bajo una lámpara de kerosén. El hermano Shuanfu se enorgullecía de que su preparación de pepinos databa del año 18 de la República Nacionalista —o sea 1929— y cada verano la hervía añadiéndole pepinos y sal. Cuando el viceministro Zhang estaba arreglando problemas relacionados con el personal (lo que ahora ocupaba buena parte de su tiempo), escogiendo con cuidado las palabras y haciendo los mayores esfuerzos para reforzar los principios y evitar posibles ataques, el viejo Zhang estaba escuchando con gran interés la historia de la salsa de pepinos del hermano Shuanfu.

Ahora había dejado al viceministro Zhang en Beijing. ¡Que vaya él a las reuniones interminables, que se lea los documentos inacabables! Después de diez años de caos, el viceministro había estado trabajando intensamente por el Partido y el pueblo, por la aldea montañosa, por el viejo Zhang y el hermano Shuanfu. A pesar de los defectos de la política actual, no podía imaginar una forma mejor de servir al pueblo. El viceministro Zhang podía decirle esto al viejo Zhang con la conciencia limpia.

Aceptó el cigarrillo que le ofrecía al camarada sentado enfrente, pues no quería sacar sus cigarrillos con filtro marca “China”. Aunque eso no hubiera causado ningún asombro pues ahora hasta los aprendices viajaban con dos cajetillas de cigarrillos de primera, para exhibir la marca. Su estatus ya estaba determinado por la asignación de la litera inferior. Aceptó la invitación del gordo a jugar cartas. Eso, junto con el ajedrez, lo había aprendido después de que lo habían etiquetado de “traidor”, “elemento antimarxista”, “antisocialista y antipartido”. Al igual que cualquier pasajero aburrido se dedicó a estudiar el horario, como si lo fueran a transferir al cargo de despachador de trenes. Detuvo al niño que corría de un lado a

otro, le dio un caramelo y jugó con él. Había planeado leer algo en el tren, pero cada vez que intentaba hacerlo lo interrumpían. No importaba. El viejo Zhang era igual a los demás y no tenía responsabilidades extra, ¿para qué apurarse? El hermano Shuanfu decía: a cada uno le llegará la muerte. Si te apuras adelantas la muerte, si tomás las cosas con calma atrasas la muerte. Muy cierto. Pero aunque el viejo Zhang era franco y libre, podía no dejar ninguna huella en la historia. Todo implica una pérdida, y esta pérdida costaba muy caro.

Y además había otras pequeñeces bastante fastidiosas. El viejo Zhang tenía que hacer cola para entrar a la estación y subir al vagón, para comer en el coche restorán, para ir al baño, para lavarse la cara y los dientes, y eso provocó protestas en el viceministro Zhang. Además debía soportar descortesías. Un muchachito gordo atravesó bruscamente el vagón. El viejo Zhang lo interceptó y le ofreció un caramelo, pero el niño lo tiró al suelo con una grosería: “¡Chinga a...” Esto provocó gran hilaridad entre los pasajeros, como si hubieran oído un diálogo cómico de Hou Baolin. Al viceministro Zhang se le subió la sangre a la cabeza. Cuando lo inculparon no pudo más que inclinarse ante los insultos y reconocer sus culpas, pero como viceministro no podía soportar semejante ofensa.

“No digas groserías”, dijo irritado.

“¿Por qué no?”, replicó el niño. “Le voy a decir a mi papá que no te sirva comida.”

Como el papá era el cocinero del coche restorán, los pasajeros prorrumpieron otra vez en carcajadas. “Bien, niño. Tan pequeño y ya entiendes el significado del poder”, dijeron.

Pero vendrían cosas peores. Al dejar el tren tuvo que viajar durante dos días en un autobús. El conductor trataba a los viajeros como si fueran bestias. En las paradas gritaba órdenes sin siquiera mirarlos: “¡A orinar! ¡A comer! ¡Suban! ¡Bajen!”

La primera noche durmió en un gran cuarto para 42 personas que rezumaba olor a humo y sudor. Seis lámparas fluorescentes permanecieron encendidas durante toda la noche. A medianoche el encargado del hotel los despertó para comprobar si habían pagado o no. No pudo pegar los ojos ni un sólo minuto. Había sido impráctico viajar así. Debería haber oído a su secretario. Si el comité provincial le hubiera enviado un carro a recogerlo, sus dos días de viaje se habrían reducido a poco más de medio día. Después de todo estaba más viejo, no podía compararse con el viejo Zhang de hacía años. . .

Pero al día siguiente estaba más animado. Al subir al autobús se sintió como quien ha ganado una batalla: aún era como las masas trabajadoras. Sin embargo, percibió tras su sonrisa un sentimiento de superioridad. Le parecía escuchar una voz que decía: el viceministro Zhang está pasando por aquí. . . Frunció las cejas.

Pero otro incidente resultó excesivo. Al medio día, cuando hacía la cola para comprar los cupones de la comida, un grandote dio un salto y de

un codazo ocupó su lugar frente a la ventanilla. Era evidente que había advertido la debilidad de Zhang y se había aprovechado de eso. Se trataba de una afrenta personal.

“¡Camarada! ¿Por qué no te formas?”, preguntó Zhang Siyuan con un temblor en la voz, pero no obtuvo ninguna respuesta.

“¡Fórmate atrás!”, le gritó agarrándolo por la manga.

El grandote le lanzó una mirada despectiva. “¡No digas idioteces!” Levantó un puño amenazador. “¡Quién dice que no estoy formado si estoy delante de ti?”

“¿Hizo la cola o no?”, preguntó Zhang Siyuan a los demás, confiado en que el público criticaría a aquel canalla. Pero para su asombro y furia nadie dijo una palabra, algunos incluso voltearon la cabeza.

“¡El que no hace la cola eres tú!” El hombre le dio un empujón que casi lo tira al suelo y mantuvo la posición de pelea. Pero, ¿cómo podía Zhang pelear con él? ¿Cómo deseaba que su secretario, su guardaespalda y su chofer estuvieran allí! Si su guardaespalda hubiera sacado la pistola, o su secretario hubiera llamado a la policía, el bravucón caería de rodillas pidiendo perdón y los espectadores aplaudirían. . . Pero ahora todo eso era imposible. Pelear era como golpear una piedra con un huevo. Si eso hubiera sucedido cuando era un “elemento de la banda siniestra”, ¿se habría enfurecido tanto? Esta reflexión fue como una brisa que refrescó su cuerpo.

¡Las dificultades del viaje! Uno puede vivir cómodamente en su casa durante años y encontrar muchísimos problemas en un solo día de viaje. La gente común tenía sus propios trastornos al igual que los “cuadros de alto rango”. No se trataba de Zhuangzi soñando que era una mariposa o de una mariposa soñando que era Zhuangzi, sino de un buey soñando que era un tractor o de un tractor soñando que era un buey. ¿Cuánta gente podía revolotear a través de la vida? Cuando tenía seis años había huido del hogar con su padre para escapar de los bandidos y habían dormido en el establo de un hospedaje para arrieros. Aún recordaba el frío penetrante de esa noche silenciosa. Ésa había sido la impresión más profunda de toda su infancia. Durante la guerra contra Japón había dormido con mucha frecuencia en los sembrados de maíz. En el aire tranquilo de las noches de verano se podía oír el crujir de los maíces al crecer, con una vitalidad que provenía de la tierra, de la lluvia y del cielo. Durante la gran marcha no podía llegar a dormirse caminando. A la orden de detenerse, los soldados solían chocar su cabeza contra el hombre que iba adelante.

Quejarse era fácil. No requería entrenamiento y, además estaba de moda. A finales de los años setenta algunos chinos encontraban difícil pasar un día sin quejarse. Bien, en este viaje tenía muchísimas razones para hacerlo. Lástima que no fuera escritor, pues sólo con la inmundicia del hotel y su comedor tenía amplio material para un ensayo. Si se le añadían algunos personajes, lamentaciones y sátiras mordaces, hubiera escrito un cuento de crítica contra la sociedad. Podía ganar fama como un “héroe” más astuto que los demás. De todos modos, escribir una denuncia contra

un comedor era más fácil y agradable que hacerlo funcionar bien. Pero, ¿se resolverían los problemas? ¿Qué valor tienen las quejas de un hombre sin sentido de la responsabilidad social? Cierta vez, Zhang Siyuan le había hecho una propuesta a los cuadros de su ministerio: dividir las ocho horas de jornada en cuatro horas de quejas y cuatro de trabajo. Quizás con un horario semejante se lograría una eficacia más alta que con ocho horas de dispersión y flojera. Claro, lo había dicho a causa de su indignación.

De ahí en adelante dejó de quejarse. Se limitaba a pensar en su responsabilidad y en las de cada uno. A pesar de la rusticidad y la pobreza, los trenes y autobuses avanzaban. El continuo girar de las ruedas transportaba a los viajeros hacia un nuevo destino.

Una lluvia de dátiles

¡Había llegado! El placer de la llegada era la mejor recompensa a lo arduo del viaje, tal como el éxito compensa los grandes esfuerzos. Al pasar una colina y dos peñascos, inmensos y redondos como piedras de molino, estaba la parada de autobuses de la aldea. Los vecinos del pueblo decían que el dios Erlanshen había cargado esas dos piedras en una pértiga cuando perseguía al sol y que las había abandonado en medio del camino. En cuatro años de ausencia esos piedrones no habían sufrido ningún cambio. Al darle la bienvenida lucían tan indestructibles como cuando recibían al viejo Zhang que había ido a arreglar asuntos en el pueblo vecino. Al detenerse el autobús lo primero que vio fue a Dongdong; lucía más alto, más corpulento. Ahora era maestro de escuela primaria en el distrito, y había venido a encontrar a su padre.

“¿Ya hay electricidad?”. Ésa fue su primera frase al bajar del autobús.

“Sí, hay luz eléctrica que está sustituyendo a las lámparas de kerosén. Y en los talleres se han instalado máquinas: desmotadora de algodón, desgranadora de cereales, molinos de aceite y de arroz y máquinas trituradoras. . .”, respondió Dongdong.

Padre e hijo avanzaron hacia el viejo almendro que seguía derramando su resina como las lágrimas de un anciano triste. Bajo sus ramas el viejo Zhang seguía fumando su pipa. Ahora le dio a su hijo un cigarrillo con filtro que Dongdong aceptó con una contracción de los labios. Junto al almendro había un ojo de agua, cubierto con dos lajas piedra caliza para mantenerlo limpio. “Sólo las malas muchachas ensucian la fuente”, esa canción polaca había sido la favorita de Haiyun. El sol de comienzos del invierno los iluminaba, cubriéndolos de calor. Mira, cerca del ojo de agua surgen brotes verdes entre las hierbas amarillentas. Un día soleado y sin viento de principios del invierno ¿no es acaso como un día de primavera? Pero, ese brote ¿sabe que lo que le espera es el invierno? Quitó las lajas para beber. El agua seguía siendo dulce y clara. Al levantar la cabeza vio al primer vecino, un sastre al que había tratado poco. Sus anticuados lentes

lo hacían parecer tan viejo como las lajas, pero reconoció a Zhang Siyuan de un vistazo.

“¿No es usted el secretario Zhang? ¿Qué lo trae a nuestro pueblo? Permítame llevarle la valija. . . Muy bien, muy bien. Ahora todos estamos muy bien gracias al presidente Hua y a la brillante conducción del Partido. ¿Viene en gira de inspección o para quedarse un tiempo? Eso nos animaría mucho; da muestra de su preocupación. . .” El tono obsequioso hizo sentir mal a Zhang Siyuan.

Afortunadamente fue el primero y el único aldeano que cambió su actitud. El hermano Shuanfu no actuó así. “¿Zhang!”, le gritó desde lejos, llamándolo tan sólo por el apellido como era su costumbre. La esposa de Shuanfu comenzó a llorar al ver a Zhang Siyuan.

“Nunca pensé que volverías. ¡Nunca imaginé que viviría para ver este día! Las cosas han mejorado mucho para nosotros. Tenemos tres puercos, cinco cabras y quince gallinas. Empezamos con veinticinco, pero dos eran gallos, y se peleaban durante todo el día hasta que se hirieron las crestas. Por eso tuve que matar al más débil. Después se murieron nueve gallinas. Entonces la doctora Qiwen inyectó a las que quedaban y les puso medicinas en las alas. Ella cura hasta las gallinas y los puercos, aunque en la comuna hay una veterinaria. El Estado nos paga más por el grano, y por las almendras, las nueces, los dátiles y la miel. Tenemos luz eléctrica y altavoces. Pero los del granero estatal califican bajo a nuestro grano. Cuando los campesinos subimos el precio se sienten como si tuvieran una paja en el culo. Hay electricidad, pero los apagones son frecuentes, por eso no podemos botar las lámparas de kerosén aunque nos redujeron muchísimo la cuota de abastecimiento de kerosén. El año pasado ganamos 400 yuanes. Compré un juego de veinticuatro tazones de porcelana con flores. ¿Qué puesto tienes? ¿Estás bien de salud? ¿Fuiste a Beijing? ¿Viste a los dirigentes del gobierno y del comité central? ¿Por qué los cuadros no vuelven a visitar a los de abajo? Antes venían todos los inviernos. Aunque varias veces hicieron líos, los extrañamos. Que vengan para decimos qué novedades hay en el mundo.”

Pronto las quince gallinas se redujeron a trece. La flaca viejecita de casi 70 años atrapó de un salto a las gallinas con la habilidad de un jugador. Las plumas volaron en todas direcciones y la carne, al pasar por el aceite hirviendo, crepitó sonoramente. Se metieron panes a la olla y salieron cocidos al vapor. También aparecieron en la mesa puerros secados en el otoño, guisantes, berenjenas secas y tocino salado. Mientras tanto habían ido llegando numerosos vecinos. Cinco de ellos insistieron en que Zhang debería asistir ese mismo día a una comida en su honor. Zhang Siyuan echó de menos a su secretario para que se encargara de las citas, por lo que fue Dongdong el encargado de ese delicado trabajo.

Pero, ¡qué bien se sentía!, como si nunca hubiera abandonado el pueblo montañoso: el acento local, la hospitalidad de la gente seguían inalterados. Podría empujar cualquier puerta para hacer una visita. Con un

par de palillos podía comer en cualquier mesa, también podía dormir en el lecho de cualquier hogar. Ni los perros viejos lo habían olvidado, y corrían hacia él meneando la cola. Les había llevado a todos dulces, bolígrafos y postales, pero había olvidado un hueso para los perros. No tuvo más remedio que tirarles caramelos de ciruela. Sólo un perro no lo conocía y comen-zó a ladrarle, hasta que el dueño lo hizo callar: “¿Qué te pasa? ¿Cómo le ladras así al viejo Zhang?” El animal se fue con el rabo entre las patas, aunque sólo había pretendido cumplir con su deber.

Aunque muchos le preguntaron sobre su puesto en el gobierno y chasquearon la lengua de asombro por su promoción, ninguno lo trató como a un “superior”. Al hablarles no alargaba las palabras ni abusaba de un vocabulario pomposo; tampoco meneaba la cabeza caminando de un lado a otro con las manos cruzadas en la espalda tratando de encontrar las palabras exactas. ¡Qué bien se sentía libre del cargo de funcionario! No puede existir la amistad sin igualdad, como sin la tierra no hay cosecha y sin nogal no hay nueces.

Allí había dátiles rojos, cada uno tan remoto, pero fresco y dulce, como su propia niñez. Cuando aún no se llamaba Zhang Siyuan, ni mucho menos el maestro Zhang, el instructor Zhang o el secretario Zhang, sino era tan sólo “Piedrita”, también existía un datilero en su casa. Cosechar los dátiles era una fiesta. Las cañas de bambú golpeaban en lo alto y los dátiles caían como una lluvia. Todos los niños acudían a comer y llenaban sus cestas en medio del griterío. Algunos dátiles rodaban hasta las zanjas, o se deslizaban entre las hierbas o bajo las piedras. Ésos eran siempre los más dulces y grandes, sin roeduras de bichos. Cada descubrimiento provocaba aclamaciones; la tierra misma sabía dulce y el viento tenía aroma. ¡Qué infancia llena de alboroto! Caras cubiertas de polvo y sudor, con mocos y lágrimas, cáscaras de dátil y una sonrisa. . . Quizás la aspiración a la igualdad y a la amistad, el deseo de una vida mejor que debería caer como esa lluvia de dátiles, estaba en el corazón de cada uno de esos niños alborata-dores. Quizás para Marx, Engels, Lipknezi, Lenin, Stalin, Mao Tse-tung, Zhou Enlai y Zhu De la fuerza de su causa y su doctrina se había originado en corazones similares a los de estos pequeños y gritones recogedores de dátiles.

Ahora el canoso viceministro Zhang Siyuan había regresado al alboroto de la niñez. El primer día, adonde quiera que iban hombres y mujeres de distinta edad, lo rodeaban bombardeándolo con preguntas, saludos, bromas, quejas. . . Como una lluvia de dátiles frescos y rojos.

Durante todo ese primer día no tuvo tiempo para conversar con Dong-dong y Qiuwen, la cual también se había sumado al alboroto de los niños felices por la caída de los dátiles. Cuando su mirada encontró la de Qiuwen en medio de la multitud se sintió tan excitado como una criatura. Nunca había visto una mirada así, tan llena de clarividencia, capaz de penetrar toda tristeza, como la de una hermana mayor encantada por la felicidad de

los muchachitos que recogen los dátiles, como la luna solitaria que ilumina un datilero ya sin hojas. Se estremeció levemente.

Esa noche durmió con su hijo y un viejo campesino. Fue una noche saturada de la fragancia de la carne y el vino, del alboroto y la ternura. Como en un sueño recapituló 59 años de experiencias acumuladas: las peleas del pastorcito con los hijos del terrateniente; la predilección que le manifestaba su maestro en la escuela rural; la llegada del ejército rojo; un ejército que cantaba: “Tres reglas cardinales de disciplina y ocho advertencias. . .” Bajo una bandera roja se había unido el ejército, bajo una lluvia de balas había lanzado su primera granada. No temía arriesgar su vida, seguro de que la revolución haría que una lluvia de dátiles rojos cayera sobre cada familia.

Verano. Una blusa blanca de mangas cortas, una falda azul con dos franjas anchas. El número de teléfono de su escuela era 4583. En el auricular se oía su voz nerviosa, tímida; ya sabía quién la estaba llamando. La silueta blanca apareció súbitamente ante sus ojos. ¿Cómo? ¿También ella había ido a las montañas? ¿En qué comuna, en qué brigada, en qué aldea? Entonces, lo que se decía no era más que rumores, ¿ella todavía vive! ¿No te vayas, no te mueras! Escucha, tengo algo que decirte. ¿No has recibido la noticia de tu rehabilitación? 4583: ¿por qué nadie contesta el teléfono? El teléfono se rompió. Gemidos. La prisión. La libertad. Un coche “Jim” corre por la calle Wangfujing de Beijing. Un viaje en primera clase desde Beijing hasta Wuhan. El jet vuela entre el cielo azul y las nubes blancas. El cielo arriba es más azul que el zafiro, las nubes más blancas que la nieve. Se apaga un motor. Una lluvia de dátiles. Llueven balas, panfletos, puñetazos. ¡Mi corazón! ¡Dénme una pastilla, por favor! ¡Pónganme una inyección! Sí, ya hice el bosquejo del informe. Mañana lo distribuiré para solicitar las opiniones de todos.

Esto no era posible, a su edad ya había pasado el tiempo de la imaginación y la pasión. Pero, si éstas lo habían acompañado durante toda la vida sólo podrían irse junto con la vida. ¿Acaso no habían sido la antorcha que iluminaba su camino hacia adelante? Había dudado en venir, no se resignaba a abandonar la “Mansión de los ministros”, su departamento de cuatro habitaciones. Pero aquí está Zhang Siyuan. Él no ha cambiado. Él pertenece a las montañas. ¿Qué? ¿Ya es la hora? Voy enseguida. Reuniones interminables; hasta en sueños hay que asistir a las reuniones. Camaradas, ahora la situación es excelente. Necesitamos estabilidad y unidad. Debemos introducir reformas, eliminar personal innecesario. No podemos seguir teniendo “más jefes que soldados”.

La distancia

También el tiempo parecía celebrar el regreso de Zhang Siyuan, pues permaneció excelente durante varios días. La gente, las montañas, los árboles y el aire se mantenían tranquilos y afables. Dongdong lo acompañó en su

paseo por las terrazas de cultivo, los huertos y las parcelas. Los árboles de caqui, altos y majestuosos, los nogales robustos, los ciruelos y los manzanos seguían allí, sanos y salvos, como desde que él se había ido. Pasaron por entre los datileros silvestres, evitando las trampas para cazar tejones, y llegaron al vivero. Los vástagos de pino y alerce que habían plantado hacía cinco años bajo la lluvia sobrepasaban ahora la altura de la rodilla. Crecerían allí de una generación a otra, proyectando su sombra frondosa para proteger las laderas. Ese pensamiento lo llenó de alegría.

Pero Dongdong y él no se veían cara a cara. Dongdong se mostraba particularmente atento con él, aconsejándole que hiciera ejercicio y descansara más, que fuera al mar durante el verano. Sí, Dongdong había crecido, ya sabía preocuparse por los demás. “¿Por qué no vuelves a Beijing?”, preguntó el padre. “Tienes razón, cada vez estoy más viejo, deberíamos estar juntos. Para su sorpresa, la respuesta de Dongdong fue una negativa resuelta.

“¿Por qué no?”

“No quiero ser considerado como el hijo de un cuadro de alto rango.”

“¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso los cuadros altos no tienen hijos? Nunca hemos sido mezquinos para consagrar nuestra sangre y nuestra vida a la revolución y al pueblo.” Zhang Siyuan se puso muy nervioso, mientras que su hijo permanecía tranquilo.

“No dudo que ustedes hayan sido una generación sublime y grandiosa, pero debe enfrentar la realidad: hay mucha hostilidad contra los hijos de los cuadros altos. No se preocupe. También nosotros queremos ser una generación sublime y grandiosa como la de ustedes; ser pioneros de un nuevo camino y fundadores de una nueva causa. Pero lo único que ustedes nos exigen, lo único que nos permiten, es que seamos herederos de su empresa, que los sustituyamos siguiendo sus huellas. Eso ya es imposible. Tengo 27 años. Desde niño recibí las instrucciones de mis padres, de los maestros, de la Liga de la Juventud, de los campesinos y de cualquier funcionario. Ahora llegó el tiempo de que nos eduquemos a nosotros mismos, que elijamos las palabras que queremos decir.”

“Tus palabras están parcializadas y son vacías. China ha sufrido demasiado con esos discursos. Lo que ha beneficiado a los campesinos es la política del Partido, no las palabras altisonantes. Tú no vives en el vacío; tampoco China ni la historia. No puedes empezar desde obtener fuego con dos palitos. Ustedes no comprenden ni las condiciones del país ni la historia. Sus ideas superficiales sólo pueden ocasionar terribles fracasos. La historia es un proceso continuo; la revolución es una causa de varias generaciones. Heredarla no significa aferrarse a viejas fórmulas. La discusión sobre cuál es el criterio para conocer la verdad ya limpió el camino del desarrollo y el salto. Lo que China necesita es el trabajo práctico no una fantasía autoinflada. Todos debemos aprender mientras vivimos. Yo siento con frecuencia la necesidad de ser educado. . .”

Dongdong encontró un níspero con frutas, y tiró unas piedras para

bajarlas. No se mostraba muy interesado en los razonamientos de su padre.

“Mañana regreso al distrito”, le dijo. “Ahí podemos seguir hablando. Por favor, no se ofenda. Una de las razones por la cual no quiero vivir con usted es por su tendencia a educarme. Mamá no era así. Nueve de cada diez veces ella simplemente se preocupaba por mí. ¿Qué se le va hacer? Ella era débil y usted es fuerte. Prefiero fracasar rotundamente antes que someterme a usted. De todas maneras iré a verlo. Quizás el próximo verano. . . ¿Eso no es suficiente?”

Zhang Siyuan permaneció en silencio, contemplando los pinos de la colina de enfrente, mientras se comía las frutas que le había dado su hijo. El sol poniente iluminó los pinos cuyas sombras eran mucho más largas que ellos.

La partida

En 1977 Zhang Siyuan se enteró que el marido de Qiuwen había muerto en el campo de trabajo. Le escribió una carta de condolencia sin expresar directamente el pésame, dadas las características particulares del “divorcio” de Qiuwen. También le habló de sus propias dificultades y de su resolución de enfrentarlas sin tregua.

No recibió ninguna respuesta. Ésta era su tercera carta a Qiuwen. La primera había sido una nota intercalada en una carta a Dongdong, inmediatamente después de su rehabilitación. “Recuerdo con frecuencia mis días en la aldea”, le decía. “Le estoy profundamente agradecido por el cuidado médico y otras ayudas que usted me brindó, así como por su amabilidad con Dongdong. Mis mejores deseos para usted y su hija.” Esta carta tampoco había obtenido una respuesta. Sin embargo, Dongdong había mencionado de paso en su carta: “La tía Qiuwen le envía sus saludos”.

La segunda carta fue escrita en la primavera de 1976, durante la tragicomedia de la “lucha contra el viento de tendencia derechista para revocar las decisiones anteriores”. Zhang Siyuan se veía obligado otra vez a representar el papel de culpable. El ambiente era sofocante y escribió con prudencia y temor. La respuesta llegó enseguida. En la carta Qiuwen usaba el lenguaje de los editoriales: “¡Tengamos la plena convicción de que la línea revolucionaria del presidente Mao Tse-tung ganará la victoria final! Los campesinos están dispuestos a recibirlo en cualquier momento para que se temple de nuevo en el trabajo manual y para la transformación de su concepto del mundo. Un materialista dialéctico no le teme a nada. ¡El comunismo es una filosofía militante!”

Zhang Siyuan comprendió lo que significaban esas palabras. El recuerdo de Qiuwen, Dongdong y el pueblo montañoso tenían un efecto tranquilizante sobre él.

Ya desde 1977 conservaba el deseo de verla otra vez, de pedirle que compartieran la vida juntos. Ella era una mujer extraña que combinaba la firmeza del pino con la flexibilidad del sauce. Durante sus cinco años en la

aldea, Qiuwen había demostrado ser la más fuerte de los dos. Además, desde que se había negado a reanudar su relación con Meilan, muchos de sus antiguos compañeros de lucha y, en particular sus esposas, se preocupaban por su vida privada, suministrándole fotos, orgullosos de actuar como casamenteros. Finalmente, exasperado por la situación, anunció que había encontrado a alguien en la aldea donde había trabajado. Él mismo iría a buscarla, por lo que podían abstenerse de sus buenos oficios. No volvieron a darle fotos. En cambio le preguntaban sobre la fecha de la boda, como si le exigieran el pago de una vieja deuda.

“Quizás según las costumbres chinas no debería proponértelo. Tal vez mis palabras van a resultarte molestas. Pero las he guardado durante años. Cuando tuve la pulmonía no era tan viejo como ahora. Tú me diste fuerza y valor. . . Pero por tu bien he ocultado mis sentimientos.”

“Gracias”, dijo Qiuwen con sinceridad, pero con cierto tono burlón.

“Nunca he conocido otra mujer como tú. Magnánima pero adaptable, áspera y amable. . .”

“¿Según usted soy una especie de paradigma que aparece sólo cada muchos años?”

“No se trata de una broma”, la voz de Zhang Siyuan se volvió melancólica. “Siento que me comprendes; tal vez me quieras.”

Qiuwen se estremeció y evadió su mirada.

“Tropiezo con muchas dificultades. Llevo un yugo en el cuello; debo tirar del arado y a veces del carro. Cuando enfrento un problema difícil de resolver pienso con frecuencia que si tú pudieras ser mi consejera, mi respaldo. . . mi trabajo y mi vida serían mucho más fáciles.”

“ . . . ”

“Esta vez vine especialmente por ti. Lo debes haber adivinado. Vámonos juntos. Podrás elegir el trabajo que quieras. Y, por supuesto, tu hija vivirá con nosotros. . .”

“¿Nosotros?”, dijo con severidad Qiuwen. “Por qué tendría que ser su consejera? ¿Por qué debería de abandonar mi trabajo, mi puesto, mi vida, mis paisanos y vecinos para ser la esposa del viceministro?”

“ . . . ”

“Mire, usted sólo piensa en sí mismo. Los altos funcionarios siempre se creen más importantes que los demás, ¿no es así? Ni siquiera por un segundo se le ocurrió que usted podría abandonar Beijing, dejar su puesto y venirse para ser mi consejero, mi respaldo, mi amigo. ¿Puede negarlo?”

“Bien, podemos considerar esa alternativa.”

“¿Considerar esa alternativa? ¡Qué tono oficial! Perdón, lo que acabo de decir muestra que no soy tan buena como usted imaginaba. Su trabajo es cientos, miles de veces más importante que el mío. No puede discutir eso. Yo los apoyo a usted y a sus colegas. Ustedes son la flor y nata del país, su esperanza. Estoy convencida de que deben recuperar todo el tiempo perdido. Les deseo éxito. Quiero colaborar, pero no puedo irme

con usted. Estoy acostumbrada a vivir como quiero. La vida de esposa del viceministro me asfixiaría. Estaría fuera de lugar.”

“¿Entonces pretendes pasar toda tu vida aquí? ¿No estás fuera de tu elemento?..

“No, aquí me siento como en mi casa. Eso es lo que admiro en usted. No sólo puede ser un viceministro, sino regresar a compartir la vida con nosotros en las montañas. Además construye la fantasía de sacarme de aquí. Pero yo no soy tan adaptable. Déjeme seguir siendo un médico rural que sirve para aliviar un poco los sufrimientos de la gente. ¡No nos olvide! Si nos recuerda todo irá bien. Le agradezco. . .” Su voz parecía un sollozo. “Haga más por la gente y no la perjudique. Así no lo olvidarán.”

Zhang Siyuan con la garganta cerrada se alejó lentamente. Qiuwen no se despidió de él. Ahora se arrepentía de no haber contemplado lo suficiente su silla sólida, la mesa de madera despintada, su lámpara, sus libros, su jofaina, su sombrero y su estetoscopio. Esos objetos eran más felices que él, pues acompañaban a Qiuwen día y noche.

Los vecinos seguían convidándolo. Con el estómago y la cabeza iba realizando una investigación social. Requesón de soya y fideos, sidra y vinagre: todo lo hacían allí. Huevos frescos y salados, huevos de mil años; la proteína animal y los ingresos extra iban aumentando. Las tortas fritas de harina de mijo con miel eran el postre favorito de los aldeanos. . . ¿Qué otros problemas tienen? ¿Qué otras sugerencias? Tenemos miedo de que las cosas cambien. Si la política no cambia y no se trastornan inútilmente las cosas, nuestra vida será cada vez mejor. La situación en el campo ha mejorado mucho. ¡Recuerden las experiencias y lecciones del pasado y dirijannos hacia un porvenir firme! Los campesinos contamos con ustedes.

Después de comer y beber se alentaban unos a otros.

Luego vino la despedida. El secretario del viceministro Zhang Siyuan era muy eficiente. Una semana después de que Zhang Siyuan había viajado de incógnito hacia la aldea y había experimentado los placeres y sinsabores de la vida de un ciudadano común, su secretario llamó a las autoridades locales. De inmediato llegaron al pueblo los dirigentes y una escolta. Zhang Siyuan observó cuidadosamente a su alrededor. Estaba seguro que los aldeanos lo comprendían mejor que su hijo. La calidez de su recepción no se debía a que no supieran de su promoción y de que podía llegar en un coche acompañado por una comitiva. No, eso lo sabían, pero conocían aún más su persona y sus cualidades. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo esto le daba más valor a la experiencia de la pasada semana.

La gente se reunió junto a los dos peñascos para despedirlo. “¡No nos olvide!” Era lo único que pedían. ¿Cómo podría olvidarlos o hacerles daño? Con lágrimas en los ojos se sentó junto al chofer, el sitio más honorable para los aldeanos. Había dejado su corazón en la aldea, sin embargo, la llevaba en su corazón cuando se iba. ¿Había sido inútil su visita? De ninguna manera. Había encontrado su verdadero ser. Después de despedirse de Dongdong en el distrito se dirigió a la capital de la

provincia. Nada de colas esta vez, ni de niñitos despóticos o gigantones abusadores. Tampoco había olor a cebollín crudo o un cuarto donde no se podía dormir en paz. ¿Podré olvidar todas las atenciones que me dieron? ¿No es mi deber lograr que todos tengamos una vida mejor?

Luego de pasar la noche en el mejor hotel de la provincia, tomó un avión en primera clase. “No fumar” y “ajústense los cinturones”. Rugieron los motores y despegó el avión. La aldea quedaba atrás; frente a él esperaban numerosos problemas. Pero no tenía miedo. Una joven aeromoza vestida con el uniforme de la Compañía Aérea Popular, le obsequió un té de jazmín, chocolate relleno, chicle, tarjetas postales. . . El avión cambió de curso hasta alcanzar la altura correcta, volando mucho más alto que cualquier mariposa. El zumbido de los motores resultaba tranquilizador. En la cabina hacía calor; giró el botón del aire acondicionado y un soplo de aire fresco le acarició la cara. A través de la ventanilla contempló durante mucho tiempo la tierra de la patria. Le gustaba el juego de luces y sombras y los perfiles de las montañas, que parecían los pliegues de las nueces. Amaba ese campo tan ordenado como un tablero de ajedrez y los caminos y senderos que se entrecruzaban como telas de araña. ¡Ojalá se pudiera poner al país, con todo y la aldea, en un avión para que avanzara a gran velocidad! ¿Hasta cuándo la gente tendría que seguir haciendo conservas de pepinos como en el año 29? Abajo pasaban las nubes, un océano blanco y gris. Por muy alto que volara el avión, venían de la tierra y deberían regresar a ella. Los hombres y las mariposas, todos son hijos de la tierra. Cerró el aire acondicionado, inclinó el asiento y se quedó profundamente dormido.

El puente

Se comió un tazón de sopa de tallarines con pollo, un pan al vapor, un poco de jamón y una ensalada. Encendió un cigarrillo, le dio unas cuantas chupadas y luego lo apagó. Él no era un poeta; no tenía tiempo para cantar sus sentimientos o imaginar el futuro. Tenía que trabajar como un buey o un tractor. Hacer un buen trabajo lo significaba todo. Se puso el pijama y las pantuflas y fue al baño a afeitarse. Bajo la luz su cara resplandecía. Mientras se bañaba intentó tararear “La soledad del amor”, esa canción honconesa que había oído durante el viaje. Lanzó una carcajada y comenzó a cantar “Dos hermanos roturan la tierra”. Se bañó a sus anchas, sintiendo que así limpiaba todas las cargas innecesarias. Creía que había que trabajar sin tregua hasta que cada familia tuviera una bañera blanca y brillante. Se secó con una toalla. Bajo la luz su piel se veía rosada. Aún no era viejo. Todavía corría sangre roja por sus venas.

Apagó la luz, se fue a la sala y terminó de fumar el cigarrillo que había empezado. Encendió el radio. Sintióse tan ágil como una mariposa caminó con pasos ligeros hacia el balcón y abrió la ventana. El viento frío de la noche le recordó la brisa de las montañas. Se puso un abrigo sobre los

hombros y salió. Las estrellas del cielo se confundían con las lámparas de la tierra. Contempló las estrellas silenciosas y distantes, y descubrió que no eran diferentes de las del pueblo montañoso. El mismo cielo las sostenía. Era la misma tierra la que las contemplaba con añoranza.

Existía un nexo manifiesto, un puente, entre el pasado, el presente y el futuro; entre el padre, el hijo y el abuelo; entre las enormes piedras que dejó el dios Erlanshen en la entrada de la aldea y esta "Mansión de los ministros"; entre el alma de Haiyun y los tazones de porcelana de la esposa del hermano Shuanfu; entre los pepinos en conserva del año 29 y la canción que transmitiría la radio; entre el comedor de la estación, sucio, caótico, mal administrado, y el horario de los vuelos de avión; entre la mirada de Qiuwen, la terquedad de Dongdong, los tamboriles del 49 y la manifestación del 76; entre "Piedrita", el instructor Zhang, el secretario Zhang, el viejo Zhang y el viceministro Zhang. Sí, realmente existía ese puente ligando la vida y la muerte. Él mismo era testigo de ello. Había que mantener ese puente en buen estado, libre de obstáculos. Deseaba ver otra vez a Haiyun, a Qiuwen, a Dongdong y a la familia de Shuanfu. Miraba hacia una mañana deseada y divisaba un futuro infinito.

Hizo algunos ejercicios y respiró varias veces profundamente. Le pareció escuchar el timbre del teléfono. Al regresar a la sala iluminada y acogedora cerró la cortina verde claro y se dirigió al dormitorio para contestar el teléfono. Era el ministro que le preguntaba por el viaje.

"¿Misión cumplida?", preguntó el ministro.

"Bastante bien", contestó con franqueza y cierta brusquedad.

Entonces el ministro le informó brevemente acerca de una reunión muy importante que se llevaría a cabo dentro de dos días. Le pidió que preparara un informe.

Colgó el teléfono y se dirigió a su escritorio. Su secretario ya le había traído los documentos y cartas más importantes. Había también una lista de asuntos urgentes para despachar. Tomó un lápiz y comenzó a hojear el material, sumergiéndose de inmediato en su tarea. Le daba la impresión de que mucha gente se estaba fijando en él, dándole apoyo y estímulo.

Mañana estaría aún más ocupado.

Traducción de Duan Ruochuan

El lago profundo*

Es un domingo de abril de 1980. El domingo anterior habíamos ido de excursión a las afueras de la ciudad. Subiendo a la gran muralla, todos los compañeros nos sentimos por un momento inspirados y empezamos a recitar “El paisaje de la patria es tan hermoso. . .”, “Cuando sopla el viento y las nubes se elevan, extraño a los valientes dignos defensores de las fronteras. . .” También preferimos varios eslogans de la época como: “En los 80, para ser útil a la patria, tengo que dar el ejemplo”, y otros más. . .

En el alboroto se oían también palabrotas: “Chin. . .”, “Se anularán los cupones del comedor. . .”; otro cantaba “Después de decirte adiós, mi amor, sólo quedará el aroma del nardo. . .”

Todos gritábamos cosas distintas; sin embargo, había algo que predominaba: la primavera había llegado.

Nosotros estamos también en la primavera, en la primavera de nuestra vida, porque tenemos en promedio veintitrés años. Somos un poco mayores que los estudiantes de las promociones anteriores a la época de desorden y un poco menores que los estudiantes “obreros-campesinos-soldados”.¹ Si en nuestro grupo no estuvieran Jinhong, Zhangjiang y otros de “las tres promociones” de los graduados de secundaria de 1966 a 1968, nuestra edad promedio sería de sólo veintiún años. “¿Cuántos veintiún años habrá en una vida?”: éste es el famoso verso que escribió el Saltamontes para celebrar mi vigésimo primer cumpleaños, después de tomar dos cervezas acompañadas con 20 centavos de salchichas, el 14 de marzo. Shao, el Sabio, jefe de grupo, propuso celebrar mi cumpleaños con pastel

* Publicado en *Renmin Wenxue (Literatura Popular)*, núm. 5, 1981.

¹ Se refiere a quienes ingresaron en las universidades directamente de las fábricas, el campo o el ejército sin presentar exámenes, mediante recomendaciones, en los años 1970-1976.

de maíz preparado en nuestro comedor. Pero todos consideraron que celebrar de esta manera sería caer en la “influencia perniciosa” de la ideología ultraizquierdista de la “Banda de los cuatro”. Como el pequeño Saltamontes era un buen amigo, pudo reunir algo de dinero para comprar un auténtico pastel de cumpleaños, el más barato, que valía 3 yuanes 75 centavos sin necesidad de cupones y presentado en caja de cartón.

Mi cumpleaños y la excursión me dejaron conmovido y algo exaltado, así como entusiasmado y angustiado a la vez. Ahora encarno doblemente la primavera: por la juventud de mis veintiún años y por el comienzo de la primavera de 1980, en mi cuarto con literas donde vivo con otros cinco compañeros. El cuarto está lleno de olor a pasta dentífrica marca “Orquídea”, jabón de tocador “Magnolia”, zapatos tenis “Fortaleza”, calcetines “Pavo Real”, crema “Protección” y un olor predominante a sudor, que sólo los poseedores de esta doble primavera podemos despedir. No tengo buenas calificaciones en los exámenes y no tengo la esperanza de poder llegar a hacer estudios de posgrado o de ser enviado a estudiar a algún país extranjero. Considero un gran error haber decidido estudiar ciencias naturales en lugar de ciencias sociales, pero esto se debió a mi padre, que no cesaba de insinuarlo con torpes sonrisas, y a mi madre, quien gemía constantemente para convencerme. No sé tocar ningún instrumento musical, ni bailar vals, tango o música más moderna. No puedo leer partituras y mi voz no es potente ni dulce. Mi letra parece patas de araña y mi pronunciación del inglés es espantosa. Aunque soy alto, a mi cara de tonto de forma convencional le falta carácter o promesa de talento; especialmente, me falta atractivo con las muchachas. En fin, creo que casi no tengo nada de lo que debe tener un joven de veintiún años en esta nueva época, aunque algunos admiran mi situación de estudiante y otros hasta me tienen envidia.

Hoy domingo, cuando desperté, me sentí algo inquieto. El cielo estaba nublado y hacía frío. Calculo que la temperatura no pasaba de 15 grados. ¿Acaso era la primavera? ¿Dónde estaba el sol? Siempre dormimos con las ventanas abiertas, menos en enero y febrero. Mi nariz sensible percibió un leve olor a tierra. ¡Sí, era la lluvia! ¡La lluvia primaveral! Caía y caía, mojándome despacito y mi corazón crecía y crecía, como las crecidas del río Quientan.

El Sabio, antes de levantarse trata de memorizar algunas palabras en inglés bajo las mantas; el Saltamontes se frota la piel hasta que se pone muy roja; Zhangjiang lanza un largo “Aaaa. . .”; la Cigarra (con su nombre de mujer) imita al canto del gallo, el ladrar del perro, la voz de una cantante de Hong Kong y el grito de Lin Biao cuando vociferaba: “Viva”. . .; y yo sólo sé gritar en un inglés mal pronunciado: “¡Get up soon!”

— ¿Qué haremos hoy? —pregunta el Saltamontes.

— Haremos nuestro deber ciudadano —contesta la Cigarra, sin reflexionar, tajantemente.

Todos nos echamos a reír, luego nos reímos recordando cómo de noche alguien roncaba como una locomotora, y alguien en el sueño no cesaba de decir: —Mamá, amá. . .

Nuestro “deber ciudadano” es esperar a Jinhong para ir a la galería de Bellas Artes después de engullir cada uno tres panes cocidos al vapor (los domingos nos dan sólo dos comidas). Jinhong, una joven de 30 años y de un metro setenta y cinco, tiene la cara ovalada, se mueve con gracia y agilidad; ha vivido experiencias demasiado extraordinarias para ser creíbles y ejerce una indudable autoridad sobre todo el grupo. Le gusta más bien estar con los muchachos que con las muchachas y aunque su estado civil es también un nebuloso enigma, nadie se atreve a hablar de ella a sus espaldas, porque al mencionarla, incluso el Saltamontes, el más travieso, se siente dominado.

¡Qué linda se ve la carretera mojada! Y “mojado”, quiere decir “poético”.² En la carretera mojada se reflejan una a una las sombras: parecen poesías semioscuras. Sobre todo, una serie de ciclistas: sus movimientos desiguales y flotantes tienen aquella libertad de los que viajan en el cosmos en estado de ingravidez y me recuerdan la melodía de “Las nubes multicolores siguen a la luna:; tocada por un órgano electrónico. Entonces la Cigarra se pone a cantar: “Juventud, Juventud. . .”

“No me gusta esta canción”, digo en seguida. Me echa una mirada y canta con voz aún más alta. Y su voz sí que se parece a la de una cigarra.

“Pues a mí sí me gusta”, dice el Saltamontes, como si me desafiara, y diciéndolo se lanza hacia mí. Pareciera que estaba preparado para entablar un duelo conmigo a causa de esta canción.

“¡Repugnante, esta canción me parece repugnante!” Me pongo a gritar a voz en cuello cuando me doy cuenta de que me encuentro en una situación desfavorable de dos contra uno.

“¡Basta! ¡Cantemos otra!”, dijo Jinhong, la hermana mayor, moviendo la mano.

“¿Por qué?” La Cigarra la mira sin comprender, como si estuviera viendo una nueva fórmula matemática.

“¡Juventud, Juventud! ¡Qué hermosa época!”, canto yo, imitando una voz rara, con indignación. “Es pegajosa y dulzona. ¡Escuchando esta canción, te sentirás como si hubieras tragado un chicle! ¡El chicle es para masticarlo, para hacer burbujas y la canción toma a nuestra juventud como el chicle, la pone en la boca, la mueve de aquí para allá con la lengua, la aplasta y la mastica y la infla para que escuchen un ¡bum! Entonces los tontos se ponen a aplaudir; cuando aplauden, el chicle masticado va de boca en boca y entra en la tuya. ¡Juventud, ah, Juventud!; y finalmente enroscándolo, ¡zas! entra en tu estómago.”

Por mi elocuencia, yo debería ser enviado a la ONU en calidad de

² En chino “poesía”, “poético”, se pronuncia igual que “húmedo”, “mojado”: shi.

ministro extraordinario. Al parecer, el estado de ánimo pesimista con el que me desperté no es muy razonable. Todos expresan su admiración por mi elocuencia. E incluso Jinhong sonrío para indicar su acuerdo. La Cigarrá, al ver que ya es difícil vencerme, dice: "Como dijo Jiang Ging: 'generalmente no se le puede ver, sólo de repente asoma su faz extraordinaria'".

"El perro para todo usa el hocico", el Saltamontes me ataca, para compensar algo de su fracaso.

Reconciliación, risas. Empezamos a cantar "Barqueros en el río Usuri" y "En el primer mes lunar florecen las begonias. . ."

En el lugar donde se construye la librería Xinhua: andamios, mezcladoras de hormigón y grúas en forma de torre. En la tienda de cereales hay un letrero que anuncia: "aceite de ajonjolí, de cacahuete y de maíz, frijol verde, frijol rojo, soya, pan, tallarines, tortillas para hacer ravioles y sopa Wonton". Los hoyos para trasplantar los pinos anuncian un mañana aún más hermoso. ¡Lástima que no sepamos cuáles sobrevivirán! En las vidrieras se ven ollas de presión, lámparas de pie, radios electrónicos marca "Linterna Roja" y televisores en blanco y negro marca "Kunlung". A la entrada de la oficina de aviación un policía impecablemente vestido dirige la salida de un camión lleno de viajeros que pronto volarán por el cielo. Por todas partes flota un aire mojado, tibio, fresco, tierno, aunque algo indefinido. En nuestros pulmones, en el corazón, en cada una de las células están flotando las partículas de la lluvia primaveral.

El edificio de Bellas Artes se ve algo triste. Sólo bajo el sol se ve muy brillante, majestuoso y lleno de orgullo. Pero bajo la fina llovizna, parece un muñeco de nieve que está deshaciéndose. A la entrada, el cobrador malhumorado, al recibir nuestros boletos, no se digna dirigirnos ni siquiera una mirada, pero voltea a ver a una mujer que está a unos pasos de distancia para gritarle:

— No se echará a perder; prepáralo como yo te digo y ya verás.

Los grandes caracteres cortados y pegados en terciopelos que anuncian "Las exposiciones de obras de bellas artes" son elegantes y finos. El que los escribió, de seguro, no debe ser un ser humano común, ni debe haber tomado parte en los exámenes para el ingreso a los centros docentes superiores, ni ha vivido en el campo como joven instruido. Las hojas verdes oscuras de los rododendros en las macetas nos advierten que ya entramos en un mundo noble, culto y silencioso. No me siento digno de estar ante tanta belleza.

Entramos en la sala de exhibición. Distintas obras llaman nuestra atención rápidamente. No nos alcanza la vista para verlas, y nos sentimos ofuscados, queriendo detenernos y adelantarnos. La contradicción de que unos quieran detenerse y otros adelantarse, al parecer, es la contradicción básica en todas las visitas a exposiciones. Y en esta contradicción básica, el adelantarse es lo mejor pues así el grupo se disuelve. En realidad, cada uno tiene su obra favorita. La Cigarrá en seguida ha sido atraído por una pintura al óleo titulada "El entrenamiento". En la pintura aparece una atleta

sana y bella, que está inclinada atándose los tenis, mostrando perfectamente sus largas extremidades y su cuerpo esbelto. El pintor fue muy listo al escoger una palabra seria que describiera muy bien el cuadro. Claro que a la Cigarra le gustaban más las pinturas de este género, y por eso le gusta cantar “¡Juventud, ah, Juventud!” Pero las pinturas que atraen a Zhangjiang son de otro contenido y otra forma. Una pintura de estilo chino titulada “Bolé”³ es impresionante. Un rocín está junto a un viejecito, tan flaco, casi un esqueleto: se trata de Bolé, que ha descubierto un caballo magnífico de mil leguas; se siente tan feliz que se le salen las lágrimas. ¿Por qué Zhangjiang está tan exaltado? ¿Se cree un caballo de mil leguas? ¿O se indigna por no haber podido encontrar a Bolé? Este sentimentalismo sin sentido e inútil tiene mucha más historia que la de las tijeras de Zhanxiaoquan. . . Pero no, Zhangjiang no es un hombre que arme muchos escándalos. Tal vez su tristeza tiene otra razón. Por su modestia y su abnegación, de seguro está excusándose ante Bolé, porque él no se cree un caballo de mil leguas sino que se conforma fácilmente con el mundo y el único con quien no está conforme es consigo mismo. Estamos mucho mejor que en la época de la “Banda de los cuatro”. Esto es lo único que responde a todas nuestras quejas. El Sabio está perplejo, dudoso. En realidad, no tiene interés por las bellas artes. No sabe qué hay aquí. Ha venido para “no separarse de las masas” de nuestro dormitorio. El Saltamontes está atontado por las flores de unas acuarelas: lotos coquetos, cálidas flores de ciruelo, esbeltos nenúfares y extrovertidos crisantemos; todas estas flores le gustan. Le gusta todo lo claro y lo fuerte. Jinhong ya ha visitado varias veces la exposición. Sin apurarse, va a la zaga. Ya entiendo, ella está examinándonos, está evaluando nuestro gusto, y también a los demás espectadores. Un anciano jorobado, de ojos muy miopes, con su dialecto cantonés, difícil de entender, no cesa de preguntar: “¿Qué significa este dibujo?” Al parecer, quiere el mensaje y la lógica de cada una de las pinturas. Una joven, mientras admira las obras, teje un sweater. Un hombre grandote, en el centro de la sala, sin importarle nada la existencia de los demás, lanza un estornudo, con gran convicción y seguridad. ¡Ni modo! ¡Ya que la lluvia de primavera trae el frío primaveral, el frío primaveral viene mezclado con la “lluvia de primavera”!

Ir a una exposición es una aventura tanto para la mente como para el alma, y es muy parecido al ir de compras a los grandes almacenes con nuestro único billete de 10 yuanes. Una vez, con mi dinero y mis cupones, fui a comprar una chaqueta. Pero al entrar en la tienda, me sentí deslumbrado. Chocolates con almendras, ciruelas confitadas, lámparas para la cabecera, termómetros, bolígrafos tricolores, carpetas de cuero sintético, pandas gigantes de plástico, cuchillos para fruta. . . todos estos objetos me impresionaron tanto que no podía respirar. La vendedora del departamen-

³ Bolé es un personaje legendario chino, célebre por saber distinguir los mejores caballos. Ser Bolé es ser descubridor de talentos.

to de ferretería y de artículos eléctricos me saludó. . . ¡caray! en vez de una chaqueta, sin razón alguna compré una lámpara de pie y un candado de combinación.

Es por eso que contemplo con precaución cada una de las pinturas, cada grabado y cada escultura. Paseo silencioso por entre aquellos lindos colores, líneas y sombras, con cierta melancolía. Recuerdo aquella experiencia de 1978, que casi me arruinó.

En julio de 1978, después de los exámenes, escribí a mi familia para decirles que yo no regresaría, ya que sólo hacía seis meses que había venido a la capital provincial para estudiar en la universidad. Zhangjiang y yo fuimos a la casa de Jinhong. Ella nos ofreció un plato de jitomates con azúcar. Luego se puso a hablarnos de sus cuatro viajes por todo el país durante 1966 y 1967, so pretexto de intercambiar experiencias revolucionarias. Más tarde, discutimos los paisajes del Lago del Oeste, de A Bin, el mismo ciego, de por qué en el quinto tomo de las obras escogidas de Mao había un error de ortografía en la palabra "limpieza". Más tarde, nos cansaron las pláticas; Jinhong prendió su grabadora para que escucháramos una melodía que ella había compuesto con "computadora electrónica", cuando hacía su servicio militar. Al oírla, Zhangjiang y yo nos sentimos perplejos y bostezando dijimos: "No está mal, eh".

Luego Jinhong nos enseñó algunos álbumes de pinturas. Todavía hoy recuerdo las primeras impresiones que me dejó aquel álbum: los cuatro ángulos de la cubierta estaban desgastados; tres estaban enroscados y despedían olor a grasa, como si indicaran que el oficio de su dueño fuera vender tortas fritas. En la cubierta estaban escritos dos grandes caracteres: "La primavera". Al verlos se me ocurrieron las siguientes ideas: cavar hoyos para trasplantar árboles, labrar la tierra, los tractores durante las noches y un arado antiguo jalado por dos bueyes. También me imaginé un ventarrón de cuarenta días seguidos y que nos agrietaba los labios por su sequedad, las patatas germinadas que nos acompañaban en todas las comidas cuando aún no aparecían las nuevas verduras en el mercado, la aparición de huevos frescos en gran cantidad en el mercado y las profundas huellas de las carretas en los caminos recién descongelados. Debajo de los grandes caracteres "La primavera", estaban escritas dos líneas en caracteres menores: "Selección de pinturas al óleo de jóvenes trabajadores de las bellas artes en honor del quinto aniversario de la República Popular China". ¿Quinto aniversario? Quería decir que fue en 1954, cuando yo aún no había nacido. Y por aquel entonces, ¿dónde estaba? No podía creer que por aquel entonces yo no era más que cero, yo, con una estatura tan grande, tan animado, lleno de quejas, tan entusiasta, un muchacho como yo, tan patas arriba. ¿Cómo era posible que al principio fuera un cero? Empecé a hojear el álbum, sin interés, con un aire de inspector indiferente, un aire de experto que todo lo desprecia.

De repente, me pareció que una luz me iluminaba; la luz penetró en mi corazón. Parecía que en un cuarto oscuro, cerrado durante muchos

años, de súbito se abrieran de par en par las puertas y las ventanas y por ellas entraran las luces del cielo, del sol, de las auroras, del agua, del fuego, del relámpago y por ellas penetraran vientos del este, del oeste, del sur, del norte, de la primavera, del otoño. Aquella pintura se titulaba “A la orilla del lago”. El agua ocupaba las dos terceras partes del plano, con sus onduladas olas. ¿Acaso no era éste mi lago? ¡Mira cada una de las ondulaciones de las olas, cada uno de los puntos de las luces! ¡Y mira el cielo azul reflejado en el agua! Cuando era niño, ahí lanzaba piedras delgadas a la superficie del agua y le gritaba al agua:

— Un chiquillo probaba su caligrafía escribiendo, escribiendo, pero no podía. . .

Todos los de nuestra generación sabíamos esta cancioncilla infantil, que no tenía sentido, ni explicación. ¿No sería una cancioncilla que pertenecía al “modernismo”, o al “fluir de la conciencia”? ¿Desde cuándo me volví un grandote? ¡Un grandote que a excepción de la estatura no posee nada! A la orilla del lago había un viejo sauce llorón, cubierto de frescas y tiernas hojas. El árbol viejo y las hojas nuevas. ¡Cómo pasó el tiempo tan rápido! ¡Ya tenía 19 años! Cuando era niño, creía que 19 años era una edad venerable, muy madura, todopoderosa, en la que podría tener todo. Debajo del árbol se veía la espalda, chiquita, yo sabía en qué estaba pensando, de qué estaba riendo y qué estaba admirando, qué estaba anhelando, qué estaba buscando y esperando. Cuando era niño, buscaba en el lago pececitos, camaroncitos, conchas, ranas. Las hadas se convertían en cisnes, el Rey Mono se convertía en cangrejo, en conejo blanco que sabía arrancar rábanos, en un pájaro dorado que sabía hablar, o en cierta casita misteriosa, escondida en lo hondo del bosque. . . Y más tarde, todo aquello se acabó. Lo que reflejaba el agua del lago eran soldados rojos que alzaban sus puños para saludar al “Sol más rojo de nuestro corazón”, Mao. Por aquel entonces, al fijar mis ojos en el agua del lago, pensaba que se asomaría desde el fondo un terrateniente fugitivo que había cometido asesinatos, incendios o dañado al buey de la comuna; entonces yo lucharía contra él y lo llevaría a la policía. Luego mi lago se transformó en un firmamento de viento y arena. Y ahora, ¿cómo era posible que estuviera sentado a la orilla del lago? Estas ondulaciones mezcladas con un nauseabundo sabor de vida; estas sombras del árbol y luces que se reflejaban mezcladas en mi rostro y en mi cuerpo, y este sauce llorón vetusto del que cada año brotaban nuevas hojas y ramas. . . ¿Qué? ¿Qué si quiero salsa picante? No, no te apures, espera, mira. ¿Qué dice aquí? Yan En-fu. *Yan*, que significa sauce; *En*, bondad; *Fu*, gobierno. ¿Quién es Yan En-fu? ¿Por qué se me hace conocido? . . . — ¡Es mi padre!

Sí, sí quiero salsa picante. ¡Pero sí es mi padre! No, no quiero salsa picante. No, él no es mi padre. Ya estábamos comiendo tallarines. Pero aún seguía pensando en eso. La radio transmitía un cuento de Liu Sinwu. Por la ventana entraban los sonidos de las tablillas que golpeaba el joven del

carrito que vendía aceite, sal, salsas, vinagre y otras cosas. Zhangjiang, cuando comía ruidosamente los tallarines, emitía unos sonidos: “glup, glup”, y la salsa picante le hacía sudar la frente. Jinhong, mirándome, preguntó:

— ¿Qué te pasa que te veo algo atontado?

— Es por la pintura, aquella que se titula “A la orilla del lago” —le dije.

— Sí —Jinhong estaba muy contenta—, es la mejor de este álbum. Lo mejor es el agua del lago. En esta agua cada uno puede ver sus ilusiones, sus esperanzas. ¿No te parece, Zhangjiang?

— Así es. El agua del lago está muy clara.

— Y dime tú, ¿qué has visto?

— Poco, muy poco.

— Pero seguramente fue muy claro: sacar puros dieces en todas las materias, hacer un posgrado y lograr el doctorado, y luego tu esposa te dará un hijito.

— Claro. Pero lograr todo esto no es nada fácil.

— ¿Y tú?

Su conversación me parecía como el zumbido de dos mosquitos. Sólo percibía los sonidos y no podía captar el contenido.

— ¿Tú?

— Ah, ¿me preguntas a mí? —y al contestarme mordí la punta de la lengua—. Estaba pensando que tengo que regresar a casa en las vacaciones de verano, pues debo ver a mi padre.

Al terminar mi respuesta recordé una frase que Jinhong acababa de decir y comprendí su significado: “Aquella es la mejor de todas las pinturas de este álbum. . .” “La mejor, la mejor”, me seguía diciendo la voz de Jinhong. Estaba tan emocionado que estuve a punto de llorar. Din din. . . din, tocaba el reloj; din. . . din. . . din. . . el reloj de la estación también anunciaba la hora.

Después de todo, ¿qué clase de pintor era mi padre? Estuve pensando en el tren durante el viaje. Fue en 1966, cuando yo tenía 7 años. Ya hacía tiempo que esperaba ir a la escuela. Desde que tenía 3 o 4, mi padre me había comprado una mochila. Todas las mañanas, con mi mochila (en la que guardaba algunas historietas ilustradas) hacía como que iba a la escuela. Al cumplir los siete años, los mayores de mi casa, los parientes y amigos, en coro, me alentaban diciendo:

“ ¡Pronto irás a la escuela! ”

Pero pasaron las vacaciones de verano de 1966 y no hubo inscripciones; la escuelas interrumpieron las clases para hacer la revolución cultural.

Entonces mi padre me llevaba a su estudio. Por aquel entonces todos los trabajadores del arte o bien eran objeto del ataque de la revolución, o bien participaban en la revolución. Los pintores no estaban inactivos. Mi padre pasaba sus días pintando retratos con dedicación, sudando a mares. Acompañadas de gongs y tambores, entró una columna de muchachas guardias rojas. ¡Qué linda era la que dirigía al grupo, con sus trencitas bien alzadas, y con su boca chiquita, bien fruncida! ¡Parecía muy severa!

Todas ellas vestían nuevos uniformes verdes del ejército, con brazaletes rojos. Se pusieron en una fila bien formada para leer algunas citas de Mao. Mi padre, apresuradamente, se puso firme, sacó su librito rojo para seguir la lectura. A pesar de que yo todavía no había ido a la escuela, ya sabía más de cien citas, pues sabía que recitar y cantar las citas era el honor más grande del mundo. Muy contento, repetía junto con ellas:

“Todas las ideas equivocadas, todas las hierbas venenosas. . .”

“Todas las cosas reaccionarias, si tú no las echas abajo, no se caerán. . .”

Al mismo tiempo que repetía, miraba cómo saltaban las dos trenzas que parecían cuernos. Luego ellas leyeron “una orden sumamente urgente”, en la que se decía que en una pintura titulada “El presidente Mao está con los niños” aparecían más de diez consignas, signos e imágenes reaccionarios. Luego se pusieron a gritar en desorden, señalando que en el retrato del líder pintado por mi padre sólo aparecía una oreja. “¿Qué significa eso? ¡Qué audacia! Con mala intención atacas al Sol más rojo de nuestro corazón diciendo que tiene prejuicios pues escucha solamente con un oído.”

Al escucharlas miré hacia la pared. Sí, era verdad. En todos los retratos del líder sólo aparecía una oreja. Realmente era odioso. ¿Por qué sólo pintaba una oreja? ¿Era un reaccionario mi padre? ¿De qué manera debería yo luchar contra él? Eso me parecía horrible, nuevo, interesante. Las guardias rojas pidieron a mi padre que añadiera la otra oreja al instante.

En los retratos oficiales sólo se veía la oreja derecha debido a que la cabeza estaba un poco inclinada; del perfil izquierdo sólo se veía el pómulo y la línea de la mejilla. Y la oreja estaba tapada por esta línea. Claro que no se veía. Pero por aquel entonces yo no comprendía eso. Creía que las guardias rojas tenían toda la razón, pues en realidad todo mundo tiene dos orejas. ¿Por qué sólo dibujaba una? ¿Qué significaba eso? Entonces, sin parpadear, miré a mi padre añadir la otra oreja. ¡Pobre de mi padre, cuán difícil era para él! Tenía la frente toda cubierta de gotas de sudor tan grandes como granos de soya. Parecía como si le estuvieran sacando una muela sin anestesia. Temblaba como si acabaran de inyectarle y la aguja se hubiera quedado rota en una de sus nalgas. Pero se esforzaba por dibujar. Dibujó una oreja en el pómulo del presidente Mao. Aún no terminaba de dibujar cuando todos nos quedamos atónitos: ¿quién se hubiera imaginado que con esta oreja quedaría el retrato tan raro?

“Soy culpable”, dijo mi padre muy asustado. Se inclinó, sin esperar a que lo empujaran del cuello y al mismo tiempo se puso con los brazos hacia atrás en posición de “avión”. Las piernas le temblaban y tenía la cara palidísima. Si en ese momento alguien hubiera tosido o soplado, de seguro se habría caído al suelo.

Las hermanitas guardias rojas se miraban unas a otras. La jefa frunció sus cejecitas. La segunda se ruborizó y le palpitaba el lunar que tenía en una mejilla. La tercera lanzó un grito. La cuarta tenía la boca tan fruncida

que en ella se podía colgar una botella. La quinta tenía sus ojos todos blancos.

“¡Qué horror!”

Me asusté tanto que me puse a llorar, sabiendo que mi padre ya era un reaccionario.

Por la ventana entraban gritos desde los altavoces de gran potencia, ruidos de camiones y gritos de consignas que lanzaba la gente, con los brazos alzados. La hermanita guardia roja que usaba trenzas, balbuceó a mi padre algo así como:

“¡Pórtate bien!”

Y nos abandonó. Dio una orden y las muchachas bien formadas se fueron.

El tren continuaba adelante, alcanzando uno y otro árbol, uno y otro poste eléctrico, uno y otro río, uno y otro campo cultivado. Los empleados del tren nos servían la comida. Pedí un tazón de tallarines, que olía algo podrido, con algunos pedazos de carne grasosa y piel bien gruesa. Los pasajeros protestaban entre dientes al mismo tiempo que comían. En mi mente volvió a aparecer el lugar del examen de admisión para la universidad, que tuvo lugar en noviembre de 1977. Por la mañana del primer día presenté el examen de matemáticas. Hice bien los ejercicios de geometría, pero fracasé en los de álgebra. Recordé que el año en que aprendíamos álgebra, debido a que mi madre estaba enferma y a que mi padre me pidió que le ayudara a construir una pequeña cocina, solicité varios días de permiso; al recordar aquello me sentí más impaciente. Cuando entregué mi examen, ya era casi mediodía, y ya habíamos convenido en que mi padre me traería el almuerzo, pues por la tarde continuaría con el examen de política, pero no lo veía en el patio de la escuela. Lo que pasó es que en la puerta de la escuela había unos guardias que no permitían la entrada a nadie. Nevaba y soplaban un viento frío. Me acerqué a la puerta. ¡Ah, cuántos papás parados en la nieve deseando éxito a sus hijos! ¡Pobrecitos papás! Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Entre aquellos papás estaba el mío. Era una vergüenza mencionarlo. No tenía un papá muy decoroso: de menos de un metro setenta, la barbilla larga como cucharón, el pelo corto que en nada favorecía a la forma de su cabeza, las piernas arqueadas y un poco patizambas, el cuello encogido. . . Hasta da pena decirlo: debido a su apariencia lamentable, lloré alguna vez. Cuando estaba en la primaria, una vez hubo una junta de padres y mi papá no se veía nada elegante. Al compararlo con los padres de mis compañeros, que eran bien gordos, grandotes, con ojos de doble párpado, con hoyuelos al sonreír, vestidos con sacos de lana, que iban en coche, sentí tanta vergüenza que lloré.

Y aquél era mi padre. El día del examen de admisión me esperaba parado a la entrada de la escuela, entre la nieve y el viento, con una bolsa de malla llena de tortas de carne asada de carnero. Una gruesa capa de nieve le cubría la gorra, los hombros, la espalda. Había olvidado sacudírsela. . . Me vio y advirtió la tristeza que se reflejaba en mi cara y no sabía si

era conveniente o no preguntarme cómo me había ido en el examen. No sabía cómo adularme. Me pasó la comida. Me quejé de que la torta estaba fría y dura. Después de darle una mordida, me quejé de que la carne estaba muy salada y de que le había puesto demasiada pimienta. Aun entonces sabía con toda claridad que para esta carne de carnero había gastado los cupones de un mes de toda mi familia. ¿Por qué yo era tan necio? ¿Por qué teníamos derecho de despreciar y maltratar a nuestros papás? Mi padre tenía las manos y la punta de la nariz rojas por el frío. Yo no sé si era nieve, sudor o lágrimas lo que corría por su rostro. Muy humilde, de su pecho sacó una cantimplora llena de té dulce, tibio por la temperatura de su cuerpo. Luego, temblando, sacó dos pedazos de chocolate con almendra hermosamente envueltos. Me enfadé. No sólo me negué a aceptar aquellas calorías extras, sino que también empecé a quejarme:

“Desde que yo era niño, sólo sabes darme caramelos, y por eso tengo picadas las muelas. Además, nunca te preocupabas por mis estudios. Cuando había algo que hacer en casa, me decías que pidiera permiso en la escuela. Demasiados estudios te volverán tonto, me decías. . . Pero ahora ha cambiado el sistema de admisión y sólo piensas en que obtenga el primer lugar. Dices: ‘Mi Xialong no tiene problemas’. ¿Cómo sabes que no tengo problemas? Sí que tengo grandes problemas. Mira, esta mañana no pasé el examen de matemáticas; seguramente sacaré un cero, ya no voy a seguir presentando este examen.”

Un padre tan humilde y bondadoso, que ante mí nunca mostró su talento e inspiración, un padre que a excepción de dibujar el sagrado retrato del presidente, sólo sabía pintar anuncios de “óperas ejemplares” y de películas, un padre que se resignaba a esperar dos horas para comprar medio kilo de carne de carnero, ¿será posible que hace veinticuatro años pudiera dibujar una pintura tan hermosa y tan llena de ternura? ¿Es posible que en su corazón hubiera existido la juventud, el verdor, la luz del lago, la esperanza y la ilusión? Cuando estábamos a punto de llegar a la estación ferroviaria de la ciudad M., donde se encontraba mi hogar, fijando mis ojos en los paquetes mal amarrados y envueltos en telas rústicas que estaban amontonados en las rejillas, de repente se me ocurrió que Yan En-fu, autor de “A la orilla del lago”, era otro que usaba el mismo apellido y el mismo nombre que mi padre; si no, ¿cómo era posible que él nunca me hubiera mencionado esta pintura?

— Papá, ¿tú pintaste “A la orilla del lago”?

— ¿Hmm? ¿Qué? No sé. Acabas de llegar, debes de estar muy cansado. Por la tarde prepararemos una sopa de Wonton. Ah, ya nos queda poca salsa de soya, y también necesitamos camarones y verduras saladas; además, tenemos problemas con las algas: las que vienen en bolsa de plástico están limpias, pero no tienen sabor y las otras saben bien, pero traen mucha arena.

Mi padre, mientras discutía con mi madre sobre la cena, metía en la cesta las botellas. ¡Dios mío! Por todas partes se veían tarros, botellas.

Los de salsa de soya, de vinagre, de licor, de vino tinto, de salsa de camarón, de encurtidos y de legumbres saladas. . .

— Mi padre salió con cinco botellas sucias. Mi madre tomó un lavamanos.

— Xialong, cámbiate la ropa. ¿Cómo es posible que hayas vuelto tan sucio? Apenas hace seis meses que te fuiste de la casa. ¡Hueles mal!

— Lo que huele mal es el encurtido y la salsa de camarón —protesté—. Mamá, ¿me puedes decir si hace unos veinte años papá dibujó una pintura titulada “A la orilla del lago”, en la que aparece el lago, un sauce y un joven?

— ¡Ah, qué importa si la ha pintado! ¡Mira cómo tienes el cuello de tu camisa! ¿Será posible que un universitario sea tan sucio?

— Entonces, ¿realmente papá pintó este cuadro? —dije un poco emocionado.

— Cuando era alumno del Instituto de Bellas Artes, claro que pintó montañas y ríos, praderas y mares. Pintó “A la orilla del lago” cuando estaba en el segundo año del Instituto. Pero, ¿es que no te vas a quitar tu ropa sucia? ¡Ay!, no hay suficiente detergente, y se me pasó decirle a tu padre que comprara también una bolsa. ¡Eh!, ¿qué te pasa?

— Yo. . . voy a. . . a cambiarme de ropa—, y conteniendo las lágrimas, di media vuelta.

Después de la cena, aprovechando la ausencia de mamá, que lavaba los platos, mientras papá fumaba sentado en el rústico sofá hecho por él mismo y que no tenía ninguna forma, le dije a mi padre:

— He visto un cuadro titulado “A la orilla del lago” que pintaste en la década de los cincuenta. Me gustó mucho.

Atento y con mucho interés, mi padre estaba lanzando ruedas de humo, contento y tranquilo. Mamá lavaba la loza y llegaba el ruido de los platos y del correr del agua. La lámpara despedía una luz que alcanzaba el vidrio de la ventana en el que se reflejaba el perfil de mi padre. Papá se estremeció: parecía que estaba totalmente ajeno a lo que yo decía y su pensamiento viajaba por otros lugares. Luego, se movió, y sin saber por qué, pisó su tan apreciado “cigarro después de la comida”. Tartamudeando, preguntó:

— Que . . . ¿qué? ¿Tú has visto “A la orilla del lago”? ¿Será posible que todavía haya quien conserve esa cosa?

¿Qué quiso decir con “esa cosa”? Lo miraba perplejo. Pero su inquietud no fue más que de un momento. Luego, con un tono poco interesado, o mejor dicho, con cierta burla, me preguntó: “¿Te gustó?”

Afirmé con la cabeza. Me pareció que una corriente eléctrica me pasó por todo el cuerpo. Recordé cómo ese pintor añadió una oreja en el pómulo. . .

— ¡Ay! —suspiró— fue cosa de otra vida. —Rió, como si se tratara de una broma—. Infantil, superficial, frágil, con matices pequeño burgueses, sin sentido. . . — Dijo tantas cosas despectivas sin esfuerzo.

— A propósito, ¿cómo te fue en los exámenes de fin del semestre? ¿Podrás solicitar una beca el semestre que viene? ¿Y tu cuarto da al sol?

Nunca he sido creyente, ni conozco la historia antigua. No sé si Jesucristo fue realmente crucificado. Sin embargo, en ese momento estaba experimentando la sensación de que clavos penetraban en mi cuerpo. Pero no sangraba: me sentía como un globo al que acaban de pinchar y que se desinfla. . .

Luego mi mamá terminó de lavar los platos. Nos preguntó si queríamos tomar té de jazmín o agua fría. Después mi padre prendió la radio, que transmitía una narración, cantada al estilo de Beijing, de Guan Xuezheng, en la que se decía que la “Banda de los cuatro” calumniaba a los demás y los trataba de seguidores de “la teoría de las fuerzas productivas”. Más tarde, el gato negro con manchas blancas y bien gordo del vecino, empujó la puerta para entrar en nuestra casa. Mi madre dijo que debíamos echarlo, mi padre decía que podíamos dejarlo, pues la noche anterior había oído ruidos en el techo, y era posible que hubiera ratas. Luego mi madre me preguntó si quería tortas fritas para el desayuno del día siguiente, empanadas al mediodía y berenjenas con salsa de ajonjolí y ajo para la cena. Más tarde vino el tío Zhao a visitarnos. En seguida hubo ofrecimiento de té, palabras de cortesía, semillas tostadas de girasol: El tío Zhao y mi padre hablaron de un posible cambio del director de la Compañía Distribuidora de Películas, entidad donde trabajaban ambos, y hablaron de los aspectos favorables y desfavorables, y de las consecuencias de ese cambio, y de algunos rumores sobre la congelación de ascensos y del reajuste del sueldo de los trabajadores. Tiramos las cáscaras de las semillas por todo el suelo. Antes de la despedida, mi padre pidió al tío Zhao que le consiguiera un cupón para comprar una bicicleta, y por su parte, el tío Zhao le pidió a mi padre que le ayudara para que su hija pudiera cambiar de escuela. Luego la radio transmitió un solo de violín chino. Más tarde, mi madre, de una manera indirecta, me hizo un montón de preguntas, con el fin de saber cómo me llevaba con las muchachas de mi grupo. Intencionadamente, mencioné a Jinhong, de 28 años, hija de un cuadro que aún no había sido rehabilitado; ella había pedido limosna, había vendido helados, había viajado por todo el país, había servido en el ejército y sabía componer melodías con una computadora electrónica. Mi madre se quedó atónita, fijó sus ojos en mi padre, quien balbuceaba como si tuviera en la boca un pedazo de berenjena caliente. Luego la radio empezó a transmitir noticias internacionales. Parecía que algo había ocurrido en el reino de Jordania y en ese momento el gato tumbó un termo: tras un enorme estrépito, ¡boom!, el vidrio de mercurio se hizo añicos, el agua caliente se derramó por el suelo, mamá se puso a gritar y aprovechó esa oportunidad para quejarse mucho de mi padre y criticarlo en todo. Luego nos acostamos. Fijé mis ojos en el techo: el ruido del tren resonaba aún en mis oídos. Sentía el cuerpo sumamente pesado. Parecía que por mis venas no corría sangre sino atole. De repente, mi padre, en su sueño, lanzó un grito que me asustó mucho.

Más tarde, sus ronquidos agudos y alargados uniéndose con los de mi madre hicieron un dúo mixto, muy armonioso y perfecto. . .

Esta fue una experiencia bastante pesada, aunque al parecer entre mi padre y yo no hubiera sucedido nada. Aunque podría decirse que más tarde la Fortuna nos sonrió. Después de restablecerse el sistema de admisión por exámenes, entré a la universidad. En la zona donde trabajaba como joven instruido para ser reeducado, un muchacho, dos muchachas y yo fuimos los únicos que pudimos ingresar a la universidad. Yo era casi un ser mimado por la suerte. En cuanto a mi familia, a comienzos de 1979 rehabilitaron a mi padre (pues en 1958 fue criticado en mítines de "Blanco y experto"⁴ y lo sometieron a un periodo de observación dentro de la Liga de la Juventud). Se le subió un grado de sueldo. En el verano de 1979, fue elegido miembro del grupo preparativo de la Asociación Provincial de Trabajadores de Bellas Artes. A fines de 1979 mis padres fueron destinados a trabajar en la capital provincial. Se mudaron a un departamento nuevo situado en el octavo piso. Como teníamos un cuarto más podía ver menos botellas y jarros. De familiares y amigos, con frecuencia llegaban noticias agradables: uno salió de prisión, otro recuperó su cargo anterior; a uno se lo ascendió y otro consiguió que sus hijos regresaran del campo: uno, después de ser rehabilitado, encontró novia, y otro, al día siguiente de ser exonerado oficialmente, ya se preparaba para ir a Estados Unidos a hacer investigación científica.

¿Acaso ahora la Fortuna nos sonreía? Entonces, ¿por qué todo eso me parecía tan inadecuado? Aquella noche en que tomábamos sopa de Wonton, mis anhelos, mi búsqueda y mi amor por lo bello, recién despierptos después de ingresar a la universidad, quedaron hechos añicos, como el termo con cubierta de metal que había roto el gato gordo negro y blanco. Infantil, superficial, frágil, matices pequeñoburgueses. . . Si el autor del cuadro lo despreciaba con tales palabras, y lo abandonaba, ¿acaso no era yo aún más infantil, más frágil, más miserable? ¿Por qué tenía que ir a la universidad? ¿Por qué quería reunirme con Jinhong y los demás? En la granja agrícola donde trabajábamos los jóvenes instruidos podía comerme seis tazones de tallarines en una comida y levantar un costal de arroz de 180 kilos. Cavábamos hoyos para plantar árboles bajo una lluvia torrencial y descargábamos cal viva y cemento bajo el viento. Desafiando el ventarrón que levantaba un polvo que cubría todo el cielo y el suelo, manejábamos el tractor durante seis horas. Por las noches, en los dormitorios, escuchaba las conversaciones groseras de algunos compañeros tan salvajes como los animales. . . ¿Acaso aquella vida no era mejor que ésta? ¡Vete, agua, agua del lago con brillantes olas onduladas! ¡Vete, sauce llorón con tus ramas bailarinas y coquetonas! Lo más real y lo más profundo, lo más fuerte no era la belleza sino la trivialidad, las numerosas botellas de vidrio, la salsa de camarón, las legumbres saladas, las palancas y los cigarrillos marca

⁴ En vez de "rojo y experto", el ideal de Mao para todo ciudadano.

“Fénix”, y el licor “Maotai”. Cuando recibía “reeducación”, mi padre regaló cigarrillos y licor al jefe de la brigada de producción. No importaba que los regalara: el problema era que lo hacía temblando, como si fuera un ladrón que robaba el licor, en lugar de regalarlo. ¡Ay, si no era capaz de eso, mejor que no lo hiciera!

Cuando dibujó “A la orilla del lago” era “blanco y experto”, y ahora, después de regalar una botella de licor, y de añadir una oreja en el pómulo de Mao fue reconocido como pintor. ¿No era eso absurdo? ¡Ay, cuánta pena tenía yo! Esta pena venía junto con el despertar. Los que duermen son felices. Alguna vez mi papá mencionó una oración que, según decía, era de una película soviética de la década de los cincuenta: “El sueño prolongado es la felicidad”. Los seres humanos son realmente poca cosa. Si la “Banda de los cuatro” no hubiera sido destruida, si de plano no hubiera yo podido presentar los exámenes de admisión a la universidad, si mi padre no hubiera sido rehabilitado, si no hubiéramos liberado nuestro pensamiento, si no llenáramos diariamente nuestra vida con intensos trabajos arduos y primitivos, si mis padres y yo no hubiéramos vivido sobresaltados todos los días y asistido a innumerables mítines para manifestar nuestra lealtad, denunciando a unos y luchando contra otros, si no hubiéramos señalado como meta la modernización y alcanzar el nivel de producción y el de ciencia de occidente, si todo eso no hubiera sucedido y siguiéramos insistiendo que éramos lo mejor que hay en el mundo, si no hubiéramos rehabilitado a éstos y devuelto la dignidad a aquéllos, si no discutiéramos sobre cuál es la norma de la verdad y sólo cantáramos loas al líder grande y sabio. . . ¡tal vez yo estaría feliz y satisfecho! No me encontraba entre los que les fue mejor ni tampoco entre los que les fue peor: en todo caso tuve mejor suerte que aquellos a quienes arrastraron esposados a los mítines en los que se dictaba la sentencia. Al fin y al cabo, después de tres o cuatro años de trabajo en el campo, yo podía regresar a la ciudad ya fuera como “estudiante y obrero-campesino-soldado”, o como carpintero, peluquero, o freidor de tortas. Podría ganar 40 yuanes mensuales, tendría mi certificado de residencia en la ciudad, mi ración de cereales, mis cupones de carne y mi libreta de compras. Con la ayuda del gordo Zhu podría conseguir madera y era posible que aprovechara alguna ocasión para robar tablas del estudio de mi padre, y así poder hacer un armario con cinco cajones, mientras buscaba novia. Si una no fuera de mi agrado la cambiaría por otra. Si las negociaciones terminaran con éxito, la abrazaría; si no, romperíamos las relaciones. Y yo podría ir de aquí para allá cultivando las relaciones para que no me faltara nada. Podría darme por el alcohol y por jugar “poker de dedos” y otros juegos de borrachos; durante noches enteras jugaría Majong y sufriría castigos al perder. Después de una noche en vela jugando naipes participaría en reuniones de crítica para hacer uso de la palabra: “. . . si eso se tolera, ¿qué no habría que tolerar? . . . ¡Qué intención tan malévol!”

Pero cuando abría mis ojos, cuando la luz iluminaba cada uno de los

rincones, cuando cada hombre y cada cosa mostraban su verdadera cara, todo esto se volvía insoportable.

Mi familia se trasladó a la capital de la provincia. Nos mudamos a un edificio nuevo. Mi padre reía mucho, leía mucho y pensaba mucho. Parecía que se le erguía un poco el pecho. ¡Qué grandes cambios había en nuestra vida! ¡Todo aquello me parecía ridículo! Cada dos semanas regresaba a mi casa a pasar el fin de semana. Aunque estaba en casa, era difícil encontrar temas en común con mis padres, quienes siempre querían conversar conmigo. Sin embargo, yo sabía que a pesar de sus rodeos no tenían más que dos ideas: primero, que no fuera yo “Extremista”, para llegar a ser flexible en política. (¡Qué ridículo!: nunca me interesé en los periódicos murales.) Segundo, que fuera prudente en elegir novia, pues yo era aún demasiado joven. Pero dijeron que ellos a los 20 años se enamoraron y a los 23 se casaron. Un día, mi padre se entusiasmó y se puso a cantar las canciones favoritas de su época estudiantil, anterior y posterior a la Liberación, tales como: “¡Qué importa la caída!”, “La unión hace la fuerza”, “oda a la luz”, “Los jóvenes tenemos un corazón ardiente”, “Cuando aparecen las fresas rojas”. . . A medida que cantaba estas canciones, no cesaba de contarme anécdotas de aquel entonces, de aquella época, de aquella vida, de aquella juventud tan ardiente como el fuego. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y un color rojo se le subía a las mejillas. Decía que había vivido una gran época y ahora le tocaba la segunda juventud. Creía yo ver a otro padre, joven. Pero cuando él se encaprichó en que yo aprendiera todas sus canciones favoritas, me exasperé. ¿Acaso porque a ti te gustan tienen que gustarme a mí también? ¿En qué circunstancias las cantabas y en qué situación me encuentro yo? Pero lo que le contesté fue: “Papá, te cantaré algunas canciones que aprendí en la escuela secundaria”, y me puse a cantar una canción que usaba citas de Lin Biao. Cuando vi que se desesperó, se irritó y no sabía cómo reaccionar, me sentí complacido.

Me volví un aficionado fervoroso de Chejov. De vez en cuando escribía algunos versos melancólicos. ¡Qué trivial es la vida! Me sentí un Chejov, con sus “pince-nez” ajustados en las narices, con un corazón sentimental, tierno y noble: descubría y radiografiaba todo lo trivial. El señor Li, profesor titular, con sus reseñas escritas hacía veinticinco años, seguía dando sus clases, pero con una dicción cada vez menos clara, más terco cada día, sin permitir que los demás dudaran de su criterio: eso era trivialidad. En el gran comedor lleno de olor a rábano cocido mezclado con el vapor que salía de las cacerolas, los alumnos, formados en cola en espera de su turno para recibir su comida, golpeaban sus tazones con los palillos: eso era trivialidad. En las salas de lectura alguien estornudaba o bostezaba sonoramente, y de la boca de algunos emanaba un olor a puerro o a ajo: eso era trivialidad. En el cine, los dos que se sentaban uno al lado del otro y disputaban por apoyarse en el mismo brazo: eso era trivialidad. Vestir magníficamente, con el cuello alzado y duro, o vestirse muy sucio; usar un pañuelo demasiado manchado o de color demasiado chillón; andar dema-

siado andrajoso o muy elegante; cantar canciones de moda de Hong Kong o no saber ninguna canción; tener el vicio de comentar mucho sobre lo extranjero ante cualquiera, o nunca hacer tales comentarios; conocer todos los modelos de coches o apartarse al aparecer un auto de altos funcionarios; criticar con frecuencia a los que no han liberado su pensamiento o siempre declararse ajeno a todos los cambios nuevos; los muchachos que hablan de una manera afeminada o los que hablan muy groseramente; las muchachas que actúan como muchachos, las que se comportan como señoritas de gran familia, o como doncellas de familias acomodadas, las que se esfuerzan por aparentar ser muchachas de talento o coquetean como si fueran grandes bellezas: todo aquello era trivialidad. ¡Seres humanos, os quiero, pero vuestra vida es demasiado trivial! Tenía muchas ganas de lanzar un grito al estilo de Vochik, parado en lo alto de las nubes, con un timbre de barítono como el de los cantantes Liu Binyi y Wei Qixian.

Pero, ¿a quién dirigiría mis palabras? ¿Dónde iba a vociferar? Escribí una poesía titulada “La pérdida”; he aquí algunos versos:

Como si fuera una melodía triste interminable que se enreda en mi corazón.

Tú eres la nota más melancólica de esta canción.

El tiempo me hace conocer la falsedad y fealdad.

En el corazón sólo queda la nada y la frialdad. . .

Todo lo pasado parece una hilera de tumbas en el campo.

Sufro el dolor de perderte para siempre.

El sueño es como una barca enamorada de los ríos.

Me entrego a ella para que me traslade a la otra orilla del mar para buscarte.

Abrigo la esperanza de verte algún día.

Como un ruiseñor que canta tiritando en el árbol primaveral.

A la tierra grito miles de veces. ¿Dónde te encuentras?

¡Mi ingenuidad, mi juventud y mi amor!

Al terminar de componer esta poesía, creí que realmente tenía cierto talento. Recibí una llamada telefónica de mi padre, quien me decía que iría a Beijing para asistir a una reunión. Le dije que ya no tenía tiempo para despedirlo, pero le mandaría una carta. Le mandé mi poesía y añadí una frase: “¡Qué trivial se han vuelto tú y tu vida!”

En seguida recibí la respuesta de mi padre y me asombré de que él también pudiera componer poesía. He aquí sus versos:

Igualito como yo, otro En-fu, chiquito y jovencito,

Con la misma tristeza, el mismo corazón y el mismo sueño,

Igualmente bondadoso, y por lo tanto, algo débil,

Hijo mío, mi futuro, mi esperanza. . .

La vida se burla de ti, se ríe de ti y nada te da.
A pesar de eso, debes amar, perseguir, otorgar tu entusiasmo.
Amar la vida, eso sí, eso es la luz y la claridad.

Ella es confusa, tirana y devora vidas débiles.
A pesar de todo eso, tú tienes que alzar tus velas para salir
alta mar cabalgando en una batalla, desafiando olas y tempestades,
Más allá de las hermosas lagunas, hay bravos mares con olas.

Ella te golpea, te muerde y te atormenta.
A pesar de todo eso, debes ir montando a caballo,
con frenos bien sujetos para conquistar la estrella
más brillante que te pertenecerá.

Despide a la tierna pureza.
¡Vengan, oleadas, ven, sol, ven tempestad!
Al fin y al cabo lograrás el amor de la vida,
¡esta muchacha te pertenecerá!

Después de leer la carta de mi padre, pedí permiso para ir a mi casa, donde lo encontré peleando con mi madre por una pequeñez. Mamá le estaba preparando el equipaje; él decía que no hallaba su chaqueta vieja favorita por culpa de mi mamá, e insistía en encontrarla. Por último mi mamá reconoció que la había tirado, pues ahora ya no vivíamos en la ciudad M. sino en la capital de una provincia, y si iba a Beijing con aquella chaqueta vieja, lo tomarían por uno de los que visitaban la capital para quejarse de injusticias políticas sufridas en el pasado. Papá dijo que no tenían ellos nada de malo y que no sería una vergüenza parecerse a ellos. Muy excitado, dijo también que ahora que vivimos bien, no deberíamos olvidar nuestros sufrimientos pasados, como aquellos que una vez curada la herida olvidan sus dolores. Mi madre dijo que él no debía mezclar las cosas, que él no era más que un hombre mezquino, pues le dolía gastar 30 yuanes para comprar un nuevo saco azul de poliéster.

Volvamos ahora a la exposición de bellas artes. En la primavera de 1980, en ese momento de llovizna, ya no era yo el que había sido hacía dos o cinco años, ni siquiera el que había sido hacía un año, ni aquel Chejov con sus "pincenez" ajustados en las narices con su voz que imaginaba solemne y llena de ternura que me atraía tanto. Si él fuera enviado a nuestra ciudad, además de suspirar, ¿qué más podría hacer? ¿Acaso considerar todo trivial no sería también una trivialidad?

Yo cumplía con todos mis deberes de estudiante, y no era el mejor ni el peor. Pero en lo profundo de mi corazón parecía que existía cierta duda, una duda de la que también dudaba. Con esta sensación, terminé de ver toda la exposición. Desde lejos contemplaba cada una de las obras, y estaba alerta para no dejarme conquistar por alguna de ellas. La cara de una muchacha linda: ¡qué fascinantes eran los puntos de luz dispersos por su cabello! Parecía un ángel. Pero, ¿dónde se podría encontrar a una de

estas muchachas angelicales? ¿No sería llorona? ¿No sería golosa? ¿No sería caprichosa? ¿No sería enojona y envidiosa? He aquí un puente que unía las dos orillas de un gran río. Un puente cuya forma no concordaba con los principios de la mecánica y de la arquitectura. ¿Pero cómo era posible que para ser pintor primero hubiera necesidad de obtener un diploma de la facultad de ingeniería? Allí estaba un oso panda simpático que sólo se alimentaba con tiernas hojas de bambú. ¿Será posible que ese animal sea el símbolo de China? He aquí un campesino viejo con su cara llena de arrugas. ¡Alarmanes arrugas! Aunque era una magnífica pintura, no era más que un símbolo de ayer, o más bien de anteayer, y lo que buscamos es nuestro hoy y mañana. Un gallo majestuoso con pasos firmes parecía un comandante en jefe de la guardia real que dirigía a su tropa para el desfile. Su solemnidad era por demás ridícula. En una pintura de un paisaje al sur del río Yantsé, se leía “otra vez este año todo reverdece; como siempre, todo se llena de rojas flores de almendro”. Las palabras “otra vez” y “como siempre” producían una pesada sensación de soledad y monotonía. Velas de barcos pequeñitos cerca de la costa; gaviotas volando en grupo; olas rompiéndose contra las rocas para levantarse en espumas tan blancas como la nieve; olas que caían en silencio y hervían de nuevo, permaneciendo las rocas inmóviles. Un escultor de la antigüedad, agachado, rendía culto a un enorme animal esculpido por él mismo. Esta obra se titulaba “La eternidad”. ¿Qué es la eternidad? ¿Acaso no es más que una enorme piedra fría de forma rara?

“¡Muy interesante, magnífico!” Al salir de la exposición el sol brillaba y empezaba a hacer buen tiempo. Hacía un tiempo tibio. La Cigarra dijo: “En comparación con el pasado todo esto es un gran progreso. Los pintores están expresando sus propias ideas e impresiones. Sobre todo en esa pintura titulada ‘Julio’. ¡Qué alegría! Al verla se le enciende a uno el corazón”.

— ¿Acaso te han gustado los pies grandes de aquella muchacha? ¿Te fijaste? Tiene unos pies enormes como buques —El Saltamontes bromeaba.

— ¡Qué vulgar! —La Cigarra se volvió para expresar que no se dignaba pleitear con un vulgar como ése. Sin darse cuenta, volvió a cantar: “Juventud, ah, juventud. . .” De repente recordó algo y miró de reojo.

— No comprendo por qué es vulgar mencionar los pies. ¿Acaso podemos andar sin los pies? ¿Entonces los que curan las enfermedades de los pies en los baños públicos son la gente más vulgar de este mundo? De esta manera, cuando tengamos un callo en un pie, ¿a quién iremos a ver?

Al Saltamontes le gustaba polemizar: tenía la cabeza llena de ideas pero sin orden. La Cigarra se alejó un poco de él y dijo:

— La visita a la exposición no fue para discutir el problema de los callos.

Para conciliarnos, Zhangjiang disparó seis helados. Todos nos entusiasmos. Pero después de buscar mucho en su bolsillo, sólo sacó 27 centa-

vos y los tres que faltaban los puse yo. A la orilla, dos ciclistas discutían gritando a voz en cuello. No se sabía quién de ellos tenía la culpa de haber chocado. Un tipo moreno con unos lentes de sol con la etiqueta pegada y pantalón acampanado traía una grabadora mediana de cuya única bocina salía una canción con ruidos de un sinfín de grabaciones. Shao, el Sabio, señaló que no había ninguna obra de gran peso en la exposición de bellas artes. Le pregunté: “¿Qué quieres decir con “peso”? ¿Acaso las obras de bellas artes se pueden pesar?” La Cigarra preguntó a Jinhong cuándo aparecería el Picasso de China. Jinhong contestó que en China tal vez no habría un Picasso. Pero quizás aparecería un Jincasso o un Shaocasso. Zhangjiang dijo que después de visitar la exposición le parecía que el mundo en que vivíamos era realmente simpático. El Saltamontes siguió con el problema del callo y lo relacionó con una novela que estaba muy de moda: cuando la muchacha contempla las hojas rojas otoñales, su novio le dice que a unos veinte pasos vende pescado. Esto demostraba que la protagonista era muy refinada y el protagonista muy vulgar. En seguida tomamos partido por distintas opiniones. La Cigarra insistía que es una tontería mencionar el problema del pescado cuando ella estaba embelesada con las hojas rojas del otoño. Shao, el Sabio, consideraba si compraban un kilo de pescado veinticinco minutos después de contemplar el paisaje otoñal, ese día de otoño sería aún más hermoso. Todo dependía de que los dos fijaran el lugar y las condiciones. El error estaba en que él había adelantado veinticinco minutos su reloj. Yo pensaba: ¿qué sucedería si veinticinco minutos más tarde ya no hubiera pescado? El Saltamontes creía que el problema clave era si la protagonista comía o no pescado. Si no lo comía, tendría que ir al hospital para hacerse un examen del estómago. Si ella lo comía satisfecha, chupándose los dedos igual que los demás, entonces no tendría derecho de reprochar a nadie por su preocupación con el problema del pescado. Zhangjiang añadió: “Además actualmente hay escasez de pescado. Si cuando él está contemplando las hojas rojas otoñales su esposa va y le dice que allá venden pescado, él puede ir a hacer cola para comprarlo y luego habría tiempo para volver a contemplar las hojas rojas otoñales”.

Me preguntaron mi opinión. No tenía una idea muy clara. Estaba pensando en Chejov. ¿Cómo resolvería él el dilema del pescado? Tal vez no querría hacer cola para comprar pescado, pero su cuerpo débil y enfermizo necesitaba proteína animal. No soportaba las fresas y las ostras pero toleraba a su cocinera. Después de todo, ¿comería alguna vez fresas, ostras, y pescado? Tal vez necesitaba que otros pescaran, compraran y frieran pescado para él. En cuanto a mi padre, indudablemente dejaría sus hojas rojas otoñales para ir a comprar pescado. Menos mal que mi madre era diferente a la protagonista de aquella novela. De otra manera, la vieja pareja se divorciaría. En cuanto a mí, me gustan las hojas rojas y no quisiera que me molestaran mientras estuviera contemplándolas. Sin embargo, esperaba que de vez en cuando apareciera pescado frito en el comedor o en la mesa de mi hogar.

Le preguntaron a Jinhong y ella, sonriendo, dijo:

— Ahora no estamos en condiciones de no preocuparnos por el problema del pescado. Sin embargo, ¿creen que los protagonistas de la novela se separaron realmente por el problema del pescado? No, no se debió al pescado sino al desacuerdo sentimental; a causa del desacuerdo sentimental no le gustaba el pescado, que en realidad sustituía al protagonista. Pero en problemas sentimentales nadie puede imponer sus opiniones aunque la gente critique este sentimiento.

Todos consideramos que Jinhong había analizado un poco más profundamente el problema y nos callamos. El Saltamontes empezó a calcular cuánto tiempo faltaba para la cena. De repente Jinhong me dijo:

— Me has desilusionado.

— ¿Qué? —no entendí y me asusté.

— No has visto lo que más quería yo que vieras.

— ¿Qué?

— Aquella escultura de tu padre. Fue por eso que reuní a todos para que visitaran la exposición.

— ¿Qué?

Entonces ella me explicó que allá se exhibían nuevas obras de mi padre que consistían en esculturas de piedra. Había un caballo, una ballena, un león y un búho, la mejor. Las líneas eran sumamente simples, modestas. De lejos parecían un enorme camote. Los ojos hundidos eran dos hoyos semicirculares, resplandecientes, claros, tenues, llenos de vitalidad y esperanza. Pero los hoyos eran demasiado profundos. ¡Demasiado! Eran realmente dos lagos, dos mares en los que podía caber toda la historia, todo el mundo. Y ella me dijo:

— En esos ojos él ha metido toda la tristeza y la alegría, la pequeñez y lo sublime, toda la experiencia y la inteligencia, la gloria y la vergüenza de su generación, y todo, todo lo demás lo ha metido ahí.

Y me reprochó:

— ¿No te diste cuenta, no te fijaste?

¿Fue así? Sentía como si me hubieran dado una bofetada y la cara me ardía. En efecto, mi padre me había dicho que se dedicaría a la escultura en piedra y me había pedido que le ayudara a acarrear piedras pero no le hice caso.

Dije: “No me lo hubiera imaginado. . . me parece que él realmente es algo vulgar, algo insignificante”.

Jinhong, meneando la cabeza, me reprochó: “No, tú no lo conoces. Es posible que no sea como lo ves y lo describes. ¿Acaso porque cuando está creando pone demasiada imaginación y pasión y en la vida cotidiana se muestra cansado y distraído? Hay casos como éste. Antes también tuve cierta desesperación para con los mayores. Pero al fin y al cabo. . .”

¡Al fin y al cabo no vi las obras nuevas de mi padre! Obras que habían ganado la infinita admiración de Jinhong. ¡Qué ciego fui! Tuve la impresión de que en un rincón de la sala se exhibían unas piedras corrien-

tes. Quise acercarme para verlas. Y no sé por qué pasé sin fijarme en ellas, como si fuera un ciego, pasé sin advertir su existencia.

— ¡No! Volveré para verlas. . . —dije.

— No te aloques, por la tarde tendremos que hacer —Jinhong me detuvo.

El domingo siguiente tendría que regresar a mi casa: quería platicar profundo con mi padre si es que él no se encontraba ocupado en hacer cola para comprar requesón de soya o en mantener riñas insignificantes con mi madre. Empezaría a hablar con él sobre los profundos hoyos del búho. Tantearía en el fondo de aquel lago y no sólo me fijaría en las espumas y ondulaciones de la superficie, a pesar de que él, con frecuencia, se encargaba de hacer cola para comprar requesón de soya y de reñir con mi madre, a pesar de que había dibujado la oreja en el pómulo y había regalado una botella de aguardiente al jefe de la brigada de producción. Al fin y al cabo, él había encontrado su puesto en la vida, como decía en sus versos dedicados a mí. Tenía su estrella, que le pertenecía. ¿Y yo?

¿Cuántos papás del mundo eran admirados por sus hijos? Nos acostumbrábamos a nuestros papás humildes, conservadores, tímidos, atareados en trabajos insignificantes, platicadores, hábiles en tratar con la gente, vulgares y resignados. En una palabra, la mayoría de nuestros padres eran aquellos que ya habían sido o serían sobrepasados o abandonados por la época, por la corriente o por la vida. Consideramos que ellos tenían la cabeza llena de anécdotas pasadas, experiencias viejas, recetas añejas, quejas repetidas, listas de amigos difuntos, números de libretas de ahorros en el banco, fórmulas de vinos medicinales. . . ¿Acaso podrían resolver alguna cosa nueva? ¿Acaso comprenderían que nosotros éramos símbolos de la juventud, que éramos como crías de golondrinas en la primavera, águilas con alas rotas, flores de diente de león, vacilantes en el ventarrón, brotes de rábano empapados de abono, cascadas que caen, riachuelos tortuosos entre rocas desordenadas, gallos con cresta de color rojo vivo que cantaban a las cuatro de la madrugada; que éramos como pollos pelones, recién desplumados, cohetes de dos estrépitos volando en el cielo, como crepitantes llamas que bailaban en leñas mojadas despidiendo humo, como capullos de flores que pronto brotarían, como flores sin pétalos carcomidos por gusanos?

¡Dios mío! De un jalón me salió esa frase tan larga, con tantas palabras. . . ¡Cuántos papás desfallecerían por eso! No te enfades, papá, te traería una aspirina.

Sin embargo, esa vez me tocaba a mí tomarme una aspirina. De todos modos, aunque con los ojos bien abiertos, no vi el par de hoyos profundos de los ojos del búho.

Cuando llegamos a la entrada de la universidad quedamos en ir a la sala de estudio, después de veinte minutos de descanso.

¿Cómo sería ese par de ojos?

Traducción de Duan Ruochuan

Un joven recién llegado al departamento de organización*

I

Era el mes de marzo y en el cielo flotaba algo parecido a lluvia o nieve. Frente a la puerta del comité de barrio se detuvo un triciclo del cual saltó un joven. Después de leer un gran cartel colgado en la puerta, el ciclista le dijo amablemente al viajero: “No le cobro porque viene aquí”. El viejo Liu, ex militar herido que servía en la portería, salió cojeando ligeramente. Después de preguntar a qué venía el joven, se apresuró a ayudarlo a bajar el equipaje que estaba un poco mojado. Luego fue en busca de Zhao Huiwen, secretaria del comité de barrio. Ella salió y estrechando fuertemente la mano del joven le dijo: “Hace mucho tiempo que te estamos esperando”. El joven, de nombre Lin Zhen, la había conocido en la célula de maestros de escuela primaria del Partido. En su pálida pero hermosa cara, sus grandes ojos brillaban como luces de cordialidad y simpatía. Sin embargo, debajo de ellos se dibujaban oscuras ojeras de cansancio. Llevó a Lin Zhen a la residencia para hombres, depositó el equipaje, lo abrió, tendió la cobija mojada y extendió la sábana y el edredón. Mientras arreglaba todo esto, arreglaba también su cabello, como lo hacían todas las diligentes y bonitas camaradas.

Dijo: “¡Te estamos esperando desde hace mucho tiempo! Hace medio año que queríamos que te trasladaran aquí, pero el departamento de asuntos educativos del comité popular de barrio no aceptaba de ninguna manera. Después, el mismo secretario del comité de barrio se puso en contacto directo con el jefe para solicitarte y luego se peleó con los del

* Este cuento, a pesar de ser el primero de la obra de Wang Meng, se ha colocado al final del libro, pues su valor es más histórico y documental que literario. Fue publicado originalmente en *Renmin Wenxue (Literatura popular)*, en septiembre de 1956.

departamento de personal. De esta manera hemos conseguido, por fin, tu traslado”.

“Pero no lo supe hasta anteayer”, dijo Lin Zhen. “Al enterarme de eso, me sentí perplejo. ¿Qué hace nuestro comité de barrio?”

“Todo.”

“¿Y el departamento de organización?”

“El departamento de organización no hace sino el trabajo de organización.”

“¿Mucho trabajo?”

“A veces sí, a veces no.”

Zhao Huiwen, fijándose en las cosas de Lin, movió la cabeza y con tono displicente de hermana mayor dijo: “¿Qué muchacho! ¡Nada de higiene! Fíjate en la almohada: de blanca se ha convertido en negra; el edredón ya está cubierto con la suciedad de tu cuello; mira la sábana: con tantas arrugas parece un trapo”.

Lin tuvo la impresión de encontrarse ante una persona muy simpática, y eso que apenas había entrado en el comité de barrio para comenzar una nueva vida.

Fue corriendo a presentarse a la oficina del primer jefe del departamento de organización con la misma alegría con la que iría a una fiesta. El jefe tenía un nombre raro: Liu Shiwu. Cuando Lin Zhen, con el corazón agitado, tocó a la puerta, Liu Shiwu, con un cigarrillo en la boca y mirando al techo meditaba sobre el plan de trabajo del departamento. Atendió a Lin Zhen con cortesía y lo invitó a sentarse en un sillón; él se sentó en una silla junto al escritorio del que apartó un poco los documentos amontonados. Luego dijo pausadamente:

“¿Qué tal?”, mientras guiñaba el ojo izquierdo y con la mano derecha sacudía las cenizas del cigarrillo.

“El secretario de la célula me dijo que me mudara pasado mañana, pero como ya no tengo nada que hacer en la escuela, lo he hecho hoy. Me han mandado a trabajar en este departamento, pero me temo que no pueda hacerlo bien. Soy un militante nuevo del Partido; fui maestro de primaria y eso es un trabajo muy diferente del de aquí.”

Lin hablaba con palabras cuidadosas y preparadas de antemano. Estaba nervioso como si fuera el primer encuentro de un alumno con su maestro y sintió que hacía mucho calor en la habitación. Era ya mediados de marzo y el invierno estaba quedando atrás; sin embargo, todavía había una estufa encendida en la oficina. Las flores de escarcha, convertidas en pequeños chorros sucios, se deslizaban por el cristal de la ventana. En la frente de Lin aparecieron gotas de sudor y quería sacar un pañuelo para secarlas, pero lo buscó mucho tiempo en el bolsillo sin encontrarlo.

Moviendo mecánicamente la cabeza, Liu Shiwu sacó sin mirar un sobre de papel manila de entre los documentos amontonados, lo abrió y tomó el registro de partido de Lin Zhen; sus penetrantes ojos le echaron un vistazo rápido y en su ancha frente aparecieron muchas arrugas. Cerró un

momento los ojos. Con la mano apoyada en el respaldo se levantó. Se le cayó el saco acolchonado que llevaba sobre los hombros y comenzó a decir con seguridad y sencillez: “Bien, bien, muy bien. El departamento de organización necesita cuadros, has venido muy oportunamente. No, nuestro trabajo no es difícil de hacer; con un poco de estudio ya sabrás realizarlo, sí. Además, has hecho ya trabajos de base... y bastante bien, ¿verdad?”

Lin Zhen creyó que este elogio contenía cierta ironía. Algo asustado movió la cabeza.

“No, no hice bien mi trabajo. . .”

En la cara tosca de Liu Shiwu se dibujó una vaga sonrisa; sus ojos brillaban con inteligencia. Continuó: “Claro está que pueden surgir dificultades, pues es un trabajo de suma importancia. Un camarada responsable del comité central del Partido dijo que el trabajo de organización es como administrar la casa para el Partido: si no se administra bien la casa, el Partido carece de fuerza”. Sin esperar respuesta dijo: “¿Cómo administramos esta casa? Desarrollamos y consolidamos el Partido, ampliamos la organización del Partido y aumentamos su capacidad de lucha; la vida del Partido se basa en el liderazgo colectivo, la crítica y autocrítica y el estrecho contacto con las masas. Si se hace bien, la organización es fuerte, viva y combativa; puede unir y guiar a las masas en el cumplimiento cada vez mejor de las diversas tareas de construcción y transformación socialistas. . .”,

Cada frase iba acompañada de una tos seca, pero al pronunciar las expresiones más usuales lo hacía tan rápido como si se tratara de una sola palabra. Por ejemplo, cuando dijo: “Poner la vida del Partido sobre. . .”, se oía como “poner la vida del Partido sobre co-cri-con”. Manejaba conceptos muy profundos para Lin Zhen, con tanta habilidad como si se tratara de un abanico. A pesar de que Lin Zhen ponía toda atención, no podía captar todo lo que decía.

A continuación, Liu Shiwu le asignó un trabajo.

Cuando Lin Zhen iba a abrir la puerta para salir, Liu Shiwu lo detuvo y con un tono diferente y distraído preguntó:

“¿Qué tal, Xiao Lin, ya tienes novia?”

“No. . .”, se sonrojó Lin Zhen.

Nada de ruborizarse; ya eres un muchacho grande”, dijo riendo a carcajadas Liu Shiwu. “Aunque en verdad sólo tienes 22 años; no te apresures.” Luego preguntó: “¿Qué libro traes en el bolsillo?”

Lin Zhen sacó el libro y leyó su título: *El jefe de la estación de tractores y la agrónoma general*.¹

¹ Novela de G. Nicolaevna publicada en 1954 en la Unión Soviética. Una traducción al chino apareció en 1955 y gozó de gran popularidad sobre todo entre los jóvenes. La heroína de la novela, Nastya, es una joven agrónoma que va a trabajar a una estación de tractores en una región remota. Encuentra grandes problemas en la organización y en la producción, y pugna por mejorar las cosas. Al final vence todas las dificultades.

Liu Shiwu tomó el libro, lo abrió a la mitad y preguntó: “¿Fue recomendado para los jóvenes por el comité central de la Liga de la Juventud Comunista?”

Lin Zhen asintió con la cabeza.

“Préstamelo.”

“¿Tiene tiempo para leer novelas?”, preguntó extrañado Lin Zhen, mirando los documentos amontonados en el escritorio del subjefe del departamento.

Liu Shiwu calculó el peso del libro y dijo con el ojo izquierdo entrecerrado: “¿No lo crees? Un libro tan delgado lo despacharé en media noche. Los cuatro volúmenes de *El Don Apacible*² los leí en sólo una semana, sí”.

Mientras Lin Zhen se dirigía a la gran oficina del departamento de organización, el cielo empezó a despejarse y brillaban los bordes de algunas nubes que aún quedaban. El sol iluminaba el gran patio del comité de barrio. Todos estaban atareados: un camarada de uniforme, con una cartera bajo el brazo, atravesó el patio con pasos apresurados. Lao Liu, el portero, llevaba té a la sala de reuniones en dos grandes teteras de hierro; se oía la voz insistente de una camarada que llamaba por teléfono: “¡No! A más tardar, mañana por la mañana. No. . .” También se oía un “tic, tic”, ora rápido, ora lento; una mano no muy hábil tecleaba en la máquina de escribir. “Es una recién llegada como yo.” Sin saber por qué razón Lin Zhen supuso que era una mujer. Se detuvo un rato en el pasillo contemplando el patio iluminado del departamento de organización y se alegró de haber empezado una nueva vida.

II

El departamento de organización contaba, incluyendo a Lin Zhen, con veinticinco cuadros, de los cuales tres habían sido enviados temporalmente a la oficina de lucha contra los contrarrevolucionarios; uno trabajaba sólo media jornada, porque estudiaba para presentar el examen de ingreso a la universidad; una persona tenía licencia de maternidad. Sólo quedaban diecinueve camaradas de tiempo completo: cuatro trabajaban en personal, quince se encargaban del reclutamiento de nuevos militantes para el Partido en fábricas, instituciones y escuelas, a Lin Zhen se le asignó la coordinación de las células del Partido de dos fábricas en la admisión de nuevos militantes.

El jefe del departamento de organización era el secretario adjunto del comité de barrio, Li Zhonquin, quien no se metía mucho en los asuntos del departamento; prácticamente, era el primer subjefe, Liu Shiwu, quien hacía todo. Otro subjefe era responsable del trabajo de los cuadros. En

² Novela del escritor soviético Mijáil A. Shólojov (n. en 1905), autor también de *Tierras roturadas*. Recibió el Premio Nóbel en 1965.

concreto, el que supervisaba a Lin Zhen era Han Changxin, jefe del grupo de admisión de nuevos militantes de las fábricas.

La actitud de este último era muy diferente de la de Liu Shiwu. Tenía 27 años, vestía uniforme de paño azul marino y era tan limpio que no se le veía ni una partícula de polvo. Era alto, robusto y guapo, aunque tenía la cara salpicada de acné. Mientras palmeaba el hombro de Lin Zhen, le explicó con una voz sonora que dejaba escapar de vez en cuando generosas carcajadas, en qué consistía su trabajo. Lin Zhen pensó: “Es más dirigente que un dirigente”. La impresión que Han Changxin había producido en Lin Zhen se hizo más profunda, sobre todo al día siguiente, después de platicar con un encargado de la organización de una célula del Partido.

“¿Por qué solamente han discutido media hora? Ya te dije por teléfono que por lo menos dedicaran dos horas al plan de admisión de nuevos militantes.”

El encargado de organización dijo: “Este mes estamos muy atareados en la producción. . .”

Han Changxin lo interrumpió y con tono didáctico dijo: “¿Por eso no se discute bien el trabajo de admisión? Oponer el trabajo del centro de gravedad al ordinario es una muestra más de que el Partido descuida al Partido. . .”

Lin Zhen no comprendía “poner el trabajo del centro de gravedad al ordinario”, ni “el Partido descuida al Partido”. Para él, los términos familiares eran: “Cinco etapas en una clase” y “ayudas intuitivas de enseñanza”. Admiraba mucho la actitud y la capacidad de Han Changxin para someter rápidamente los problemas a análisis e instruir a los demás desde el núcleo mismo de los principios mismos.

Al girar la cabeza vio a Zhao Huiwen copiando documentos. Ella, con las cejas fruncidas, miró de reojo a Han Changxin, acomodó su peineta de ámbar artificial y dirigió una mirada melancólica a través de la ventana.

Por la noche, algunos cuadros fueron a las reuniones de las células de las entidades base, mientras otros descansaban. Zhao Huiwen seguía copiando apresuradamente las “Experiencias del buró de impuestos en la formación y promoción de cuadros”. Cansada de trabajar todo el día, el dolor y el entumecimiento de las muñecas la obligaban de vez en cuando a dejar la pluma, mover la mano y soplar la palma. Lin Zhen se ofreció a darle una mano. Ella no aceptó diciendo: “No estaría tranquila si lo hace otro”. Lin Zhen la ayudó a ordenar los papeles ya copiados y luego se paró a su lado en señal de apoyo moral. Mientras copiaba, de vez en cuando levantaba la cabeza para ver a Lin Zhen quien preguntó: “¿Por qué siempre me miras?” Zhao Huiwen se rió, mordiendo la pluma.

III

En otoño de 1953, Lin Zhen se graduó en la Escuela Normal, siendo entonces miembro interino del Partido, y fue enviado a trabajar en la

Escuela Primaria Central de este barrio. A pesar de ser ya maestro, conservaba todavía sus costumbres de estudiante de secundaria: por la mañana hacía ejercicios con pesas, por la noche escribía su diario, en vísperas de las grandes fiestas —el primero de mayo, el primero de julio— solicitaba a los demás que lo criticaran. Hubo gente que pronosticaba que antes de tres meses Lin Zhen “se identificaría” con los adultos de ritmo de vida muy desordenado. Sin embargo, al poco tiempo, muchos maestros lo elogiaron con alguna envidia: “Este muchacho está libre de cualquier preocupación y molestia, no hace más que trabajar. . .”

No defraudó esos elogios. Al inicio de las vacaciones de invierno de 1954 fue premiado por el buró de educación por su éxito en la enseñanza.

Parecía que este muchacho pasaría su juventud con tranquilidad, satisfacción y alegría. Pero no, Lin Zhen, inocente como un niño, tenía sus propias preocupaciones.

Un año más tarde comenzó a exigir cada vez más de sí mismo. ¿Ello se debía al estímulo del socialismo, a la inauguración del Congreso Nacional de Jóvenes Socialistas Activistas, o simplemente a la edad?

Ya tenía 22 años. Recordó que cuando estudiaba en el primer año de la escuela secundaria escribió una composición titulada “Cuando tenga X años. . .” Allí decía: “Cuando tenga 22 años, quisiera. . .” Ahora ya los tenía y su vida era como una hoja de papel en blanco sin méritos, sin creación, sin aventuras, sin amor: ni siquiera había escrito una carta a una muchacha. Trabajaba en todo, pero lograba poco en comparación con los jóvenes activistas y, tomando en cuenta la rapidez con la que transcurre la vida, ¿cómo estar en paz consigo mismo? Hacía planes, estudiaba, hacía de todo, quería avanzar mil leguas por día.

En ese momento, recibió la noticia de su traslado. “Tengo 22 años y me he convertido en un trabajador del Partido.” ¿Tal vez comenzaba la verdadera vida? Controlando su dolor por dejar el trabajo de maestro de primaria y los niños, puso toda su esperanza en el nuevo trabajo. Durante la noche estuvo pensando en lo que el secretario de su célula le dijo sobre el traslado.

Así Lin Zhen, con *El jefe de la estación de tractores y la agrónoma general* en el bolsillo, subió la escalera del comité de barrio, atesorando una imagen sagrada del trabajo de Partido al que juzgaba a través de las figuras omnipotentes de los secretarios que aparecían en las películas. Pero al ponerse en contacto con los camaradas dirigentes, ocupados y engreídos, al ver el intenso tráfico de documentos y reuniones celebradas simultáneamente, al oír las enconadas discusiones y los profundos análisis, sus ojos café claro parpadearon y en su corazón surgió un poco de miedo.

Al cuarto día de haber llegado al comité de barrio, Lin Zhen fue a informarse sobre el trabajo de admisión de nuevos militantes de la fábrica de costales “Tong Hua”. Antes de ir, leyó los documentos pertinentes y un folleto titulado “Cómo hacer una investigación”; pidió muchas instruccio-

nes a Han Changxin; y preparó un cuestionario detallado. Luego, en una bicicleta recién recibida, partió a toda velocidad hacia la fábrica.

Al saber que se trataba de un cuadro del comité de barrio, el guardia lo dejó entrar con confianza sin pedirle su firma. Después de atravesar un campo, y pasar por un depósito de cáñamo al aire libre y talleres de máquinas muy ruidosas, nerviosamente tocó a la puerta de la oficina de Wang Qingquan, director de la fábrica y secretario de la célula del Partido. Al oír un “¡Adelante!” como respuesta a su llamada, Lin Zhen entró lentamente, temiendo que lo tomaran, si entraba con rapidez, por una persona sin experiencia. Vio a un hombre bajo, de cara ancha y cuello grueso que jugaba ajedrez con otro hombre encorvado de cabellos untados con brillantina. El hombre bajo levantó la cabeza. Mientras movía una pieza, después de preguntar a quién buscaba Lin, señaló con la mano impacientemente: “Ve a buscar al patio oeste a Wei Heming, el encargado de asuntos de organización que está en la oficina de la célula del Partido”. Acto seguido, bajó la cabeza y prosiguió jugando.

Lin Zhen encontró a Wei Heming, que tenía la cara rojiza, y de acuerdo con las preguntas que tenía preparadas, comenzó el cuestionario:

“¿A cuántos aspirantes han admitido en los primeros tres meses?”

“Uno y medio”, dijo con voz áspera Wei Heming.

“¿Cómo uno y medio?”

“Uno fue aprobado, y, en cuanto al otro, el comité de barrio, después de más de dos meses, todavía no ha tomado ninguna decisión.”

Lin Zhen apuntó este dato en un cuaderno de notas. Luego preguntó:

“¿Cómo hacen el trabajo de admisión, qué experiencias tienen?”

“El proceso es el de siempre: se sigue lo estipulado en los estatutos del Partido.”

Lin Zhen miró a su interlocutor. ¿Por qué sus palabras eran secas como pasteles de una semana? Wei Heming apoyó la mejilla en una mano y fijó los ojos en algún punto, como si su pensamiento estuviera en otros asuntos.

Lin Zhen volvió a preguntar: “¿Cuál es el éxito del trabajo de admisión?”

Wei Heming respondió: “Ya se lo he dicho”. Parecía que con eso lo despacharía y daría por terminada la plática cuanto antes.

Lin Zhen no supo qué más debía preguntar: el cuestionario, cuya preparación le había tomado una tarde, había concluido en cinco minutos. Se sentía muy apenado.

En ese momento, una mano fuerte abrió la puerta y entró un hombre bajo, que preguntó apresuradamente a Wei Heming: “¿Sabes lo de la carta?”

Wei Heming asintió sin entusiasmo.

El hombre bajo dio varias vueltas a la habitación y finalmente se plantó en el centro, con las piernas bien abiertas: “Tienen que encontrar

una solución. Si desde el año pasado surgió el problema de la calidad y la cantidad, ¿por qué han esperado hasta que los contratistas escribieran al Ministerio de la Industria Textil? ¿Es una vergüenza que tardemos tanto en aumentar la producción en momentos del auge socialista!”

Wei Heming lo miró fríamente y dijo con voz temblorosa: “¿A quién se refiere usted?”

“Me refiero a todos ustedes.” El hombre bajo hizo un círculo con la mano, incluyendo a Lin Zhen.

Wei Heming trató de controlar su ira. Con la cara aún más roja, se levantó y preguntó: “¿Y usted? ¿Usted no tiene ninguna responsabilidad?”

“Claro que la tengo.” El hombre bajo se calmó: “Soy responsable ante mis superiores y aceptaré el castigo que me impongan. Pero tú eres responsable ante mí: ¿quién te manda ser jefe de producción? Ten cuidado. . .” Dicho esto, echó una mirada amenazante y salió.

Wei Heming se sentó y desabrochó los botones de la chaqueta acolchada, dejando escapar grandes suspiros. Lin Zhen preguntó: “¿Quién es?” Wei Heming dijo con ironía: “¿No lo conoces? Es el director de la fábrica en persona, Wan Qingquan”.

Entonces Wei Heming le contó a Lin Zhen, con lujo de detalles, todo lo referente a Wan Qingquan. Éste trabajaba en un ministerio nacional y había sido criticado por un asunto de faldas. En 1951 había sido enviado a la fábrica como subdirector, y en 1953, al dejar el puesto el otro director, Wang pasó a ocupar su lugar. Siempre daba una vuelta por la fábrica después de la comida, y entraba a la oficina a despachar documentos o jugar ajedrez. En sus discursos en las reuniones del sindicato, de la célula y de la célula general de la Liga, criticaba a las masas obreras porque no habían participado adecuadamente en la competencia socialista, porque no les importaba la calidad de los productos y porque todo lo que les interesaba era el dinero. . . No había terminado Wei Heming cuando entró otra vez Wang Qingquan. Mirando el reloj que tenía en la mano izquierda, ordenó: “Avisa a los responsables de las oficinas del Partido, la Liga, el sindicato y la administración de la fábrica que vengan a una junta en mi oficina hoy a las 12:10”, y salió golpeando la puerta.

Wei Heming murmuró: “¿Qué te parece esta persona?”

Lin Zhen dijo: “No te quejes nada más. Críticalo e informa a los superiores. No deben permitir que exista un director de fábrica así”.

Wei Heming se rió y le preguntó: “Camarada Lin, ¿eres recién llegado?”

El “camarada Lin” se ruborizó.

Wei Heming agregó: “De nada sirven las críticas. Nunca participa en las reuniones del Partido. ¿Dónde vas pues a criticarlo? Cuando está presente responde a las críticas: ‘Es bueno que me critiquen, pero hay que tener en cuenta el modo, y también el tiempo y el lugar. En este momento, las críticas personales reducen el muy valioso tiempo que la célula del

Partido dedica a la discusión de las tareas estatales'. Por lo tanto, le presenté las críticas en privado y por ello nos hemos estado peleando, como ha sucedido hoy”.

“¿No puedes informar al nivel superior?”

“En 1954 escribí una carta al Ministerio de la Industria Textil y al comité de barrio. Vinieron a inspeccionar el camarada Zhan junto con el camarada Han, de tu departamento. Las conclusiones de su visita fueron: ‘Es grave el burocraticismo, pero el problema principal es el estilo de trabajo; se han cumplido las tareas, pero los métodos son deficientes’. Luego criticaron a Wang Qingquan y me alentaron a que a mi vez realizara una crítica y una autocrítica desde la base y nada más. Después, durante más o menos un mes, el director Wang trabajó con entusiasmo, pero al poco tiempo se enfermó de los riñones y cuando se curó dijo que su enfermedad se debía al cansancio, por lo que volvió otra vez a ser lo que era.”

“¡Informa una vez más!”

“¡Vaya! No sé cuantas veces he hablado con el camarada Lao Han, sin que me hiciera caso. Por el contrario, él me dice que debo respetar a la dirección y fortalecer la unidad. Tal vez no lo piense así. Yo creo que el nivel superior sólo se pondrá alerta cuando el director Wang cometa un fraude o viole a una mujer.”

Cuando Lin Zhen salió de la fábrica y montó su bicicleta, notó que las ruedas se movían con dificultad. Frunció el entrecejo. En el primer día de trabajo había encontrado muchas dificultades, pero ello lo estimularía.

IV

Después del almuerzo, Lin Zhen se dirigió rápidamente a la oficina de Han Changxin para darle su informe. Éste, sentado en un sillón, su cuerpo torpe apoyado algo cansado en el respaldo, tomó un cerillo de una caja y comenzó a limpiarse los dientes.

Mientras Lin Zhen le contaba desordenadamente lo que había visto y oído en la fábrica de costales, Han Changxin golpeaba el suelo con la punta del pie y decía todo el tiempo: “Sí. Ya lo sé.” Y dando algunas palmadas cariñosas en el hombro de Lin, le dijo: “No importa que no hayas obtenido la información. Se trata de la primera vez. Más adelante será mejor”.

Lin Zhen respondió: “Pero he averiguado lo de Wang Qingquan”, y abrió su cuaderno de notas.

Han Changxin se lo hizo cerrar, diciéndole: “Eso lo sé desde hace tiempo. El año antepasado, el comité de barrio me ordenó resolver este problema; critiqué severamente a Wang, señalando lo peligroso que son sus errores, todo esto por espacio de tres o cuatro horas”.

“Pero no tuvo efecto. Wei Heming dijo que se portó bien sólo un mes. . .”, lo interrumpió Lin Zhen.

“Un mes es bastante. Y además fue más de un mes. Wei Heming tiene

un modo de pensar muy particular y denuncia al director Wang delante de cualquier persona. . .”

“¿Son ciertas o no sus acusaciones?”

“Es difícil decir si son ciertas o no. Claro que el problema tiene que ser resuelto. He discutido esto con el secretario adjunto del comité de barrio, Li Zhonqin.”

“¿Qué opina él?”

“Está de acuerdo conmigo en que el problema de Wang Qingquan debe y puede ser resuelto, pero es mejor que no te metas en este asunto.”

“¿Quién? ¿Yo?”

“Sí, es la primera vez que estás en una fábrica y no conoces todos los aspectos de la situación. Tu tarea no es investigar este problema y, para ser franco, el caso de Wang Qingquan requiere de un cuadro más experimentado. Además, algo ya hemos hecho al respecto. Si tú te metes de golpe en este asunto, te tomará más de tres meses y en cuatro meses tiene que estar listo el trabajo de reclutamiento, pues la dirección nos está apremiando.”

Lin Zhen tuvo que cerrar la boca.

Han Changxin volvió a palmearle amistosamente en el hombro: “No te precipites. En nuestro barrio hay más de tres mil miembros del Partido, en más de cien células. ¿Cómo puedes conocerlos a todos si eres un recién llegado?” Bostezó. El acné de su cara cansada se acentuó: “Ah, es la hora de la siesta”.

“Entonces, ¿de qué forma vamos a investigar la forma de admisión?” no tuvo más remedio que preguntar Lin Zhen.

Han Changxin estaba por palmearle nuevamente en el hombro, pero lo esquivó.

Han dijo con seguridad: “Vamos juntos mañana. Yo te ayudaré. ¿Está bien?”, y acompañó a Lin Zhen hasta la residencia.

A la mañana siguiente, Lin Zhen puso toda su atención en la manera en que investigaba Han Changxin. Tres años atrás, mientras estudiaba en la Escuela Normal de Beijing, había aprendido que la mejor manera de progresar era escuchar con atención a sus viejos maestros. En esta ocasión, con la misma actitud del practicante, apuntó en su cuaderno todo lo que observaba en el método de Han Changxin. Éste, en determinado momento, le preguntó a Wei Heming: “¿Cuántos nuevos miembros han sido admitidos?”

“Uno y medio.”

“No. Son dos. Estoy investigando sobre el trabajo de reclutamiento, no sobre la aprobación del comité de barrio”, le corrigió Han Changxin, y le volvió a preguntar: “¿Cómo cumplieron su tarea de producción estas dos personas en los primeros cuatro meses?”

“Muy bien. Uno supera su cuota en un siete por ciento y el otro, en un cuatro por ciento. Ambos han sido elogiados en el periódico mural. . .”

A medida que hablaba de la producción, Wei Heming parecía animarse, pero Han Changxin lo interrumpió: “¿Qué defectos tienen?”

Después de pensar con intensidad, Wei Heming le enumeró con vaguedad algunos defectos.

Hang Changxin le pidió que se remitiera a cosas concretas.

Una vez que obtuvo la respuesta, Han Changxin volvió a preguntar cómo cumplían los activistas las tareas de producción, poniendo especial énfasis en números y ejemplos concretos, pero desinteresándose por la manera en que los obreros resolvían las dificultades y sacaban partido de su creatividad. De regreso, Han Changxin redactó con su fluida y ágil caligrafía un “Breve informe del trabajo de reclutamiento en la fábrica de costales”. Su contenido es el siguiente:

En los primeros tres meses (enero a marzo de 1956), la célula del Partido de la fábrica de costales ha aplicado fundamentalmente el principio de admitir nuevos miembros en el Partido de forma activa pero prudente, obteniendo algunos éxitos al respecto. Los nuevos miembros, Chu y Fan, exaltados con el glorioso título de comunistas y fortalecidos por el sentimiento de saberse dueños de su destino, han superado, respectivamente, en un siete y un cuatro por ciento las duras cuotas asignadas para el periodo mencionado. Nucleados en la célula del Partido, los activistas, estimulados por el ejemplo de Chu y Fan, e impulsados por la voluntad de ingresar al Partido, desplegando su espíritu activo y creativo, han cumplido, e incluso sobrepasado, las metas de producción para este periodo. (Aquí se insertan una serie de números y ejemplos.) Esto demuestra que: 1) el trabajo del Partido no está en contradicción con la producción, sino que, por el contrario, la impulsa en gran medida. Todo lo que lleva a descuidar el trabajo del Partido, so pretexto de la producción, es un error; 2) sin embargo, hay que señalar que en la admisión a la célula del Partido de la fábrica de costales, todavía se observan algunas deficiencias, como por ejemplo. . .

Lin Zhen leyó repetidas veces los “datos esquemáticos” y por un momento dudó de que hubiera estado en la fábrica de costales. Más bien le parecía que su recorrido con Han Changxin había sido un sueño. De otro modo, ¿cómo no podía recordar nada de todo lo que allí estaba escrito? Extrañado, preguntó a Han Changxin: “¿En qué se basa para escribir todo esto?”

“En la información que nos dio aquel día Wei Heming.”

“¿Quiere decir que los éxitos en la producción se deben al trabajo del Partido?”, preguntó Lin Zhen tartamudeando.

Alisando su pantalón, Han Changxin dijo: “¡Claro que sí!”

“No. Wei Heming no dijo eso sino que el aumento de la producción posiblemente se debiera al estímulo o al establecimiento de puesto de

control por parte de la Liga Juvenil, y no necesariamente al trabajo del Partido. . .”

“Bueno, no lo niego. Todos los factores influyen. No se debe hacer un análisis idealista y aislado, afirmando que algo se debe a una cosa u otra.”

“Por lo tanto, cuando hacemos el balance de cuántas ratas matamos en los primeros cuatro meses, también podemos usar los mismos números y datos, ¿verdad?”

Hang Changxin sonrió suavemente, como burlándose de la inexperiencia de Lin Zhen, y agregó: “Eso se puede adaptar según las necesidades. . .”

Lin Zhen preguntó: “¿Cómo sabe que sus tareas de producción son duras?”

“¿Acaso existen tareas ligeras en alguna fábrica?”

Lin Zhen se quedó atónito.

V

Las imágenes y problemas acumulados en la mente de Lin Zhen en los primeros diez días fueron mayores que los que había tenido juntos en dos años como maestro de escuela primaria. El trabajo del comité de barrio era dinámico y serio. En la oficina del secretario, las reuniones diurnas se prolongaban hasta muy avanzada la noche. Nada escapaba a las fieles manos del comité de barrio: desde el proyecto de latinización de la escritura china hasta los medios para prevenir la encefalitis, desde las medidas de protección laboral hasta conferencias sobre economía política.

Una vez, en la portería adonde había ido Lin Zhen por los periódicos, se encontró con un grueso informe en cuya portada se leía: “Informe del comité popular de barrio sobre el reajuste de la distribución, administración y manejo de las empresas de propiedad mixta, y sobre la aplicación del informe del comité municipal respecto al salario de los obreros de las empresas de propiedad mixta”. Lin Zhen leyó el título con una mezcla de temor y respeto. A veces, de primera intención, pensaba que los cuadros del comité de barrio eran perezosos y descuidados, pues durante las horas de oficina platicaban de cualquier cosa, leían el periódico, o hacían bromas atrevidas sobre algún tema que Lin Zhen consideraba serio. Por ejemplo, cuando fueron asignados para un trabajo de control, Han Changxin dijo no sin ironía: “Los jóvenes padecen otra vez de fiebre en la cabeza”. Una reunión del departamento en la que participó Lin Zhen también fue muy significativa: allí se discutía una tarea temporal encomendada por el comité municipal. Durante dos horas se la pasaron fumando y bromeando, sin llegar a ninguna conclusión. En determinado momento, Liu Shiwu, que había permanecido por bastante tiempo con el entrecejo fruncido, presentó un proyecto, lo que suscitó una discusión muy animada en la que se expresaron ideas que dejaron asombrado a Lin Zhen. Pensó que los últimos treinta minutos habían sido mucho más efectivos que las doce horas anteriores.

En ocasiones, todas las oficinas permanecían con las luces encendidas por la noche y es que en la primera sala de reuniones, los empresarios gordos que asistían a un foro intercambiaban animadamente opiniones con el jefe del departamento del Frente Unido; en la segunda sala, los instructores de estudios políticos discutían acaloradamente sobre las relaciones entre “valor” y “precio”; en el departamento de organización los jóvenes esperaban con emoción la charla con los dirigentes para ser admitidos al Partido. Algún severo secretario del comité de barrio aparecía en las oficinas del secretario buscando al secretario adjunto para tratar con él las reformas del salario. En esos momentos las voces de las personas, entremezcladas con el sonar de los teléfonos, hacían pensar a Lin Zhen que ahí se podía sentir el palpitar del barrio, y el edificio viejo que servía de sede al comité se transformaba en algo magnífico.

De todas las imágenes, la más destacada y novedosa era la de Liu Shiwu, quien siempre se encontraba muy atareado con las frecuentes reuniones a que era invitado, muchas veces a la misma hora. En poco tiempo había terminado de leer “El jefe de la estación de tractores y la agrónoma general”, y se lo había pasado a Han Changxin. También había asimilado como nadie el nuevo sistema de latinización de la escritura china, publicándolo un mes antes, y lo utilizaba para tomar apuntes en las reuniones. En cuanto a los documentos que llegaban a su oficina, los despachaba rápidamente con su firma después de leer el título y las conclusiones aunque, a veces, leía completos oficios que constaban de más de tres mil caracteres, e incluso, los anotaba. Cuando Han Changxin le presentaba alguna información, hojeaba distraídamente documentos y, de repente, mientras el otro hablaba, lo interrumpía diciendo: “¡No es la misma información que me diste la vez pasada!” Han Changxin sonreía sin ganas y en los ojos de Liu Shiwu se encendía entonces una luz indefinida, aunque no lo presionaba demasiado y seguía revisando sus papeles. Era entonces cuando Han Changxin repetía la información, pero tratándola de hacer más atractiva.

Lin Zhen también había observado que había algo raro en las relaciones de Zhao Huiwen y Han Changxin: este último siempre daba palmadas en el hombro a todos, llamándolos *Lao Wang* o *Xiao Li*, y era simpático e informal. La única excepción era Zhao Huiwen, a quien trataba con cortesía pero formalmente. Por ejemplo, le decía: “Camarada Zhao Huiwen, ¿dónde está la revista del Partido número 104?” Zhao Huiwen le respondía con una actitud dócil, pero distante.

En el mes de abril, al llegar casi imperceptiblemente el viento del este, el calentador cayó en desgracia y fue abandonado en el húmedo y oscuro sótano. Sólo el humo en el techo hacía recordar el severo invierno. En ocasiones anteriores, para esta misma época del año, Lin Zhen y sus alumnos realizaban excursiones de primavera al Templo del Buda Reclinado o a la Colina del Oeste, buscando el mensaje de esa estación en las flores de los durazneros y ciruelos, y en las aguas no muy claras de los riachuelos. La vida del comité de barrio, por el contrario, no sufría ninguna influencia de

las estaciones, y seguía con su ritmo nervioso cargado de problemas. Cuando Lin Zhen tomó un capullo jugoso de un sauce llorón, se sintió indeciso ante la rápida llegada de la primavera, porque tuvo la sensación de que él no había hecho nada significativo para recibirla. . .

A las nueve de la noche, Lin Zhen entró en la oficina de Liu Shiwu, donde también se encontraba Zhao Huiwen, quien llevaba un sweater morado y negro y mostraba un rostro muy pálido a la luz de la lámpara. Al oír que alguien entraba, giró la cabeza con rapidez, pero Lin Zhen alcanzó a ver lágrimas en sus mejillas. Pensó en salir, cuando Liu Shiwu, que fumaba con la cabeza agachada, lo detuvo con una señal de la mano: "Siéntate aquí; ya estamos terminando"..

Lin Zhen se sentó en un rincón y se puso a leer un periódico en la semipenumbra. Mientras el humo del cigarro de Liu Shiwu dibujaba un círculo en el aire, éste dijo con sinceridad: "Créeme, todo está bien. Así pasa con los jóvenes. Al principio se idealizan mutuamente, pero poco a poco van descubriendo los defectos del otro y a considerarlo mediocre. Son exigencias irreales. Si no hay desidia y malos tratos, ni se descubren problemas de tipo político o morales, ¿cómo se puede decir que no pueden seguir viviendo juntos? Sólo hace cuatro años que se casaron. Muchos de tus sentimientos los aprendiste de las películas soviéticas, pero la realidad es diferente".

Sin decir palabra, Zhao Huiwen se arregló el cabello con las manos y, al salir, dirigió una triste sonrisa a Lin Zhen.

Liu Shiwu se acercó a Lin Zhen y le preguntó: "¿Qué pasa?" Tiró la colilla, sacó otro cigarro y lo prendió. Aspiró el humo con ganas y lo dejó escapar lentamente. Luego continuó: "Zhao Huiwen se peleó otra vez con su marido. . ." Abrió la ventana y una ráfaga de viento hizo volar los papeles del escritorio. Desde el patio delantero llegaban risas y el sonido de los timbres de las bicicletas de los que acababan de tener una reunión.

Liu Shiwu tiró el cigarro casi sin fumar, se estiró perezosamente y, apoyándose en la ventana, murmuró: "Por cierto que ha llegado la primavera. . ."

Con voz firme, mientras recogía las hojas del suelo, Liu Shiwu dijo: "Quería hablar sobre el trabajo del comité de barrio. Hay algunos problemas y no sé cómo resolverlos".

"Bien, muy bien", dijo Liu Shiwu, todavía apoyado en la ventana.

Lin Zhen empezó hablando de su investigación en la fábrica de costales: "Llegué a la oficina del director y vi al camarada Wan Qingquan. . ."

"¿Jugando ajedrez o a las cartas?", preguntó Liu Shiwu.

"¿Cómo lo sabe?", se sorprendió Lin Zhen.

"Puedo adivinar lo que él hace y cuándo lo hace", dijo pausadamente Liu Shiwu. "Siente debilidad por el ajedrez. Una vez, al promediar una reunión que teníamos aquí, salió al baño. Como pasó bastante tiempo sin que regresara, fui en su busca. Se había quedado jugando al ajedrez con Lao Liu, el portero, y con el hijo del secretario del comité de barrio."

Lin Zhen habló entonces de Wei Heming. Liu Shiwu cerró la ventana, acercó una silla y se sentó con las manos en las rodillas, como sosteniendo el cuerpo, mientras movía ligeramente la cabeza.

“Wei Heming es de carácter franco y al llegar se peleó a gritos con Wang Qingquan. Como sabes, Wang Qingquan es una persona especial, extraordinaria. Después del triunfo en la guerra contra Japón, fue enviado a infiltrarse en el ejército del Guomindang, en el que llegó a ser subjefe de regimiento y agente de primera categoría. En 1947 perdió contacto con nosotros, pero lo restablecimos después de la liberación. Había sido enviado a sabotear al enemigo, pero se contagió de ciertos vicios típicos de los oficiales del Guomindang. No los ha podido corregir, pero se trata de un veterano muy valiente.” Liu Shiwu volvió a mover lentamente la cabeza, mientras proseguía: “Claro que estos antecedentes no valen como justificación. El Partido lo envió para que debilitara al enemigo, no para que se indentificara con él. Sus errores deben ser corregidos”.

“¿Qué podemos hacer nosotros? Wei Heming dijo que él ha escrito informes a muchas partes, pero que así y todo, no se ha avanzado sustancialmente.”

Liu Shiwu tuvo un acceso de tos y gesticulando dijo: “Claro. En la actualidad existen muchos problemas en las células de base y si tratas de resolverlos con métodos artesanales no tendrás el éxito que merecerían la mitad de tus esfuerzos, además, las tareas asignadas por las autoridades son muy urgentes y su cumplimiento nos cuesta muchísimo trabajo. Como dirigente, hay que saber manejar tanto los problemas generales como los particulares, las tareas que llegan desde arriba como desde las bases. Es verdad que Wang Qingquan no trabaja con empeño, pero su pasividad todavía no ha llegado a un extremo. Su estilo de trabajo es rústico, pero no viola las leyes. Evidentemente, no se trata de un problema que deba resolver la organización, sino de un problema de educación constante. Dadas las actuales circunstancias, todavía no están maduras las condiciones para resolverlo.”

Lin Zhen permaneció en silencio, sin poder juzgar cuál principio era más cierto: el de Nastya, de “no tolerar nada que sea malo”, o el de Liu Shiwu, de “esperar la madurez de las condiciones”. Al pensar en un director como Wang Qingquan se sintió muy incómodo, pero no era capaz de refutar la teoría del “arte del liderazgo” de Liu Shiwu. Liu Shiwu volvió a decir: “En realidad, no es el único cuadro que presenta esos defectos. . .” Esto sorprendió a Lin Zhen, pues difería notablemente con lo que se decía en las clases de educación del Partido, en la escuela primaria.

A continuación, Lin explicó a Liu Shiwu la manera en que Han Changxin había realizado la investigación y escrito el informe. Según él, no era un camino muy correcto.

Liu Shiwu, riéndose estrepitosamente, dijo: “Lao Han. . . ¡Qué tipo! ¡Qué listo es!” Y dejando escapar un prolongado suspiro, continuó: “Bien. Le transmitiré tu opinión.”

Al ver la actitud vacilante de Lin Zhen, le preguntó: “¿Algo más?”

Lin Zhen, armándose de valor, dijo: “No entiendo las razones, pero desde que llegué aquí he encontrado muchos defectos en el comité de barrio. Nunca imaginé que sucedería eso con un organismo fundamental del Partido. . .”

Liu Shiwu apoyó la tasa de té: “Uno siempre se imagina cosas buenas, pero la realidad es que. . . Lo importante no es si existen defectos o no, sino encontrar lo esencial. En el trabajo de nuestro comité, en el que se incluye nuestro departamento, ¿qué es lo fundamental, los errores o los éxitos? Evidentemente, los éxitos; los errores son la consecuencia lógica de los progresos realizados. Nuestra causa, sin duda, está siendo alcanzada gracias a estos organismos y miembros imperfectos.”

Al salir de la oficina, Lin Zhen tuvo una sensación extraña: la plática con Liu Shiwu había tenido el efecto de una sal digestiva, aliviándole las agruras, pero volviéndole confusos los juicios e ideas que antes tenía muy claros. Estaba más confundido que nunca.

VI

Al poco tiempo, en una reunión del Partido, Lin Zhen fue objeto de una severa crítica.

Sucedió así. En una ocasión, mientras Lin Zhen se encontraba en la fábrica de costales, Wei Heming le dijo que el director Wang había regañado brutalmente a los obreros por no haber cumplido con la meta de calidad de producción en los cuatro últimos meses. Los obreros se quejaron y Wei Heming decidió organizarlos en un foro que recogiera sus opiniones y las hicieran llegar a las autoridades. Lin Zhen se mostró de acuerdo, porque pensaba que actuando así se aceleraría la “maduración de las condiciones”. Tres días más tarde, Wang Qingquan se presentó furioso al comité de barrio y dijo al secretario adjunto Li Zhonqin que Wei Heming respaldado por Lin Zhen, había organizado una camarilla que realizaba actividades en contra de la dirección, insinuando además que los obreros que la integraban tenían todos antecedentes dudosos. A continuación solicitó que lo relevaran de su puesto. Li Zhonqin lo criticó por algunas de sus fallas, pero le prometió que impediría a Wei Heming continuar con su foro. “En cuanto a Lin Zhen”, agregó, “vamos a educarlo como se merece”.

En la reunión de crítica y autocrítica, Han Changxin dijo: “La actitud del camarada Lin Zhen, de permitir por su cuenta y sin aviso a la dirección, que Wei Heming celebrara el foro, es algo que va en contra de la disciplina y la organización”.

Lin Zhen, sin arredrarse, dijo: “Hice mal en no pedir permiso a la dirección, pero no entiendo por qué no podemos, por iniciativa propia, averiguar lo que opinan las masas, sino que, por el contrario, se nos impida tomar contacto con ellas”.

“¿Quién dice que no es así?”, dijo Han Changxin cruzando las piernas. “Tenemos un conocimiento total de lo que sucede en la fábrica de costales.”

Lin Zhen se puso pálido y replicó: “¿Es vergonzoso que no se dé solución a algo que se conoce! En los estatutos del Partido se estipula que los miembros deben luchar en contra de todos los elementos que perjudiquen sus intereses”.

Entonces habló el experimentado Liu Shiwu, quien poseía la habilidad de intervenir cuando se presentaba un asunto candente, salvando de esta manera la situación: “No está mal el entusiasmo con que trabaja el camarada Lin Zhen, pero me parece presuntuoso de su parte querer explicar los estatutos del Partido a los cuadros del departamento de organización, cuando sólo lleva un mes aquí. Lin Zhen cree que es bueno apoyar las críticas que, desde abajo, se dirigen a un nivel superior, pero este tipo de críticas sólo puede hacerse por iniciativa de la dirección. Le ruego que, en el caso que nos ocupa, piense el camarada Lin Zhen: primero, ¿no es verdad que Wei Heming guarda rencor personal hacia Wang Qingquan? Claro que es difícil afirmarlo, pero cuando Wei Heming convocó con tanta premura el foro, ¿no tendría algún otro motivo? No me parece descabellado pensar así. Segundo, ¿entre las personas que asistieron al foro, no hay quienes tienen malos antecedentes? Eso también debemos tomarlo en cuenta. Tercero, ¿la celebración de un foro de esta índole no podría dar la impresión a las masas de que Wang Qingquan va a ser castigado, provocando así un gran desorden? Y etcétera, etcétera. Respecto a las ideas del camarada Lin Zhen, quiero expresar francamente mi opinión: los jóvenes tienden a idealizar las cosas, creyendo que deben ser de una cierta manera y exigiendo que así sean. Un trabajador del Partido, sin embargo, debe prestar mayor atención a la realidad objetiva y observar cómo es realmente. Los jóvenes tienden también a sobreestimarse y a fijarse grandes ideales. Al llegar a un nuevo lugar de trabajo, siguiendo el ejemplo heroico de Nastya, tratan de luchar contra lo que está mal. Es una actitud muy valiosa y pura, pero llena de fantasía. . .” Lin Zhen sintió que le habían asestado un golpe y se mordió fuertemente el labio inferior. Rearmándose de valor volvió a preguntar: “Y Wang Qingquan. . .” Liu Shiwu alzó la cabeza y respondió: “Mañana hablaré con él. No eres tú el único que tiene principios”.

VII

Un sábado por la noche, Han Changxin celebró su boda. Lin Zhen entró al salón de ceremonias, pero la atmósfera cargada de humo de cigarro, los papeles de caramelo esparcidos por el suelo y las sonoras risas le molestaron profundamente. Sin esperar el comienzo de la boda, se retiró.

La oficina del departamento de organización estaba a oscuras. Cuando

Lin Zhen prendió la lámpara observó sobre su escritorio una carta de los colegas de la escuela primaria donde había estado trabajando. Iba acompañada por esquelas escritas y firmadas por los niños:

Maestro Lin: ¿Cómo está usted? Lo extrañamos muchísimo. Las niñas lloraron con su partida, pero luego se consolaron. Nos presentaron problemas de aritmética muy difíciles y con mucho esfuerzo logramos resolverlos.

Leyendo la carta, Lin Zhen sonrió. Tomó una pluma para corregir una palabra y decidió que en su respuesta les diría que la próxima vez no cometieran errores de ortografía. Le parecía ver a Li Linlin, con su moño en el pelo, a Liu Xiaomao, con su afición por las acuarelas, a Meng Fei, cuyo vicio era chupar los lápices. De pronto, al quitar sus ojos de las cartas, vio el teléfono, los papeles, el secante y el vidrio que cubría el escritorio. ¡Qué lejos estaba del mundo de los niños y de aquel trabajo simple! Su nuevo puesto era mucho más complicado. Recordó las críticas que dos días antes le habían hecho en la reunión del Partido. ¿Se había realmente equivocado? ¿Era imprudente e infantil, como todos los jóvenes? ¿Tal vez debería autocriticarse seriamente, cumplir con lo que podía y esperar dos años para “madurar” e intervenir en los asuntos?

Del salón de ceremonias le llegaban aplausos y risas. De pronto, una mano se apoyó en su hombro. Sorprendido, volvió la cabeza. Las luces de la lámpara le lastimaron los ojos. Zhao Huiwen había aparecido sin hacer ruido, como sólo son capaces las mujeres.

“¿Por qué no has ido a divertirme un rato?”, le preguntó.

“No tenías ganas, ¿y tú?”

“Tengo que regresar a casa”, dijo Zhao Huiwen. “¿No quieres acompañarme hasta allí y olvidar momentáneamente tus preocupaciones?”

“No tengo preocupaciones”, replicó Lin Zhen, pero aceptó la invitación de Zhao Huiwen.

La casa de Zhao Huiwen estaba situada en un pequeño patio del comité de barrio. En una cuna azul marino dormía con aire feliz un niño, con el dedo metido en la boca. Zhao Huiwen besó a su hijo y condujo a Lin Zhen hacia una habitación.

“¿Tu marido no está?”, preguntó Lin.

Zhao Huiwen movió la cabeza.

La habitación había sido arreglada con mucha prisa. La pared blanquísima no ostentaba ningún adorno. Un lavamanos se alzaba solitario en un rincón y un florero abría estúpidamente la boca en el antepecho de la ventana. Lo único que podría romper el silencio parecía ser la radio sobre una mesita. Lin Zhen se sentó en una silla de mimbre y Zhao se quedó de pie junto a la pared. Lin, señalando el florero, dijo: “También ahí deberías poner flores”, y señaló la pared. “¿Por qué no cuelgas algunas pinturas?” “Como casi nunca estoy aquí, no me he preocupado mucho de esas cosas”,

contestó Zhao Huiwen, y señalando la radio agregó: “¿No quieres oírla? Los sábados por la noche transmiten música bonita”. Y la prendió. Una melodía suave y bella surgió de la lejanía, pero poco a poco se fue haciendo más estruendosa. El instrumento principal era un violín y el corazón de Lin Zhen se oprimió como cuando leía algún poema. Contuvo la respiración con la cabeza entre las manos. Le pareció que su juventud, su búsqueda y sus fracasos, todo estaba vinculado con esa melodía.

Zhao Huiwen seguía apoyada en la pared, con las manos atrás, sin importarle que la cal manchara sus ropas. Al terminar la música, dijo con voz melodiosa: “Es el ‘Capricho Italiano’ de Tchaikovsky, y me recuerda las regiones del sur y el mar. Cuando formaba parte de un grupo coral lo escuchaba con frecuencia y siempre tenía la sensación de que no era interpretado por otros sino que emanaba de mi corazón”.

“¿Un grupo coral?”

“Después de ingresar a la escuela de cuadros fui destinada a integrar un coro. En Corea canté para los soldados con mi voz ronca. Fui una cantante de voz ronca.”

Lin Zhen contempló a Zhao Huiwen como si fuera la primera vez.

“¿Es que ya no te parezco capaz de ello?”

En ese momento comenzó un programa en vivo desde un teatro, y Zhao Huiwen apagó la radio.

“¿Por qué a pesar de haber estado en un grupo coral rara vez cantas?”, preguntó Lin Zhen.

Ella, sin contestar, se acercó a la cama y se sentó.

“Vamos a platicar un rato, Lin. Díme ¿cuál es tu impresión de nuestro comité de barrio?”

“No sé, o más bien, no tengo una idea clara.”

“¿Tienes alguna queja contra Han Changxin y Liu Shiwu?”

“Tal vez.”

“Antes yo era igual que tú. Al cambiar mi trabajo en el ejército por éste, encontré que aquí faltaban la disciplina y exactitud del ejército, y muchas cosas no me caían bien. Expuse mis críticas y sugerencias, y discutí violentamente con Han Changxin. Pero se burlaban de mi ingenuidad y me decían que para criticar debía primero cumplir bien mis tareas. Paulatinamente comprendí que luchar contra los defectos del comité de barrio no estaba a mi alcance.”

“¿Por qué no?”, preguntó Lin Zhen con el entrecejo fruncido, como si hubiera recibido una puñalada.

“La culpa es mía”, dijo Zhao Huiwen mientras tomaba una almohada y la ponía sobre sus piernas. “Entonces consideraba que mi nivel político era muy bajo y me di cuenta de que tratar de corregir a los niveles superiores era una presunción de mi parte. Además, Liu Shiwu, Han Changxin y otros, realmente cumplen bien su deber. Sus defectos son como partículas de polvo en el aire puro: puedes percibir las pero no agarrarlas. He ahí lo difícil.” “¿Correcto!”, dijo Lin Zhen golpeando su puño derecho en la

palma izquierda. Zhao Huiwen también estaba algo exaltada, por lo que dejó la almohada y trató de calmarse.

“Mi trabajo es de carácter concreto. Los directores casi no se ocupan de él. Además, están los quehaceres familiares que me distraen. Por eso, en las horas de trabajo no hago más que copiar lo que me dan escrito. Fuera de ellas, lavo los pañales del bebé y le doy su leche en polvo. Tengo la sensación de haber envejecido rápidamente. Mi ardor y las ilusiones de cuando había ingresado a la escuela militar han desaparecido.” Se interrumpió, mientras se apretaba los dedos, y continuó: “Hace dos meses que Beijing ha entrado en la fiebre del socialismo. Obreros, dependientes y empresarios, arrojando petardos y tocando tambores, se dirigieron a los comités de barrio para anunciar la buena nueva de la combinación del capital estatal y el capital privado. Obreros y dependientes presentaron su solicitud de ingreso al Partido, en el departamento de organización. Todos los días se producen cambios en las calles y las luces del comité de barrio nunca se apagan por la noche. A la hora de la comida, los camaradas del departamento de propaganda y del de hacienda no cesan de discutir sobre los asuntos surgidos a raíz del nuevo auge socialista. Pero, ¿qué pasa en nuestro departamento de organización? Casi no se han producido cambios. El trabajo consiste en pedir por teléfono el número de los militantes nuevos en el Partido, redactar informes utilizando fórmulas ya gastadas, con algunas variaciones. . . últimamente, todos se autocritican por sus ideas conservadoras. El departamento de organización también. Para ello, celebró tres reuniones prolongadas y elaboró un informe que dio por concluido el asunto. Pero al mencionar todo esto me hago unos líos terribles. En el momento cumbre del entusiasmo socialista, cada petardo que estallaba me conmovía, cada nueva solicitud de ingreso al Partido que me tocaba copiar me entusiasmaba tanto que me temblaban las manos. Pero, ¿nuestro trabajo va a seguir siendo igual?” Zhao Huiwen suspiró hondo y, paseándose por la habitación, prosiguió: “Cuando expresé mis ideas en la reunión de la célula del Partido, Han Changxin, muy optimista, me dijo: ‘¿Acaso no tenemos el porcentaje de recién ingresados al Partido más alto de todos los barrios? ¿Acaso el departamento de organización del comité municipal no nos ha pedido escribir un informe de nuestras experiencias?’, y me calificó de pesimista porque no me conformaba con mi trabajo concreto”.

Lin Zhen se refirió nuevamente al último informe que había sido escrito: “Han Changxin, cuando uno lo acaba de conocer, produce una impresión extraordinaria, pero luego de algunas entrevistas. . .”

Zhao Huiwen movió la cabeza en señal de aprobación y dijo: “En los dos últimos años, aunque no he hecho ninguna crítica ni ninguna sugerencia, no he dejado de observar. Todos los aspectos de la vida, además de la apariencia superficial, tienen un contenido. Lograr una apariencia bella no es difícil. Por ejemplo, Han Changxin, para mostrarse como un gran dirigente, cuida mucho su dicción al dar instrucciones a alguien; para redactar

un informe, mete forzosamente ejemplos que no vienen al caso; o, para analizar ciertos problemas específicos, usa nociones demasiado generales. Es así como aparenta ser un cuadro joven, que flota en la superficie de la vida con optimismo”.

“¿Y cómo es Liu Shiwu?”, preguntó Lin Zhen. “No parece tan superficial como Han Changxin, pero en su manera de analizar las cosas, siempre precisa, esconde una frialdad temible. Me resultó difícil de entender las concesiones que hacía a un jefe de fábrica como Wan Qingquan, pero cuando yo intenté explicarle mis opiniones, sus comentarios fueron confusos, y finalmente, opté por seguirle la corriente. Liu Shiwu tiene una expresión favorita: ‘Así es’. Según él, no le queda nada por conocer y sabe diferenciar lo correcto de lo que no lo es. También piensa que es difícil vencer de manera definitiva lo incorrecto. Él lo sabe todo y lo ha visto todo, porque el trabajo del Partido da mucha experiencia a la gente. Ello le permite mantenerse distante del amor y el odio: si se burla de los defectos es sólo porque sí, lo mismo que si admira un éxito. Tiene la seguridad de poder enfrentarse a todo. Ya no tiene la necesidad de aprender con empeño nada, excepto el nuevo alfabeto latinizado. Cuando considera que las condiciones están dadas, se vale de cualquier cosa para enseñar a uno o castigar a otro, como si se tratara de la autoridad suprema. Su experiencia e inteligencia le permiten hacer muchas cosas meritorias, y esto le da seguridad en sí mismo”. Zhan habló de manera implacable, dando así rienda suelta al tormento acumulado durante muchas noches de insomnio.

“¿Cómo es nuestro subsecretario del comité de barrio y jefe del departamento? ¿Nunca tiene participación activa?” Zhao Huiwen, ya muy excitada, dijo:

“Li Zhongqin no tiene buena salud. Quiere dedicarse al estudio teórico pues considera que el trabajo en el comité de barrio es demasiado concreto. En el departamento de organización no es más que jefe honorario. Descarga todas las responsabilidades en Liu Shiwu, lo que es un fenómeno bastante común. Algunos militantes veteranos del Partido, por razones de salud y de bajo nivel cultural, o por tratarse de la esposa de algún dirigente, tienen el título de director de una fábrica, de una escuela, o de secretario del Partido, pero los que hacen la tarea son el vicedirector de la fábrica, el coordinador, el encargado o los cuadros menores.”

“Y el camarada Zhou Runxian, nuestro secretario de comité?”

“Zhou Runxian es un dirigente que de verdad merece el respeto de todos, pero está demasiado ocupado en el movimiento de lucha contra los antirrevolucionarios, en la transformación de las empresas privadas, y en muchas otras tareas. La misión del departamento de organización no será nunca de vital importancia, por eso él la descuida bastante.”

“¿Qué vamos a hacer, entonces?”, preguntó Lin Zhen, viendo lo complicado del asunto y los motivos por los cuales el mal se filtraba desde los niveles más altos hasta la base.

“Sí”, dijo pensativa Zhao Huiwen, golpeándose con los dedos las pier-

nas, como si fueran un piano. Luego, fijando su mirada en la distancia, rió y dijo: “Te agradezco. . .”

“¿A mí me agradeces?”, se sorprendió Lin Zhen, creyendo haber oído mal.

“Sí, tu presencia me ha rejuvenecido. Tú no le temes ni al paraíso ni al infierno. Te atreves a luchar contra lo erróneo, pero como mujer presentio que tú. . ., que se levantará una tempestad.”

Lin Zhen se ruborizó. Jamás habría pensado en una cosa semejante, pues una de las cosas que lo avergonzaban era su incapacidad. Balbuceó: “Que sea entonces una verdadera tempestad y no un escándalo insignificante”. Y continuó: “Si has reflexionado tanto y analizado todo, ¿por qué entonces lo entierras en tu corazón?”

“Siempre tengo una sensación de inseguridad”, dijo Zhao Huiwen con las manos en el pecho. “Observando y meditando, meditando y observando, pasé noches enteras sin conciliar el sueño. Me preguntaba: puesto que tu trabajo es concreto, ¿eres capaz de entender todo eso?”

“¿Por qué piensas de esta manera? Creo que lo que acabas de decir es justo y debes platicárselo al secretario del comité de barrio, o redactarlo en un informe para el *Diario del pueblo*.”

“¿Qué va! Otra vez la misma historia. . .”, rió Zhao Huiwen mostrando sus dientes húmedos.

“¿Qué quieres decir con ‘otra vez la misma historia?’” Lin Zhen mostró que no estaba de acuerdo y se puso de pie rascándose la cabeza. “He reflexionado muchas veces sobre el tema y llegué a la conclusión de que uno debe llegar a ser correcto a través de la lucha y no esperar a ser correcto para luchar.”

De pronto, Zhao Huiwen abandonó la habitación y Lin Zhen quedó solo. Un olor como de jabón llegó hasta él. Zhao Huiwen regresó al instante con un recipiente de mango largo, saltando como una niña con trencitas. Destapó el recipiente y dijo a Lin Zhen con tono dramático: “Vamos a comer castañas de agua. Es lo único que tengo”.

“Siempre me han gustado las castañas de agua cocidas”, dijo Lin Zhen mientras escogía la más grande. Le dio un mordisco sin pelarla pero inmediatamente la escupió, con el entrecejo fruncido. “Está podrida, sabe agrio y apesta.”

Zhao Huiwen se rió a carcajadas. Lin Zhen, indignado, arrojó al suelo la castaña y la aplastó con el pie.

Cuando se despidieron, era ya muy tarde. El cielo transparente estaba tachonado de tímidas estrellas. Se oyó la voz de un anciano que decía: “¿La sopa de albóndigas hierve!” Al instante pasó frente a ellos empujando su carrito. Lin Zhen, ya fuera de la casa, oyó a Zhao Huiwen, que lo despedía desde la puerta: “La próxima vez que vengas habrá cuadros en las paredes”.

Lin Zhen le contestó con una sonrisa: “Además, espero que vuelvas a cantar las canciones que cantabas antes”.

Lin Zhen aspiró intensamente el aire perfumado de la noche primaveral y sintió que un manantial tibio emanaba de su corazón.

VIII

Han Changxin fue nombrado vicedirector del departamento de organización. El casamiento y el ascenso le dieron aún más vigor y vitalidad. Se rasuraba todos los días y, después de asistir a una exhibición de ropa, mandó hacerse un traje de tergal de dos piezas. Pero muy raras veces salía personalmente a inspeccionar el trabajo en entidades básicas. Más bien, permanecía en su oficina escuchando informes, corrigiendo documentos o buscando a alguien con quien platicar. Liu Shiwu seguía tan copado como siempre.

Un día, después de la cena, Han Changxin devolvió a Lin Zhen *El jefe de la estación de tractores y la agrónoma general*. Sacudiendo el libro, mientras se lo entregaba, dijo: "Muy interesante, pero muy absurdo. No está mal ser escritor e inventar cosas a su antojo. Cuando me enferme de reumatismo, o me castiguen por haber cometido algún error, me dedicaré a escribir novelas".

Lin Zhen tomó rápidamente el libro y lo metió en el fondo del cajón de su escritorio. Liu Shiwu, sentado al otro lado, estudiaba atentamente una jugada de ajedrez, y al oír la voz de Han Changxin, dijo con tono cáustico: "No es nada raro que Han Changxin se enferme de reumatismo o sufra algún castigo en el futuro. En cuanto a la novela, podemos estar tranquilos: al menos en este planeta no tendremos el honor de gozar de su obra maestra". Como sus palabras no tenían ninguna apariencia de broma, Han Changxin giró apresuradamente la cabeza, como fingiendo que no las había escuchado. En ese momento, Liu Shiwu pidió a Lin Zhen que se sentara a su lado y le preguntó:

"¿Qué libro has leído recientemente? ¿Podrías prestarme alguno bueno?" Lin Zhen le contestó que no tenía ninguno.

Liu Shiwu se recostó en el sofá. Con las manos detrás de la cabeza y entrecerrando los ojos, habló pausadamente:

"Últimamente, en la revista *Traducciones literarias* he leído fragmentos del segundo tomo de la novela *La tierra roturada*. El autor describe de manera magistral y muy vivazmente a sus personajes".

"¿Lee usted con frecuencia novelas?", preguntó Lin Zhen algo sorprendido.

"Tengo el placer de decir que a mí, como a ti, me gusta leer novelas, poemas e, incluso, cuentos infantiles. Antes de la liberación me gustaba mucho Turgueniev. En el quinto año de primaria ya había leído *Nido de hidalgos*. Lloré mucho por Lemm, el anciano alemán, y también me interesé por Elena. Pero creo que Laversstky no está bien descrito. . . En las obras de este autor hay un tono fresco, tenue y sentimental." Dicho lo

cual, se levantó de súbito y se acercó a Lin Zhen. Apoyando la mano en el respaldo del sofá, prosiguió: “Ahora sigue gustándome la lectura, pero lo que en un principio me parece fascinante, termina por resultarme inútil”. Se sentó junto a Lin Zhen y entrecerró los ojos. “Cuando leo una buena novela, sueño con una vida simple y pura, brillante y transparente. Me dan ganas de ser marinero, o vestirme de blanco para investigar los glóbulos rojos, o ser jardinero y cultivar gladiolas.” Rió de manera desusada, con una risa franca y plena, para nada calculada. “Pero tengo que ser el jefe del departamento de organización.”

Lin Zhen le preguntó entonces con tono amistoso, pero preocupado: “¿Por qué considera diferentes su actual trabajo y leer novelas? ¿Acaso el trabajo del Partido no tiene la misma pureza, brillantez y transparencia?”

Liu Shiwu meneó la cabeza, tosió y, dando unos pasos, dijo: “Leer novelas no es conveniente para los trabajadores del Partido”, e hizo un movimiento con las manos. “Tomemos como ejemplo el reclutamiento de nuevos militantes. En una novela se puede decir: ‘En nuestra causa majestuosa, ¡cuántos nuevos militantes se incorporaron a las filas de la vanguardia obrera! ¡Viva! Pero nosotros, como integrantes del departamento de organización, estamos preocupados por otras cosas. En primer lugar, de averiguar si algunos de los cuadros encargados de la organización trabajan a la ligera y no puede aclarar los antecedentes de un nuevo militante en segundo lugar, de las muchas solicitudes de admisión que se acumulan y no tenemos tiempo de revisar; tercero, de la autorización del comité permanente para aprobar el ingreso de un nuevo militante que, justo cuando se la necesita, los comisarios encargados se hallan ausentes; y cuarto, de que el jefe de seguridad se quede dormido en el momento en que se halla reunido el comité permanente para aprobar el ingreso de un nuevo militante.”

“Usted se equivoca”, dijo Lin Zhen en voz alta, como si hubiera sufrido una humillación insoportable. “Usted no ve lo que realmente es importante y sólo se preocupa de que alguien se quede dormido. . . ¿Acaso también usted se está quedando dormido?”

Liu Siwu se rió y llamó a Changxin: “Ven a ver este final de juego de ajedrez. ¿Qué vas a mover: la torre o el caballo?”

Wei Heming le dijo a Lin Zhen que solicitaría regresar como obrero al taller, y agregó: “No soy capaz de llevar adelante mi cargo de comisario de la célula del Partido o de jefe de la sección de producción”. Lin Zhen sintió que había agotado todos los recursos para persuadirlo de que redactara un informe de las críticas y sugerencias cosechadas en la última junta, y lo enviara al diario del Partido. Y prosiguió: “Te estás echando para atrás. Ya no tienes confianza ni en el Partido ni en el Estado, ¿no es así?”

Poco tiempo después, Wei Heming y algunos obreros que tenían quejas, redactaron una larga carta y la enviaron secretamente al diario. Sin embargo, Wei Heming tenía algunas dudas. “¿Qué tal si esto se considera una ‘actividad de una camarilla’? Si es así, me castigarán”, pensó. Con sentimiento de culpa, depositó el sobre grueso en el buzón.

A mediados de mayo, el *Diario de Beijing* publicó un artículo de título llamativo en forma de carta, en el que se denunciaba el burocratismo de Wang Qingquan. Llevaba la firma de “un grupo de obreros de la fábrica de costales”, quienes exigían indignados que la dirección resolviera el problema. El redactor del *Diario de Beijing* indicaba a continuación que “las autoridades pertinentes deberían inmediatamente hacerse una auto-crítica”.

Zhao Huiwen fue la primera en ver el artículo y se lo mostró a Lin Zhen, a quien temblaron las manos de la emoción. Lo leyó varias veces sin poder ligar las oraciones. Pensaba: “¡Bravo! Por fin ha sido descubierto. El periódico del Partido es realmente poderoso”.

Lin Zhen mostró el artículo a Liu Shiwu, quien lo leyó detenidamente y varias veces. Finalmente, mientras sacudía el periódico, dijo:

“¡Bueno! ¡Ya está comenzando!”

Liu Shiwu dijo con toda tranquilidad:

“Realmente están sucediendo algunas cosas anormales en la fábrica de costales. Hace un tiempo comenzamos las averiguaciones y recientemente hablé con Wang Qingquan. Al mismo tiempo, el camarada Lin Zhen hacía sus investigaciones.” Y volviéndose a Lin Zhen: “Lin, cuéntales de Wang Qingquan”.

Llamaron a la puerta. Wei Heming entró con aspecto nervioso. La cara, normalmente roja se le había vuelto verde. Dijo que Wan, el jefe de la fábrica, al leer el *Diario de Beijing* se había puesto furioso, y que ahora estaba investigando quiénes eran los autores de la carta.

Después de la denuncia del periódico del Partido y las preocupaciones del secretario del comité de barrio, Liu Shiwu, haciendo gala de una rapidez y una determinación que sorprendieron a Lin Zhen, resolvió el problema de la fábrica de costales. Una vez que tomaba una posición, Liu Shiwu podía hacer un excelente trabajo. Junto con Lin Zhen se pasó varios días en los talleres, donde averiguó acerca de Wang Qingquan, pidiendo opiniones y sugerencias a los obreros. Luego se comunicó con los departamentos respectivos, y sólo dedicó una semana para resolver el problema de Wang Qingquan, a quien decidió destituirlo de sus cargos, tanto administrativos como dentro del Partido.

La reunión donde se trató el caso de Wang Qingquan se prolongó hasta altas horas de la noche. Al terminar, empezó a llover, en ocasiones suavemente y en otras con fuerza. Soplaban un viento fresco que acariciaba la cara de la gente. Liu Shiwu y Lin Zhen fueron a un restaurante a comer ravioles. El lugar era pequeño, recientemente convertido en empresa mixta. Estaba bien arreglado y limpio.

Además de los ravioles, Liu Shiwu pidió un aguardiente. Tomó un trago. Con los dedos hizo una cuenta y habló algo conmovido: “Ésta es la sexta vez que tomo parte en una reunión para resolver los problemas de un cuadro con responsabilidades que ha cometido errores. Las primeras veces me sentía apesadumbrado”, dijo con voz ronca por la excitación. “Un

trabajador del Partido es como un médico: tiene que curar a sus enfermos a pesar de que él mismo padece alguna enfermedad.” Con el dedo anular golpeaba ligeramente la mesa.

Lin Zhen asintió con la cabeza.

De repente Liu Shiwu preguntó:

“¿A qué día estamos?”

“Veinte de mayo”, contestó Lin Zhen.

“Veinte de mayo. . ., sí. . ., en este mismo día, hace nueve años, la división 208 de la Vanguardia de la Juventud me hirió una pierna.”

“¿Le hirieron una pierna?”, se sorprendió Lin Zhen, quien no conocía la historia.

Liu Shiwu calló. Llovía fuertemente y se escuchaba el ruido fuerte y monótono de un chorro. Olía a tierra mojada. Un niño empapado hasta los huesos entró corriendo al restaurante para resguardarse de la lluvia. Sus cabellos chorreaban agua.

“Tráiganos una orden de manitas de cerdo”, ordenó Liu Shiwu al mesero. Y luego le habló a Lin Zhen: “En 1947, yo era presidente de la Asociación Autónoma de Estudiantes de la Universidad de Beijing. En la manifestación del 20 de mayo, los canallas de la División 208 me hirieron una pierna”. Se remangó el pantalón y mostró una cicatriz arqueada. Luego, se levantó. “Mira, tengo la pierna izquierda un poco más corta que la derecha.”

Por primera vez Lin Zhen lo miró con mucho respeto y sincera admiración.

Después de tomar algunos tragos, Liu Shiwu se ruborizó levemente. Se sentó y ofreció pedazos de carne a Lin Zhen; luego, inclinando la cabeza, dijo:

“En aquella época, ¡qué apasionado y qué joven era yo! Quisiera. . .” “Acaso ahora ya no es joven ni apasionado?” Lin Zhen lo miraba con esperanza.

“Claro que no.” Liu Shiwu jugaba con la copa vacía. “¡Pero es que realmente estoy ocupado! Tan ocupado que ya todo es igual, ya estoy cansado. Desde la liberación nunca he alcanzado a dormir ocho horas seguidas; resuelvo problemas de éste y de aquél, pero nunca he tenido tiempo para resolver mis propios problemas.” Con el mentón apoyado en las manos, con la actitud más sincera que podía adoptar un hombre frente a otro, miró a Lin Zhen. “De veras, siendo un bolchevique uno debe tener abundantes experiencias, pero con un corazón puro y sincero. . . ¡Que me den otro aguardiente!”, dijo Liu Shiwu alzando la copa.

En ese momento Lin Zhen ya empezaba a conmoverse por su expresión profunda y sincera. Luego, Liu Shiwu dijo angustiado: “Dicen que la enfermedad profesional de los cocineros es la falta de apetito. Las comidas son preparadas por ellos. Todos los días están vinculados a la comida. Nosotros, trabajadores del Partido, que hemos creado una vida nueva, resulta que la vida ya no nos entusiasma. . .”

Lin Zhen movió sus labios, pero Liu Shiwu agitó la mano expresando que no deseaba discutir con él en ese momento. Liu calló, con la barbilla apoyada en las manos, como una estatua.

“Ya no llueve tanto. Esta lluvia es una bendición para el trigo.” Un buen rato después, Liu Shiwu suspiró y de súbito dijo: “Tú eres un cuadro mucho mejor que Han Changxin”.

Aturdido, Lin Zhen se apresuró a tomar la sopa.

Fijándose en él, Liu Shiwu sonriente, le preguntó: “¿Cómo está Zhao Huiwen?”

“De buen humor”, respondió sin pensar. Extendió los palillos para tomar un pedazo de carne. Vio la mirada brillante y ya conocida de Liu Shiwu.

Liu acercó su silla al lado de Lin y dijo lentamente: “Disculpa mi franqueza, pero tengo la responsabilidad de decírtelo. . .”

“¿Qué?” Lin Zhen dejó de comer.

“A mi modo de ver, Zhao Huiwen te tiene un afecto especial. . .”

A Lin Zhen le temblaron las manos y tuvo que dejar los palillos. Cuando salieron del restaurante ya había dejado de llover. Las estrellas comenzaron a divisarse entre las nubes negras. El viento era muy fresco. El agua se escurría por los desagües. Aturdido, Lin Zhen llegó apresuradamente a su dormitorio, con la sensación de que quien había bebido era él y no Liu Shiwu. Sus compañeros de cuarto dormían profundamente, entre un coro de ronquidos. Temblando de frío porque la parte inferior de sus pantalones se había mojado, Lin Zhen se sentó en la cama. La cara pálida pero bonita de Zhao Huiwen le vino a su mente. Nunca había tenido ninguna experiencia al respecto, y no comprendió nada. Se acercó a la ventana y puso la cara contra el vidrio frío salpicado por fuera de gotas de lluvia.

IX

El comité de barrio decidió celebrar una reunión donde se discutiría el problema de la fábrica de costales. Lin Zhen asistió como invitado. Nervioso y con el corazón palpitante, se sentó en un rincón. Sus manos estaban empapadas de sudor. En el bolsillo guardaba un esbozo de discurso de alrededor de mil palabras, donde exponía los problemas del departamento de organización, tomando como ejemplo el caso de la fábrica de costales, muy útil para hacer reflexionar acerca de su funcionamiento. ¡Ya era tiempo!

Liu Shiwu estaba presentando sistemáticamente su informe. Zhou Runxian, con su cara rústica y ancha apoyada en el puño izquierdo y expresión pensativa, tomaba notas de vez en cuando. Han Changxin también estaba presente y se dedicaba a amarrar y soltar las agujetas de sus zapatos.

Lin Zhen intentó varias veces pedir la palabra, pero el corazón le latía con tal fuerza que casi no podía respirar. Era la primera ocasión en que asistía a una reunión del comité de barrio. ¿Hacer un discurso tan audaz no sería contraproducente? ¡Audacia, audacia!, se alentaba a sí mismo. Recordó que cuando aprendía saltos ornamentales en Qingdao, a los ocho años, con el corazón palpitante y enojado consigo, se repetía: ¡Audacia, audacia!

El comité de barrio aprobó las propuestas de Liu Shiwu para resolver el problema de la fábrica de costales. Ya se iba a pasar al punto siguiente del orden del día, cuando Lin Zhen levantó súbitamente la mano. El secretario Chou dijo riendo: “¿Tienes algo que decir? No hace falta levantar la mano para poder hablar”.

Lin Zhen se puso de pie haciendo sonar la silla y después de sacar la libreta donde tenía esbozado su discurso, sin atreverse a mirar a nadie, dijo: “El problema de Wang Qingquan ha sido resuelto, pero, ¿cómo podemos garantizar de que no vuelva a repetirse? Para ello hay que analizar cuidadosamente los problemas existentes en el trabajo de organización del comité de barrio. Primero: sólo hemos prestado atención a la organización del Partido, dejando bastante de lado su consolidación y el rumbo de la lucha de clases en el seno de las organizaciones básicas del propio Partido. Segundo: somos conscientes de la existencia de problemas, pero nos tardamos muchísimo en resolverlos. En los cinco años durante los cuales Wang Qingquan estuvo en la fábrica, los problemas, lejos de soluciones, se agudizaron. Concretamente, creo que los camaradas Han Changxin y Liu Shiwu tienen la responsabilidad de. . .”

Se produjo una leve agitación: alguien tosió, alguien apagó su cigarro, alguien abrió su libreta y alguien movió la silla. Han Changxin se encogió de hombros y moviendo la mandíbula dijo satíricamente: “Con frecuencia se oyen opiniones después de que han sucedido, del tipo: ‘¿por qué no lo han resuelto antes?’ Claro que cuanto antes se resuelva, mejor. Después del accidente de Gao Gang y Rao Shushi no faltó quienes preguntaran: ‘¿por qué no se resolvió antes?’, y lo mismo en el caso de Beria, en la Unión Soviética. El departamento de organización no puede garantizar que no aparezcan nuevos Wang Qingquan, como tampoco puede garantizarlo el camarada Lin Zhen”.

Éste, al oír su nombre, dirigió una mirada irritada a Han Changxin, quién se rió entre dientes. Lin Zhen, dominándose, dijo: “El camarada Han sabe que es normal la existencia de errores, pero ignora que es normal que para avanzar hay que superar esos errores, los camaradas Han y Liu también conocen lo primero, pero frente a los errores dan muestra de una actitud conciliatoria inconsciente”.

Al decir esto secó con la mano el sudor de su frente. No supo de dónde había sacado fuerzas para hablar así, pero sentía un gran alivio de poder haber dicho lo que pensaba.

El índice que Li Zhongqin había estado agitando en el aire se paró de golpe. Chou Runxian se volvió para observar a Lin Zhen y a todos. Con su cuerpo pesado hizo chirriar la silla de madera. Preguntó a Liu Shiwu: “¿Qué opinas?”

Liu Shiwu inclinó la cabeza: “La opinión del camarada Lin es correcta, y comprendo cómo se ha de sentir”. Y se acercó lentamente a la mesa para servirse un poco de té. Acariciando la taza, dijo pensativo: “Pero en lo que se refiere al caso concreto de la fábrica de costales, la cosa no es tan simple. En verdad, los departamentos de organización no han prestado la debida atención a la consolidación del Partido, pero el hecho es que contamos con pocos cuadros. La resolución del problema de Wan Qingquan podría decirse que ha sido eficaz y oportuna, porque ha provocado una reacción de euforia entre los obreros sin precedentes, incluso entre los que no tienen gran conciencia política, quienes hablaron del altruismo del Partido. Un viejo trabajador llegó a no poder contener las lágrimas. Nadie dejó de expresar su agradecimiento al Partido, al comité de barrio. . .”

Lin Zhen dijo en voz baja: “Sí, realmente creo que la insensibilidad, la lentitud y la falta de responsabilidad en nuestro trabajo son un crimen contra las masas”. Y alzando la voz, prosiguió: “El partido es el corazón del pueblo. No podemos consentir que el polvo se deposite en nuestro corazón ni que existan defectos en el organismo del Partido”.

Li Zhongqin, cruzando ambas manos sobre las rodillas, habló lentamente, como meditando cada una de las palabras: “A mi modo de ver, lo que discuten los camaradas Lin Zhen, Han Changxin y Liu Shiwu presenta dos aspectos: el primero, relacionado con las leyes y la iniciativa, y el segundo. . .”

Lin Zhen, sin comprender de dónde le nacía tanta audacia, lo interrumpió: “Espero que no sólo hagamos análisis sensatos y completos. . .” No pudo continuar por temor a que se le saltaran las lágrimas.

Chou Runxian miró a Lin Zhen, luego a Li Zhongqin, frunció el entrecejo, se mantuvo callado un instante y dijo: “Procedamos a la discusión del siguiente tema”.

Al concluir la reunión, Lin Zhen se hallaba tan contrariado que no pudo comer. No había previsto la posición del secretario del comité de barrio. Se sentía descontento y hasta desesperado. Han Changxin y Liu Shiwu llegaron para invitarlo a dar un paseo, como si no se hubieran dado cuenta de su estado de ánimo. Ello le dio a Lin Zhen la pauta de la diferencia de poder que existía entre ellos y él. Sonrió amargamente y pensó: “Creía que cuatro palabras pronunciadas en la reunión del comité de barrio jugarían un papel importante”. Abrió un cajón de su escritorio y extrajo la novela soviética despreciada por Changxin. En la primera página se leía: “¡Vivir como Nastya!” Se dijo a sí mismo: “¡Qué difícil!”

¿Qué era lo que le faltaba?

X

Al finalizar la jornada siguiente Zhao Huiwen invitó a Lin Zhen a cenar en su casa: “Prepararé ravioles”, dijo.

Quiso rehusar, pero ella ya se había ido. Lin Zhen vaciló, pero decidió ir a la casa de Zhao Huiwen después de cenar en el comedor. Cuando llegó, Zhao Huiwen acababa de amasar los ravioles. Llevaba un vestido estilo chino de color rojo oscuro y un delantal, y sus manos estaban cubiertas de harina. Con aire de ama de casa hospitalaria le dijo a Lin Zhen: “Hice ravioles rellenos de frijoles verdes sazonados con. . .”

“Hice ravioles rellenos de frijoles verdes sazonados con. . .”

“Ya cené”, balbuceó Lin Zhen.

Ella no le creyó y le ofreció unos palillos. Lin Zhen le repitió que ya había cenado. Zhao Huiwen empezó a comer sola, con aire de enojo. Lin Zhen, junto a ella, se sentía muy incómodo, y miraba esto y aquello, se frotaba las manos, se revolvió en su silla. . .

“¿Qué pasó, Lin?”, preguntó Zhao Huiwen dejando de comer los ravioles.

“N. . . nada”.

“Dime”, insistió ella, con los ojos fijos en él.

“Ayer, en la reunión del comité de barrio expuse mis opiniones y el secretario no me hizo caso.”

Zhao Huiwen, mordiéndose los palillos, opinó muy segura: “No puede ser. Tal vez, el camarada Zhou Runxian, haya expresado a la ligera sus opiniones”.

“Tal vez”, dijo Lin Zhen, no muy convencido, e inclinó la cabeza para no ver los ojos preocupados de Zhao Huiwen.

Ella continuó comiendo y volvió a preguntar: “¿Y qué más?”

El corazón de Lin Zhen palpitaba con violencia y, levantando la cabeza, observó los bellos ojos de ella. La nombró en voz baja: “Camarada Zhao Huiwen”.

Ella, sorprendida, dejó los palillos y se apoyó en el respaldo de la silla. “Quiero saber si eres feliz o no”, continuó Lin Zhen con el tono grave de un hombre maduro. “Te vi llorar en la oficina de Liu Shiwu, a comienzos de la primavera. Después me olvidé de ello. No sé preocuparme por los demás, pero, ¿eres feliz?” Zhao Huiwen lo miró perpleja y moviendo la cabeza dijo: “A veces también me olvido. . .”, e inclinando la cabeza, continuó: “Sí soy feliz. ¿Por qué me lo preguntas?” Sonrió suavemente.

Lin Zhen se refirió entonces a lo que le había dicho Liu Shiwu, pero luego se arrepintió: “Perdóname. Te he repetido palabras que el camarada Liu Shiwu pronunció a la ligera, palabras sin importancia. Quiero platicar contigo, o que escuchemos juntos alguna sinfonía. Tú eres estupenda, y todo esto es muy natural. No creo que haya algo malo o inconveniente. Yo, que he sido siempre despreocupado, de repente me preocupo demasia-

do y temo haber molestado a alguien”, dijo con tono de excusa Lin Zhen.

Zhao Huiwen volvió a sonreír dulcemente, frunció el entrecejo, levantó su brazo largo y delgado, se frotó enérgicamente la frente y sacudió la cabeza como si se quisiera quitar alguna preocupación. Se levantó y se acercó a un cuadro que acababa de colgar. Se titulaba “La primavera” y mostraba un sol que iluminaba mujeres y niños que caminaban por las calles de Moscú.

Luego se sentó en la cama y dijo tranquila: “¿Qué es lo que has dicho? ¡Cielos! Nunca haré nada sin eflexionar. Tengo un esposo y un hijo. Nunca he hablado de ti con mi esposo”. Ella no se refería a él como “mi amado”, como se dice corrientemente, sino que enfatizaba las palabras “mi esposo”. “Nos casamos en 1952, cuando yo sólo tenía diecinueve años. No debí haberme casado tan joven. Él dejó el ejército para entrar como jefe en un departamento del comité central. Se fue poniendo solemne y buscaba con ardor una posición más alta, más beneficios, aunque tuviera que reñir con los demás. Sólo nos vemos la noche del sábado o a principios del mes. Reñimos a menudo. Ahora está en Shanghai en misión oficial. Cuando regrese hablaré con él francamente.” Y continuó. “Lin, tú eres mi mejor y más estimado amigo, pero al fin y al cabo no eres más que un muchacho. Tal vez no te corresponda esta definición, y te pido disculpas. Todos deseamos vivir una verdadera vida. Deseamos que el departamento de organización se convierta en un auténtico organismo del Partido, ¿no es así? En la vida deben existir el apoyo y la confianza mutuos. Siempre he temido a la frialdad. Eso es todo. ¡Qué más se puede esperar!”

Lin Zhen le dijo aturdido: “No he debido dejarme influir por Liu Shiwu”.

“No”, lo interrumpió Zhao Huiwen meneando la cabeza. “El camarada Liu Shiwu es un hombre inteligente. Tal vez su advertencia no es del todo equivocada.” Suspiró profundamente y continuó: “Sería bueno...” Recogió los tazones y los palillos y salió. Lin Zhen se levantó perplejo y mientras recorría a grandes pasos la habitación pensaba lo que iba a decir. En realidad no había sucedido nada. A veces la vida trae inquietudes, cosas que excitan y aturden, pero que al pasar, no dejan ninguna huella. ¿Realmente no dejan ninguna huella? Los encuentros dejan recuerdos bellos y puros, no por efímeros difíciles de olvidar.

Zhao Huiwen regresó con su hijo de dos años y una bolsa. El niño, que ya conocía a Lin Zhen, lo llamó cariñosamente: “¡Tío!”, sin hablar bien todavía. Lin Zhen lo levantó enérgicamente. El cuarto se llenó con la risa y alegría del niño.

Zhao Huiwen abrió la bolsa y sacó unos papeles. Hojeándolos, dijo: “Esta noche te mostraré algunas cosas. Ya tengo apuntados algunos problemas que encontré en el departamento de organización y algunas sugerencias para resolverlos. Quizás te parezca ridículo, pero he elaborado un Método para competir conmigo misma. He hecho un formulario, donde

apunto cuando me equivoco el nombre o el número de un nuevo militante que solicita su ingreso al Partido. Si no me equivoco en todo el día, dibujo una bandera roja. Si completo un mes entero con puras banderitas rojas, me compro un pañuelo o alguna cosa bonita como premio. Tal vez se parezca a lo que hacen en los jardines de niños... ¿No te parece ridículo?"

Lin Zhen, muy atento a lo que ella le decía, le respondió: "No, te respeto por tu autoexigencia. . ."

Cuando se despidieron ya era tarde. Lin Zhen, fuera de la puerta, oyó que ella, sin salir de la casa, le decía: "El paisaje nocturno es magnífico. ¿Has percibido el aroma de las flores del algarrobo? Son unas flores sencillas, más puras y finas que las begonias, más fragantes que las flores del durazno y el ciruelo. ¿No las hueles? ¡Lástima! ¡Hasta la vista! Nos vemos mañana por la mañana, en el trabajo grandioso y aburrido. Por la noche vendrás a visitarme y escucharemos juntos hermosos caprichos italianos. Luego te cocinaré castañas de agua y llenaremos el suelo con sus cáscaras. . ."

Apoyado en la columna de entrada del departamento de organización, Lin Zhen pasó un buen rato contemplando el firmamento nocturno. El viento sur que anunciaba el verano le acarició el rostro. Cuando llegó estaba terminando el invierno, por lo que se dio cuenta de que ya había pasado su primera primavera completa en el comité de barrio.

No había hecho tareas importantes, pero había adquirido mucha experiencia y había comprendido la auténtica belleza y el verdadero sentido de la vida. Había comprendido que aquel comité de barrio, simple, pero tan grande, que abarcaba todo, no dependía de su buena voluntad.

A la mañana siguiente, Xiao Liu, un colega de oficina, le dijo: "Lin Zhen, ¿dónde has estado? El camarada Zhao Runxian preguntó tres veces por ti". ¡El secretario del comité de barrio había preguntado por él? No podía perder tiempo. Debía buscarlo y aprender de los dirigentes. Eso era lo verdaderamente importante. . .

A través de la ventana vio la lámpara verde y el perfil del secretario del comité de barrio del Partido. Sin dudar un instante, tocó firmemente a la puerta.

*Traducción de Xu Helin (I a VI)
y Duan Ruochuan (VII a X)*

La historia de Ami

¿Tener o no tener un gato? ¿Y de tenerlo, cómo criarlo?

“Vivimos en una casa, vamos a tener un gato” —dijo la hija. “Es un animal hermoso y tierno, con el que más se encariña el hombre. Si el hombre tiene alguna preocupación, atiende al gato y todo se le olvida.”

“Vamos a tener un gato” —dijo la abuela. “Ayer por la noche debajo de la calefacción paseaba un ratón, los ratones no le tienen miedo a la gente, en el invierno las ratas del campo entran a las casas y si en nuestro hogar hacen nido, de una nacen diez, de diez cien... ¡eso sería un verdadero desastre!”

“Los gatos son destructivos” —dijo la esposa. “Cuando no tienen nada qué hacer se afilan las uñas, destruyen todo, la alfombra, el sofá, los muebles nuevos... roban carne, pescado, leche y aunque no se la coman, se suben a la mesa a olfatear la comida... además, ¿quién se encargará de su excremento y de su orina?”

“Lo siento —dijo el hijo— pero yo no estoy de acuerdo con tener un gato. Mi hijo, el pequeño Hui, apenas tiene dos meses de nacido. Si lo rasguña podría contagiarse de alguna enfermedad infantil, como San Vito o fiebre amarilla”.

“En Estados Unidos, una familia negra no tenía gato pero sí tenía ratones. Un día, un ratón le arrancó la nariz a su bebé todavía en pañales”.

“No digas esas cosas tan feas” —dijo la esposa molesta.

“Si criamos a un gato —dijo la nuera— tendremos que cortarle las uñas, habrá que castrarlo, así será más fácil. El director Liu y el jefe Zhao han tomado esas medidas de seguridad para criar a sus gatos. Los gatos así tienen todas las virtudes y ningún defecto.”

Finalmente el profesor, al ser el jefe de familia, emitió el último juicio: primero, hay que tener un gato; segundo, a fin de respetar la esencia

de los gatos no debemos cortarles las uñas ni castrarlo para no violar su naturaleza —al fin y al cabo la operación no podrá eliminar las funciones de evacuación y aunque no entre en celo seguirá defecando y orinando; tercero, si tenemos un gato tendremos que fijar una serie de reglas: no podrá entrar en los dormitorios, en la sala ni en el estudio, sólo podrá estar en la cocina, el comedor y en el zaguán pero no restringiremos su actividad fuera de la casa. Por eso debemos cuidarlo desde pequeño, para que pueda acostumbrarse a nuestras reglas y maneras de ser.

El gatito llegó. Era un gato blanco y peludo de ojos azules, nariz negra, labios rojos y sobre la cabeza tenía dos manchas negras. Al ver gente soltaba un largo y suave “miau”, algo disparejo pero sostenido.

“¡Vaya! ¡Qué pequeño está! ¡Parece un bebé y qué cariñoso es! ¡Miren, con qué confianza nos observa, qué dependiente! Me dan ganas de llorar” —dijo la hija.

“Es de buena raza, en principio es un gato persa, aunque su *pedigree* no es muy claro. Naturalmente su pelaje blanco es muy bonito, pero se ensucia con mucha facilidad. Cuando está sucio, da asco. Es muy pequeño, no es fácil criarlo. Si le das un bocado grande se muere, además hay que ver si es macho o hembra. Las hembras son mucho más limpias, pero atraen manadas de gatos” —dijo el hijo.

“Lo que más me asusta es un gato maullando en el techo —la nuera metió la cuchara— se me enchina todo el cuerpo. Cuando los gatos empiezan a correr por todos lados es más fácil que se contagien de enfermedades. El pelo y los ojos de este gato no están mal, pero su barbilla es muy afilada, parece chango en lugar de gato. La cabeza y la cara de los gatos deben ser redondas, ¿o no?”

Comenzaron a criar al gato de acuerdo con las reglas estipuladas por el profesor y aceptadas por todos. La mamá buscó un cajón de madera para hacerle su cama, la abuela hizo un colchón especialmente para el gato y aunque adentro metió unos trapos viejos, desde el punto de vista del gato podría considerarse como una suite de hotel de al menos “cuatro estrellas”. La hija preparó los platos para su comida. A la abuela le gustaba darle de comer mientras ella comía, compartir con él su alimento, desde churros fritos en aceite hasta carne en salsa roja.

El hijo manifestó su desacuerdo, dijo que ofrecerle alimentos ilimitadamente no era bueno. En primer lugar podría empacharse, en segundo muchos alimentos que el gato deja se descomponen y eso es un desperdicio y, finalmente, como los gatos de por sí son glotones, satisfacer de manera desmedida sus necesidades es hacer que su paladar se vuelva más selectivo y burgués que el del ser humano. Si algún día hay escasez de carne y alimentos, los humanos se podrán acostumbrar, pero este gato estará en una situación por demás trágica. El profesor apoyó los argumentos del hijo, concluyó que los mimos no son buenos ni para los gatos ni para las personas. El profesor y su esposa recordaron que treinta

años atrás tuvieron un gato al que le gustaba comer cáscara de papa, de calabaza y lechuga podrida. Estos hábitos alimenticios son muy positivos. La nuera agregó que en su casa materna tuvieron un gato negro que subsistía comiendo escarabajos y caracoles en el verano y ni siquiera era necesario darle cáscaras de papa, calabaza o lechuga.

Un poco resentida, la hija dijo: “en la casa de una amiga tienen un gato de una raza muy inferior a la del nuestro, y aún así todos los días le compran treinta centavos de hígado de carnero y veinte centavos de vísceras de pescado”. No acabó de expresar sus sentimientos, cuando todos pensaron que la preocupación y el afecto de la hija hacia el gato eran más que nada teóricos, ya que durante la semana ella pasaba a duras penas algunas horas en la casa. Aprovechando la acalorada discusión, la abuela le tiró al gato un pedazo de queso de soya. El gato no supo agradecer el detalle, reaccionó de manera indiferente y se alejó con prudencia.

A pesar de las discusiones, que a veces llegaban a fuertes peleas, sobre la comida del gato, el minino no ponía grandes objeciones con respecto a los alimentos, pero en cambio no lograba adaptarse a su vivienda de “cuatro estrellas”. Durante el día y por la noche no le gustaba quedarse en el cajón de madera. Siempre se acercaba a los cuartos, especialmente a la puerta de la sala, y se ponía a maullar, era evidente que quería que alguien le abriera para estar con la gente, deseaba que las personas le permitieran convivir con ellas. Al principio los dueños interpretaron sus maullidos como una tierna y conmovedora súplica, llena de inocencia y cariño indefenso hacia los amos: “Ustedes no me quieren ¿verdad?... permítanme entrar, me quedaré quieto en un rincón... no me dejen durmiendo solo en la cocina, lejos de ustedes, me da miedo” —sus lamentos parecían decir todo eso.

“¿Y que tal si dejamos al gato entrar en la habitación? ¡Pobrecito!” —dijo el profesor.

“Si envías a un niño a la guardería llora más que un gato” —añadió la esposa del profesor.

El profesor empujó la puerta, salió, abrazó al gato y comenzó a acariciarlo y consolarlo, también le ayudó a rascar su mentón y su cuello. Dicen que cuando los gatos se limpian, no alcanzan aquel sitio con las uñas, y también dicen que si el hombre rasca al gato en aquella zona se trata de la mayor manifestación de amistad, cariño, compasión y ternura hacia el gato. Naturalmente, al ser rascado por el patrón, el gato soltó un ronroneo de placer desde lo más hondo de su garganta.

Después, como si llevara a su propio nieto a la guardería, el profesor cargó con sumo cuidado al gato hasta el comedor y suavemente lo depositó en su aposento de “cuatro estrellas”, se agachó y con un tono convincente y didáctico le dijo: “Ami, no te enojés ni rezongues, duérmete aquí, mira que cómodo es eso.”

El profesor cumplió cabalmente con su deber paterno y sintió que era muy amable con el gato.

Unas dos horas después, o tal vez una, o quizás media hora o diez minutos, o quien sabe y sólo eran 5 minutos o uno, el gato empezó a maullar. Corrió hasta la puerta del dormitorio y la sala de estar, anhelaba la aceptación del amo, quería el calor de la gente y no la comodidad de su habitación de "cuatro estrellas". Hasta la melodía más conmovedora después de tres minutos fastidia, aún más si el sueño de media noche o la dulce siesta de una tarde calurosa de verano son interrumpidos por maullidos: lo que se siente es odio y no lástima. "¡Qué gato tan latoso! ¡Gato feo! ¡Tonto!" La gente comenzó a externar esta clase de comentarios.

Pero esto no se queda en palabras —aunque es cierto que los humanos no comparten un "idioma en común" satisfactorio y libre de malentendidos con los gatos— pues si no pueden detener los ruidos que ahuyentan sus dulces sueños, los dueños abren despacio la puerta y le gritan enfurecidos o le dan una patada para que se dé cuenta de que su presencia ya no es grata.

Un día, el hijo se preparaba para abrir la puerta y regañar severamente al gato. Pero antes de que los gritos surtieran efecto, el gato se escabulló y entró en el cuarto. "¡Gato estúpido, entró al cuarto!" —dijo el hijo. Y enseguida se puso en acción para atraparlo. El gato aterrizado temblaba escondido bajo el ropero. Entre más estiraba la mano para atraparlo más se escondía, parecía que quería escabullirse por la esquina o los bordes de la pared. Esa manera de actuar no era nada valiente, nada gloriosa ni ejemplar, hasta se podía sospechar que el gato los desafiaba: no permites que se meta en el cuarto y él se mete, quieres atraparlo y se escabulle, se esconde y no se deja atrapar. ¿Qué quiere entonces? Busca a la gente, los persigue, maúlla, quiere entrar a los cuartos, ¿no será porque anhela la cercanía y el calor humano? Entonces ¿porqué no obedece, porqué no se porta bien, sino que resiste y los desafía? ¿Se habrá involucrado en círculos gatunos con actitudes negativas? ¿Será esto el resultado de una contradicción entre el pensamiento y la acción?

Sea como fuere finalmente lo atraparon, ya que un gato no es un digno contrincante para el hombre, le pegaron y lo depositaron en el cajón de madera de "cuatro estrellas". Sus ojos muy abiertos miraban hacia el techo, en sus pupilas se reflejaba la luz roja del foco y sus ojos de color gris azulado se tornaron como dos balas rojas que daban miedo. Quién sabe si en los ojos del gato se derramó la sangre o si ocurría alguna reacción óptica entre las pupilas del gato y el foco, de cualquier modo, los ojos rojos del gato provocaban terror. La gente ya no le insistía con palabras o tiernas caricias a quedarse quieto en su cajón, sino que a gritos lo regañaban: "¡Si sigues dando lata te voy a pegar!"

Después de muchos regaños y castigos cada vez más fuertes y du-

ros, parecía que el gato ya había comprendido y aceptado las condiciones de los amos. Creció, engordó, y sólo comía, bebía agua, defecaba y orinaba, se rascaba y se estiraba perezosamente, moviendo sus patas y su cola sin salir jamás del cajón. Ya casi no maullaba, parecía cada vez más mudo, y además era cada día más sucio porque ya no se aseaba como lo hacen los gatos. Un gato blanco que no es blanco es muy feo.

“Pero este gato es muy noble.”

“Pero es muy tonto, flojo y decadente.”

“Es horriblemente sucio... ¡Mira qué bellos son los gatos persas en otras casas!”

“¿No será que este gato nació defectuoso? ¿Cómo es que no se sube al techo, ni entra en celo? ¡Hemos criado a un eunuco!”

“Tal vez no es un defecto fisiológico sino una anomalía psicológica.”

La gente comentaba, se burlaba. Sólo el profesor veía el asunto con más seriedad y profundidad. Él decía: “Creo que hemos violado la naturaleza de este gato.” La gente se reía mientras él seguía: “Creo que le falta amor.” Suspiró profundamente y todos callaron. “Yo casi nunca estoy en casa” —dijo la hija— “si estuviera aquí lo llevaría todas las noches a dormir a mi lado...” El hijo replicó: “¡Qué bien! ¡Que el mundo se colme de amor entonces! Si papá le quiere dar amor, desde hoy que lo lleve a dormir a su cama.”

El profesor movió la cabeza. La gente otra vez se rió. Si con la esposa duerme en camas separadas, ¡qué decir del gato! La esposa del profesor dijo: “No analices, en esta vida tú analizas todo, ponerse a analizar a un gato ¡qué horror! Aparte de analizar ¿qué más has hecho?, ¿qué más puedes hacer?”

El profesor sonrió con amargura y dijo: “Yo soy profesor... no soy veterinario, y tampoco soy carnicero.”

Acto seguido, de pronto un buen día el gato desapareció.

El cajón de cuatro estrellas estaba vacío. Los platos para agua y comida quedaron abandonados.

Un día que los nobles y generosos amos querían ofrecer cabezas y espinas de pescado, o patas de pollo o tendones de res al gato cuya existencia dependía de su generosidad, se dieron cuenta de que el objeto de su bondad ya no estaba.

Cuando tenían al gato, a menudo lo veían como una calamidad, incluso les molestaba verlo enredado entre los pies, jalando los pantalones, lamiendo los dedos, implorando piedad y cariño. ¡Qué latoso! Pisabas sus patas y los quejidos te espantaban. Ahora el gato no está. Al caminar no tienes ningún obstáculo, dejas la carne de res cortada en finas tiras sobre la mesa sin necesidad de tapanla y protegerla. Por la noche ya no necesitas cerrar las puertas, no hay nada allí afuera —y aunque la cierres no logras detener a los latosos mosquitos y cucarachas.

Cuando quieres regañar, tomarla con alguien, amenazar, o simplemente

insultar, descubres que el sujeto se quedó sin objeto. Entonces, la gente de la casa ya no tuvo con quién desquitarse con regaños y culpas.

Así que todos experimentaron una sensación de pérdida.

La hija lloró amargamente: “¡Pobrecito! Desde que llegó a nuestra casa no tuvo un día de felicidad. Si se lo llevaron, tal vez lo maltratarán, en la casa de un amigo amarran al gato a la cabecera de la cama, le dan un pedazo de pan y lo atan con una soga. ¡Y si le hacen lo mismo a Ami!”

Cuando la esposa del profesor fue a una tienda cerca de la casa para comprar empanadas, vio a un gato blanco cuyo tamaño correspondía con su gato persa y que tenía una mancha negra en la frente. Sus ojos no eran gris azulado sino amarillo pálido. Ese descubrimiento conmocionó a toda la familia. ¿Será nuestro gato? ¿Se habrá hecho cirugía estética, se habrá pintado el pelo y aún las pupilas? La hija y la nuera también fueron por empanadas y con el pretexto de comprar observaron cuidadosamente al gato. Incluso la patrona de la tienda se molestó.

“No es nuestro gato” —declararon todos después de una cuidadosa investigación.

¿Cómo se habrá perdido el gato? ¿Subiría al techo? ¿Perdería el camino a casa? ¿Un gato puede perder el camino? ¿Salió por la puerta y lo robaron? Tal vez. Los valores en la actualidad están por los suelos. Secuestrar a un gato ajeno equivale a un asalto. Quién sabe si en la ley penal de nuestro país hay disposiciones para estos casos. Dicen además que se roban a los gatos para arrancarles la piel y venderla. ¡Qué tragedia! También dicen que la gente que cría palomas pone trampas en el techo, si nuestro gato cayó en una de estas trampas ya está muerto. ¿Quién pone trampas? ¡Qué falta de ética! El gobierno debe prohibir categóricamente las trampas. ¿Aquel día por la mañana estaba el gato? ¿Quién lo vio? ¿Quién salió sin cerrar la puerta? ¡Por qué nadie se preocupa por un gato tan bueno!

Se reprochaban entre ellos sin llegar a ninguna conclusión. La hija lloró otra vez.

Cinco días después, el profesor angustiado contó que, según el diario de la tarde, en un barrio en la periferia de la ciudad ordenaron que en un determinado día tenían que aniquilar a todos los perros o entregarlos a las autoridades, a fin de controlar la rabia. El día X era declarado como “un día sin perros”. Ese día, cualquiera que viera un perro tenía que matarlo. Unos hermanos amaban a su perro tanto, que decidieron esconderlo en la casa, lo abrazaron, no le permitieron ladrar y decidieron compartir el destino de su perro hasta las últimas consecuencias. Quién se iba a imaginar que por la noche, cuando los hermanos se relajaron y el perro ya no podía soportar más, de pronto salió del cuarto, salió de la casa y saltó a la calle. Los hermanos lo perseguían mientras el perro corría. Los activistas antiperros también corrían detrás. Aventa-

ban piedras y palos, y el perro seguía corriendo. La gente gritaba y el perro seguía corriendo. La gente usó resoteras, espadas largas y otras armas primitivas, y el perro seguía corriendo. Finalmente agotó sus fuerzas. Los dos hermanos alcanzaron a su amado perro. Usaron sus cuerpos para protegerlo de los palos y piedras que caían. De pronto, el perro saltó y cortó a mordidas la garganta de uno de los hermanos. Un cronista del periódico vespertino señaló: los hermanos no obedecieron el reglamento y por eso sufrieron las consecuencias.

Nadie abrió la boca. Todos pensaban que la narración del profesor estaba fuera de lugar.

Una semana después, en la madrugada, cuando todos dormían profundamente, de pronto se oyeron los suaves maullidos de Ami. Eran tiernos y claros pero no parecían suplicar, su garganta ya no estaba ronca como antes.

De un brinco el profesor saltó de la cama, se puso el abrigo y fue a darle la bienvenida. Todos se levantaron y con gritos de júbilo recibieron al gato. El profesor apresuradamente sacó del refrigerador carne de res y leche, y con proteína animal de la más alta calidad le dio la bienvenida. Además, abrieron todas las puertas y decidieron amablemente invitar al gato a entrar a cualquier cuarto que se le antojara.

“Mimi, Mimi” —llamaban el profesor, la esposa, la hija y la nuera. El nieto de dos años también se despertó y también lo llamó. El tierno llamado al unísono conmovía hasta las lágrimas.

Ami lamió la carne y olfateó la leche. Estaba muy flaco, su pelo se veía muy largo y muy sucio, pero sus ojos brillaban, se veían alegres y salvajes como después de una gran batalla victoriosa. Ami levantó la mirada y observó a cada uno como si pasara revista. Luego entró a cada una de las habitaciones, atravesó cada una de las puertas que tanto había anhelado cruzar y miró los interiores de los cuartos.

La gente estupefacta permanecía callada.

Ami de pronto se dio la vuelta, y como el humo que desapareció en la acacia y se escabulló hacia el techo, miró nuevamente a sus amos que lo llamaban al unísono y entonces se fue.

(Publicado en 1990)
traducción de Liljana Arsovska
con la colaboración de Flora Botton Beja

La dura sopa de arroz

Los miembros formales de nuestra familia son mi abuelo paterno, mi abuela paterna, mi padre, mi madre, mi tío, su esposa, yo, mi mujer, mi prima, su esposo y mi lindo y espigado hijo. Nuestras edades, en este mismo orden, son 88, 84, 63, 64, 61, 57, 40, 40 y 16 años. Es una estructura de trapecio perfecta. Además, tenemos otro miembro, más formal que cualquier otro, la infaltable, la “hermana Xu”. Ella tiene 59 años, ha trabajado en nuestra casa durante cuarenta años, no puede vivir sin nosotros y nosotros aún menos sin ella. Además, es la “hermana” de todos nosotros, comenzando por el abuelo y terminando por mi hijo, y conforme a los derechos humanos y al principio de igualdad, todos la llamamos “hermana”.

Siempre hemos vivido muy unidos y en paz. Cuando discutimos si este verano hizo mucho calor o no, si debemos tomar té *Longjing* que cuesta ocho yuanes la onza, o té verde que vale cuarenta centavos la onza, si conviene comprar jabón de tocador *Magnolias*, *Violeta* o bien *Escudo de oro*, todos respetamos la opinión del abuelo. Nunca hemos tenido opiniones demasiado divergentes, ni discusiones, ni lucha de facciones, ni peleas, y a pesar de que discutimos, llegamos a la misma conclusión. Hasta nuestra manera de peinarnos es parecida, claro que con las respectivas diferencias entre hombres y mujeres.

Desde hace varias décadas, nos levantamos a las seis y diez, y a las seis treinta y cinco de la mañana ya está listo el desayuno, que prepara la hermana Xu. Hay rebanadas tostadas de pan *mantou*, sopa de arroz y verdura salada. A las siete y diez todos partimos, unos a la escuela y otros al trabajo. El abuelo, incluso después de haberse jubilado, también sale cada día a esa hora y desempeña varias actividades en el comité de vecinos. Al mediodía regresamos y comemos fideos con salsa preparados por la hermana Xu. Descansamos un poco y a la una y media de la

tarde todos salimos de nuevo, unos para la escuela y otros para el trabajo. El abuelo duerme su siesta desde el mediodía hasta las tres y media, se levanta, se lava la cara, se enjuaga la boca y se sienta a tomar té y a leer el periódico. Alrededor de las cinco, el abuelo, la abuela y la hermana Xu discuten el menú de la noche. Cada día se discute el “problema” de la cena, y tanto el abuelo, como la abuela y la hermana Xu, exponen vigorosamente sus puntos de vista sobre este asunto; la decisión final es aceptada por todos. Hoy comeremos arroz, y en cuanto a los platillos, uno será de carne, otro de carne y vegetales, y otros dos de puros vegetales. ¿Y la sopa? Hoy no haremos sopa, o sí la vamos a hacer. Después de la discusión, la hermana Xu entra a la cocina donde se afana durante treinta minutos; siempre tiene que salir para preguntarle algo a los abuelos: “Mira qué distraída soy, se me olvidó preguntarles algo. En el platillo mixto de carne y vegetales, ¿quieren que corte la carne en pedazos o en tiritas?” A ver, a ver, esto sin duda es un asunto importante. Los abuelos se miran de reojo, hacen una mueca y responden: “Córtala en pedazos” o “córtala en tiritas,” y sus deseos siempre se cumplen satisfactoriamente.

Todos estamos contentos; sin embargo, lo más importante es que el abuelo esté contento; sufrió mucho cuando era joven. Él dice a menudo: “Ahora siempre hay suficiente comida, la ropa que usamos no está rota, en la casa hay todo lo necesario, los hijos y los nietos viven muy unidos y gozan de buena salud. Antes, ni en las casas de los ricos se podía imaginar eso. No sean frívolos. ¿Acaso saben lo qué es el hambre?” Entonces mi padre, mi madre, mi tío, mi tía y todos declaran que no han olvidado los días de hambre. Con el hambre el estómago se siente vacío, la cabeza pesada y los pies no responden. Según lo que dicen, tener hambre se parece a haber comido demasiado, te dan ganas de vomitar. Toda nuestra familia, con el abuelo y la abuela a la cabeza, somos seguidores activos de la filosofía conformista y apoyamos decididamente el sistema político actual.

En estos últimos años, de repente han ocurrido grandes cambios. Nos llegan nuevas corrientes en todo. En pocos años, en casa nos hicimos de un televisor a colores, de un refrigerador y de una lavadora. En el vocabulario de mi hijo abundan las palabras en inglés; el abuelo, que es abierto y sensato, acumula cada día nuevas palabras y nuevos conceptos de los periódicos que lee por la tarde y de la televisión que ve por la noche. Constantemente toma en cuenta nuestras opiniones, diciendo: “Vamos a ver si en nuestra casa hay algo que necesitamos reformar o mejorar.”

Todos opinamos que no hay nada que mejorar y la hermana Xu agrega que “ojalá todas las generaciones, todos los días, todos los años y todos los siglos vivan como nosotros”. En un momento dado mi hijo hizo una recomendación. Antes de abrir la boca se talló los ojos como

si tuviera una pestaña adentro y recomendó la compra de una grabadora. El abuelo, dispuesto a escuchar recomendaciones ajenas, autorizó la compra. Nuestra casa adquirió una grabadora con sonido estéreo de marca *Luz roja*. En un principio todos estábamos muy contentos, uno hablaba, otro cantaba, otro imitaba el maullido de un gato, otro leía en voz alta un párrafo del periódico: todo eso lo grabábamos y luego lo oíamos. Todos juntos, disfrutando y aplaudiendo, consideramos que la grabadora era un objeto maravilloso. ¡Qué tristeza que los padres y los abuelos del abuelo no la hubieran conocido! ¡Qué suerte tenemos hoy! Sin embargo, pasados dos días la emoción se enfrió. Compramos algunas cintas, pero la música no era, ni por casualidad, tan buena como la que ponían en la televisión o en la radio. La grabadora quedó olvidada en una esquina, acumulando polvo. Todos llegamos a la conclusión de que el uso de la nueva técnica y de los nuevos aparatos es muy limitado. Para nada alcanzan la importancia que tienen el orden y la unión de la familia, ni pueden compararse con la utilidad de la radio tradicional.

Para entonces fue cuando las autoridades decidieron suspender la siesta. Al mediodía sólo se descansaría de cuarenta minutos a una hora. Toda mi familia se descontroló. Al principio las empresas comenzaron a dar comida gratis. A nosotros, por un lado, eso nos alegraba, pero, por otro, nos preocupaba. La alegría se debía a lo gratuito de la comida; y la preocupación, a la falta de hábito. Como era de esperarse, en dos días todos teníamos grandes malestares, y no podíamos ni siquiera defecar. A los pocos días suspendieron la comida gratis. ¡Qué desconcertante!, ¿verdad?, y ahora, ¿qué haremos? El abuelo nos enseñó a tomar la vanguardia y seguir por el camino señalado por el gobierno, en cualquier hora y en cualquier lugar. Entonces comenzamos a comprar loncheras y a llevar comida de la casa. ¡Qué pesado era eso! La hermana Xu empezó a sufrir de insomnio, le dolían las muelas, le salieron orzuelos y su corazón presentó arritmia. En poco tiempo, todas las instituciones prolongaron naturalmente el tiempo de descanso del mediodía. Algunas no ordenaron la prolongación de la siesta, pero naturalmente retrasaron la hora de entrada en la tarde aunque no retrasaron la hora de salida del trabajo. Volvimos a disfrutar los fideos con salsa del mediodía, la hermana Xu ya nunca más tuvo orzuelos, las muelas no le volvieron a doler, ya no sufría de insomnio y su corazón latía rítmicamente, setenta a ochenta latidos por minuto.

Los vientos del cambio soplan vigorosamente, nuevas corrientes adquieren cada día mayor ímpetu y las leyes de la naturaleza tienen su propia dinámica. Por todos lados se pone en tela de juicio lo viejo, por doquier brotan sueños de modernización. Incluso amigos excelentes, que antes nos tomaban como ejemplo, ahora nos animaban a cambiar, a transformarnos. Tal parece que en Guangzhou, o mejor en Hong Kong o directamente en Estados Unidos, apareció un modelo nuevo. Antes que to-

dos, el abuelo dijo: “Vamos a reformar el sistema de la familia; convertiremos el gobierno centralista en un gobierno democrático compuesto por un gabinete”. Él se encargó de nombrar el gabinete que fue aprobado por la asamblea, compuesta por todos los miembros de la familia, incluyendo a la hermana Xu, que también tenía derecho a voz, pero no a voto. El cambio consistía en establecer un gobierno rotativo entre los miembros de la familia. Todos, menos la hermana Xu, estuvieron de acuerdo. En un principio la tarea de organizar la administración familiar le fue encomendada a mi padre, a quien se le informó que tenía la obligación de modernizar la alimentación de la familia.

Mi padre toda la vida ha comido comida caliente, ha hecho trabajos impuestos por otros y ahora que es el responsable de la gran tarea de organizar la comida, está muy afligido debido a un asunto como ése, tan embarazoso para él. Cuando se topa con el problema de qué marca de té comprar, de si hacer sopa o no, de si cortar la carne en pedazos o en tiritas, siempre va a consultar al abuelo. En lo que haga o diga, siempre se escuda detrás del abuelo: “El abuelo dijo que hay que comprar repelente marca *Crisantemo* para lavar los platos, que no hay que usar detergente porque contiene muchas porquerías químicas que pueden ser venenosas. Nada mejor que el agua tibia con un poco de sosa, es económica y a la vez limpia”.

Esto no hizo más que complicar el asunto. Cuando la hermana Xu tiene dudas le pregunta a mi padre, y como mi papá no toma decisiones, entonces él va y le pregunta a mi abuelo; después de preguntarle, regresa con la hermana Xu y le transmite las palabras del abuelo al pie de la letra. Lo mejor sería ir directamente con el abuelo para preguntarle. Pero eso quizás haría que mi padre se sintiera desplazado, y que mi abuelo se enojara. Lo cierto es que mi abuelo sí se enojó. Varias veces le dijo a mi padre: “Tú decide esas cosas, ya no vengas más a preguntarme”. Entonces, mi padre le decía a la hermana Xu: “El abuelo me dijo que yo decidiera. El abuelo comentó que ya no le vuelva a preguntar”.

Mi tío y mi tía ya comenzaron a rezongar, quién sabe por qué. Es probable que estuvieran descontentos con la ineptitud de mi padre, pues pensaban que se valía de la autoridad del abuelo y se pasaba de vivo; estaban descontentos con la actitud sobreprotectora de mi abuelo; también estaban cansados de las constantes quejas de la hermana Xu, pero, por sobre todo, estaban descontentos con la decisión unánime de instalar el sistema parlamentario y de elegir a mi padre como jefe.

Mi abuelo se dio cuenta de eso, y un buen día agarró a mi padre y lo regañó. Le explicó que tenía una gran tendencia a delegar el poder de arriba hacia abajo. Mi papá no tuvo más remedio que prometer que no volvería a hacer las cosas usando el nombre del abuelo. Poco después, también mi padre delegó el poder de arriba hacia abajo: de ahí en

adelante hacer o no sopa, cortar la carne en pedazos o en tiritas, lo decidiría únicamente la hermana Xu. Ella no estuvo de acuerdo: “¿Cómo puedo yo hacerme cargo de eso?”, refunfuñaba, y se asustó tanto que no comió. Sin embargo, todos la alentamos diciéndole: “Tú has trabajado muchos años en nuestra casa y debes tener voz y voto; házte cargo y nosotros te apoyaremos. Compra lo que quieras, haz de comer lo que quieras, comeremos lo que nos des, te tenemos confianza”.

La hermana Xu acabó por sonreír y agradeció el apoyo de todos. No hubo ningún cambio; sin embargo, la gente comenzó a poner “perros”. Todos sabíamos que la comida estaba hecha personalmente por la hermana Xu; no teníamos argumentos para poner nada en duda. El descontento inconsciente pronto se volvió consciente. Primero fue mi hijo, luego mi prima y su marido, y al final mi esposa y yo. Todos comenzamos a rezongar en voz alta: “Nuestra comida ha sido la misma durante más de cuarenta años, pronto se convertirá en un reliquia histórica”. “Siempre nos inclinamos por lo viejo, al punto que se convierte en regla; el camino conocido está petrificado y jamás nos atrevemos a cambiarlo”. “La vida de nuestra familia es atrasada en comparación con la corriente actual”. “Las limitaciones de la hermana Xu son muchísimas, su preparación cultural es bajísima. Es buena persona, pero tiene un nivel bajo. Es increíble que en la década de los ochenta nuestra familia viva guiada por el nivel de la hermana Xu”.

La hermana Xu no se daba cuenta de nada; por lo contrario, ella expresaba su entera satisfacción. Siguiendo sus criterios, comenzó a introducir algunas reformas. Primero redujo los dos platos de verdura salada del desayuno, poniendo el contenido de uno de ellos en dos platitos; luego a la verdura salada, que en principio va con aceite, le eliminó el aceite de ajonjolí; en lugar de freír en aceite la salsa de carne picada para los fideos, la ponía en agua; modificó la costumbre de tomar sopa una vez cada dos días, por una vez cada siete días; cambió la sopa de huevos por una “gran sopa” que era la más simple del mundo, hecha con cebollitas y salsa de soya. Con el dinero que le sobraba, empezó a comprar ampollitas de jalea real con ginseng que le llevaba a mi abuelo. Nos veíamos obligados a apretarnos el cinturón para hacerle la barba a mi abuelo; estábamos enojados, pero no podíamos decir nada. Lo más vergonzoso de todo fue lo que nos contó mi hijo. Después de hacer la “gran sopa” la hermana Xu solía servirse un plato lleno de cebolla fresca y olorosa, y se lo comía rápidamente, antes de que nosotros nos sentáramos a la mesa. Además, mientras cortaba la verdura en la cocina, comía semillas de calabaza. Mi hijo dijo que seguramente se las compraba a costa del gasto para la comida. El poder no es más que corrupción. A poco poder, poca corrupción; a poder total, corrupción total: mi hijo, con una gran elocuencia, proclamó su nueva postura teórica.

Los miembros de la familia menores que mi padre no dijeron nada,

así que mi hijo se sintió muy alentado por el apoyo silencioso, y cuando volvió a sorprender a la hermana Xu tomándose la “gran sopa” antes que los demás, pronunció una crítica muy severa: “Ya basta de tu comida de bajo nivel. Además, primero escoges las cebollitas para ti. Desde mañana yo me hago cargo. Haré que mi familia viva una vida conforme a la modernidad”.

A pesar de los berrinches de la hermana Xu, nadie dijo nada. Todos consideraron que no era malo dejar que el hijo se encargara de la comida: es joven, tiene fuerza, tiene ideas, tiene vigor y corresponde a los nuevos reglamentos para la formación de cuadros. Sin embargo, todos, incluyéndome a mí, consolábamos a la hermana Xu: “Tú has trabajado cuarenta años en nuestra casa, los resultados son los que cuentan, nadie podría borrarlos”.

Muy exaltado, mi hijo expuso su teoría. “Hace cuarenta años que en nuestra casa se come lo mismo. No sólo nunca ha habido innovaciones, sino que siempre ha habido un gran defecto: sobran los carbohidratos y faltan las proteínas. La falta de proteínas frena el crecimiento y el desarrollo, obstaculiza la reproducción y la función de los leucocitos, que son la defensa contra las enfermedades. El resultado es la debilidad de la estructura nacional y una gran baja en la calidad de la población. En todos los países desarrollados la gente consume, en promedio, siete veces más proteínas que nosotros, y catorce veces más proteínas de origen animal. Si continuamos así, no podremos alcanzarlos ni en estatura, ni en cuerpo, ni en fuerza, ni en energía, ni en espíritu. Ellos duermen una sola vez al día; les basta con cuatro, cinco o con mucho seis horas. Desde la mañana hasta la noche no les faltan ni fuerzas, ni energía, ni espíritu. Y nosotros, para colmo, dormimos la siesta y así estamos debiluchos. Seguramente me dirán que no debemos compararnos con los países desarrollados. Entonces, debo decirles que la estructura alimenticia de nosotros los Han no le llega ni a la de nuestras nacionalidades hermanas del norte. Y espero que no digan que el nivel económico de nuestras nacionalidades hermanas es más alto que el nuestro. El nivel de proteínas que consumimos nosotros es mucho más bajo, en comparación, que el de los mongoles, los cosacos, los uygures, los coreanos, e incluso que el de los tibetanos que viven en el suroeste. ¿Acaso no es posible modificar esta estructura alimenticia? Tomemos el desayuno, por ejemplo. En la mañana comemos pan cocido al vapor, sopa de arroz y verduras saladas. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que ése sea el desayuno de una familia con ingresos medios altos, en los años ochenta, en pleno siglo veinte, en un área urbana? ¡Qué horror! ¡Qué ignorancia! La sopa de arroz y la verdura salada son símbolos de la debilidad de Asia oriental. Es un lento suicidio, es la falta de conocimiento, es la vergüenza de los herederos del Emperador Amarillo, es el origen de la ruina de la civilización china, es el presagio de la decadencia de la civilización del Río

Amarillo. Si nosotros nunca hubiéramos desayunado sopa de arroz y verduras saladas, sino pan con mantequilla, ¿hubieran los ingleses podido ganar la Guerra del Opio? ¿Hubieran podido los soldados de ocho estados, en 1900, obligar a la emperatriz Ci Xi a retroceder hacia Chengde? ¿Se hubieran atrevido los enanos japoneses a provocar el incidente del 18 de septiembre de 1931? ¿Hubieran tenido el valor de provocar otro incidente en 1937 en Lugouqiao?

”Si durante los ataques contra los chinos, los japoneses se hubieran dado cuenta de que todos ellos olían a mantequilla, seguramente se habrían desmayado. Si después de 1949 nuestros dirigentes hubieran prohibido la sopa de arroz y la verdura salada, y en lugar de eso toda la gente hubiera comido pan con mantequilla, jamón, salami, huevos, yogurt, queso, mermelada, miel, chocolate, entonces el poder del país, el nivel del desarrollo de la ciencia, la tecnología, el arte, el deporte, la vivienda, la educación y la cantidad de coches por habitante hace tiempo que habrían alcanzado los primeros lugares del mundo. Hablando en serio, la sopa de arroz y la verdura salada han sido el origen de nuestra desgracia y de nuestro estancado sistema feudal. Debemos eliminar radicalmente la sopa de arroz y la verdura salada; de no ser así, China ya no tendrá esperanza”.

El orador estaba muy exaltado con su discurso y los oyentes emocionados. Yo, por un lado, estaba sorprendido y halagado y, por otro, creo que me asusté. Me sorprendía y me halagaba que en un abrir y cerrar de ojos mi hijo hubiera dejado de usar pañales, y que ya no me llamara para que le limpiara el trasero, sino todo lo contrario: ha acumulado tantos conocimientos, renovado tantos pensamientos, expresado tantas opiniones atinadas; ha descubierto el elemento clave. Es cierto que el mundo sigue su curso natural y que está en manos de los jóvenes. Los hijos son la fuerza de la sociedad.

Mientras que nuestro cuerpo está impregnado de sopa de arroz y de verduras saladas, el alma añora la mantequilla y el jamón. Mi hijo ha dicho todo lo que podría decirse sobre la modernidad. No cabe duda que la nueva generación es la dueña, y todo el mundo le pertenece. Lo que me asustaba era que mi hijo hubiera acabado frívolamente como acabó con todo, como Zhao Kuo cuando discurría sobre estrategia militar o como Ma Si se jactaba de poder defender su posición. Sus palabras iban más allá de la realidad, eran grandilocuentes, pero sin sustancia. Él nos hizo perder el tiempo para que al final no hubiera ningún resultado. Según mi experiencia de medio siglo, los que simplifican asuntos complicados e importantes se parecen al que cree que cortarle la cabeza a un general enemigo protegido por mil caballos y diez mil soldados es tan simple como sacarse algo de la manga; tarde o temprano se desgastan y se vuelven impotentes. Yo que sólo tengo un hijo, en consideración por la continuidad de la estirpe familiar, no puedo permitir eso.

Tal como se esperaba, mi prima suspiró y, frunciendo la nariz, dijo: "Tienes razón, muchacho. Si en realidad hubiera tanta mantequilla y pan, ya habríamos completado el proceso de modernización."

Mi hijo muy agitado gritó: "¡Qué barbaridad! En los años sesenta Krushchov propagó el comunismo a base de carne asada y papas, y hoy, en los ochenta, mi tía quiere hacer la modernización a base de pan con mantequilla. ¡Qué parecido! La modernización implica automatización de la industria, intensificación de la producción agrícola, progreso en la ciencia, globalización de la defensa nacional, liberación de los pensamientos, complicación de los términos, transformación del arte, perpetuación de la discusión, superficialización del debate, mistificación de los conceptos, explotación al máximo de la energía humana. El mar de las "ciones" es infinito, pero la mantequilla es el remo; si no hay camino hacia la tierra soñada, el pan es el puente. Claro, yo sé que la mantequilla y el pan no son como las bombas que nos lanzan enemigos imaginarios, no soy ignorante ni estúpido; sólo pienso que debemos fijar un objetivo, porque un país sin meta es como un hombre sin cabeza que desconoce su capacidad."

"Está bien, está bien", dijo mi abuelo, "los principios básicos no difieren, son iguales para todos, ya no se peleen", y todos dejaron de pelear.

Mi hijo se puso terco y, naturalmente, al día siguiente, en la mesa había pan, mantequilla, huevos tibios, leche y café. La hermana Xu y la abuela no querían tomar café con leche y mi tío les dio una idea: para quitarle el sabor extraño al café les propuso dorar cebolla, pimienta roja, canela, anís, corteza de jengibre, pimienta negra, chile seco, algas y, cuando todo estuviera bien dorado, agregarle salsa de camarón y ponerlo al café. Lo probé y realmente era más fácil tomarlo así. Yo también pensaba ponerle esta mezcla, pero al ver la cara de mi hijo y su expresión severa, decidí tomarlo simple, a la occidental. Este pequeño emperador, mimado por todos, ¿hacia donde piensa llevar a mi país?

A los tres días todos estábamos enfermos. La hermana Xu se enfermó de una gastroenteritis tóxica aguda; hubo que hospitalizarla y existía la sospecha de que tuviera cáncer gastrointestinal. Mi abuela también se enfermó con una cirrosis hepática psicógena tipo "no A no B". Desde que empezó a comer comida occidental mi abuelo se constipó. Mi papá y mi tío lo cuidaban alternadamente, y para que pudiera defecar lo destaparon con palillos de bambú, pero el resultado no fue del todo satisfactorio. Mi prima se enfermó de obstrucción intestinal, padeció de un dolor insoportable y hubo que operarla. A su marido le dolían las muelas y le salieron úlceras en la boca. Mi esposa vomitaba todos los días después de comer, y después de devolver la comida occidental, se iba en secreto, por miedo a que el hijo se enterara, a la casa de su madre, a comer sopa de arroz y verdura salada. Pero, lo más patético fue que

en tres días se gastaba el dinero que antes servía para la comida de todo el mes. Mi hijo dijo: "Si no se pone más dinero, ni siquiera podremos comer sopa de arroz y verdura salada". Cuando el problema llegó a tal grado fue necesaria mi intervención. Fui a ver a mi padre y mi tío para decirles que teníamos que quitarle el poder a mi hijo y que era necesario recuperar la vida normal de la familia.

Mi papá y mi tío fueron a ver al abuelo para consultarlo, y éste fue a ver a la hermana Xu. Ella, por su lado, estaba en el hospital, y además dijo con firmeza que si salía de allí, nunca más pensaba hacer la comida. Si la familia creía que ella era una inútil, podía correrla. Mi abuelo tuvo que usar toda su capacidad diplomática para convencerla de que lo que ella pensaba no era cierto; además, aprovechó la ocasión para expresar su filosofía de la vida. En el mundo el afecto es lo que cuenta, y la hermana Xu en nuestra casa nos ha dado mucho afecto y atención: es más estimada que los propios parientes y más cercana que los parientes de sangre. Cada día que esté en la casa compartiremos con ella las alegrías y las tristezas, y aunque sólo quede un *mantou*, lo compartiremos con ella; aunque sólo quede un vaso de agua, le dejaremos su parte. Si nos hacemos ricos, ella también será rica; aunque tengamos dificultades, la cuidaremos; nunca la dejaremos después de tantos años de servicio. Mi abuelo habló tanto, que terminó por conmovirse y todo lo dicho hizo que sus lágrimas fluyeran como un río. La hermana Xu escuchaba con atención, y se conmovió tanto con las palabras del abuelo que se puso a llorar. Al final, el médico que la atendía nos dijo que la atmósfera no convenía para la recuperación de la enferma y le aconsejó a mi abuelo que se retirara.

Al regresar a casa mi abuelo convocó una asamblea general, y nos dijo que él ya estaba viejo y cansado. En cuanto a qué se iba a comer o cómo se iba a comer, él no tenía objeciones y menos aun el poder de decisión. Pero dijo que si lo buscábamos para preguntar algo, él iría directamente a consultar a la hermana Xu. Ella está muy sentida por todos nuestros comentarios y, además, tenía los intestinos afectados por culpa de la comida occidental del bisnieto. "Yo ya no puedo hacerme cargo de la situación, y ustedes coman lo que quieran. Si no hay comida para mí, me moriré de hambre. No importa."

Nos miramos unos a otros. Todos considerábamos que la solución ideal era que el abuelo se hiciera cargo, como antes. Durante más de medio siglo, todos habíamos estado contentos, y cuatro generaciones habían vivido en armonía. Mi prima expresó su decisión de hacer todos los días comida para el abuelo. En otras palabras, ella, su marido, el abuelo, la abuela y la hermana Xu iban a comer su comida aparte. Mi padre dijo que él podía formar un grupo con mi madre, pero sin mí ni mi mujer, porque nosotros teníamos un hijo moderno y no era posible comer juntos. Yo dije que formaría otro grupo con mi mujer. Mi tío y

mi tía también hicieron su propio grupo, y mi hijo se quedó solo. Cuando mi prima vio lo que ocurría, pareció ponerse muy contenta, y agregó: "Que cada quien coma lo suyo, así seremos más modernos. No está bien que las cuatro generaciones coman juntas. Por un lado, nos parecemos a los del 'Sueño del Pabellón Rojo' y, por el otro, con tanta gente en una mesa nadie está cómodo y es más fácil la transmisión de la hepatitis". Mi prima continuó: "¿Existen las familias extendidas en Estados Unidos? ¿Existen casos en los que varias generaciones, al olvidar sus diferencias, puedan comer juntas?" Mi abuelo estaba sombrío.

Después de dos días, ya no era posible que cada quien comiera por su lado. A eso de las once, el grupo de mi prima prendía el fuego para hacer la comida. Como el abuelo pertenecía a ese grupo, los demás tan sólo podíamos mirar y suspirar. Luego seguía mi padre y luego mi tío; para cuando le tocaba a mi grupo ya eran las dos de la tarde, hora de ir a trabajar. A la noche era lo mismo: mirar el fuego y suspirar.

Más tarde nos sentamos a discutir el uso de la estufa. El primer problema fue el cilindro de gas. Con anterioridad, para resolver este problema y que el cilindro lo pudiera usar toda la familia, habíamos tenido que buscar catorce palancas, invitar gente a comer siete veces, regalar dos pinturas, cinco paquetes de cigarros y ocho botellas de vino. Exactamente después de trece meses y trece días, y mediante un esfuerzo titánico, lo conseguimos. Es posible comprar estufas de carbón si se hacen los trámites necesarios; sin embargo, es indispensable tener cupones para comprar el carbón, y aun si se lo consigue, no hay dónde ponerlo. Si, de acuerdo con la conciencia modernizante, pusieramos cuatro lumbrés, necesitaríamos ampliar la cocina unos treinta metros cuadrados. Claro que lo mejor sería hacer cuatro cocinas y, todavía mejor, construir cinco departamentos más. En verdad, el apetito consumista del hombre no tiene límite: es como un caballo salvaje desbocado. ¡Con razón los periódicos hablan de consumo exagerado! Mientras más hablábamos del consumo, más nos entusiasmábamos. Pero no nos limitamos a hablar de la vivienda, sino que nos extendimos hacia la conciencia personal, la modernidad, los derechos individuales. ¡Caramba! De tanto hablar y estar parados nos dolieron la cintura y las piernas.

La ciencia blanda de la instalación de varias estufas en un hogar aún está en pañales, puesto que un cilindro de gas se nos acaba en nueve días. Este año se restringió el suministro de gas, de tal forma que apenas si nos tocan unos cuantos bonos al año. Para garantizarle comida y agua caliente a todos, un cilindro de gas debería durar veinticinco días. Si en nueve días se nos acaba un cilindro y en cuatro meses se terminan los bonos, ¿qué haremos durante los ocho meses restantes del año? No sólo estamos descomponiendo el orden de la familia, sino que, además, echamos a perder el plan del Estado.

Todos estábamos preocupados y asustados, suspirábamos y nos que-

jábamos; los chismes corrían. Unos proponían comer harina cruda cuando el gas se acabara; otros aconsejaban restringir el tiempo de preparación de la comida a diecisiete minutos por grupo, otros comentaban que con la división de la cocina se había dado una situación en la que las relaciones de producción sobrepasaban el nivel de desarrollo de la fuerza productiva. Unos decían que mientras más reformas se introdujeran, más se complicaría el asunto; lo mejor sería regresar a lo de antes, cuando el abuelo era el gerente y la hermana Xu la encargada de la producción. Otros criticaban a Estados Unidos, diciendo que los norteamericanos se comportan como animales, no respetan al prójimo y no conocen la piedad filial y la fraternidad, y que por eso allá no existen las familias extendidas. Nosotros tenemos una bella tradición de moral familiar. ¿Por qué, entonces, tenemos que aprender de los norteamericanos? A todos nos daba pena ir a molestar al abuelo de nuevo, así que, sin ponernos de acuerdo, todos fuimos a buscar al esposo de mi prima. Él es el único de mi familia que ha bebido aguas extranjeras. En los últimos años se ha hecho dos trajes occidentales y ha comprado tres corbatas; fue a Estados Unidos para estudiar un posgrado durante seis meses; visitó Japón durante diez días y se paseó por siete ciudades de Alemania occidental. Tiene mucho mundo, estilo y elegancia, puede decir “gracias” y “disculpe” en nueve idiomas extranjeros. Es el miembro con más estudios y talento de nuestra familia. Pero, como es pariente político, tiene conciencia de su estatus y siempre guarda la distancia apropiada; nunca se pelea, ni discute, sabe cómo comportarse; siempre se adapta a las circunstancias y se da a respetar.

Esta vez, al ver que estábamos nerviosos y que, además, realmente teníamos dificultades, abrió su corazón y, dando prueba de sus conocimientos, dijo: “A mi modo de ver, el problema de nuestra familia sigue siendo el sistema. Comer o no *mantou* es algo sin importancia. El problema radica en quién habrá de tomar las decisiones y cuál será el procedimiento para elegir el menú. ¿Nos regiremos por el sistema feudal patriarcal o generacional? ¿Directamente quieren la anarquía y que comamos sin plan, cada quien lo que quiera, o que hagamos los platillos según las recetas de los libros? ¿Comeremos por instinto o con racionalidad? El problema crucial reside en la democracia. Cuando ésta falta, hasta lo sabroso pierde su sabor; cuando no la hay, comes pura porquería y nadie se hace responsable de esta situación, ni se ofrece como ejemplo para promover el cambio. Comes como un idiota que no sabe que el azúcar es dulce y la calabaza es amarga, porque lo dulce y lo amargo no tienen nada que ver con tu propia decisión. Cuando falta la democracia, uno se vuelve insensible, pierde la conciencia subjetiva y el que come se convierte en máquina procesadora de alimentos. Entonces aparece el desorden, cada quien hace lo que se le da la gana, nadie piensa ni considera las consecuencias, todos buscan la gratificación inmediata, los ac-

tos son intrascendentes, el que come se convierte en un fantasma con estómago, pero sin cabeza. Cuando no hay democracia, no hay derecho a elegir, y cuando no hay derecho a elegir se pierde la individualidad". Todos lo escuchamos y no parábamos de asentir, dándole la razón. Parecía como si estuviéramos despertando de un largo sueño.

Una vez recibidos los aplausos de los presentes, mi cuñado continuó: "Determinar el orden de acuerdo con las generaciones es la característica de una sociedad agrícola estancada; se trata de un orden natural que les conviene a los analfabetas y a los idiotas. Hasta un retrasado mental puede entender y adaptarse a un orden tan rígido, simple y monótono como ése, que anula la competencia y aplasta la iniciativa y la capacidad de crear y transformar; sin transformación, no existiría la humanidad, y sin cambio, todavía seríamos primates. Además, este sistema de orden de acuerdo con las generaciones desmoraliza a los jóvenes, puesto que antes de los cuarenta es cuando un hombre está lleno de energía y vigor, cuando sus pensamientos son más dinámicos y abiertos, y cuando tiene fuerzas para alcanzar todos los objetivos. Sin embargo, en esta época de su vida, el hombre es nulo".

Mi hijo gritó: "¡Tiene toda la razón!" Estaba tan emocionado que hasta se le salieron las lágrimas. Le hice con la mano un discreto gesto para que se callara. Desde que había fracasado al dirigir la "occidentalización" de nuestro desayuno, su imagen dentro de la casa había sufrido cierto deterioro. Todos consideraban que en alguna medida, él era imprudente, no le prestaba suficiente importancia a la familia y trabajaba en contra de sus intereses. Consideraban que hacía poco y deshacía mucho, y algunos hasta lo calificaban de elemento rebelde. Mi prima y su esposo ya no lo veían con tanta simpatía e, incluso ahora, en que se mostraba tan conmovido, el esposo de mi prima no sentía, por nada del mundo, que le hacía un favor.

Entonces yo pregunté: "Bien primo, tienes razón pero ahora, ¿qué hacemos?"

Él respondió: "Para cultivar la democracia hace falta votar. Las elecciones democráticas son cruciales; ellas constituyen la base del problema, son el centro del proceso. Vamos a votar todos. Que cada quien exponga su opinión, algo así como poner los votos en las urnas. Por ejemplo, ¿cuánto dinero se necesita? ¿Cuáles son las obligaciones de los demás? ¿Qué tipo de alimentación piensas ofrecernos? ¿Qué compensación o sueldo esperas por tu trabajo? Todo el proceso debe ser abierto, transparente, regular, según lo pactado; también debe ser legal, ordenado, científico y sistematizado, y al final, los votos lo deciden todo, la minoría obedece a la mayoría. El hecho de que la minoría se someta a las decisiones de la mayoría implica una nueva forma de pensar, un nuevo espíritu y un nuevo orden. Por un lado contrarrestamos la rigidez y por otro, la anarquía".

Mi padre se puso a pensar, y de tanto hacerlo se le marcaron más las arrugas de la cara. Al final dijo: "Está bien, acepto. Pero aquí tenemos dos obstáculos posibles; el primero es el abuelo, que tal vez no vaya a estar de acuerdo, y el otro es la hermana Xu..."

El marido de mi prima dijo: "Con el abuelo no tendremos problemas, porque sus pensamientos son muy avanzados. Hace mucho tiempo que él ya no se ocupa de organizar la comida, pero la hermana Xu sí es un problema".

Mi hijo se desesperó y gritó: "¿De dónde viene la hermana Xu? Ella nunca ha pertenecido a nuestra familia y, por lo tanto, no tiene derecho ni a elegir ni a ser elegida".

Entonces, mi madre, muy molesta, respondió: "Hijito mío, deja de decir tantas tonterías. No importa que la hermana Xu no sea de nuestra familia, no importa que no lleve nuestro apellido. ¿Qué es eso de que no tiene derecho a votar y a ser elegida? No sabes lo que dices, niño. ¿Cuándo hemos tomado una decisión sin consultarla? Yo llegué a esta casa hace toda una vida; yo sé lo que digo. Pero ustedes, ¿qué saben?"

Mi prima y su marido también comenzaron a discutir, y se pelearon. Mi primo decía que reconocer el estatus especial de la hermana Xu significaba desconocer la democracia, y que aceptar la democracia significaba desconocer el estatus especial de la hermana Xu. Se trataba de una cuestión de principios; no había lugar para excepciones. Mi prima, por su parte, lo regañó: "¿Cómo te atreves a decir tantas tonterías de pie, sin que te duela la espalda? ¿Qué utilidad tienen las palabras huecas que no corresponden a la realidad? Despreciar a la hermana Xu significa no respetar nuestras tradiciones; no respetar la tradición, es perder las raíces, y perderlas significa que todas las ideas de cambio se conviertan en pensamientos vacíos. Y los pensamientos vacíos frenan el cambio".

Mi prima no fue muy amable con su marido. También le dijo: "No pienses que porque fuiste al extranjero unas cuantas veces, o porque sabes decir unas palabras en otros idiomas, eres muy especial. En realidad, en nuestra casa tú no eres tan importante como la hermana Xu".

Mi primo quedó demudado, sonrió fríamente y se fue. Después de unos días, mi tío dio la cara y dijo: "En realidad, lo que parecen ser dos obstáculos se reducen a uno solo. La hermana Xu, a pesar de ser muy terca, siempre obedece al abuelo. Si el abuelo está de acuerdo, ella también lo estará. No hay necesidad de oponer a la hermana Xu y la democracia, y menos de exacerbar este conflicto inventado".

Todos lo escuchamos y le dimos la razón, puesto que sus palabras eran lógicas. Desde entonces, todas las molestias desaparecieron y nos dimos cuenta de que nosotros solos inventábamos los conflictos. Si alguien dice que el conflicto es grande, entonces es grande; si dice que es chico, pues es chico; que hay, pues hay; que no hay, pues no hay. Siem-

pre debemos buscar el punto común entre las opiniones diferentes y construir armonía e intimidad, sin secretos entre nosotros. ¡Eso sí es difícil! Pero así nos sentiremos llenos de confianza, al punto de que hasta el esposo de mi prima y mi hijo expresaron su alegría.

Convencimos a mi padre y a mi tío de que fueran juntos a platicar con el abuelo. Tal y como se esperaba, mi abuelo estuvo de acuerdo. La hermana Xu se oponía por completo a la votación.

“¿Para qué sirve tanto teatro?”, decía ella.

Desde que había salido del hospital, la hermana Xu ni apoyaba, ni se oponía a nada: “Si ustedes comen moscas, yo también comeré moscas, si ustedes comen mosquitos yo también comeré mosquitos. No es necesario que me consulten para nada.” Ella ni se preocupaba ni le importaba no tener el derecho a votar y a ser elegida; además dijo claramente que nunca más pensaba participar en las discusiones familiares.

Tal parecía que la hermana Xu había decidido apartarse por sí sola del escenario de la historia. Todos escogimos unánimemente al marido de mi prima para organizar las elecciones. Cuando se acercaba el día de éstas a toda la familia nos envolvió una atmósfera festiva. Unos sacudían la casa, otros limpiaban los vidrios, y otros colgaban pinturas y caligrafía. Pusimos floreros con flores de plástico. La democracia nos trajo una nueva imagen. Al fin llegó el día de la elección. Mi primo se puso el traje gris, el mismo que vestía cuando fue a Estados Unidos y Europa. Se puso un moño negro que lo hacía parecerse a un director de orquesta, y comenzó a presidir la ceremonia. Primero pidió a los electores exponer sus puntos de vista sobre el tema: “Cómo administraré los asuntos de la familia”.

Nadie abrió la boca. El silencio era tal, que se podía oír el vuelo de las moscas de la cocina. Mi primo, muy sorprendido, exclamó: “¿Cómo! ¿Nadie se atreve a hablar? ¿No tenían todos opiniones y críticas?”

Entonces yo me atreví a abrir la boca: “Primo, primero di algo tú, danos un ejemplo. Nosotros todavía no tenemos costumbres democráticas, nos da pena...”

Mi prima me interrumpió, diciendo: “No hagas que él hable. Este asunto no tiene nada que ver con él”.

Su marido, con una actitud tranquila, y expresándose como un caballero, dijo: “Yo no participo. La idea de la democracia fue mía, pero el propósito no era acaparar el poder. Si me eligen a mí sería como manchar la democracia. Además, yo ahora estoy haciendo los trámites para estudiar en el extranjero. Ya estoy en contacto con varias universidades de Norteamérica y Oceanía. Tan pronto como cambie suficientes dólares en el mercado negro, me despido de ustedes. Si alguien de los presentes me quiere prestar algo de dinero, yo se lo agradeceré. Ahora me prestarán dinero nacional, pero se los devolveré en divisas.”

Todos nos miramos abatidos. Por otra parte, aunque no nos había-

mos puesto de acuerdo, todos pensábamos lo mismo: “¿Será realmente necesario elegir a un administrador para los asuntos de la familia? En cuanto a este señor, él no hace más que presumir y dorarnos la píldora. No respeta a los mayores y molesta a todos los que están a su alrededor. Esto es una trampa que no podemos aceptar. ¿Qué tal si a uno lo hicieran administrador? ¿Podría uno satisfacer a toda la gente? Si hay comida, ¿para qué quieren votar? ¿No será un remedio equivocado?” Además pensábamos: “¡Qué democracia ni qué nada! Durante decenas de años, aunque no había habido elecciones democráticas, comíamos sopa de arroz, verduras saladas y pasta con salsa de soya. En muchos años no hubo elecciones democráticas, pero ni nos moríamos de hambre, ni reventábamos de tanta comida, ni comíamos ladrillos, ni bebíamos orina de perro, ni tampoco sorbíamos los fideos por la nariz o el culo. Como ya nos llenamos de comida, ahora que no tenemos nada que hacer, estamos fregando con la democracia. Al final unos tienen diarrea y otros tienen hambre. Los chinos de verdad somos así: no estamos contentos si no fregamos”.

Pero ya que hablamos de democracia, vamos a ejercerla un poco; ya que hablamos de votaciones, vamos a votar un poco; ya que nos reunimos y que hasta el abuelo vino, vamos a llevar a cabo el rito. Al fin y al cabo, ¿quién puede decir que la elección democrática no tiene nada bueno? ¿Quién sabe? A lo mejor, si elegimos bien, a partir de ahora nuestros alimentos podrán ser no sólo nutritivos sino también sabrosos, que no sólo nutrirán al Yin, sino también fortalecerán al Yang, incrementarán la sangre y tonificarán la energía, fortalecerán el cuerpo sin dañar la línea y la apariencia, tendrán color, sabor y olor. Quizá también podremos ahorrar dinero y energía, satisfacer los requerimientos de la higiene y tener menos complicaciones. Quizá esta nueva comida no producirá humo, ni ruido, todos podrán meter la cuchara y nadie tendrá que cansarse demasiado pensando. Habrá responsabilidad personal, pero no arbitrariedad. No comeremos sobras de verduras y de arroz, ni tampoco desperdiciaremos los granos; comeremos almejas, pero no nos enfermaremos de hepatitis; comeremos pescado y camarones sin oler a pescado, etcétera, etcétera, etcétera. Si el resultado de las elecciones fuera tan bueno, me gustaría ver cuál es el cretino que no apoya las elecciones democráticas.

Y así, comenzamos a votar. Repartimos papelitos, los llenamos, revisamos el proceso, los recogimos y los contamos. Se repartieron once boletas y se recogieron once boletas. La votación fue efectiva y legal. Entre las boletas, cuatro estaban en blanco, sin ningún candidato. En una boleta estaba escrito: “Que sea cualquiera, me da igual”. Esta boleta equivalía a una en blanco, de modo que las boletas en blanco sumaban cinco. Entre las demás boletas, dos estaban a favor de la hermana Xu, tres eran para el abuelo y una para mi hijo.

¿Qué hacer? El abuelo había obtenido la mayoría de los votos, pero

ésta no era ni la mitad ni tampoco la tercera parte. ¿Es válida una votación con semejante resultado? Como no habíamos tomado en cuenta esto, fuimos a consultar al marido de mi prima. Él nos dijo que en el mundo hay dos tipos de leyes, las escritas y las no escritas y que, de acuerdo con el Derecho, las leyes no escritas en realidad no se consideran leyes. Por ejemplo, la constitución de Estados Unidos de América no ha reglamentado con precisión el asunto de la reelección de los presidentes y, sin embargo, se considera que la relación es legal, ya que la gente lo hace. La idea principal de la democracia es que la minoría se someta a las decisiones de la mayoría. ¿De qué mayoría se trata, de la relativa o de la simple (más de la mitad), o de la mayoría absoluta (más de las dos terceras partes)? Para eso, hay que consultar la tradición y los principios ideológicos. En lo que se refiere a nuestra elección interna, ya que todos somos parientes —padres e hijos, hermanos y hermanas— y, además, es nuestra primera experiencia en este campo: se hará lo que decidan todos.

Mi prima dijo que puesto que el abuelo era quien había obtenido más votos, naturalmente él era el elegido. Esto no significaba, de ninguna manera, que se tratara de una familia feudal con un jefe a la cabeza; se trataba de conciencia democrática.

Mi prima continuó: “En nuestra familia la conciencia feudal patriarcal ya no es un problema, y menos un peligro, o un conflicto por resolver. De lo que sí tenemos que preocuparnos es de la anarquía del liberalismo, del egocentrismo, del egoísmo, del consumismo desmedido, del hedonismo, del malinchismo, que considera que la luna de Estados Unidos es más redonda que la china, del dogmatismo extranjerizante, peligros escondidos detrás de la actitud antifeudal”.

Inesperadamente mi hijo se agitó, y muy serio declaró que el voto que él había obtenido no era suyo; es decir, que él no había votado por sí mismo. Cuando dijo eso, sentí de pronto que todos me miraban. Parecía como si yo hubiera votado por mi hijo, corrompiendo así las elecciones, al darle preferencia al parentesco. Sentí que me ruborizaba, y de inmediato reflexioné: “¿Quién puede pensar así? ¿Por qué tienen que pensar así? ¿Por qué no se dan cuenta de que yo no voté por mi hijo? Además, aunque hubiera votado por él, no hay nada malo en eso, ya que si no voto por mi hijo, voy a votar por mi padre, o por mi tío, o por mi madre, o por mi esposa, o por mi prima. Por otra parte, ¿conocen ellos la teoría de moda de Freud, según la cual la prima puede ser más cercana que el hijo, el cual, por su complejo de Edipo, mataría al padre, para casarse con la madre? ¿Por qué cuando mi hijo abre la boca, todos me miran?”

Mi hijo gritó que el hecho de que él hubiera obtenido un voto, revelaba claramente que el corazón del hombre aún no había muerto, que hay una llama que crece cada día. Que si él se preocupaba por la re-

forma de la alimentación familiar era sólo por altruismo, por admiración hacia el humanismo tradicional, por el amor universal. Cuando mencionó la palabra amor, se le salieron unas lágrimas del tamaño de un frijol. Dijo que en nuestra familia sobraba orden y faltaba amor. El orden sin amor es como un matrimonio sin amor, y eso no es moral. En realidad, él, desde mucho tiempo atrás, podría haberse apartado de la dieta familiar y escogido solo su camino: comer caracoles, queso, espárragos, atún, langosta, ternera, Kentucky Fried Chicken, sandwiches, hamburguesas de McDonald's, pay de manzana, budín y helado de canela. Dijo que él quería mucho a su tía, pero que a pesar de que su punto de vista sonaba bien, él no estaba de acuerdo con ella.

En este instante, mi tío intervino: “¡Hey! ¡Cuidado! Decimos intervenir y no interrumpir. Interrumpir es falta de cortesía, pero intervenir es cordialidad, sabiduría, democracia; en una palabra, es consideración. El peligro principal que mencionó la prima no corresponde a nuestra realidad. Lo mejor sería dejar de mencionarlo. Medio siglo de experiencia médica ya lo ha confirmado. Por ejemplo, si tú dices que la constipación es el peligro principal, entonces a todos les dará diarrea y eso podría agotar la medicina para curarla y provocar una aversión hacia los médicos. Y si dices que el peligro principal está en la diarrea, entonces habrá estreñimiento universal, lo que nos provocará hemorroides. Además, cuando se tiene demasiado ‘fuego’ en el cuerpo, la gente se agita y se pone agresiva. Fuego y aire, aire y fuego. El fuego, que es coraje, lo apaga el agua. Para prevenir las enfermedades, hay que coordinar los Cinco Elementos. De esta forma, se previene la diarrea y también el estreñimiento. La diarrea es mala, pero la constipación tampoco es buena. Si te constipas, curas el estreñimiento; si te sueltas, curas la diarrea. Lo mejor es no estar ni constipado, ni suelto”. Su discurso, por la fluidez y colorido, obtuvo aplausos. Al terminar de aplaudir, nos dimos cuenta de que el problema no sólo estaba resuelto, sino que una conversación acalorada sobre el metabolismo y la interrelación con los Cinco Elementos nos había estimulado tanto que nos había dado hambre. Todos dijimos que ya que el abuelo había obtenido más votos, entonces a él le tocaba la administración.

El abuelo no estuvo de acuerdo. Dijo que hacer de comer era una cuestión de técnica y no de pensamiento, de ideología generacional, de cargos, de poderes, de rango, ni de privilegios. Por lo tanto, nosotros no debíamos elegir a un líder sino a un buen cocinero: era la técnica de hacer la comida y de cocer el arroz la que debería decidirlo todo.

Mi hijo lo aplaudió, y los demás sentimos que por fin habíamos encontrado un nuevo camino, una nueva salida. Alguien dijo que ya no había tiempo, que todos teníamos hambre. Aunque apenas estábamos en el proceso de discusión del problema de quién se encargaría de la organización y cómo haría la comida, se hizo la hora de comer. Si la discu-

sión da resultados, hay que comer; si no los da, también hay que comer; si aceptamos el resultado de la discusión, tenemos que comer; si no lo aceptamos, también tenemos que comer; si nos dejan comer, hay que comer; si no nos dejan, también hay que comer. Y así, todos nos fuimos a comer.

Para comparar nuestras aptitudes gastronómicas planeamos una estrategia. Todos tenían que preparar una orden de *mantou*, una olla de arroz blanco, dos huevos fritos, un plato de verdura salada picada, una olla de sopa de arroz, patas de cerdo, etc. Para planear la estrategia nos la pasamos discutiendo durante treinta días y treinta noches. Hubo de todo: discusiones, irritaciones, peleas, llantos, pero también hubo conciliación. Al final estábamos tan cansados que no podíamos ni respirar, ni orinar, ni caminar. A pesar de que lastimamos un poco la armonía, fortalecimos la unión entre nosotros, intercambiamos opiniones y sentimientos. Estábamos cansados, pero también muy comprometidos. Cuando se hablaba de hacer dos huevos fritos, todos reíamos a carcajadas, muy contentos: parece que recibíamos un estímulo misterioso y sugestivo. Pero cuando se trataba de picar la verdura salada, nos entristecíamos, como si de improviso nos hubiéramos vuelto viejos. Al final terminaron las competencias gastronómicas. El resultado fue excelente, nadie se podía quejar. Cada uno recibió un rango y una clase. Mi abuelo y mi abuela, primer rango, primera clase. Mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, primer rango, segunda clase. Mi mujer, mi prima, su marido y yo, segundo rango, primera clase, y mi lindo y espigado hijo, tercer rango, primera clase. Todos temíamos que mi hijo se sintiera menospreciado, y por eso le dimos el título honorario de “Estrella de la esperanza”. A pesar de su nombramiento honorífico de “Estrella de la esperanza”, no cambió de rango y siguió perteneciendo al nivel más bajo. En resumen, pueden cambiar la teoría, los nombres y el método, pero el orden es eterno.

Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Todos comprendimos vagamente que al haber un orden eterno, la discusión y la experimentación de la teoría, los nombres y los métodos, naturalmente habrían de enfriarse. Hacer la comida y comer nunca más fueron objeto de divisiones y peleas. Ya no nos preocupaba si la comida era una cuestión de técnica o de sistema, una cuestión cultural o ideológica, o sólo una cuestión de algo que jamás se nos ocurrió pensar. Parece que para comer no es muy necesario discutir esas cosas. La hermana Xu murió en paz. Murió de vejez, de muerte natural y no de enfermedad. Durmió la siesta hasta las cuatro y media de la tarde, y no despertó. Cuando fuimos a verla, ya no respiraba. Todos extrañamos a la hermana Xu y respetamos su memoria. Mi hijo encontró trabajo en una empresa de capital mixto, chino-extranjero. Quizá ya realizó sus sueños de comer pan con mantequilla y muchas proteínas de origen animal. Cuando regresa a casa de vacaciones, le preguntamos qué quiere comer. Contesta que ha comido todas las co-

sas buenas, pero lo que ahora se le antoja es sopa de arroz, verduras saladas, “gran sopa” y fideos con salsa de soya. Al terminar, en tono de excusa, dice: “Es fácil cambiar de ideología, pero no es fácil cambiar de paladar.”

A mi tío y a mi tía les dieron un departamento en un edificio recién construido, y se mudaron. En la cocina tienen instalados tubos de gas y también tienen un hoyo para instalar un extractor de humo. En su nueva cocina han hecho patas de cerdo y huevos fritos, pero lo que cocinan con más frecuencia es sopa de arroz, verduras saladas, *mantou*, fideos con salsa de soya y “gran sopa”. El marido de mi prima por fin se fue al extranjero para “perfeccionarse”; allí estudia y trabaja al mismo tiempo. Después se llevó a mi prima. En las cartas que escriben dicen: “Aquí lo que más comemos es sopa de arroz y verdura salada. Cuando las comemos nos llenamos de añoranza, pero ya no nos sentimos tan tristes, porque es como si hubiéramos regresado a nuestro dulce hogar. ¿Qué podemos hacer? Parece que en nuestras células hay genes hereditarios de sopa de arroz y verdura salada”.

Mi abuelo, mi padre y yo vivimos juntos y felices. La cantidad de pollo, pato, pescado, carne, huevos, leche, azúcar y aceite que consumimos está en constante aumento. Todos engordamos. En nuestra mesa se sirven platos cada día más variados y de más categoría. Hemos comido carne, pepinos de mar, cacahuates fritos en aceite, pasteles. Hemos preparado tallarines fríos de soya, ensalada de jaiba e incluso una vez probamos abulón y almejas frescas. El abulón va y viene, el pepino de mar se prepara y se termina, la ensalada la probamos y la olvidamos, sólo la sopa de arroz y la verdura salada son eternas. Incluso después de un gran banquete en el cual abundan las rarezas de la montaña y lo más preciado del mar, tenemos que consumir sopa de arroz y verdura salada. Sólo así nuestra boca, el esófago, los intestinos, el hígado, el bazo y el páncreas pueden funcionar bien. Si se nos olvida comer sopa de arroz y verdura salada, de inmediato el estómago se inflama y duele, y existe el peligro de que nos enfermemos de cáncer. Son éstas quienes tienen el mérito de resguardarnos del cáncer. La sopa de arroz y la verdura salada son los únicos elementos insustituibles dentro de nuestra alimentación. Todo lo demás es para acompañarlos, o directamente, es secundario.

Al morirse la hermana Xu, la difícil tarea de hacer la comida recayó en los hombros de mi madre. Antes de cada comida, mi madre, tal y como era antes, va a ver a mis abuelos para consultarlos: “¿Haremos sopa, o no? La carne, ¿la cortaremos en pedazos o en tiritas?” Estas preguntas están llenas de lealtad y apego a nuestra tradición, a nuestro orden, a nuestra moral. En este diálogo de preguntas y respuestas tan sencillas se esconde la nostalgia por la hermana Xu. Todos sentimos que, a pesar de estar muerta, la hermana Xu aún vive entre nosotros. Las memorias son eternas. Mi abuelo dice con frecuencia que habiendo sopa de

arroz, verdura salada, *mantou* y fideos con salsa de soya, a él no le interesa si se hace o no sopa, si se corta o no la carne, si se ponen delicias del mar o de la montaña. Además, le dijo a mi madre que ya no fuera a preguntarle cosas cada día más difíciles de contestar. Mi madre está de acuerdo, pero si no pregunta se siente algo incómoda. Cuando está lista la comida, nos llama a la mesa y voltea discretamente hacia los lados para ver la expresión de todos, en especial la de mi abuelo. Cuando mi abuelo tose un poco, mi madre murmura: “¿Tendría piedritas el arroz? ¿Le faltaría sal a la verdura o se me pasaría de salada?” Lo hace en voz baja, porque no se atreve a preguntar directamente. Aunque se lo preguntara al abuelo, aún así no podría estar segura de que en la sopa de arroz no hubiera piedras.

Y así otro día mi madre, al atardecer, sumisa y con algo de miedo, le preguntó al abuelo: “La carne, ¿en tiritas o en pedazos?” La voz de mi madre era tierna, y la de mi abuelo cariñosa y ronca: “Ya no me lo preguntes”. Eso también era una respuesta. Mi madre, contenta y tranquila, se fue a la cocina para terminar su trabajo.

Un inglés, viejo amigo de mi padre de los años cuarenta, vino a China a pasear. Se quedó en la casa una semana. Al principio llamamos a un cocinero de Shanghai, especialista en comida occidental, para que le preparara pan, pasteles y bisteces de res. El amigo inglés nos dijo abiertamente: “No vine de tan lejos para comer comida occidental, o algo que no se le parece en nada y que según ustedes es comida occidental. Les suplico que me preparen comida china, tan rica en tradición. ¿Pueden hacerme ese favor?”

¿Qué podíamos hacer? No nos quedó más remedio que ofrecerle, muy avergonzados, sopa de arroz y verdura salada. “Qué sencilla, qué delicada, qué agradable, qué elegante. Sólo la comida del viejo Oriente puede tener un toque tan misterioso”, decía el amigo inglés. Yo grabé los halagos que él, en perfecto inglés de Oxford, había hecho al respecto de la sopa de arroz y la verdura salada. Los grabé para que los oyera mi hijo lindo y espigado.

Traducción:
Liljana Arsovska

Cuentos

se terminó de imprimir en julio de 2002
en los talleres de Encuadernación Técnica Editorial, S.A.

Calzada San Lorenzo 279-45,

Col. Granjas Estrella, 09880 México, D.F.

Composición tipográfica: Literal, S. de R.L. Mi.

Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

La edición estuvo al cuidado de la Dirección
de Publicaciones de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

China ha sido, vista desde Occidente, una vasta tierra lejana y misteriosa, revolucionaria y visionaria, ejemplo de refinamiento y sabiduría, infierno sobre la tierra, escuela de revoluciones populares.

En la larga lista de imágenes y desconocimientos que se ha creado en torno a China, su literatura constituye uno de los aspectos que lamentablemente más se ignora.

La presente antología es una segunda edición ampliada de cuentos del conocido escritor chino Wang Meng y constituye un esfuerzo mancomunado de estudiantes chinos, la mayoría de ellos maestros de español en China, y de maestros y amigos mexicanos, por presentar en una traducción al español los cuentos de un escritor chino contemporáneo.

Los cuentos que aquí se incluyen representan con fidelidad la temática que le ha preocupado a Wang Meng y el estilo que ha elegido para expresarla. En casi todos ellos se combinan lo más trivial y lo más banal de la vida cotidiana con intensas referencias al pasado, para expresar así un mundo puramente chino, pero de una China actual, dinámica y abierta hacia el exterior, salpicada de palabras extranjeras, viva y cambiante, pero esencialmente ella misma.

Wang Meng nació en 1934. A los 22 años un cuento suyo incluido en esta antología, "Un joven recién llegado al departamento de organización", originó una fuerte polémica. Por ello, en 1957 fue desterrado a Xinjiang para ser "reeducado por las masas". Rehabilitado en 1977, ocupó varios cargos públicos y fue ministro de cultura de su país de 1986 a 1989, debido a los acontecimientos de la plaza Tianan'men fue destituido. En la actualidad Wang Meng dedica todo su tiempo a escribir y a viajar atendiendo compromisos internacionales.



CONACULTA · INBA

